



# LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

336

En este número:

## GLORIA PARA MI

la famosa obra de

**MACKINLAY KANTOR,**  
más conocida por el título de su versión  
cinematográfica:

## LO MEJOR DE NUESTRA VIDA

10 de mayo de 1946

60

10 de mayo de 1946

# OFERTAS DE MAYO

## 16.90

INDUSTRIA ARGENTINA

Mod. 1331. "GRAN COFETE". Confeccionados en fina vaquillina NEGRA. También en color MARRÓN, aplic. charol, tostado. Taca 6 1/2 cm., a

\$ 22.90

Mod. 1134. "EL FUROR DE LA TEMPORADA". En fina gamuza NEGRA o MARRÓN, aplic. charol. Tacaón KEIMA 6 cm.,

\$ 23.90

Mod. 1142. "PRACTICO". En fina gamuza NEGRO, aplic. charol. También toda vaquillina MARRÓN. Taca 7 cm., a

\$ 16.90

Mod. 1144. "DE GRAN FUROR". En fina gamuza NEGRO, aplic. charol. Taca 7 centímetros, a

\$ 16.90

Mod. 2166. MUY VISTOSO, en FINO GAMUZADO NEGRO, aplicación charol. Taca CUBANO 5 cm., a

\$ 15.90

REMITIMOS CONTRA REEMBOLSO A CUALQUIER PUNTO DEL PAIS, Y LOS DESPACHOS LOS EFECTUAMOS EN EL DIA.

Mod. 2165. "TIRAS CRUZADAS". En fina gamuza NEGRO, aplic. charol, a toda vaquillina MARRÓN. Taca CUBANO 5 centímetros, a

\$ 14.90

ALGUNAS OFERTAS DE NUESTRO GRAN CATALOGO, QUE REMITIMOS GRATIS A TODO EL QUE LO SOLICITE

## 15.90

"OFERTAS EN GOMA CREPP"

Mod. 6283 GOMA CREPP LEGITIMA, en vaquillina MARRÓN, NEGRA o COLOR TOSTADO. Taca 3 centímetros, a

\$ 15.90

Mod. 121. "GOMA CREPP LEGITIMA". INTERESANTE OFERTA En vaquillina "NEGRA, AZUL o color TOSTADO. Taca 3 cm., a

\$ 15.90

SISTEMA DE FABRICACION: COSIDOS, SEMILLADOS Y CEMENTADOS

## \$ 21.90

HORMA "APACHE"

Mod. 6997. GRAN OFERTA en SUELA DE GOMA CREPP "LEGITIMA". En vaquillina NEGRA, MARRÓN o color TOSTADO. Taca 2 1/2 centímetros, a

\$ 19.90

Mod. 3255. "MAGNIFICA OFERTA". Confeccionados en fina gamuza NEGRA o color NEGRO. También en color TOSTADO. Taca AMERICANO 3 CU. RAS, 7 cm., a

\$ 21.90

Mod. 4293. "OTRA GRAN OFERTA". En vaquillina NEGRA, MARRÓN o color TOSTADO, aplic. gamuza al tono con VIRON DIENTE DE PERRO. Taca 3 centímetros, a

\$ 21.90

GRANDES FABRICAS DE CALZADOS

directamente al consumidor

# "EL CHIC"

Av. 9 DE JULIO Esq. RIVADAVIA - Bs. As.

SUCURSAL: J. C. PAZ 136 (LANUS)

Mod. 16332. "GOMA CREPP EN DOS COLORES". En fina vaquillina negra o color remate. Taca de 3 centímetros, a

\$ 20.90

Mod. 4341. En fina vaquillina NEGRA, MARRÓN o color TOSTADO, aplic., estampado al tono. Taca de suela 3 centímetros, a

\$ 21.90

# LEOPLAN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO  
UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

En este número:

AÑO XIV - N° 336  
19 de mayo de 1948

FRANQUEO A PAGAR  
CUENTA 78  
TARIFA REDUCIDA  
CONCESION 3016

ESMERALDA 116  
T. A. 33 - 1003  
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 346.085



**GLORIA PARA MI**, la famosa obra de Mackinlay Kantor, que adaptada a la pantalla con el nombre de "LO MEJOR DE NUESTRA VIDA", constituyó un gran éxito..... 44

**SU ENEMIGO ES EL MAR**, bella nota gráfica del pueblo que está en constante lucha con los elementos y triunfa denodadamente de ellos. Una nota de Guillermo Bermúdez..... 4

**UN HORIZONTE DE CEMENTO**, novela corta de Bernardo Kordon, y en ella la vida extraña y alucinante de un ex hombre y el mundo sórdido y pintoresco de los alrededores de una gran ciudad..... 8

**FIESTA DEL TRABAJO**; los trabajadores argentinos celebran su día y eligen también su reina..... 12

**RAFAEL BARRET, HUMANO Y NOVELESCO**, un capítulo más de "Fantasmas de entre los siglos", la serie de artículos evocativos de Valentín de Pedro..... 14

**LA RAYA DE TIZA**, historia de un recuerdo, de un trazo en el muro, de una noche de lluvia y de una gran tristeza solitaria, en un cuento de Augusto Mario Delfino..... 16

**CON EL ESPALDARAZO DE BRAHMS** surgen a la vida del arte Ernesto Von Dohnanyi, el gran pianista húngaro que nos visita. Una nota de Luis Soler Cañas 18

**SERA YAGABUNDO** y la atracción de los animales, la magia de lo desconocido surgiendo con fuerza irresistible en un alma infantil, en un cuento de Armando Bazán..... 20



**MUCHACHOS CUATREROS**, el cuadro alucinante de un matadero de caballos, de un grupo de cuatros, arrestrados por los peones, impulsados por el crimen, en un dramático cuento de Elías Carpena... 26

**CINE**, comentarios de la pantalla nacional y extranjera, por Amelia Monti.... 28

**EL HIJO**, toda la ternura y el dolor paternal en un cuento del conocido escritor italiano contemporáneo, Guglielmo Zorzi..... 30

**UN SUEÑO DE UNIVERSALIDAD**, La ancianidad de J. Torres García, el artista uruguayo, es batalladora y fecunda. Un artículo de Romualdo Brughetti..... 32

**RISA Y SONRISA**, dibujantes y escritores en una pista para el buen humor..... 35

**AQUI LE CONTESTAMOS**, correo de "LeoPlan"..... 114

ILUSTRARON ESTE NUMERO:

OLIVAS - GUBELLINI - ARTECHE - RAUL VALENCIA

DIBUJOS E HISTORIETAS DE:

IANIRO - SOLLE - ANDRINO - GONZALEZ FOSSAT, etc.



En el próximo número:

## ¡OTRA NOVELA SENSACIONAL! IMPACIENCIA DEL CORAZON

una obra de **STEPHAN ZWEIG**, el gran escritor austriaco reciente y trágicamente desaparecido. Una historia de

**PASION  
DOLOR y  
MUERTE**



LEOPLAN aparece el 2 de junio.





COMEDIAS INFANTILES,  
NOVELAS GRANDES Y  
SPECTACULOSAS. LE  
FA GONZALEZ DEL TIO  
SANTOS

# Su enemigo es el

NADIE MAS TESONERO QUE  
EL PUEBLO HOLANDES PARA  
LUCHAR CONTRA EL AGUA,  
SU TEMIBLE ENEMIGO, Y CON-  
SERVAR A LA VEZ EL TESORO  
DE SUS TRADICIONES

Por  
**Guillermo Bermúdez**

ESPECIAL PARA "EL TIPO"

TIERRAS GANA-  
DAS AL MAR,  
SURCADAS DE CA-  
NALES Y CONSER-  
VADAS A COSTA  
DE TIEMPO







**E**STAMOS acostumbrados a ver que los pueblos que resisten con su "tipismo" tradicional a los avances de la modernidad y de la moda, pertenecen a razas indígenas, asiáticas o africanas. Pero no estamos acostumbrados a que europeos legítimos y de la más pura raza sigan viviendo como en pasadas edades. A lo sumo, con ocasión de determinadas celebraciones, solemos ver a españoles, franceses, etc., ataviarse a la usanza de otras épocas.

Naturalmente, los holandeses que nos ocupan no conforman un caso de involución ni cosa que se le parezca. Son "tipicos", simplemente, con una tenacidad que envidiarían los vascos. Mas aclaremos de quiénes se trata. Nos estamos refiriendo a los habitantes de Marken, encantadora región limitada por ríachos y canales, que se halla próxima a Amsterdam, principal puerto de Holanda. Son pescadores en gran parte; su vida es la propia de los isleños, el mar su tarea.

#### Luchadores

Entre las construcciones acruales de Marken puede observarse claramente la huella de la lucha del hombre contra el mar. Antes de realizarse las modernas defensas, las casas debían ser defendidas de diversos modos del avance de las aguas.



*mar*



PINTORESCOS PUEBLECITOS.  
PRUEBAS DEL HEROISMO DE UN  
PUEBLO EN LUCHA CON EL MAR

LOS TESOROS DEL HOGAR, EL ANTIGUO RELOJ QUE MIDIO EL VIVIR DE LOS QUE YA SE FUERON; PINTADAS PORCELANAS, PESADA PLATERIA, NOBLES MADERAS ANTICUÍSIMAS.



Se las construía a niveles superiores o se les adosaban defensas de piedra y de madera. Todo el mundo sabe que la lucha de este pueblo extraordinario por disputarle sus rocas al mar, es una de las épocas más aleccionadoras de la humanidad. Pero ¿por qué la cita, porque ella nos permitirá comprender el por qué del tradicionalismo de los holandeses. Hace siglos que la renacuaja es su hermanita. Palmo ganado al agua, jamás fue cedido. No estaremos lejos de la verdad diciendo que el que quería una huerta, debía desgastar su media "manzana" de mar. Bien: cuando gente así hace suya alguna cosa, ya no la deja. Esto es lo que ha ocurrido con sus vestimentas.

#### ¿Para qué cambiar?

Vistiendo los trajes que hoy llevan, metieron en cintura al mar. Son propios y apropiados para esa tarea. No hay razón, pues, para trocarlos por otros. Están de tal modo adecuados al clima y a las necesidades diarias, que ninguna moda los puede reemplazar. Y, además, son de ellos... Ya la moda vendrá a inspirarse allí.

Y no se crea, de ningún modo, que Marken se halla al margen de la civilización. Innumerables aviones cruzan su cielo diariamente; centenares de turistas la visitan todos los veranos; muchos de sus hijos se forman en las universidades de Amsterdam; la civilización les asiste en todo. Pero tienen el buen gusto y la sensatez de no tomar de ella lo que no les sirve ni les hace falta. Para otros, en cambio, ser modernos y civilizados radica en vestir un "añito" a cuadros, o tener vaguedades científicas en la cabeza, tan vagas como soberbias, sin haber penetrado jamás en la universidad de Amsterdam ni en ninguna otra; y sin tener tenacidad para luchar, no ya con el mar, sino con un chubasco.

#### La vida

Vemos, pues, que las encantadoras tradiciones de estos holandeses laboriosos son una consecuencia directa de su modo de vivir, y que como todos los que tienen que encarnar en serio la vida, digamos labriegos y pescadores, se hallan poco dispuestos a adoptar rarezas que se avienen con los que pueden o deben cambiar por múltiples razones. Desde luego que a nosotros, los raros nos parecen ellos. Mas a ellos, a su vez, los raros debemos parecerles nosotros, sobre todo teniendo en cuenta que desde hace varios siglos vienen observando nuestro disconformismo con la manera de vestir, que va desde el sombrero con plumas al cuello "palonita", y del tricorneo a los "sinsombreristas".

Sin ir muy lejos, dentro de veinte años encontraremos muy divertidos a los muchachos de hoy, cuando revisemos revistas viejas, con modas atrasadas. Después de todo, pensándolo bien, no habría necesidad de esperar tanto tiempo.

- ★ Refrescante...
- ★ Estimulante...
- ★ Digestiva...

## Eso es UVASAL!

La notable combinación de la fórmula de UVASAL, combate y corrige los trastornos digestivos, al por que entono el organismo, comunicándole una agradable sensación de frescura, desconsio y bienestar.

Su rico sabor y su espumosa efervescencia, hacen que UVASAL sea agradable aún a los paladares más delicados y hasta los niños, lo toman con gusto.



# Uvasal

LAXANTE, ANTIACIDA, REFRESCANTE

## DOLORES DE CABEZA

# GENIOL



MARKEN, EL PUEBLO HOLANDES DONDE LA VIDA CONTINUA SIENDO SIEMPRE LA MISMA, HEROICA E ÍNTIMA A LA VEZ.





# UN HORIZONTE DE CEMENTO

novela porteña de  
**BERNARDO KORDON**

ILUSTRACIONES DE GUBELLINI

## CAPÍTULO I

### EL BUEN CLIMA DE LAS LUCES

A pesar de sus rosadas mejillas, ese robusto hijo de Galicia denotaba en su cara tanto cansancio como fastidio. Sus ojos descoloridos me observaron con atención, pero continuó lavando copas, empapando las manos coloradas en el frío chorro de agua, sin preguntarme qué iba a tomar. Aunque no sentí ningún apuro en ser servido, ese desconocimiento de mi presencia no me causó gracia alguna. Pero peor fué cuando el mozo abrió la boca:

—¿Qué quiere? ¿Un vaso de vino?...

En realidad no deseaba otra cosa. Pero mi plan era otro: entrar en un boliche y tomar lo más decente posible: pedir algo así como un café, que me diese derecho a permanecer un buen tiempo, y a continuación sentarme y esperar que me echasen. Para eso busqué un local sin público, donde una mesa ocupada no tiene tanto valor. Quizá pudiese pasar así la noche.

—Deme un café.

Como el mozo continuó enjuagando sus vasos sin hacer el menor ademán de cumplir con mi pedido, quise darle una lección y eché la moneda sobre el mostrador de zinc. Era la última que me quedaba. Bailó un instante, pero el otro le puso la mano encima.

—En seguida se lo sirvo.

¿Por qué no me sirvió el café inmediatamente después que se lo pedí? ¿Crevó acaso que no tenía con qué pagarlo? Hacía frío, me dominaba el cansancio, pero ese episodio empezaba a calentarme la sangre.

Tenía los dedos agarratados. Lentamente busqué los botones, para abotonarme y volver a soltarme el saco. Igual que una criatura, encontré extraños los ojales y no podía dominarlos. La verdad es que realizaba un trabajo para emplear lo que en ese momento me sobraba: el tiempo y las manos. Sólo me tranquilicé cuando el muchacho de cara colorada me preparó el café en la máquina resopladora. Descubrí que estábamos solos en el local. ¿Cómo entonces, y para qué, reprimirlo? Mientras abría el paquetito de azúcar, no pude hacer otra cosa que procurar su amistad:

—Buen gente, ¿verdad?

Mejor no hubiese hablado. El mozo aprovechó para responderme en tono de crítica:







—¿No ve que es pasada la una y esto es el despacho de un almacén? Iba a cerrar...

—Es verdad. Se ha hecho tarde. Y hace frío.

—Estará lindo para meterse en la cama. ¿Usted no va a dormir?

Quise tomar el café. No era el momento de hacerlo y me quemé. Es horrible eso de quemarse la lengua con el café que se lleva nuestra última moneda. ¡Maldito peón! Terminaba de entrar a ese boliche para ganarle un par de horas a la noche y ahora me echan. El segundo sorbo lo tomé con mucho cuidado, pero ya no servía. Volví a sentir la quemazón en la lengua y el café tenía el gusto áspero de algunos frutos verdes. Aguanté el odio que trae la mala suerte, y respondí serenamente a ese hombre interesado en descubrir a qué clase de vagabundo servía.

—Ya irá a dormir. Pero primero me gusta tomar un café bien caliente. ¡Claro que irá a dormir! Llego a casa, golpeo fuerte y me abren en cualquier hora. Para eso, digo yo, es mi casa. ¿No le parece?

El otro rompió con una carcajada salvaje:

—¿Te gusta primero dar tu vueltita por el Bajo, eh viejito?

Después, con ojos cansados y hastiados, terminé:

—¡Y ahora a salir, porque cierro!

Esa noche la recova estaba llena de luces y música. Vi a toda esa gente andar a empujones y me sentí animado. No es tan malo el mundo. La verdad es que tiene sus cosas buenas. Había un olor ca-

liente y lindo de polenta frita con chinchulines. Palabra que el olor me envolvía, me acariciaba y me seguía cuando caminaba. La vida tiene sus cosas buenas. Yo estaba casi contento. Veía cosas lindas. Un día podrían ser mías. Esa misma noche, quizá. Todo dependía de la suerte. Podía conseguir unos níqueles. Se trataba de buscar.

¡Había que ver cuánta gente! Se empujaban muchachos de la ciudad con marineros, y los polacos caminaban con los japoneses, y los ingleses junto con los criollos. Yo también empecé a ir de un lado para otro. Un portero abría la puerta y allí nos parábamos. Veíamos bailar a una mujer en pantaloncitos. Las piernas muy blancas, iluminadas, que daba gusto ver. La orquesta tocaba algo bien alegre, y la mujer bailaba y cantaba. Palabra, que aunque vicio, eso era igual que tomar un buen vaso de vino.

Y en varias cuadras la recova estaba llena de cafés con orquesta y mujeres. El portero cerraba la puerta y todos se iban. Sólo yo me quedaba esperando que la volviese a abrir. La mujer seguía bailando llena de luces. No se cansaba de bailar y cantar. Y con esa piel tan blanca que tenía. Yo me quedaba, pero el portero me dijo: "Vía, vía, vicio". Entonces me fui.

Me echó de la puerta. Yo me paré más adelante, y entonces sentí rabia. ¿Era un mocoso para que me echasen de la puerta de un café? El portero no sabía lo que hacía ni lo que decía. Iba a saber quién es

(CONTINUA EN LA PÁGINA 101)





# El saber perdura Y PRODUCE DINERO.



PIDA ESTE LIBRO **GRATIS**

¡No basta ser trabajador para ganar grandes sueldos! Para lograrlo, hay que tener conocimientos especializados que valoricen sus esfuerzos. Gracias al modernísimo sistema de enseñanza por correo de la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA, usted puede adquirir tan valiosos conocimientos, que significarán bienestar y progreso, estudiando en horas libres y en su propia casa, con gastos realmente ínfimos.  
¡Decídase, pues! Mándenos hoy mismo el cupón y recibirá GRATIS el interesante libro "HACIA ADELANTE", que le explicará cómo usted podrá aumentar sus ganancias.

## NOMINA DE LOS CURSOS PAGADEROS EN CUOTAS MENSUALES

**CURSOS COMERCIALES**  
Teneduría de libros  
Asesor Mercantil  
Técnico Mercantil  
Empleado Bancario  
Empleado de Comercio  
Cajero  
Secretariado  
Corresponsal  
Taquígrafía  
Mecanografía  
Taqui-Mecanografía  
Jefe de Oficina  
Aritmética Comercial

Redacción y Ortografía  
Escritura Comercial y  
Caligrafía  
Inglés  
Procurador  
Administrador de Hoteles  
Balancador y Martillero  
Argumentos de Cine  
**CURSOS INDUSTRIALES**  
Químico Industrial  
Técnico en Vinos y Licores  
Técnico en Pinturas y  
Barnices

Técnico en Aceites y  
Grasos  
Técnico en Jabones y  
Perfumes  
Técnico en Hilados  
Técnico en Tejidos  
Técnico en Tejidos de  
Punto  
Técnico en Tejidos Espec.  
Técnico Metalúrgico  
**ESCUELA DE DIBUJO**  
Dibujo Artístico y Arte  
Decorativo  
Dibujo Industrial

Dibujo Comercial  
Proyectista de Muebles  
**CURSOS PARA EL HOGAR**  
Corte y Confección  
Labores  
Labores y Arte Decorativo  
**ESCUELA POLITÉCNICA**  
Radio - Televisión  
Mantador Electricista  
Electrotécnico de Usino  
Electrotécnico Bobinador  
Telegrafía  
Radiotelegrafía  
Construcción

Arquitectura  
Obras Sanitarias  
Materiales Explosivos  
Motores Diesel  
Mecánico de Automóviles  
Tornería  
**ESCUELA DE AGRICULTURA**  
Agronomía  
Administrador de Estancia  
Mecánico Agrícola  
Técnico Tamborero  
Avicultura  
Jardinero y Arboricultura

SUCURSALES: En Colombia, Edificio Martínez, Of. 11. - MEDELLIN. ♦ En Uruguay, Sarandí 483, MONTEVIDEO

**UNIVERSIDAD POPULAR  
SUDAMERICANA**  
RIVADAVIA 2465 • BUENOS AIRES

MANDELO  
HOY  
MISMO

Se Ing. B. Margalán, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"  
RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

Remítame GRATIS y sin compromiso, el importantísimo libro "HACIA ADELANTE"

NOMBRE \_\_\_\_\_

DIRECCION \_\_\_\_\_

LOCALIDAD \_\_\_\_\_ PROV. \_\_\_\_\_ C. 338

## EL DIA DEL TRABAJADOR

**C**ON los auspicios de la Confederación General del Trabajo y la adhesión de las altas autoridades de la Nación, celebróse en todo el país la Fiesta del Trabajo. Los actos culminaron con la gran reunión realizada en la Avenida 9 de Julio de esta capital, que contó con la presencia de un público numerosísimo. Hicieron uso de la palabra, para referirse a diversos aspectos de la significación del acto, el secretario de la C. G. T., señor José G. Espejo; el presidente de la Nación, general Juan Domingo Perón, y su señora esposa. Luego cerróse el gran acto con la elección de la Reina del Trabajo y diversas representaciones escénicas. Damos en esta nota gráfica los aspectos más salientes de la fiesta.



La señorita Eva Angélica Caselli saluda sonriente, después de haber sido elegida Reina del Trabajo, casi por unanimidad de votos.







S. E. el presidente de la Nación, general Juan Domingo Perón, felicita a la Reina del Trabajo 1948, señorita Eva Angélica Caselli, por su elección.



El general Perón y su esposa, el doctor Quijano y el coronel Mercante presenciando los diversos actos programados.



Los 33 reinas departamentales que concurren a la Fiesta del Trabajo desde el interior del país, desfilan ante el público que los aplaude entusiastamente. Derecha: Un detalle pintoresco de la eficaz colaboración de la Policía de la Capital.

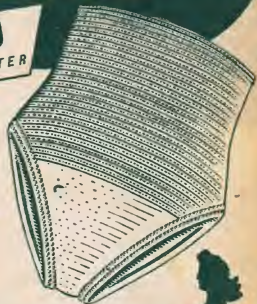
Un aspecto de la impresionante muchedumbre que se reunió en la Avenida 9 de Julio para presenciar los festejos y escuchar la palabra del presidente de la Nación.



# ESPECIAL PARA OBESOS

HOMBRE o MUJER

**ZULÚ**  
MODELO MASTER



**150** bandas en circunferencia de CAUCHO NATURAL con 30 cms. de cintura elástica en trama de 3x8 triple retorcido, que sostiene sin oprimir.

- \* La prenda de ajuste anatómico que protege y reduce.
- \* Para usar debajo del traje de calle o de fiesta.
- \* Enteramente lavable.

## MOD. MASTER

Hasta cinturas de 100 cms. y caderas de 120 cms. de circunferencia \$ 14.90

## MOD. GRAN MASTER

Hasta cinturas de 125 cms. y caderas de 150 cms. de circunferencia \$ 16.90

**EXUA QUE SEA ZULÚ**  
y fíjese que sea  
**MASTER o GRAN MASTER**  
¡Rechace sustitutos!

Los mismos modelos para  
**HOMBRES** (Tomar solo la medida de cintura)

## ZULÚ - Belgrano 456

T. A. 33-1375 Buenos Aires

Sírvase remitirme por contrarrembolso un protector-anatómico ZULÚ modelo \* MASTER.

\* GRAN MASTER.

Nombre

Dirección

Localidad

Medida del contorno de cintura en cms.

Medida del contorno de cadera en cms.

— Tachar lo que no corresponda —



De venta en casas de sport, ortopedias y especialistas del ramo.

Puede adquirirlo también desde su casa por contrarrembolso. Lo recibirá a vuelta de correo.



Fantasmas  
de entre los  
siglos

# Rafael Barret, humano

CURIOSOS EPISODIOS DE LA VIDA DE ESTE SINGULAR ESCRITOR, CUYA  
PERSONALIDAD SE REVELO EN EL PARAGUAY Y SE CONSAGRO  
EN LA CIUDAD DE MONTEVIDEO



Por  
**Valentin de Pedro**

ESPECIAL PARA "LEOPOLDO"

canta en la puerta, para advertir a los interesados que su coche los espera:

«Los cundes de Tal!... ¡Los marqueses de Cual!...

Atrastrados por soberbios troncos de caballos de raza, los coches van desfilando lentamente. Eso facilita la permanencia de sus dueños, durante un breve tiempo, en aquel lugar, convertido en luminoso escaparate, donde se lucen *toilettes*, frases y sonrisas.

Es una escena que se repite todas las noches de abono. Como si pasaran siempre para el mismo cuadro. Pero, de pronto, aquella noche el cuadro se descompone. Un personaje con el que no se contaba, pero que por su porte y su infortunio bien puede figurar en él, aparece en el "foyer". Se adelanta hasta la escalera, sube algunos peldaños y se encara con uno de los caballeros que bajan: un aristócrata de rancio abolengo. Levanta en su mano una pequeña fusta, le cruza la cara con ella.

Tras el chasquido del fustazo, un grito unánime. Más de una señora se desmayó. La sorpresa favorece la confusión. Cuando se restablece la calma, un nombre corre de boca en boca: Rafael Barret. Quien ha cruzado la cara del aristócrata con una fusta se llama Rafael Barret.

No hubo duelo, pero sí descalificación

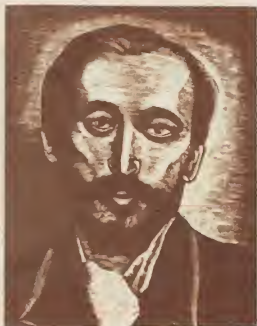
Echegaray triunfaba en aquellos días, y dijérase que esta escena corresponde a uno de sus dramas. Una de aquellas grandes escenas que desenbocaban indefectiblemente en un duelo. En este caso no lo hubo.

Rafael Barret era un joven que no tenía títulos de nobleza, si bien

la distinción de su figura, el señorío de su porte, su belleza física, su espíritu cultivado y el dinero de que disponía al llegar a la corte desde su provincia natal, fueron buenos salvoconductos para que Madrid le abriera las puertas de su mejor sociedad. Se le vio brillar en los salones aristocráticos y en todos los puntos de reunión de la gente elegante.

Pero el día en que se le acabó el dinero, la sociedad que frecuentó hasta entonces empezó a darle de lado. Y no fué eso solamente. Aquella misma sociedad que empezó a desconocerlo, le colgó el sambenito de una calumnia, que tomaba hábito en su belleza física y en su delicadeza casi femenina. Rafael Barret respondió a la calumnia cruzando, con una fusta, el rostro de quien la había echado a correr.

Gran escena echegarayesca, precursora de un duelo. Pero, como ya dijimos, no hubo duelo. Pocos días después, un "Tribunal de Honor" lo descalificaba. Ramiro de Maeztu, que se hallaba entonces en Madrid y que ha referido este episodio, consideró tan injusta aquella descalificación, que publicó una carta abierta en la que se borraba de la lista de los caballeros de honor. Para Rafael Barret la vida en Madrid era ya imposible. Al poco tiempo dejaba la corte camino de América.



RETRATO DE BARRET, POR AUDIVERT



FACHADA DEL TEATRO REAL DE MADRID.



UN MERCADO

# y novelesco

## Iniciación literaria

1093. Redacción de *El Diario Español*, de Buenos Aires. A ella se incorporó un joven escritor recién llegado de España. No trae ningún bagaje literario, ni cartas de recomendación. Pero su rostro respira inteligencia, da pruebas de una extraordinaria cultura y en su prisa se advierte un profundo sentido del idioma y un estilo que le empareja con los prosistas que en aquella hora dan nuevo acento a las letras castellanas. Los de la generación del 98.

Pero he aquí que aquel hombre distinguidísimo, aquel verdadero dandy, un día da a las cajas un pequeño artículo que titula *Buenos Aires*. Comienza así: "El amanecer, la tristeza infinita de los primeros espectros verdosos, enormes, sin forma, que se pegan a las altas y sombrías fachadas de la Avenida de Mayo; la vultura al dolor, la claridad lenta de la lluvia fría y pegajosa que desciende de la inmensidad gris; el cansancio incurable, saliendo crispado y livido del sueño, del pedazo de muerte con que nos alcanzamos un minuto; el húmedo asfalto, interminable, reluciente; el espejo donde todo resbala y hueve; los muros mojados y lustrados; a gran calle pétrea, sudando su indiferencia helada; la soledad donde todavía duermen pozos de tiniebla, donde ya empieza a gusar el hombre..."

Luego, un mundo harapiento, que surge del abismo de la noche, con su miseria, con su odio, con su hambre. Y al final un grito de protesta que espanta. Que, en efecto, espantó a muchos lectores y espantó al director del periódico, don Juan López de Gomara, el primer sorprendido con la lectura de aquel artículo, que en tan bello ropaje literario envolvía una carga de dinamita, y cuya publicación conceptuó como un abuso de confianza. Hubo explicaciones violentas. Aquel artículo era a semejanza del fustazo con que cruzó la cara de un antañorista en la escalera del Real de Madrid; sólo que ahora iba dirigido al rostro de la sociedad. Y esta vez dejó Buenos Aires camino del Paraguay.

## El hospital y la consagración

1090. En un café de Montevideo. Sentado a

## ENFERMOS QUE ENTAN A ASISTIRSE

Forma de ingreso al Hospital. Fecha de ingreso. Nombre del enfermo. Edad. Sexo. Ocupación. Domicilio. Firma del médico. Firma del enfermo.

## EN LA CASA DE AISLAMIENTO

Forma de ingreso al Hospital. Fecha de ingreso. Nombre del enfermo. Edad. Sexo. Ocupación. Domicilio. Firma del médico. Firma del enfermo.

## COPIA DE LA FICHA DE INGRESO DE RAFAEL BARRET EN EL HOSPITAL.

una mesa, José Enrique Rodó. El escritor insigne pasa su vista por las páginas de un diario, se detiene en la lectura de algo que le interesa. Llega un contertulio.

—¿Que lee usted, maestro?

—Este artículo, firmado por R. R. ¿A usted ha leído usted?

CONTINUA EN LA PAGINA 113



**PRESENTELA CON ORGULLO**

...QUE LE ABRIRA TODAS LAS PUERTAS DEL EXITO!

Prepárese científicamente mediante el incomparable Método ROSENKRANZ de estudio por correo.

**PIDA HOY GRATIS! ESTE LIBRO**

**ASOMBROSA DEMANDA**

Se necesitan miles de técnicos en: Reparación, Difusores, Amplificación, Comunicaciones, Radio en la Avión y en la Navegación, Radar, Cine Sonoro, etc.

Estúdieselo fácilmente y obtenga los mejores EQUIPOS y HERRAMIENTAS para sus prácticas, completamente GRATUITOS.



Fundada en 1905  
Creciente con Sucursales en todo el Continente

**NATIONAL SCHOOLS**

**NATIONAL SCHOOLS - H. IRIGORYEN 1556 BUENOS AIRES - ARGENTINA**

Dr. J. A. Rosenkranz, Presidente  
Dep. N.º. 380 - 5

Mándeme su Libro GRATIS sobre RADIO TELEVISION

Nombre ..... Edad .....  
Dirección .....  
Localidad .....  
Provincia .....






Un cuento de  
**AUGUSTO MARIO DELFINO**

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

I

Nubes bajas, densas, han cambiado el cielo. No tardará en estallar la tormenta. El día ha sido de los más calurosos que recuerdan los viejos. Durante la siesta, en las calles del barrio el sol ardió solo, calentó el empedrado. Camino del cementerio, Manuel Barrios no vió a nadie más que a un vigilante refugiado en la sombra escasa de un paraíso. Las persianas y puertas estaban cerradas. Oyó el ruido lejano de un carro. Así, solo, anduvo las ocho cuadras que lo separaban de Amelia. Fue para recordarle qué día es el de hoy, para decirle que no faltará esta noche. Atravesó el portón, pasó frente a la capilla, frente al Cristo de bronce. Se detuvo un momento, se quitó el sombrero. Esta vez no pudo seguir sin antes persignarse. Lo hizo torpemente, equivocándose de hombro, pero como no había nadie, Dios sabrá perdonarlo. Caminó entre panteones, sencillos, horizontales, unos, sun-



# LA RAYA DE TIZA

tuosos otros, en los que las estatuas prolongan el esplendor de una vida o representan, simbólicamente, el dolor de unos dedos. Los mármoles no habían sido limpiados y de las cruces pendían coronas de flores marchitas. El llegó hasta el nicho en cuya placa se lee el nombre de su mujer, y de una de las manijas descolgó rosas secas. Con el pañuelo limpió bronces y piedra y con el pie empujó hacia un lado los despojos de una palma cuyo esqueleto de alambre sosteníase en el nicho de arriba. Volvió sobre sus pasos para estar con Amelia. Entonces no vio las estatuas ni se detuvo ante la capilla. Bajo su traje negro, bajo su camisa blanca, sobre la piel corrían gotas de sudor. Detrás del alto paredón quedó, abandonado por unas horas, el cementerio. En la esquina próxima dobló para andar siempre junto al muro. En la acera estrecha, el paredón volcaba sombra hasta el cordón de la acera de enfrente. Manuel Barrios se detuvo; allí estaba su raya de tiza, la que en la noche le permite ubicar el lugar exacto en que yace la cabeza de Amelia. No es única su inscripción en el muro: hay otras: un vitor a tal cuadro de fútbol, el anuncio de que los muchachos le han declarado "boykot" a un amigo, la frase que se convierte en un insulto para el que la lee... Mas ninguna tan simple como la suya. La hizo de un solo trazo, como el niño

que restriega una piedra fosforescente sobre el zócalo que está a la altura de su corazón.

## II

Manuel Barrios bajó los párpados, mas sin lograr quedarse en la tiniebla. El sol que reverberaba en las paredes claras de las casas de enfrente, al atravesarle la piel lo sonetó a una penumbra dorada. Abrió los ojos. ¿Para qué mantenerlos cerrados, si con ello no alcanzaba la sombra en que está Amelia? Otros miran las tumbas de los seres queridos y hablan en voz alta al recuerdo de sus muertos. El, no. El, no, porque sabe que es preciso ahuyentar de las pupilas toda imagen — hasta la de su mujer — por mucho que le guste evocarla en las horas felices — y callar, para que Amelia lo sienta cerca, lo escuche, lo entienda.

Manuel Barrios destituyó de avisarle a la muerta que no faltará esta noche. Debíó desistir porque cuando se disponía a cubrirse los ojos con la mano, un receptor de radiotelefonía irrumpió con un vals, estridentemente. El ruido salía de una casa de aleros, a través de la persiana en la cual la luna, algunas noches, proyecta la sombra de la cruz de una bóveda. Alguien chistó por ahí: alguien a quien el vals arrancó del sueño. En contracción a su protesta, el tono de la "radio" fue

levantado hasta el chillido. Se oyó un chistido, una amenaza. El vals siguió hasta el final y la voz de un locutor anunció el nombre de la estación, el título de la pieza, la orquesta... Si Amelia hubiese estado durmiendo, Manuel habría atravesado la calle, habría golpeado en una puerta. Pero Amelia no oye los ruidos del mundo. No oye el traqueteo de las jardineras de los proveedores que llegan a la callecita en la mañana, ni los gritos de los muchachos que juegan al fútbol por las tardes, ni el murmullo de los parejas que se apoyan en el muro cuando cae la noche. ¿Qué va a oírlos! Clausurada en su atadú, hasta ella no alcanza el rumor de la vida. ¿Habrá escuchado el tamborileo de la lluvia, al golpear contra las plantas del patio, la madrugada en que la velaron?

## III

Regresó el viudo hacia su casa. El sombrero de paño en la mano, abierto sobre el cuello el pañuelo de seda, anduvo despaciosamente, evitando el sol con el cuidado del que sorrea charcos. Lo acogió, fresca, la sombra de su pieza.

Manuel Barrios vive en una habitación de paredes blanqueadas con cal, rodeada de un pequeño terreno en el que cultiva flores.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 112)





ERNESTO VON DOHNANYI, EL PIANISTA Y COMPOSITOR HUNGARO, QUE MEMORIO EN SU JUVENTUD EL ESPALDARAZO DE BRAHMS.

# Con el

VON DOHNANYI, EL GRAN PIANISTA HUNGARO QUE NOS VISITA, PUEDE SER CONSIDERADO COMO EL ÚLTIMO DISCIPULO DE LA ESCUELA DE LISZT

Por  
**Luis Soler Cañas**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

él sostenemos — desaprobaa todo aquello que tendiese a conferirle aureola de "niño prodigio". El quería que, sin perjuicio de seguir mis estudios artísticos, completase mi educación en mis estudios regulares. Y por sobre todo, deseaba, con muy buen criterio, que no me malograra con apariciones prematuras.

Cursó, pues, el bachillerato, y sólo cuando su progenitor estimó que estaba suficientemente maduro como para afrontar la prueba ante un público exigente, dió su primer gran concierto. Contaba a la sazón veinte años y ello le valió el Gran Premio Milenario de Hungría. Un año después se presentó en Londres con gran éxito, y no transcurriría mucho tiempo sin que obtruyese una coliciada recompensa: el Gran Premio Bösendorfer, o sea la más alta distinción que en Austria se concede a los pianistas y que ofrece la particularidad de consistir, además de una importante suma de dinero, en un piano de cola que se obsequia al ganador.

Los sobrepasados setenta años de von Dohnányi no dan otra impresión de ancianidad que la física. Es una persona sumamente vivaz y simpática, que se mantiene ágilmente erguida, echada un poco hacia atrás y hacia un costado, la frente alta, los ojos claros muy alerta. Charla animadamente, se detiene a veces para pensar un minuto en lo que le dicen y luego la respuesta emerge súbitamente. Sus gestos, sus miradas expresivas, sus manos constantemente agitados y llenos de elocuencia, trasuntan un estado de ánimo completamente juvenil. No ha envejecido el espíritu de este hombre para quien parecen no haber pasado los años.

Aunque von Dohnányi figura con justos títulos entre los autores modernos, sus preferencias están por la música clásica y la romántica. Lincea en la que también, dentro de su modernidad, cabe ubicarlo. No cree que Shostakovich sea "muy moderno" o "ultramoderno", calificación que uno de los presentes ha arriesgado, pero en general confiesa que huve de disonancias y cacofonías para refugiarse en los grandes músicos del pasado, Beethoven, Liszt, Schubert, Schumann, Brahms, Mendelssohn, etc. Es interesante, y aun capital para una mejor comprensión de von Dohnányi como intérprete y compositor, consignar aquí que el artista húngaro viene a ser hoy el único y el último representante viviente de la escuela de Liszt. Estudiante en la Academia Musical que en Budapest lleva el nombre del famoso músico, von Dohnányi contó como profesor de piano al maestro Esteban Toman, discípulo de Liszt que recibió su preciosa herencia musical. Y así como éste imprimió en Toman las características personales que formaron su escuela, transmitiéndole las esencias de su personalidad espiritual, puede afirmarse que Toman, a su vez, las legó a su discípulo von Dohnányi. Completando esta ligera semblanza, añadiremos que en plena juventud (a los veintiocho años), Josef Joachim le ofreció el cargo de profesor en la Escuela Superior de Música de Berlín, que ejerció hasta que el gobierno húngaro lo nombró profesor, siendo más tarde director general de la renombrada Academia Musical Franz Liszt; que en 1927, celebrando el centenario de la muerte de Beethoven, organizó una serie de cuarenta y seis conciertos, en cuyo transcurso ejecutó todas las sinfonías del gran maestro en el teatro del Burg de Budapest; que ha

**P**or vez primera, en una larga vida totalmente dedicada a la música, visita la Argentina el gran pianista y compositor húngaro Ernesto von Dohnányi, contratado por el Teatro Colón para ofrecer seis conciertos en la presente temporada. Como muchas veces ocurre, el nombre y la fama del maestro Dohnányi nos habían llegado mucho antes que su presencia física. Ahora, el autor de la difundida "Ritua Hungarica", que es una de sus obras más características y que mejor reflejan su personalidad artística, nos hace una primera visita, que tal vez se repita más adelante, según se nos anticipa.

Tal como acontece con la mayoría de los artistas de renombre, la existencia de Dohnányi está jalonada o matizada por una serie de hechos interesantes y curiosos. Nuestro actual huésped, nacido en la ciudad de Pozsony (Hungría) hace más de setenta años, y por pertenece a una familia en la que la música es costumbre y tradición intensamente cultivadas, reveló su vocación y sus no comunes dotes musicales a tempranísima edad. Su padre — que recuerda en cierto modo el caso de Einstein, pues como éste era físico y matemático — tocaba muy bien el violoncelo y era muy músico, como el resto de la familia. El fué quien le dió las primeras lecciones, primero de piano, luego de violín, cuando Ernesto contaba apenas seis años de edad. Más tarde tomó lecciones del organista de la catedral de su ciudad natal, aprovechándolas tan bien que a los nueve años dió lo que, siguiendo una rigurosa relación cronológica, podría estimarse como su primer concierto en público.

—Pero mi padre —apunta Dohnányi al rememorar los primeros pasos de su carrera, en la conversación que con

# espaldarazo de Brahms

nocado en compañía de Jacques Thibaud y otros afamados intérpretes mundiales, y que en 1911 llegó a cabo un gran concierto conmemorativo de la unión de Buda y Pest en una sola ciudad.

Ayer como hoy, la crítica le ha dispensado el elogio inequívoco que se otorga a los grandes intérpretes de la literatura musical de todos los tiempos. Pero von Dohnányi no sólo es maestro de músicos, excepcional pianista y compositor de limpia personalidad. Como director de orquesta su labor no es menos calificada. Condujo primeramente la Filarmónica de Budapest, con la que realizó consagradoras giras, y luego su batuta ha figurado al frente de los conjuntos orquestales más importantes de Europa y América del Norte. En esta última dirigió por varios años la States Symphony Orchestra de Filadelfia.

—El recuerdo más emotivo de mi vida — dice ante una pregunta nuestra —, quizás el más grato que conservo es uno que me retrotrae a la Viena de fines del pasado siglo. Era en 1895 y yo tenía diecisiete o dieciocho años. El gran Brahms estaba entonces en la plenitud de su gloria, ya al término de su carrera y de su vida, y tuvo a bien concederme una entrevista, a la cual yo llevé mis primeras composiciones escritas. El gran músico declaróse francamente entusiasmado con ellas, tanto que él mismo llevó a cabo gestiones para que mi opus 1, un quinteto para piano e instrumentos de cuerda, se ejecutase en público, con la Wálkirie. Ese fue el espaldarazo que recibí de Brahms, diez años antes de su muerte, ocurrida en 1897.

Se conversa luego de Europa, en donde ha pasado los años de la última guerra.

—Esta significó un gran obstáculo, como es natural, para las actividades artísticas. Costará mucho volver a lo de antes en ese sentido, pero ya en Francia se observa un renacimiento musical bastante intenso. En Viena, y en Austria en general, ocurre algo parecido. Durante esta postguerra se han realizado dos festivales en Salzburgo que evidenciaron el anhelo de recuperar el nivel artístico que la hizo famosa en el mundo musical. Los gobiernos aliados, por su parte, apoyan ese resurgimiento del arte en las naciones asoladas por la guerra.

Pero von Dohnányi no quiere hablar ni oír hablar de la guerra ni de sus consecuencias. Nos refiere una interpretación de "La Wálkirie", a la que asistió no hace mucho en Europa, y en la que los cantantes vestían traje de etiqueta, para darnos una idea de la forma en que deben trabajar los artistas en esta dura postguerra, y en seguida pasamos a hablar de sus últimas obras: una sinfonía, un concierto para piano y diez piezas para el mismo instrumento han sido compuestas por von Dohnányi en los dos últimos años. Su concierto para piano (opus 42), estrenado en diciembre del año último en Londres, bajo la dirección de Sir Thomas Beecham, obtuvo gran éxito. Además, prepara su opus 43, compuesto por seis piezas para piano, de las cuales una, el "scherzino", ha destinado para su estreno en Buenos Aires.

Como no todo ha de versar sobre música en nuestra difícilísima, pero cordial charla, en la que casi continuamente interviene como intérprete su representante, pues von Dohnányi habla poquísimos castellano, le demandamos su opinión sobre Buenos Aires.

—Mis primeras impresiones son inmejorables. Es una gran ciudad. Me ha llamado la atención lo limpia que es, especialmente comparada con otras grandes metrópolis modernas. Me gustan sus grandes espacios abiertos, sus paseos, sus plazas. De la ciudad misma, me ha impresionado mucho la calle Corrientes, deslumbrante de luces y de carteles multicolores por la noche,

atravesada siempre por enormes muchedumbres que dan la sensación inolvidable de su intensidad vital. También la calle Florida me ha agradado.

—¿Qué hará después de sus conciertos en Buenos Aires, maestro?

—¿Cuáles son sus proyectos?

—Oh, son muy sencillos!... Iniciaré una gira que abarcará Brasil, Uruguay, Chile y algún otro país sudamericano, luego de lo cual, y por primera vez en esta postguerra, pasaré a los Estados Unidos, donde actuaré solo y al frente de orquesta.

—¿Volverá a Buenos Aires?

—Es muy posible, y tal vez dé conciertos a dos pianos con un gran colega mío, Taras Mikicha. \*

COMERCIO

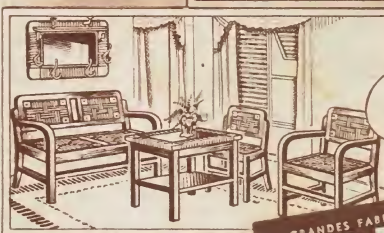
**MUEBLES DE CALIDAD**  
que seducen por su magnífica presentación, acabado perfecto y resistencia ilimitada, producidos en nuestras Grandes Fábricas con maderas muy finas y  
**A PRECIOS MUY BAJOS**



JUEGO DORMITORIO  
COMPLETO,  
\$ 1.250.-



JUEGO VESTIBULO,  
SIETE PIEZAS,  
\$ 295.-



Tenemos tres pisos completos con diversidad de modelos de Living-rooms y de todos los precios.

Al Interior remitimos catálogo ilustrado, sin cargo alguno

GRANDES FÁBRICAS DE MUEBLES

**CAMBA**  
2100 BELGRANO 2104 Y RINCÓN 456



Un cuento de  
**ARMANDO BAZAN**

ILUSTRACIÓN DE RAUL VALENCIA

topías más empinadas de los árboles conocían el tacto de sus manos cazadoras de nidos y de frutos. Sabía todos los nombres de los pájaros. Amaba como a una cosa suya al zorzal libre que se clavaba entre las hojas de los árboles, igual que una saeta; a la "santarrosita" de amarillo encendido, que aparecía como una llama de aire en los comienzos de verano; al picaflo de mil colorines, tan fino y delicado, que no se sabe si es pájaro o si es mariposa. Pero prefería, sobre todo, al "huanchaco" por su pecho bermello, como si estuviera herido, y porque no cantaba quieto, sino aleteando en el aire. Y, de todo lo que llevaba a su casa, el durazno más hermoso y fragante, la caña dulce, mis sabrosas, eran para su madre. Y para su hermana Julia: el trébol enorme de cuatro hojas, o la amapolita retinta que tiraba al negro de puro encarnada.

De tales correrías, búsquedas y ajetreos, solía volver al pueblo con los zapatos y el traje rotos, accidente que no dejaba de molestar a sus familiares, y muy señaladamente a su padre, quien le decía entonces sumamente disgustado y despectivo:

—Te has creído que estoy acuciando soles para comprarte cada día, zapatos y ropa? Te equivocas. Ya puedes irte así por la calle, como un "méndigo"...

—Mendiiiigo, papá, se atrevía a corregir el aludido, preparándose a tomar la retirada.

—¡Insolente! — intervenía su madre. Otras veces le decía:

—Un día de estos va a quebrarse la rama del árbol y te vendrás abajo. Verás. Ya te he rasotado muchas veces la cabeza. Pero no estarás quieto hasta no romperte el alma de veras.

Por último, en otras ocasiones, cuando

ríos con sus casas grandes de tres a cuatro pisos y sus jardines lindos en las plazas con sus bancos, donde se sienta el que quiere. ¡Con su luz eléctrica! Cuando en Tugal las noches son oscuras y no se puede caminar por las calles. Por allí están Yurimaguas, Iquitos, Manaos, hacia donde van los hombres en busca del caucho y de la buena suerte, que debe ser así como una de esas vírgenes de la iglesia del Carmen, sonrosada, sonriente, bonita. ¡Cómo será!... Y el lado opuesto es occidente. Por allí está el mar. El nar, a siete jornadas a lomo de caballo...

Su tío Martín solía hablarle frecuentemente de estas cosas, a pesar de que su hermana Margarita se lo había prohibido.

En Chilte comienza la línea férrea. Hasta allí viene la locomotora con sus vagones, desde Pucallpa. ¡Ese es el tren! ¡Madre mía! La primera vez que lo veas venir, te echarás a correr como hace toda la gente que nunca lo ha visto.

(CONTINUA EN LA PÁGINA 113)





Un nuevo "argumento  
de amor"  
para sus labios

el tono  
**CYCLAMEN**  
del lápiz labial

*Invisol*



Descubra toda su  
belleza!... Ponga en  
sus labios ese toque de  
encanto que sólo el tono  
**CYCLAMEN** de lápiz labial  
**INVISOL** le brinda!... Contém-  
plese luego en el espejo y verá  
que **INVISOL** es realmente un  
nuevo argumento de amor para  
sus labios.

Pídale también en los tonos:

**FUEGO,  
TROPICAL,  
ROSICLER,  
LIGHT Y  
CARIOCA**

Únicos distribuidores:  
**JOSE E. ROSETTI**

En Buenos Aires

## ACTUALIDADES GRAFICAS



**EL MENSAJE DEL PRESI-  
DENTE.** — Con la oco-  
sionada solemnidad y el  
ceremonio de práctica, re-  
unidos la Asamblea Legis-  
lativa en el recinto de la  
Cámara de Diputados, a  
fin de escuchar el mensa-  
je del presidente de la Na-  
ción—que fue muy aplaudi-  
do— y con el cual queda-  
ran inauguradas las sesiones  
ordinarias del Congreso

**VINO DE HONOR.** — En  
el Salón Azul de la Cáma-  
ra de Diputados fue aga-  
sajado la esposa del pre-  
sidente de la Nación, por  
el sector oficialista. Ra-  
dican aquí a la señora Ma-  
ría Eva Duarte de Perón,  
el presidente del Senado,  
doctor Quirós; el presi-  
dente de la Cámara de Di-  
putados, doctor Cámpora y  
otros miembros del cuerpo.




**AGASAJADO.** — Por el ex-  
to de su obra, "Emancipa-  
ción económica americana"  
fue agasajado el señor Carlos  
A. Warren. Al acto concu-  
rieron el edecán del pre-  
sidente de la Nación, teniente  
coronel Battistini, y otras per-  
sonalidades.

**CONVENCION.** — Con la pre-  
sidencia de Mr. Arthur  
J. Bress, gerente general de  
la Argentina, realizase la  
convención anual de super-  
visores y vendedores de esa  
firma comercial. El acto fué  
finalizado con un banquete de  
—aradería.



**EXPOSICION.** — El 24 del co-  
rriente será inaugurada, en la  
sala Wilcomb, una exposición de  
obras del pintor José Calzadilla.  
La muestra, que consta de nu-  
merosas telas, permitirá estudiar





M E D I A S

MINUÉ

EN *Nylon* Y EN

*Seda Natural*

SUTILES Y HERMOSAS...

- PERO TAMBIÉN RESISTENTES!

Medias que unen una incomparable  
hermosura y delicadeza, a la dura-  
ción más extraordinaria! Medias en  
las que, bajo una apariencia de  
fragilidad y delicadeza, se oculta  
una consistencia pocas veces vista...

Es que... son hermosas por ser  
de Minué, y son resistentes  
por ser de nylon!

Escena de  
"L'Après-midi  
d'un Faune", de  
Aquilino Claudio  
Debussy (1862-1918)





un cuento de  
**ELIAS CARPENA**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"  
ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

# MUCHACHOS

**J**UGANDO con el lazo, salió del corral del tacho el mulato Calixto; iba revoloteándolo. Lo hizo girar por sobre su cabeza y lo arrojó a los aires; abierto, el lazo se metió por la empuñada corona de un cardo florido. Al ceñirse en el vegetal espinoso, tiró recinamente de manera que el cardo, al ser arrancado de cuajo, saltó a los aires. El mismo se alabó la bagueta; mostró los dientes en una sonrisa blanca y se dijo: "¡Ah, pulso lindo!" Recordó a su padre, el negro Baltasar Galindez, y lo evocó en una escena natural, con el lazo: pialando o enlazando, y terminó por decir: "¡Mi padre no erraba pial!... Pues entonces a él salgo".

Luego de recoger el lazo, se ingirió y se detuvo en la contemplación de la lejanía. Miró por el lado sur, cerca del río Maranza, cómo verdeaban las lagunas, y dejó los ojos prendidos de aquel refulgente verde acuático. Bien podía decirse de él que era un gauchito negro. Usaba zapatillas de lona con suela de sogá, amplia bombacha gris y blusa negra. Era barbilampiño y toda la atención varonil la cifraba en el cuidado de su abundante pelo reluciente y prieto de notas.

Caminó con arrogancia y pasto a paso, hasta meterse debajo de la enramada, donde el patrón del tacho, el inglés Wilkes, se encontraba pagando el trabajo a sus muchachos. Al notar su presencia, le preguntó: —Decime, Calixto: lo tuyo son seis caballos, ¿no?

Ante el gesto afirmativo, tomó un sobre que contenía el dinero y le alcanzó su paga.

El mulato Calixto, después de tenerlo en la mano y de leer los pesos que contenía, no quiso aceptar el dinero que el inglés le había brindado. Lo arrojó contra la mesa y le rugió su encono:

—Usé se aprovecha demasiao de la gente... — Se tomó la cabeza, como si la tuviera herida, y se apretó la pelambre motosa sobre el cráneo. Luego continuó: —Ande se ha visto darne diez pesos por seis caballos... Si parece urraca ladrona: todo lo quiere pa' su caja 'e fierro.

El inglés Wilkes se alzó violento en su silla. No era un hombre alto, aunque lo parecía, pero sí vigoroso, de reciedumbre atlética. Era de pelo rojizo, corto y enmarañado y de cara pecosa y rubicunda. Tenía aspecto, con su camiseta marinera, más que de hombre de tierra, de un marinero contrabandista. Buscó un tono áspero y transfiguró en duro su apacible gesto. Quiso herir y puso violencia en la palabra:

—Atendé: vos que sos como la tuna y hacés que no se te pueda agarrar, porque mostrás nada más que espinas. Tenés que saber lo primero, que yo te protejo... De modo que ni el aire puede rocarte. De modo que podés reírte hasta de la misma policía... Y eso es mucho... ¿Sabés cuánto vale que te respeten a vos, que sos nadie; que sos un pobre nadie en esta tierra en que vivís? — Iba a encararlo de cerca, tal vez a sacudirlo, a golpearlo, pero cambió de pronto el trato, y el gesto se le volvió de fiero en bondadoso; se armó de una sonrisa y continuó



# CUATREROS

en su discurso: —Aquí no debes de mirar sólo la plata que te doy... Vivis aquí... Aquí mantenemos a tus caballos y, además, los pesos que te vas llevando los podés ganar como quieras, porque es plata libre, más libre que el viento. — Terminó el discurso envolviéndolo en un fraternal gesto y una sonrisa que quería decir de lealtad justiciera. Y aun se le oyó en unas palabras postreras, para con ellas, dejar terminado el entredicho: —El único que aquí es principio sos vos... Tenélo en cuenta.

El mulato Calixto escondió su disgusto, y sin responder salió de la enramada. Se le notaba el desconcierto. Echó la vista para el monte y derivó los ojos; lo estuvo observando, lo hizo dar unas vueltas y, como si fuera una taba, hacía que cayera en la palma de la mano. Luego lo echaba a los aires y lo hacía revolotear, y cuando caía, lo tomaba del mango. Repitió ese juego varias veces y en seguida se apresó para tirarlo. Midió la distancia que lo separaba del sauce, echó un pic adelante y arrojó el puñal. La hoja brillante iba hundiéndose el espacio y se clavó en el tronco. El puñal quedó cimbrando.

Le dijo el inglés, riendo:

—De haber sido yo el sauce, me echás al otro mundo...

El mulato Calixto respondió, con lo que se le oyera y de espaldas a todos:

—¡Bah!, quedaríamos con un diablo menos... Después me iría pal norte... y que me hallaran los brujos.

Se volvió, dándose de frente, y sostuvo su altanería y miró al inglés con desprecio. Todo se resumió en un gesto que quería decir: "¡Bien merece que lo echés al otro mundo!"

El inglés Wilkes le murmuró a los muchachos que tenía a su lado:

—Este Calixto tiene mala sangre... y yo sé bien que la raíz de estas provocaciones no está en la plata!... Se puso meditativo y pensó: —¡El desaire de una mujer lo subleva!

\*\*\*

El inglés del tacho (?) acogía bajo su amparo a todo perdlario que anduviera a malas con la justicia. Le daba seguro albergue y cobrábase después la hospitalidad iniciándolo cuatrero. Cuatrero, ¿Dios mío!, y no eran sino muchachos. "Niños cuatreros", les llamaba el inglés, con vanidad siniestra, pero admirando la precocidad de esos jóvenes en delincuencia. Allí, a su lado, aquella tarde, los tenía alrededor de una mesa, boquiabiertos, encantados con el relato de los templieros de Walter Scott. Los cuatro, a no mediar la influencia del dueño, no eran sino gente de presidio. Eran todos: el mulato Calixto, Montiel, el zurdo; el salteño Faustino y el corcobaado Reyes, el más aclado y metido en la voz florida del que decía el relato.

Fuera de su mundo, otro mundo tenía vida en ese instante. La tarde de serío comenzó caliente, tórrida, con un sol que achicharraba la tierra y apocaba el vigor de los vegetales. Planeaban los caranchos

(1) Tacho llamabase en otro tiempo al matachero de caballos.

(CONTINUÉ EN LA PÁGINA 109)

## AHORA!

es el momento  
para depurar  
su organismo.



En sus 3  
formas:  
JARABE  
POLVO  
SELLOS

## GIROLAMO PAGLIANO

PURGANTE - DEPURATIVO

APROVECHE SUS HORAS LIBRES con el  
**EQUIPO FOTOGRAFICO**  
COMPLETO  
"MAXIM"



**GANESE HASTA \$1.000**  
por mes al margen de sus ocupaciones.

Con el Equipo Fotográfico "MAXIM" usted puede revelar y copiar fotografías en su casa. ¡Hágalo por placer o como negocio! Realice estos trabajos para farmacias, ópticas, fotografías, etc.

SOLO VALE  
\$ 300

Este importe usted lo puede recuperar en los primeros 3 días de trabajo.

EL EQUIPO COMPLETO CONSTA DE:

- 1 Impresor de copias con marginales, movable hasta negativos 8 x 14, provisto de lámpara incandescente y roja.
- 2 Pao. de revelador.
- 2 Pao. de fijador.
- 1 Abrillantadora de copias, eléctrica y a chapeo cromada.
- 1 Cilindro de bronce cromado y rodillo goma para revelar copias.
- 3 Casetes para revelar papeles fotográficos y rollos.
- 2 Pao. de revelador.
- 2 Pao. de fijador.
- 1 Placa cromada para revelar papeles.
- 3 Paquetes papeles fotográficos.

**GRATIS**

Con el Equipo Fotográfico "MAXIM" usted puede revelar y copiar fotografías en su casa. ¡Hágalo por placer o como negocio! Realice estos trabajos para farmacias, ópticas, fotografías, etc.

SOLICITE FOLLETOS A  
**ÓPTICA Y FOTO**  
**"NAZCA"**  
JULIO RODRIGUEZ

**NAZCA 1801 - T. A. 59-7565 - Buenos Aires**



# Entre libros y autores

## La obra de Francisco Luis

**C**UANDO vamos a verle, Francisco Luis Bernárdez está, como quien dice, con un pie en el estribo. El autor de "Poemas elementales" se marcha a Córdoba dentro de pocos días, pero distrae algo de su tiempo para responder amablemente a nuestras preguntas.

—¿Cuándo publicó sus primeros versos, Bernárdez?

—Le diré un detalle que es casi ignorado, y es que los primeros versos que publiqué estaban escritos en gallego. Se dieron a conocer en revistas de Galicia, región de España a la que estoy vinculado por mi familia y en la que residí varios años cuando joven. Actué allí junto a los escritores reunidos en torno de la revista "Nos", cuyo objeto era exaltar los valores de la nación galega, y entre los que se encontraban prestigiosas figuras como Vicente Risco, Ramón Otero Pedrayo y otros. En Madrid publiqué mis primeros libros, "Orto", "Bazar", "Kindergarten", libros juveniles, que no he querido reeditar, que son como la prehistoria de mi vida literaria, si nos atenemos a la frase de Alfonso Reyes, de que todo escritor tiene una historia: su obra, y una prehistoria: sus primeras manifestaciones y tanteos.

—¿La proscripción alcanza también a "Alcándara"?

—"Alcándara" representa en cierto modo otra etapa, pero también es obra juvenil.

—¿Qué más hay de su actuación en aquellos años?

—Lo que yo podría decirles es de sobra conocido: intervine activamente en los movimientos de *Proa*, *Martin Fierro*, etc. Luego hice periodismo, me enfermé y se abrió un largo paréntesis en mi actividad literaria, período de silencio quebrado en 1935 con la aparición de "El buque". Pero todo eso es muy conocido, no tiene interés alguno...

—Bien, hablemos entonces de su obra. ¿Qué puede decirnos de ella?

—Naturalmente, yo he trabajado con un sentido serio mi obra. No me hecho conexiones a la moda, sino en muy raros casos, y he tratado de serme fiel a mi mismo en lo posible. ¿Qué puedo decirle de mis primeros libros? Los considero, ya, se lo he dicho antes, libros prematuros, que no puedo contar hoy como obras representativas. A partir de "El buque" creo que desarrollo un estilo poético propio, que responde a una posición estética determinada. En "El buque" traté de rehabilitar una composición estrófica, la lira, que yacía olvidada y había sido mal usada por los neoclásicos del siglo pasado. Quise devolverle su sabor tradicional, pero sin hacer *pastiche*, con un sentido moderno. En los libros sucesivos también tuve presente, como en "El buque", mi preocupación por la técnica, que no creo una cosa desdenable, sino importantísima, fundamental. La técnica es para mí la mitad de la obra. Yo le doy mucha importancia a los elementos físicos de la poesía,

a la música, a las alteraciones, a todos los refinamientos, en fin, de la elocución poética. Me ha preocupado mucho el soneto —el soneto endecasílabo— la canción, el terceto... En una palabra, he querido renovar, o, si se prefiere, volver a usar ciertos metros y combinaciones rítmicas y estróficas, pero con un espíritu de ahora, con un espíritu actual, pues le tengo horror al *pastiche*, a la imitación. Lejos de ser un problema, para mí ha sido algo natural decir las cosas de hoy en el lenguaje y con los cánones del siglo XVI, que son para mí la forma de la poesía. He tenido mucha fortuna en una forma que ha sido muy bien acogida: el verso largo de veintidós sílabas, con acentos fijos, compuesto de dos hemistiquios de 9 y 13 sílabas

respectivamente, y que he sido el primero en usar. Los poemas escritos en ese metro tienen la particularidad de que cada verso es una entidad autónoma, tiene vida propia, independiente de los demás: algo que antes no se concebía, que no era posible en los metros tradicionales. Esa forma estaba ya prefigurada en *Cleopatra de tierra*, en el "Poema de las cuatro fechas" y en la "Estampa de San Martín de Tours", pero allí hay todavía libertad de acentos. Donde queda fijada definitivamente es en el poema "La noche", de *La ciudad sin Laura*, de



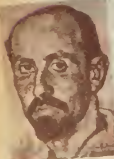
de cinco estrofas, como todos los posteriores. Me siento verdaderamente satisfecho y orgulloso —añade Bernárdez— de esa forma, que me ha permitido desarrollar los grandes temas de un modo holgado. Esa clase de verso, amplio, de gran respiración, diría yo, se acomoda perfectamente a mi pensamiento.

—¿Cuál de sus libros es el que más le satisface como creador, el que más le gusta?

—Yo le respondería que el que más me gusta es siempre el último. A medida que se avanza en la vida literaria, se va entrando en nuevos temas, en nuevas zonas temáticas, que parecen atraer más que las anteriores. Para mí, sin embargo, el que tiene una unidad más profunda y, salvo detalles, me parece el más denso y representativo, es "Poemas elementales". Pero el libro que más quiero de los míos es "La ciudad sin Laura".

—¿Cuáles son, a su juicio, los escritores más represen-

## NOTICIAS BREVES



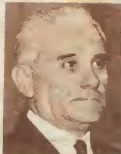
◆ Próximamente visitará Buenos Aires una de las glorias más puras de la poesía española contemporánea, Juan Ramón Jiménez, quien pronunciará algunas conferencias con el auspicio de "Los Annales de Buenos Aires".

◆ El joven poeta Alfonso Sola González, actualmente catedrático de literatura argentina en la Universi-

dad de Cuyo, prepara un volumen de ensayos, a publicarse próximamente, sobre la literatura de nuestro país en la época colonial.

◆ De Guillermo House, el vigoroso creador de "El último perro", ha aparecido en estos días la segunda edición, aumentada, de su libro de cuentos "El caso de los gauchos".

◆ Para mediados de este año se ha fijado la fecha de aparición de la gran novela en que Leopoldo Morel ha venido trabajando du-



rante todos estos últimos años.

◆ Una nueva edición crítica del "Martin Fierro" se ha añadido recientemente a las varias que de nuestro poema máximo existen. En este caso, el cuidado de la edición estuvo a cargo de un experto martinfierrista y gran conocedor del poema, don Santiago Lugones.

◆ Un aporte de gran interés al conocimiento de la historia patria significa el volumen que acaba de publicar el señor Mario César Gran con el título de "Rosas y Urquiza", en el que estudia las relaciones que ambos personajes sostuvieron, después de Caseros, sobre la base de una correspondencia íntima, en gran parte inédita hasta el día de hoy.

# Bernárdez

tativos de su generación en la actualidad?

—Son de mi predilección, por razón de afinidades de todo orden que me ligan a ellos, intelectual y hasta sentimentalmente, Mallea, Borges, Marchal, Molinari. Pero hay muchos otros cuya obra me interesa profundamente. Quiero citar entre ellos a Nalé Roxlo, a Rega Molina, a Barbieri.

—¿Y entre los jóvenes?

—Entre los jóvenes Wilcock, Etchebarne...

—¿En qué trabaja en estos momentos?

—Tengo un plan grande de labor: varios poemas planeados, algunos largos, y también sonetos, canciones, estampas... Estoy trabajando mucho en un poema religioso, un poema largo, del tipo de "El buque", que pienso terminar antes de fin de año. Hace tiempo, como quince años, que tengo concluido un libro de prosas poemáticas, "El sueño", algo del cual apareció en *Sur* y otras revistas. Quería darlo a la estampa este año. No sé aún si lo haré. Casi terminado está "La pregua de Dios", un libro de ensayos que posiblemente publique en 1949, y pienso reunir mis traducciones del latín, de los himnos litúrgicos, de los himnos oficiales de la Iglesia, en un volumen, y realizar una "Antología de Navidad" con mis poesías de este tema. En fin, los proyectos son muchos: falta saber si se podrán realizar todos. Ahora, como publicación inmediata, puedo anunciarle la de "Poemas Nacionales", integrado por "La patria", "La bandera", "El libertador" y "El soldado", cuatro poemas de inspiración argentina y cuya profunda unidad de tema me ha impulsado a reunirlos en un volumen. Saldrá por Sudamericana, con ilustraciones de Basaldúa y un prólogo mío, inédito, claro está.



Armando Bazán, distinguido escritor peruano, que pronunció recientemente en los salones del Club Amigos del Teatro una disertación sobre "Verlaine y su tiempo", que fue muy aplaudida.



En el acto realizado en homenaje a Paul Groussac, que auspició la Asociación Amigos del Libro, hizo uso de la palabra el conocido escritor Augusto Mario Delfino.



Bajo los auspicios del Centro de Historia Mitre, disertó recientemente el señor Enrique Rodríguez Fábregat sobre la vida y la obra de Florencio Varela, cuyo centenario se conmemora.



"Soliloquio" tituleste el nuevo libro de poemas de Miguel D. Etchebarne, donde el autor de "Lepanto", premio municipal de literatura de 1945, prosigue con este indudable un modo nuevo de expresión poética.

## ¡Elegancia, Optimismo Personalidad!

Conquistelas vistiendo los irreprochables trajes de GRANDES SASTRERÍAS THE CITY, una alta expresión en el vestir masculino.

CREDITOS  
A SOLA  
FIRMA



### LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDOS

Pasión, poemas de Pancho Correa. 65 páginas. Editorial Florencia y Lafón. Montevideo.  
 NO TEATRO, obras de Pancho Correa. 175 páginas. Editorial Florencia y Lafón. Montevideo.  
 CUANDO EL AMOR SE EQUIVOCA, novela de H. W. Steele. 228 páginas. Editorial La Semana. Roque Sáenz Peña. Chaco.  
 GLI SCOTENNATORI DELLA PRATERIA, novela de Luigi Motta. 66 páginas. Editorial Uggé. Milán.  
 GUÍA QUINCENAL DE LA COMISIÓN NACIONAL DE LA LECTURA N° 18. La actividad intelectual y artística argentina.

U T 34-  
C202/1941

ANEXOS. BONETERIA Y CALZADOS



# Cine

por AMELIA MONTI

## ANGULOS Y ENFOQUES

Manuel Romero se halla abocado al estudio de dos argumentos. Uno para Sono Film, cuyo argumento se filmaría con Mirtha Oziz al frente del reparto y con el título sugestivo de "La rubia Mireya", cuyo personaje ya identificó la citada actriz en "Los muchachos de antes...". El otro argumento de Romero es "La historia del tango", que comenzará a rodarse, seguramente, en junio, bajo el sello Cosmos.

Cierta productora tiene interés en conversar con la conocida escritora y actriz Blackie, para proponerle que realice la adaptación de "Feliz cumpleaños", pieza teatral traducida por ella, y la que se tiene el propósito de llevar a la pantalla local. No estaría del todo mal. Pero ¿quién sería su protagonista cinematográfica?

A fines del corriente mes, Carlos Hugo Christensen comenzará una comedia, en Lumiton, sin título aun. Roberto Escalada, Susana Freyre, Tilda Thamar y Pedro Quartucci encabezarán el reparto.

Como ya lo adelantamos oportunamente, Silvana Roth será la protagonista de "Esperanza", próxima producción de Sur. Así se confirma, en efecto, adelantándose a la acompañarán en el reparto central Jacobo Ben Ami, Aída Alberti y Francisco de Paula. La filmación quizá haya comenzado ya en Chile, donde se tomaron exteriores.

La productora de las tres A proyecta filmar este año "Ameghino", con Enrique Muño y Angel Magaña. Se ve que el sello de los grandes proyectos y las buenas realizaciones no les teme, muy por el contrario, a las biografías, pese a que éstas son siempre verdaderos compromisos. Pero también donde es posible obtener grandes éxitos si hay calidad para lograrlos.

IMPERIO ARGENTINA animará a la protagonista de "El embrujo de Sevilla", con dirección de Benito Perojo, y quizá en pareja con Hugo del Carril.



## HÁ LLEGADO AMADEO NAZZARI

Ante todo, una rápida biografía de este galán italiano que ha logrado acaparar para sí la simpatía de los grandes públicos cosmopolitas del mundo. Nació en Cagliari (Cerdaña). En tierra sarda pasó toda su infancia, y su adolescencia transcurrió en la Universidad de Roma — según sus progeni-

MARIA MONTEZ, según los últimos rumores que amanan de los estudios, podrá morir a 50 hombres en su próximo film, caso que, por supuesto, dejará completamente imposible a su marido; de ahí Pierre Aumont, quien toma parte, junto a su bella esposa, en dicha película.

## ENTRE ASTERISCOS

Antes de partir, en sus vacaciones últimas, Evelyn Keyes apareció frente a Dick Powell en el sensacional melodrama "La última hora", una de las próximas atracciones estadounidenses para la corriente temporada.



Los que en los "teatro" lo han visto bailar, dicen que Clark Gable, como bailarín, no amenza en nada la fama de Fred Astaire. Gable tiene que rendir varias pruebas de baile en su nueva película "The hucksters", pero desde ahora decimos que, aunque no lo hace mal, no se podría compararlo con el inigualable actor de "Sombrero de copa".



Marc Platt acaba de terminar la filmación de una nueva fantasía en technicolor, cuyo título original es "Down to earth", con Rita Hayworth y Larry Parks en los papeles estelares. Inmediatamente inició los trabajos para una nueva presentación de bailes, que espera dar a conocer bajo el nombre genérico de "Ballet Russe". ...



GRETA GARBO fué descubierta paseándose, no hace mucho, por Nueva York, tratando de ocultarse tras una peluca negra, probablemente para ahuyentar a los cazadores de autógrafos, que siempre constituyen la pesadilla de la gente célebre.

Van Johnson dice que no puede compartir sus vacaciones con ningún colega, pues todos saben que su pobreza es extremada. Sus compañeros sostienen que el apuesto galán ha desarrollado un gran sentido del ahorro. Van ha estado ganando durante la temporada última a razón de \$200 dólares por semana, y creemos que, dada esa cifra, sus colegas tienen razón...



tores - y entre el mundillo bohemio de la farándula - según la realidad estricta -. Cuando en Cagliari se supo la verdad, Amadeo pasó las de Calvi, pero, poco a poco, consiguió doblegar la voluntad paterna, encaminada a brindarle un título al hijo, y así fué como lo vemos "corriendo el bosque", incorporado a un seartrillo de barrio de los alrededores de Roma. Finalmente, un empresario se interesó por él, incorporándolo a la compañía de Gualterio Tumiati. A partir de entonces actuó sucesivamente con Luigi Carini, Annibale Ninchi, Marta Abba, Tatiana Pavlova, Memmo Benassi, Emma Gramatica, Anna Fontana, Francesca Bertini y Elsa Merlini. Con esta última actriz hizo su debut en la pantalla, pero como no quedó satisfecho de su labor, volvió al teatro, contratado por Alberto Picasso. La Merlini, segura de que el joven actor tenía talento y condiciones, lo convenció de que su porvenir estaba en el cine, y desde ese momento Amadeo Nazzari entró en la popularidad y sobrepasó las fronteras de su amada Italia para ser todo un galán de ritmo mundial. Emelco es quien lo ha traído, y gracias a ese sello lo veremos actuar en películas argentinas. Amadeo es sencillo, simpático y... soltero.

## GRANDES OFERTAS PARA LUCIRLAS EN LAS FIESTAS DE LA PATRIA

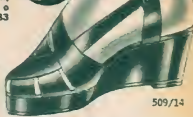
### NOTABLE!

Art. 89/39. GRAN OFERTA. GOMA CREP LEGITIMA. En vaquillona azul, negra, marrón o tostado. Del 33 al 41.

9.95



89/39



509/14

Art. 509/14. UN REGALO. En cabritilla tostado, tomate o negro. Del 34 al 40... \$ 9.95

SOLICITE GRATIS NUESTRO CATALOGO EN COLORES

HAGA SU PEDIDO AL COMISIONISTA

17.95

69/48

SISTEMA DE FABRICACION: Quemados, semillados y cosidos



PARA TODO ANDAR

Art. 69/48. PRECIOSO TROTEUR. En vaquillona negra o marrón. Taca 4 1/2 y 3 1/2 cm. Del 33 al 41... \$ 17.95

22.95

INDUSTRIA ARGENTINA



173/30

Art. 173/30. MUY DELICADO. En gamuza negra con ribetes de charol. Taca CARRICOA 6 1/2 centímetros. 33 al 41... \$ 22.95

LO MAS BARATO QUE SE PUEDE OFRECER EN ZAPATOS PARA HOMBRE



364/411



364/301

INTERIOR! Emfe Boro Postal por el importe de su compra más \$ 0.60 para flete, o de lo contrario solicite a su Comisionista o por correo: Contas Remi-bolsa; flete hasta 1 Kg. \$ 1.30

Art. 364/301. MOCASIN GOMA CREP LEGITIMA, sin contrafuerte. IDEAL PARA TODO USO. En vaquillona marrón. Del 36 al 45....

17.95



33.95

¡PLANTILLADOS!!

Art. 364/411 y 364/412. GOMA CREP LEGITIMA. Plantillado en suave vaquillona marrón. Del 36 al 45... \$ 33.95

creaciones  
**Gonzalez**

RIVADAVIA 7178 \* Buenos Aires \* T. A. 66-1252

LA CASA QUE MAS BARATO VENDE



# EL HIJO



Un cuento de  
**GUGLIELMO ZORZI**

ILUSTRACIÓN DE GUBELLINI

La tarjeta decía: "Queridos padres: Estoy en el hospital de Alejandria, con una herida nada buena. No se preocupen por mí; me encuentro bien. Les mando un beso. Giuseppe."

Pietro daba vueltas la tarjeta entre sus manos. Con el cubo vacío, que ante el llamado del cartero dejó caer todo su contenido sobre las gallinas, la vieja miraba a su marido, como esperando.

—¿Qué dices? ¿Que vava?

—Sí: ve, Pietro..., ¡ve a verlo! Y si te lo dan, tráelo a casa contigo. Para lo que hay que hacer aquí bastaré yo con el muchacho.

Y Pietro partió.

"Una herida nada buena..." ¿Qué quiso decir su hijo? ¿Dónde estaba herido? ¿Cómo lo hirieron? ¿Cuándo? Aquel viaje le pareció eterno: Orre, Chiusi, Firenze, y tantas otras estaciones... ¿Qué gran-

de era Italia! Y al fin, Alejandria. Comparado con el campo romano había un poco de niebla, hacia cierto fresco.

Tomó su atado, en el que la vieja le puso unas manzanas, un queso, pan blanco y tabaco, salió de la estación, hizo preguntas, y llegó al hospital.

Mostró la tarjeta al portero, quien le dijo:  
—Vaya a aquel pabellón, el último, allá en el fondo.

Lo hicieron entrar en un salón donde había otros que esperaban y por el cual pasaban unas señoritas vestidas de blanco, con cofias en la cabeza, que parecían ángeles que le daban valor.

Por fin volvería a ver a su hijo, después de tres años. Primero Albania, después Grecia... Alguna tarjeta, muy rara vez, con pocas palabras: "Estoy bien de salud, y espero que a ustedes les pasará lo mismo", y luego, la que ahora tenía en la mano, y que le causó una pena, sí, pero una pena que se asemejaba un poco a una esperanza.

Después de mucho esperar lo llamaron, haciéndolo entrar en una especie de escritorio donde otra señora, mayor, también vestida de blanco, estaba hojeando una carpeta delante de una mesa.

—¿Es usted el padre?

—Sí, señora; el padre de Giuseppe.

La señora miró al pobre hombre, vacilando; luego se puso de pie, aproximándose a él. La voz le tembló un poco al decir:

—Tenga valor. Fíe hace dos días; hoy le íbamos a mandar el aviso. Estaba muy mal; tenía una herida seria, y la infección que se produjo desde que estaba en el buque-hospital empeoró...

—Y...? Y entonces?

—Sin hablar, la señora se encogió de hombros, muy ligeramente.

—No, nada. Conser

—No; nada. Consuélese con esto..., si es que puede ser un consuelo.

Por la forma en que lo dijo, Pietro comprendió que también ella debía ser una madre. La señora agregó:

—Espere.

Fué al escritorio, escribió algo en un papel y volvió:

—Aquí está anotado el lugar adonde lo llevaron, por si quiere ir antes de regresar a su casa.

Pietro se había puesto de pie, pero no se movía; daba vueltas al papel entre sus manos como hiciera en su casa con la tarjeta. La señora, reclamada por otro, daba ahora otras informaciones. Dos manos lo guiaron, llevándolo suavemente, pero con cierta prisa, hacia la salida, y una vozecita habituada a la compasión murmuraba:

—Valor, valor..., piense que ha dejado de sufrir... ¡Coraje!

Así salió a la calle, así se encontró en un cementerio lleno de cruces. ¿El doscientos treinta y uno? Allí estaba... Bajo la tierra recién dada vuelta estaba su Giuseppe, el número doscientos treinta y uno.

Se arrodilló, pero no rezaba; cuando estuviera en su casa pensaría en eso. Ahora contemplaba aquella tierra húmeda, fría, y le costaba convencerse de que bajo ella estaba su hijo. Sintió en sus manos el atado donde su mujer pusiera las cosas buenas para "él", y entonces, como obedeciendo a una antigua fe que ignoraba, pero que se hallaba en su sangre, puso el paquete sobre aquel montón de tierra. Levantándose, permaneció un momento más, mirando, y después se dirigió a la salida.

Al pasar delante de la garita del portero vió a una mujer que gritaba a dos niños que se tiraban del pelo. Todavía tenía en la mano el papel donde se hallaban escritas las indicaciones, y le dijo:

—Escuche: en el número doscientos treinta y uno de la sección B, deje un paquete, pero "él"... ¡a "él" no le sirve ya de nada! Hay un queso, miel, pan blanco...

La mujer no comprendía, y lo miró mientras él se alejaba.

Ahora sí que Pietro sabía que todo, absolutamente todo, había terminado. ¡Giuseppe no comía ya! Giuseppe, al que reservaron siempre los mejores bocados, no comía ya... ¿Para qué llevarse ahora el pan a la boca?

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 108)

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 108)

# SOBERBIA! MAGNIFICA!

## LA NUEVA SERIE CONDAL 1948

YA ESTAN EN  
VENTA LOS NUEVOS  
MODELOS




Más de 50 modelos de suntuosos combinados 1948. Un modelo para cada gusto y para cada presupuesto.

Más de 100 modelos para el campo y la ciudad. Cada uno dentro de su tipo, representando la expresión más alta en radio-recepción.

**SOLICITE  
HOY MISMO  
CATALOGOS  
Y OFERTAS  
1948.**

**GRANDES ESTABLECIMIENTOS CONDAL**

**TALCAHUANO 64**

**Buenos Aires**

T. A. 38 - 1585 - 5955 - 6712

Talleres y Depós.: SALOM 333-75 - T. A. 21-1991

**GRANDES ESTABLECIMIENTOS CONDAL - TALCAHUANO 64**

Ruego me envíen catálogos generales de la nueva línea de posguerra y OFERTA PROPAGANDA

Nombre .....

Dirección .....

Localidad ..... P. C. ....



# CIRUGIA ESTETICA

Verdadero mensaje de esperanza, la moderna cirugía estética dejó de ser un lujo para colocarse al alcance de todos; se practica en forma absolutamente indolora y abarca todos los problemas que se le plantean.



## LA NARIZ

Defectuosos ganchos y otra deformación.

## LAS ARRUGAS

De los párpados, de la cara, del mentón y cuello.



## OREJAS

Deformes, en asa, o con otros defectos

## CICATRICES

Que afean el rostro y el cuerpo.

## SENOS

Para levantarlos, reducirlos y devolverles formas proporcionadas.

**Y OTROS PROBLEMAS DE CIRUGIA ESTETICA**  
**OBESIDAD Y**  
**ADELGAZAMIENTO**

## DEPILACION ELECTRICA

INSTITUTO MEDICO

# CHARCAS

CHARCAS 1541

BUENOS AIRES

T. A. 42-8770

CONSULTAS DE 15 a 20 hs.

Dr. CATALDO - MEDICO CIRUJANO

**INTERESADOS DEL INTERIOR Y EXTERIOR:**

Invitamos a escribirnos sin compromiso alguno, sobre su problema: Gustosos contestaremos orientando en el camino a seguir.



J. TORRES GARCIA, "AUTORRETRATO".

# Un sueño

JOAQUIN TORRES GARCIA, EL GRAN ARTISTA URUGUAYO, HA QUERIDO HACER DE SU PINTURA EXPRESION DE LO ESENCIAL Y LO PERMANENTE

Por

**Romualdo Brughetti**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

**H**A cumplido setenta y tres años. Su cuerpo es pequeño, sus cabellos y barba, blanquissimos; sus ojos, penetrantes; su pensamiento, lúcido; su fervor y dinamismo creador se expanden desde su Escuela de Arte Constructivo, hoy en los sótanos del Ateneo. Inquieto, intenso, es difícil hailer un espíritu más trabajado en hondas vigiliat, más altamente ubicado en el plano de lo permanente. La gran crisis del idealismo se agiganta sobre el mundo; aun han de venir tiempos más calamitosos para la libertad del hombre actual sumido en la avalancha de lo material pasajero. Pero Joaquín Torres García no quiere vivir si no en la unidad, en una metafísica del arte, en una zona de lo universal que, no muere. Es un artista y un

teórico, un pintor que ha navegado por más de medio siglo en aguas tumultuosas y en aguas serenas; que sabe del clasicismo y del modernismo; que ha vivido y creado obras en España, en Italia, en Francia, en Estados Unidos, en Uruguay, en este pequeño país —su tierra natal— que lo acoge esquivo después de cuarenta años de ausencia y al cual él señala un camino, un punto de partida que es la verdad para todo creador, que es la esencia misma del destino de la pintura, del arte. Tendencias mediterráneas, nutridas de orden y medida, donde resplandee el sol griego de la armonía platónica de las ideas puras; tendencias tajantes de las vanguardias que bucean en la sombra para hallar la luz de futuros días; tendencias que se



UN CUADRO DE SERENO RITMO CLÁSICO DEL PINTOR URUGUAYO.

# de universalidad

resumen en una búsqueda de hallazgos sintéticos y constructivos pródigos y esperanzados, de calidades y de vislumbres en la gran ley de la geometría; sentido de las proporciones, valor del todo combinado con las partes, fuerza integradora que se entronca con la tradición, que se alicina en la tierra firme de la realidad que conduce a un orden cósmico.

¿Qué de luchas! Torres García da la batalla. Avanza en su obra, descubre desde siempre los valores típicamente picturales —forma, color, tono—, pero comprende que no basta ese puro lenguaje y halla una estructura capaz de salvar su arte de los peligros de lo ornamental o decorativo, de lo representativo e imitativo. Su afán arquitectónico, su control en la organización del cuadro, su fuerte proceso que lo conduce a la bidimensionalidad en contraposición a la perspectiva renacentista, lo aleja de toda narración o anecdotismo y lo centra en una religiosa visión que es la base de una incesante prédica manifiesta en óleos y en libros, y en cuyo ejemplo lo confirman las expresiones de los pueblos primitivos, los griegos arcaicos, los egipcios, los bizantinos, el arte del Trecento y del Quattrocento italiano, los artistas indoeuropeos, nuestros preincaicos, pues ellos son parte de la tradición unitaria de todos los tiempos. El mal, según Torres García, vendría del siglo XV, del conflicto entre el hombre natural y el hombre metafísico, entre el hombre individuo y el hombre universal.

De este modo, se distingue su bregar

artístico, la suma de sus desvelos y encuentros, que, pasando por lo emocional, alcanzan lo geométrico (formas, acentuación de ritmos y medidas ordenadoras). De este modo, penetramos en el misterio de lo simbólico, en un grafismo que reconstruye el universo plástico y nos lo da afirmado en valores y esencias.

Pero, ¿cómo vive y ha vivido este soñador, este idealista? Nada lo arredra. Un día de 1893 llega a Barcelona con sus padres y allí cursa los estudios de la época, predominantemente académica, para dar-



UN APUNTE, AGIL Y CERTERO



"EDAD DE ORO", QUE FUERA PINTADO A PRINCIPIOS DE SIGLO.

## APRENDA MECANICA DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES. CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS

Toda persona torde o improno necesidad de colocar dientes artificiales, que los mecánicos para dentistas alicitan para los profesionales. HAY GRAN DEMANDA.

No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS. — Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, a mejor pose o conversar personalmente. — Escríbanos hoy mismo.



Profesión lucrativa para ambos sexos.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires  
2021 - RIVADAVIA - 2021

NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA

Nombre .....

Calle .....

Localidad ..... L. 334

GRATIS aprenda a tocar la

**FLAUTA BLOCK**

Con pocas lecciones de nuestro método ejecutará sus melodías favoritas.

MODELO DE LUJO, con \$ 760

método de regalo ..... \$

(franqueo el interior \$ 0.60)

**Casa América**

AV. DE MAYO 959 - Bs. As.



**La insuficiencia de Vitamina A lo expone a frecuentes resfrios**

**Las Pastillas McCoy contienen Vitamina A**

La insuficiencia de esta importante Vitamina debilita su resistencia y lo expone a frecuentes resfrios y otras infecciones.

Las mucosas de la nariz y de la garganta en particular se resienten y se debilitan.

Las Vitaminas A y D del Aceite de Hígado de Bacalao contenidas en las Pastillas McCoy, contribuyen al desarrollo de huesos y dientes fuertes y sanos.



LABRE SU PORVENIR

con la

# ENCICLOPEDIA AUTODIDACTICA QUILLET

¡La Obra del Momento!

Esta magnífica obra de autoenseñanza, la más completa y útil editada hasta hoy en todo el mundo, le brindará a usted la esperada oportunidad de acercarse a sus conocimientos con la comodidad de estudiar en su propia casa, distrayéndose a la vez con su lectura y sin el inconveniente de ajustarse a ningún horario de escuela. La

# ENCICLOPEDIA AUTODIDACTICA QUILLET

le señalará el camino del éxito, pues es la obra autodidáctica más monumental, ingeniosa y práctica. Sus lecciones claras, gráficas y comprensibles, le permitirán verificar sus trabajos, rectificar sus errores y comprobar sus adelantos. Esta indispensable obra consta de tres tomos, tamaño 21 x 28 cms., con más de 1.700 páginas e innumerables ilustraciones, mapas a todo color y láminas desmontables. Está presentada en magnífica encuadernación y en impecable impresión.



## PLAN DE LA OBRA

**TOMO I:** Para triunfar en la vida - Gramática castellana - Diccionario de sinónimos - Literaturas: antiguas, extranjeras, argentina, española - Filosofía - Derecho público - Historia general - Geografía.  
**TOMO II:** Aritmética - Álgebra - Geometría - Trigonometría - Química - Física - Astronomía - Geología.  
**TOMO III:** Botánica - Anatomía y fisiología animal - Gramáticas: francesa, inglesa, alemana - Taquigrafía - Contabilidad - Dibujo - Música - Educación física y deportiva.

Su precio de anteguerra es tan barato que no cubre actualmente el costo de papel y encuadernación.

Una cuota de \$ 10.- basta para adquirirla

EDITORIAL ARGENTINA

**ARISTIDES QUILLET**

CORRIENTES 1650 Bs. Aires T. A. 35-6679

Corte y remítanos el cupón ahora mismo.

VALE por un folleto ilustrado y gratis de la Enciclopedia Autodidáctica Quillet.

Nombre .....

Domicilio .....

Localidad .....

L. 336

nos, al cabo, ya liberado y seguro de sí mismo, espaciosa coraciones para edificios públicos e iglesias, clases para numerosos discípulos, y una pintura plana, simplificada, de profunda raíz clásica. Es amigo de Rusiñol, de Mir, de Marcadé Sunyer, de Pijoan, de Nonell, de Eugenio D'Ors. Otro en 1917, ya con familia (mujer e hijos pequeños), como un gro desembarca en Nueva York; o va luego a Italia, a Toscana, donde se fortifica y aclara aún más la concepción de su cósmico: totalista". Allí se pone (¡no os asombréis!) a las bellas construcciones para los niños, y, en Florencia, en L.



"NUEVA YORK", UN APUNTE

o en algún pueblito de los Apeninos, anota sus experiencias esclarecedoras. Hacia 1934, después de hallar su arte la devoción de los críticos de París (W. George, Tériade, Raynal, Cassou) y en Madrid el apoyo de la intelectualidad española, piensa en la aventura de América, en México; y fondea poco después en Montevideo. Y allí, con su laboriosidad invariable, trabaja, enseña, corrige, crea un ambiente nuevo. Surge el monumento del parque Rodó, las pinturas de Saint Bois, obras de arte constructivo y telas que le dictan la facundia jerarquizadora. "Y así —nos dice José María Podestá, su inteligente crítico— vivirá siempre como un artista: algunas veces como un litigante; muchas, como un apóstol. Y así será hasta el fin". \*



# RISA Y SONRISA

PRUEBA A LA VISTA

Por SEVILLA



—Créame, Josefina; estoy loco por usted

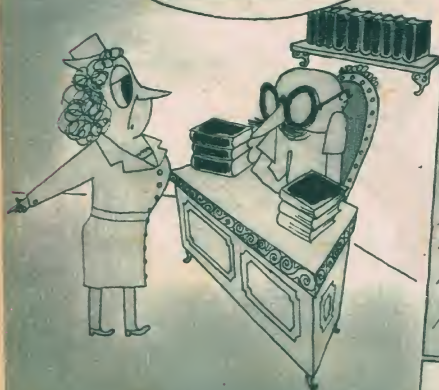


# Salenos sin Salena

Por Ogiro



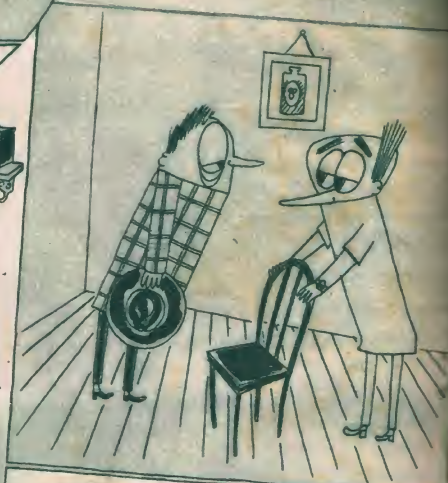
—Diga "A".  
—No puedo, porque tengo la boca abierta.



—Doctor, en la sala espera un enfermo muy grave.  
—Bien, dígame que se mejore.



—Vea, amigo, usted sabrá sus cosas, pero no me va a discutir a mí, que soy médico. Usted, para mí y de acuerdo a los síntomas que presenta, está muerto.



—Creo, doctor, que me siento mal...  
—Bueno, aquí tiene una silla. Siéntese bien.

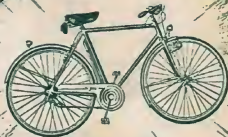


—Como me lo temía, señora: usted tiene la lombriz solitaria, que yo no está tan solitaria porque se ha casado y ahora tiene siete hijos y vive en una casa de cuatro piezas, baño y cocina.



—¡Ejem! Esteeee... Si usted acepta tomar el té esta tarde conmigo, me comprometo a curarla inmediatamente; de lo contrario, tendré que operarla de apendicitis aguda, porque está muy grave.

# Bicicletas OLMO



Resultado de la experiencia de muchísimos años de actuación en el deporte ciclistico del ex campeón GIUSEPPE OLMO y los mejores técnicos especializados en el ramo.

Construídas con material de inmejorable calidad, livianas y de suave andar. hermosos diseños, líneas modernas e impecables terminaciones hasta en sus menores detalles.

Todos los modelos científicamente estudiados.



SOLICITE FOLLETO ILUSTRADO

**CASA TAGLIANI**

GARAY 1042

Buenos Aires

T. A. 23, B. Orden 4204







# El primer S.O.S.

Por  
Chamico

Dibujos de Sevilla

UNA familia armenia que andaba de picnic por las faldas del monte Ararat encontró una botella, lacrada y sellada, conteniendo un papel. El fuerte olor a vino que éste exhalaba les hizo suponer que había venido de muy lejos, ya que no era un papel de Armenia. No pudieron entender más que el encabezamiento, por ser muy mala e irregular la letra y venir en una lengua desconocida para ellos.

Observada la carta, que tal resultó, por un grafólogo, dijo que pertenecía a un anciano inculato y robusto. Anciano, por los arabescos de gusto anticuado que adornaban las iniciales; robusto, por lo vigoroso de los trazos, e inculato porque era indudable que al escribir la tenía las manos sucias.

Otro más grafólogo dijo que el autor de la carta era un borrachón, basándose en la abundancia de eses, la forma característica de subir y bajar los renglones, que parecía una caravana de camellos, y el hecho de que la palabra "violenta" se repetía, sin ton ni son, dentro del texto y en el margen. Lo que demostraba que se hallaba bajo la influencia de la conocida canción báquica.

El documento pasó por muchas manos, hasta que llegó a una comisión internacional de sabios que se abocó a su estudio y traducción. Uno di-

jeron que estaba escrito en arameo y otros en sánscrito, y, como no pudieron ponerse de acuerdo, unos lo tradujeron del arameo y los otros del sánscrito. Ambos bandos debían estar en lo cierto, porque la traducción resultó idéntica. Por muchas alusiones que contenía, se llegó a suponer seriamente que la carta fué escrita por el patriarca Noé.

Yo me inclino a creer que es así, porque lleva al pie la firma de dicho anciano, aunque comprendo que esta conclusión es vulgar y empírica.

Esta botella ha hecho hablar más a los sabios que si hubiera estado llena del mejor vino. Pero lo único que se puede decir en concreto es que es de vidrio común, verde botella; que en su etiqueta, muy borrada, se puede leer a la derecha: "Envasado... (a. J.)", lo que demuestra su antigüedad. A la izquierda se lee: "Volumen neto 750 cms." es decir, un litro comercial.

He aquí el curioso documento:

"Señor Jehová.  
"Muy señor mío y de mi mayor consideración: No habiendo obtenido respuesta a las mil setecientas cartas que le he remitido por el mismo conducto desde que se dignó elegirme entre los demás vecinos caracterizados para perpetuar al hombre y demás animales creados a su imagen y semejanza, me tomo la libertad y el vino que contiene

el sobre, para recordarle la triste situación en que me ha colocado dándome esta carga pública.

"No insistiré sobre las incomodidades de un diluvio universal, por tratarse de un tema del que hoy en día todo el mundo se encuentra bastante empapado. Pero la vida en el arca resulta muy engorrosa. Le diré, sin ofender a nadie, que los animales se están volviendo cada día más bestias. La paloma y el cuervo no hacen más que disputar, por un quitame allá esas pajas, como vulgarmente se dice, aunque aquí se trata de las pajas del nido de la paloma que el cuervo, que está empollando, le robó. Yo le dije que no lo hiciera, que era malo criar cuervos porque después había que arruinarlos comprando ojos de vidrio, pero él me respondió que no

creía en refranes mal traducidos.

"La que me va a volver loco es la jirafa. No sirve ni para ir a ver quién viene, aunque sería la más indicada; mira a todo bicho viviente por encima del hombro, y bien se ve que lo que quiere es vivir de cogote.

"El asunto de la rata me tiene muy preocupado. La pobre quedó viuda del modo siguiente:

"El ratón se pasaba el día haciéndole chistes al gato, respecto a su destino póstumo de liebre, y el gato, que aguantaba muy pocas pulgas, estaba que echaba chispas. Yo lo compré pasándole la mano por el lomo a contrapelo.

"Hijo mío —le decía yo al ratón—, no confíes demasiado en las inmundidades, que me sospecho que el gato es anticonstitucionalista y bastante fresco.

"Pero él insistía, y el gato se lo comió. La rata viuda lloró a su difunto, pero, mujer al fin, se consoló, y un buen día se enamoró de mi paraguas. Para evitar escándalos yo los casé como Dios me dió a entender, y fruto de esa unión nació el murciélago. Este murciélago no es mal bicho, pero se pasa la noche fumando y tira los puchos en cualquier parte, por lo que ya he tenido varias peloteras con mi nuera, la mujer de Jafet, que se desloma por tener la casa limpia. También la vaca le ha dado mucho que hacer en este sentido.

"Con gran dolor de mi alma, he tenido que aplicar la pena de muerte al tiburón. Yo no sé si este animal es tonto que no entiende los reglamentos de a bordo o qué, pero el hecho es que todos los días me llegaban quejas de la piscina porque el tiburón se comía a sus compañeros de elemento de menor volumen. Como era tan incorregible y testarudo que a todas mis reprimendas contestaba que el pez grande se come al chico y que esa era la sabiduría de los pueblos, lo agarré por la cola y lo tiré por la ventana. A estas horas ya se debe haber ahogado.

"Pero las más liosas son las mujeres de los animales. Esta mañana, la del unicornio le dijo a la del cuervo:

"No olvide, señora, que trata con una dama honrada.

"Pero, como usted comprenderá, la que más me fastidia es la mia propia, si tiene en cuenta que llevamos cerca de



seiscientos años de matrimonio ininterrumpido.

El otro día me pegué un gran susto, pues noté que en lugar de dos elefantes había embarcado cuatro. Pero mis hijos me tranquilizaron diciéndome que no había más que dos y que eso era efecto de la bebida. Yo, para que no perdieran el respeto, les dije que en todo caso sería una ilusión óptica, que es más científico. Pero la verdad, Señor, es que estoy bebiendo demasiado a causa de esta correspondencia. Necesito vaciar y vaciar botellas para mandarles mis cartas, y como no soy ningún insensato para echar el vino al agua, como un mal

tabernero, me lo tengo que beber, sometiendo mi hígado a un trabajo excesivo, pues desde que cumplí los quinientos años estoy a régimen y no tomo, por prescripción médica, más que siete u ocho litros por comida, ¡y hay días, señor Jehová, en que le he escrito setenta cartas!

"Yo sé que, según el Génesis, no descubrí el vino hasta después de desembarcar, pero usted sabe muy bien que ese libro está lleno de inexactitudes y que a usted mismo se le atribuyen allí un montón de tonterías que jamás pensó hacer. Su anónimo autor era un buen brulotista y nada más. Además, a usted le consta que



si me eligió para comandar el arca y perpetuar la especie, es porque los borrachos tenemos un Dios aparte.

"Las malas lenguas han dado en decir que aquí llevamos la gran vida y que no nos fal-

ta nada: que mi hijo Sem se alimenta con sen-sen; Cam con champaña y Jafet con leche. Pero eso no pasa de ser un chiste malo. Lo cierto es que para poder vivir hemos tenido que comernos la pareja de chanchos. Pero usted no debe afligirse, porque en cuanto desembarquemos y se organicen otra vez el mundo, esa especie aparecerá por generación espontánea y nunca faltarán puercos sobre la faz de la tierra.

"Espero recibir respuesta a vuelta de correo, pues no crea que me haya metido en el arca para dejarme morir en la flor de la edad — S. S. S. Noé." ♦

## Aire de familia



**NOTA IMPORTANTE:** Toda semejanza o similitud que tengan estas fotos con gentes conocidas es completamente casual. Nuestros personajes son absolutamente imaginarios.

## Suspiros de España

LA MEJOR

SIDRA



HISPARGENT, S. R. L. - Cap. \$ 60.000,00 - D'ONOFRIO 130 - CIUDADELA, F. C. O.



HIPNOTISMO • MAGNETISMO • TELEPATIA • SUGESTION



y todas las demás CIENCIAS PSÍQUICAS, pueden realmente ser adquiridas por todos, desarrollando las FUERZAS DE LA INFLUENCIA PERSONAL, y cambiando así el rumbo de la vida. Lo que antes era un SECRETO privilegiado de pocos elegidos, es hoy una CIENCIA ampliamente comprobada y documentada por grandes sabios.

La "PSYCHOLOGICAL SOCIETY DE LA INDIA" ha decidido ponerse en contacto también con los Pueblos Sudamericanos, distribuyendo gratuitamente, como lo hace en el Mundo entero, la obra sobre el "DESARROLLO DE LAS FUERZAS OCULTAS Y FUERZAS INTERNAS", del profesor M. Esgood, libro de ciencia, escrito en forma sencilla, al alcance de todos, llevando así sobre un nuevo camino a tantos fracasados, o a quienes ambicionan sobresalir sobre los demás.

Este libro está lleno de reproducciones fotográficas que demuestran las prácticas de los "Yoghis Orientales"; las fuerzas ocultas que se desenvuelven en todo el globo y cómo millares de hombres y mujeres han desarrollado fuerzas que ignoraban poseer. Si desea recibir gratuitamente este libro, solicítelo hoy mismo, acompañando 20 centavos en estampillas para gastos, a:

### PSYCHOLOGICAL SOCIETY

Casilla de Correo, 4 (Suc. 33 - Barracas) Buenos Aires

**TODOS LOS LUNES Y JUEVES  
PIDA LA REVISTA**

# ¡AQUÍ ESTÁ!

donde colaboran destacados periodistas argentinos y extranjeros, y en cuyas páginas encontrará los mejores reportajes, notas, artículos y secciones de interés general.

**20 ctvs. en todo el país.**

## Molestias hemorroidales

**Emplee la Pomada Man Zan.**  
Descongestiona y calma la comezón. Alivia rápidamente y es antiséptica.

En pomos con cánula especial que permite una aplicación fácil y eficaz.

# POMADA MAN ZAN



# Escuela de Robinsones

Por SOLLE



—Sí, ya sé que aquí no sirve de gran cosa; pero creo que corta la monotonía del paseo.



—Es la misma que mandamos el año pasado, che. Trae una nota del correo diciendo que falta franko.



—Te repito que esta isla está deshabitada, che. ¡No vas a pretender saber más que la geografía!...



—¿Le puedo ayudar en algo, amigo?

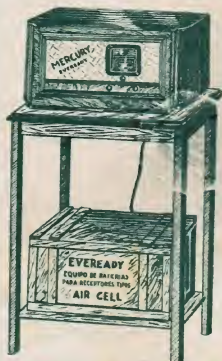
*Irresistible*

**LOCION**  
*Gotas de Amor*  
EL PERFUME DELICADO Y SEDUCTOR  
QUE CONDENSE SIMPATIA Y AMOR

**y LAPIZ LABIAL**  
EN SUS TONOS: ROJO HAWAI - ROJO SEVILLA  
ROJO AMOR - CYCLAMEN - ROJO LLAMA  
MEDIUM - ROSA PLATA  
y "FRESIA" EL ROJO SUPREMO

## LLEGO TRIUNFANTE MERCURY EVEREADY

El mundo entero en sus manos...



La gran primicia para el campo donde no hay corriente eléctrica ni comodidades para cargar acumuladores. Funciona 1.200 horas sin cambiar ni cargar baterías.

**5** VALVULAS MODERNAS SERIE G. T. PARLANTE AUTODINAMICO IMPORTADO.

Un verdadero conjunto, seguro, eficaz y económico, libre de molestias, sin renovaciones ni cargas de baterías mortales: UNA VEZ AL AÑO se sustituye la fuente de alimentación de este magnífico receptor ONDA CORTA y LARGA, susceptible de alcance ilimitado. 5 movisimas válvulas recepción mundial perfecta sin ruidos, equipada con altoparlante autodinámico de calidad tonal inigualable, gabinete totalmente enchapado y de diseño moderno, completo, con su correspondiente carga de baterías "EVEREADY" GARANTIDA POR MIL DOSCIENTAS HORAS, que se entrega en un cajón con su correspondiente enchufe (sin mesa) NETO, o. . . \$ 225.-

GARANTIDO 3 AÑOS - EQUIPOS PARA LUZ Y RADIO PARA ESTANCIAS  
SOLICITE FOLLETO 1948

**ORGANIZACION CONCERTONE**  
RADIO ELECTRICA

CARACAS 427 T A. 63-7161 BUENOS AIRES





—Es un marido ideal. Se revisa los bolsillos cada vez que pasa junto a un buzón.

DAR PREFERENCIA A LA INDUSTRIA ARGENTINA  
ES LABRAR LA  
GRANDEZA DEL PAIS



# HETESIA



PARA LAS CUATRO ESTACIONES Y TODAS LAS EDADES



**F**RED Derry, matador de cien hombres en batalla, cruzaba Welburn Field. El avión de transporte lo había dejado allí, rodeado por la encantadora fragancia de la temprana primavera. Aspiraba el aroma de las plantaciones; escuchaba el paso de los camiones por la carretera 52; observaba los carteles y todo lo grotesco del paisaje... todo eso que, para él, encarnaba la belleza soñada.

Fred Derry, de ojos verdes y párpados rosados (el tipo de ojos de todo bombardero y artillero), mediana contextura y cargado de espaldas, con una afectada indolencia, pero alerta, siempre estaba presto a entrar en acción si ello era preciso. Se detuvo frente a un avión B-26. Quitóse el capote y, pañuelo en mano, se limpió una minúscula manchita de grasa. Alisóse la ropa y ajustó los bolsillos; verificó que los distintivos y condecoraciones lucieran como nunca. ¡Y bien orgulloso que estaba del despliegue de colores sobre su pecho! La D.F.C. (Cruz de Vuelo Distinguido), las Hojas de Roble entrecruzadas, y otras medallas, y otras listas y el *Corazón Púrpura*.

Se encogió de hombros: ésta fue una condecoración obtenida muy fácilmente—un *Corazón Púrpura* inmerecido, dirían los de la R. A. F—. Una granada de 20 milímetros destruyó la proa del avión, pulverizando varios paneles de plástico de la cabina, amén de una esquirla de cobre que halló en su camino el fuerte brazo de Fred. Se lo curaron. Sólo llevó el pijama de convaleciente durante dos semanas; porque era joven, resistente, animoso; feliz por poseer un *Corazón Púrpura*. Y consciente de haber sido afortunado cuando lo obtuvo. Bajóse la visera de su gorra, la gasienta gorra de las Fuerzas Aéreas. Luego, batió en mano y capote al brazo, con el paracaídas y el atalaje en la otra mano, se puso en marcha.

El mostrador de asignaciones estaba totalmente repleto de gente. Los interesados aguardaban de pie, en silencio, como si confiaran en que su actitud les ganaría la benevolencia de los encargados de ocuparse del transporte, de quienes dependía que "tú comieras los panqueques tres días antes y que te hallaras al lado de Evelyn el martes por la noche en lugar de tres noches después". Todos esperaban, y la voz del sargento repetía:

—¿Quién no tiene destino aún?... Voy a repetir la lista.

Al leer la lista de los destinados al este y al sur se agregaron varios nombres; oeste, leyó los nombres; uno eligió Tulsa, tres Albuquerque, otros se decidieron por la costa del Pacífico.

Le llegó el turno a Fred Derry; dió su nombre y escribió: Derry, teniente 1º aviadador, mencionó su grupo de bombarderos: C-3-Bio.; dijo que su hogar estaba en Mitchell Field. Mentía. El sargento sabía que mentía, al igual que casi todos, civiles sin hogar ahora. Procedieran del ejército o de la marina, no tenían lugar alguno en la vida en ese momento. Y lo sabían muy bien.

La voz del sargento recobró su dureza, y resonó por sobre la charla, el ruido de los teléfonos que se comunicaban con los aviones en vuelo y la conversación de dos W.A.C.S. (Cuerpo Auxiliar Femenino), acerca de sus citas para el próximo sábado.

El sargento dijo:

—Ahora, escúchenme: yo no les pedí pases ni tarjetas de identidad; no soy policía militar, y menos un mandón; pero

# GLORIA



llevada al cine  
con el título de

# LO MEJOR

# PARA MI

famosa obra de  
**MACKINLAY  
KANTOR**

TAPA DE OLIVAS

FOTOS: GENTILEZA DE R. K. O.



DERECHOS RESERVADOS  
POR MACKINLAY  
KANTOR 1945

# DE NUESTRA VIDA



recuerden esto: "Ustedes quieren su plaza, y les llegará el turno. Anunciaré los nombres una sola vez. Cuando el sitio esté disponible, deben encontrarse allí. Sólo los pido esto". Manténganse alejados del mostrador. Tenemos un salón de descanso detrás de esa puerta y afuera abundante por. Los llamaremos por el altoparlante. Por favor, ¡no se queden por ahí!

Fred Derry no había solicitado lugar preferido. Sólo dijo: "oeste". "Oeste" podía significar mucho. Kansas City era buena; St. Louis, algo mejor; allí podría tomar un ómnibus. Tal vez estuviese en casa antes de la mañana, si conseguía un ómnibus. Salí y fumé un cigarrillo. Estaba hambriento y pregunté dónde se hallaba la cantina, pero no me dieron la dirección ni podría encontrarla. Preferí esperar. Cierta vez, hacia mucho—oh, sí, mucho tiempo—, había estado en Drew; allí servían café gratis, jugo de naranjas y otras cosas. Entró nuevamente y quedé cerca de la puerta de la Oficina Meteorológica, haciendo como si buscara a un conocido.

El sargento lo miró fijamente, pero después de un instante se olvidó de él, porque venían más hombres, todos confiando en que serían trasladados pronto (la torta de chocolate, la cerveza en el Billy's Bar, y divertirse con Emilia, y besos de los chicos... que no conocían. Anhelaban el hogar, tan pronto como fuera posible).

Y nuevamente la voz del sargento: —¿No tiene paracaídas? Lo siento, en eso es imposible que los ayudemos. No podemos dar paracaídas. Fíjense allí arriba, en la carta, lo dice claramente: "En el Weiburn Field no se facilitarán más paracaídas". Es mejor que traten de obtener ubicación en un tren; por el portón principal pasa un ómnibus dentro de veinte minutos... Lo siento, señor, debe tener un paracaídas.

—¿Es una hora; Derry pensó: "Al diablo con todo!" Un *Liberator* salió para Dallas; quedaba demasiado al sur; un transporte partió para el este; llevaban mucha gente...

Habían quedado pocos y estaban hambrientos, Fred encaminó a la cantina. Otros dos lo imitaron. Uno era de la aviación, el otro de la armada; pidieron leche maltada y sandwiches, que tenían muy buen aspecto, especialmente los de carne de cerdo. Fred Derry pidió otro; carne de cerdo y pan blanco—estaba apetitoso—. Recorrió el mostrador, y al ver la salsa blanca y rocas abundantes, tomó la carne. Luego regresó sin compañía, pues los otros ya se habían retirado.

Vió una planta, radiante bajo el sol, y recordó otras similares... (Diez años antes, su abuela lo mandaba, con un cuchillo plateado, a recoger flores cruzando los límites de los vecinos; tenía la serpiente más tiernas, las más frágiles; las llamadas "colas de dragón").

Las recordó apenas cocidas, la cocina humeante; y de nuevo aspiraba el tufillo del bistec que, debido al precio tan alto, sólo comían los sábadros; y la abuela, muerta—cuantos años había ya?—cuando él aun cumplía el período de instrucción, semanas antes de recibirse de piloto. Oh, ¡mucho tiempo!... ¿Cuánto tiempo?... Su cuerpo inmóvil y las pequeñas flores del funeral... ¿Cuándo había sido? Cambiaron de casa... ¿Y cuánto tiempo había que conocía a María?

Perdió en sus pensamientos y se alejó. Las flores se destacaban sobre el pasto...

## II

Regresó al lugar ya conocido, apurando

el paso. Decían algo por el altoparlante. Eran nombres: "Bryan", "Smoak". El sargento esperó y llamó nuevamente. Pero nadie contestó. Repitió otra vez, y otra más, sin que se presentara nadie: "Ostwick", "Hall"... Luego anunció el nombre de Fred Derry. Fred entró; estaba excitado. Lo recibió la rencorosa envidia del sargento, quien le miraba las condecoraciones, lamentándose por todas las cosas que él no había visto ni hecho. Y odiaba a Fred porque él las había visto y hecho.

—¿A dónde quiere ir?  
—Bueno... yo..., al oeste.  
—¿Le conviene Boone City?

Fred tragó saliva, ¡no! ¡No podía ser cierto! Su voz alterada contestó: —Miriéndolo, voy a Boone! —Espere, señor; usted puede tener razón o no; es difícil irse de allí, los transportes son escasos.

—¡Pues, mejor; a mí me gusta quedarme en un solo lugar!

—¡Muy bien!—dijo el sargento—. Firme aquí. Pregunte al piloto cuándo va a salir.

Le señaló a un muchacho pelirrojo, quien, con el capote puesto, estaba de pie en el otro extremo. Fred Derry firmó y se acercó rápidamente al piloto.

—¿Boone City?

—Sí—dijo el piloto—, ¿Tiene paracaídas? Muy bien, teniente; saldremos dentro de veinte minutos, una vez que hayaamos cargado la mafia. ¿Tiene algún compañero, o conocido? Podría llevar alguno más. Es una "23". Esa fortaleza volante, allá al fondo, al lado de aquellos *Mitchells*. Usted nos puede esperar y luego ir con un "jeep", o caminando, si así lo prefiere. Hay mucho tiempo aun.

—¿Caminaré!—dijo Fred.

Al dirigirse hacia la puerta, la voz del sargento dejóse oír nuevamente por el altoparlante:

—Espacio para dos—decía, con un sonido hueco, penetrante, hiriente e imperioso.

La voz que tuvo que oír durante varios años de guerra; la voz sin alma y sin conciencia, que se hacía sentir para cortar los sueños y señalar el deber. Y para ordenar, durante cada segundo que hubiera de vida.

—Hay lugar para dos—dijo esa voz—. Boone City; lugar para dos...

Entró un hombre, caminando a zancadas. Un tipo alto. Infante... un sargento. Con los pantalones más claros que la chaqueta.

El uniforme no le sentaba; no había nacido para llevarlo; era grande, fuerte y simpático, aunque viejo. El cabello que escapaba por debajo de su gorra dejaba entrever largos y duros años de lucha. Un sargento poco elegante, con rifle de plata, un cinturón, y doble lista de condecoraciones.

Derry observó y distinguió la E. T. O. Ese soldado había ido a la guerra, en Alemania, mientras él, Derry, volaba.

—¿Boone City, sargento? ¿Dijo usted Boone City?

La voz del hombre grande era grave, suave y cortés, pero, en el fondo, de acero. —¿Lo que estoy tratando de repetir. ¿Usted quiere ir? ¿Tiene paracaídas?

El sargento asintió, mostrando un pesado bulto; no parecía llevarlo cómodamente; quizá lo había usado pocas veces.

—Muy bien—dijo el pequeño individuo con galones, sintiendo rencor y odio hacia todos los hombres que hicieron cuanto él

no había hecho—. Muy bien; firme aquí. Fred Derry esperaba, mientras el sol en su esplendor, parecía asociarse a la dicha que lo embargaba.

El sargento se acercó.

—¡Hola—dijo Fred.

El sargento lo saludó.

Fred retribuyó el saludo.

—Olvíde el grado—dijo—. ¿Usted va a Boone?

—Eso es; allí es donde vivo.

Una sonrisa le iluminó el ancho y tostado semblante. El bigote negro y gris, destacándose cómicamente sobre sus labios. Los ojos eran brillantes, pero duros y sombríos.

—Sí—dijo, con voz endurecida por la guerra, pero con un dejo de cortesía y cultura que dos guerras no habían podido destruir.

—Yo también soy de allá—dijo Derry, asintiendo.

—¿De qué lado? ¿Whereabouts?

—No lo conozco, señor.

—Soy 674 Central Avenue. Mi esposa se mudó allí al año de mi partida. Teníamos una casa. Pero, usted sabe, con la guerra y todo lo demás...

—Yo vivo en Brighton Drive—dijo Derry.

—¿Brighton Drive? ¿Dónde queda eso?

—Al sur de Wildwood Park.

No lo contó que Brighton Drive tenía una sola cuadra de extensión y que terminaba en unos baldíos de tierras arcillosas. Dijo que la pequeña y vieja casa era parecida a las del otro lado, donde vivían los más acomodados. El pavimento... y la calle con su nombre noble. Estaba cercada por una doble hilera de frondosos árboles, en lugar de polvo y mataderos. Era fuerte y llena de arcilla. Las pequeñas y ocultas casas. Y los chicos que viven en ellas, que van a cortar pasto, el tiempo pasado, en los prados más ricos. Allí vivía Fred.

—¿Claro que conozco el Wildwood Park—dijo el sargento—. Oiga, ¿en qué vamos a viajar? ¿Un B-17?

Fred asintió.

—Sí, una fortaleza.

—bueno, no me importa—replicó el sargento—. La cuestión es llegar. ¿Es usted casado?

—Sí, ¿y usted?

—Tengo un hijo y una hija—contestó el sargento—. La chica, de veinte.

—¡Dios mío!—dijo Fred—. Usted no parece viejo. Dígame, ¿lo dieron de baja?

El sargento hurgó en el bolsillo de sobre su pecho y susurró:

—Papeles...; tuve miedo. No me querían estar.

—¿Cielos!—exclamó Fred Derry.

—La mitad de los que transportan en estos días son licenciados. Créo que la octava lo sabe muy bien.

—¿Qué importa, si obtenemos una asignación y llegamos antes a casa?

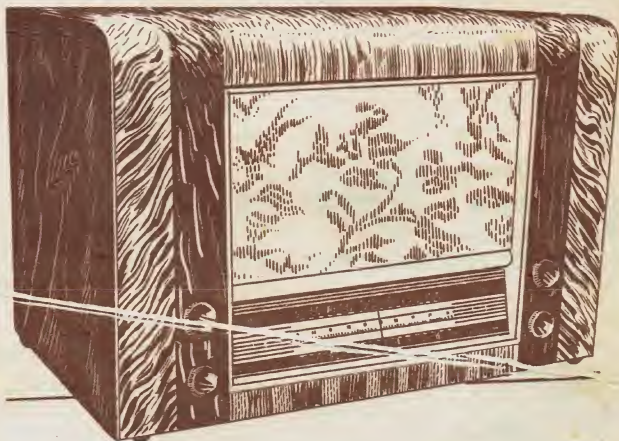
—¡Claro!—contestó el sargento. Y luego repitió las mismas palabras: "Llegaremos antes a casa."

Trasaban un extraño placer y una amenaza al mismo tiempo; el murmullo de una noche de bodas, la carga de los impuestos y la silla del dentista.

No sabían qué les esperaba, pero lo adivinaban; no podían equivocarse. Lo sabían muy bien, de la misma manera que muchos millones de hombres. Tenían miedo. Erán reciosos. Pero añoraban el hogar. No confiaban en la gente que habían dejado; tendrían que aprender a creer en

# CORPORACION «MAFE» RADIO PRESENTA SU NUEVA LINEA DE RADIOS 1948-49

PARA 6-12-32-110 y 220 VOLT



CARGADORES AEREOS WINCHARGER, ELECTRIFICADORES  
DE ALAMBRADOS, ACUMULADORES, FAROLES A KEROSENE,  
EQUIPOS ELECTROGENOS A NAFTA, DE 6-12-32-110 y 220 VOLT.

Soliciten catálogo GRATIS llenando el presente cupón

CORPORACION RADIO "MAFE"

Venezuela 1159 - Buenos Aires

Sírvanse enviarme gratis y sin compromiso el nuevo catálogo de CORPORACION MAFE

Nombre.....

Domicilio.....

Localidad..... L. 336

**CORPORACION "MAFE" RADIO - VENEZUELA 1159 - Bs. Aires**





Con Crema de Oriente MOSUL el vello de la cara pierde coloración haciéndose menos perceptible y finalmente se va reduciendo. ¡Imparte nueva belleza al rostro!

CREMA DE ORIENTE

**MOSUL**

PARA DECOLORAR Y REDUCIR EL VELLO DE LA CARA



**HOMEDES y MATILLA**

por muchos imitados  
por nadie iguales

Art. 124. La "Clásica"  
pantuflo de la casa,  
en cuero, cinco colores,  
plantilla de goma.

Art. 166. No-  
vedosa pan-  
tuflo, cuero en cinco  
colores, plantilla de  
goma.

Art. 109 y 824.  
En macramé y  
lona, respecti-  
vamente, plantilla  
de goma.

Capital Federal: Pídale en: Casa  
Javens, Bme. Mitre 757 y suc. in-  
terior Vention, feria del calzado,  
Jaramelo 1658/60, Casa El Chic,  
Rivadavia 1102.

En el interior, pídale en: Calzado  
Mitre, Av. Mitre 323, Avellaneda,  
y en las principales casas del  
remo en toda la República.

Ventas al por mayor, en la capital e interior dirigirse directamente a  
sus fabricantes.

OLAVARRIA 1921 - T. A. 21-2347 - Buenos Aires

ella. Tendrían que empezar a conocer los Estados Unidos, como un inmigrante que trata de contar su historia y grita ante la bandera.

Cruzarón la pista. Había varios tipos de aviones, malos y buenos. Tal como se los puede ver en cualquier aeródromo. Los cazas, agrandándose tantamente: los P-47, con sus largas y curiosas trompas. Ese 40, de alguna otra base, destacando la proa contra la hélice pintada de rojo, para marcar las letras o los números del escuadrón; ya sin posibilidades de volver a mirar a la guerra en Alemania, y con pocas ganas de arder en el aire o de estrellarse en una tierra en la cual los hombres los odiaban.

El 24, el 25, el 26...

El transporte, con su hilera de asientos, los fuselajes gemelos, con personas en overalls que caminaban entre ellos y una sola hélice girando.

Los hombres que ansiaban el hogar se adelantaron.

—Me llamo Stephenson.

—Yo, Derry. ¿Dónde ha estado? ¿En Alemania?

—Sí, ya hace casi tres años.

—Debe haber visto mucho. Advierto que fué herido.

—¡Por cierto que usted se trajo una colección de condecoraciones!

—Estrella de Plata, Estrella de Bronce.

—Y todas las G. I. (Listas) —dijo Stephenson.

—Y usted también tiene varias. ¡Y viniendo de vuelta! —dijo Derry.

El sargento lo miró y sonrió. Una pícaro y vieja sonrisa, como indicando que el sargento Stephenson podía ser su padre.

—¿Quiere decir que no las llevó allá? —preguntó.

Derry contestó, despreocupadamente:

—¡Dios, sí, claro que las usé. Todos los muchachos hicimos lo mismo en Londres.

—Los muchachos, en todas partes —dijo Stephenson. Rieron.

Apareció una chica de los cuerpos auxiliares, con su overalls y un andar decidido; con el orgullo de una muchachita en el desempeño de una pequeña tarea. Pero, aun así, el overalls no lograba ocultar el encanto y las curvas de su cuerpo. Fred Derry la miró, pero Stephenson no apartaba la vista del frente: como si viera una cascada de hierro, y su amor ardía.

Como si tuviera que atravesar mil muertes y cada llama lo abrasara; como si cada trozo de metal, hasta entonces conocido, lo hiriese. Pero nada ocurrió. Aquí estaba él, en Welburn Field. Tenía una asignación... ¡Y cuántos otros ya no volverían a salir de su soledad!

### III

Al Stephenson le preguntó a Fred dónde trabajaba antes de la guerra.

—En Bullard's.

Bullard's era la farmacia más grande y la mejor en todos los alrededores de Boone City. Fred trabajaba desde las 7 de la mañana hasta la hora de ir a clase. Tres noches por semana, de 17 a 22, y de 19 a 22 las otras. Levaba carteles... propaganda y ayudaba en una fábrica de sifones. Le pagaban unos centavos por hora. Estaba buscando un trabajo mejor... Y luego... un domingo por la tarde, cuando ya había olvidado las noticias alarmantes, se despertó y sintonizó la radio. Su padre no estaba en casa, y la segunda esposa de éste jugaba al bridge. No había nadie. Bajó.

Es difícil pensar que uno es joven a los diecisiete años. Es difícil creer que se tuvo diecisiete años cuando uno mira desde los veintinueve y sabe que ha matado a cien hombres... o a más.

Bajó. La radio transmitía.

Cuando llegó a la puerta hablaban de Hickham Field.

Domingo de Pearl Harbour...

El martes ya estaba enrolado.

Estas cosas no las contó al hombre de más edad que ahora marchaba a su lado. Sólo dijo que trabajaba en Bullard's.

—En dónde trabaja usted? —preguntó.

—En el Cornbelt Bank —dijo el sargento.

El teniente lo estudió.

—Era usted ordenanza, o algo así? —hablaba en forma brusca y con rudeza. Tenía muy poca experiencia en lo que a trato social se refiere, pero mucha en la guerra.

Antes de que el sargento pudiera contestar, ambos rieron. Otra figura. Esta no era una chica en overalls. Esta era la muerte en una sola pieza. Viva en su lado derecho, y agonizando, tambaleándose, por el izquierdo. Caminaba con esfuerzo, los músculos tensos.

¡Era tan joven! ¡Un niño casi!... Se llamaba Wermels Homer, marino de segunda clase. Pero actuaba como ayudante artillero la noche de los torpedos.

Enrolóse siendo un chico, como otros muchos. Regresaba hecho un monstruo. El cerebro actuaba a su antojo, y tan mal... tan mal... Decía a sus brazos: "No deben moverse en la forma

que lo hacen"; y luego les ordenaba cosas tontas a sus piernas.  
"Espacidad", le diagnosticaron infinidad de veces, lo cual no impedía que la cabeza de Homer siguiera con su bamboleo.

La tenía a un costado y cuando hablaba valía del método de los aficionados a contar chistes, con los labios firmemente apretados contra los dientes. Así era como hablaba, y así hablaba hasta que estuviera bien, si es que alguna vez llegaba a curarse...

Diecinueve años...; pronto, veinte...

Sus suaves cabellos formaban mechones detrás de sus orejas. En su barbilla advertíase un poquitín de pelusa. Sus limpios ojos azules veían la vida con amor. Porque había creído no verla y apreciaba otra vez... Arrastraba su pie, tan grueso era su botín, que llevaría aun unos veinte días, hasta que se gastara la suela.

Los hombres no podían creerlo.

—¿Se va allá?

Y cada uno pensaba: "Esto no debía ser. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién es éste que lleva ropa igual a la usada por los más fuertes y mejores, los más rudos y rectos, los más buenos?"  
Veían las condecoraciones. Corazón. Párpura... el A.T.O. El Listón Dorado, de la orden del Pacífico del Sud, y el Verde, el Marrón y el Blanco. Las bandas de E. T. O., y sobre ellas, una gran estrella.

En las afueras de Orán, él había opinado aquella vez:

—Debíamos haber llevado nuestros tanques a Liverpool.

El hombre le dijo:

—Por Dios! ¡Perderemos el convoy si lo hacemos así!

Alcanzaron el convoy.

Marcharon cerca de Orán. Y siguieron muchas millas; los trajo un transporte. Y todos, por turno, dirigieron a tierra, uno por uno, mientras arriba los aviones los protegían. Oscureció. El transporte seguía ordenando. El capitán dijo:

Ahora nosotros.

Se cambiaron números y palabras desde el puente al ingeniero y viceversa. Se lanzaron a estribor. Todos los tanques estaban bajo el humo (no habrían alcanzado el convoy si los hubieran llevado a Liverpool).

Después se sucedieron los impactos. El primero a popa, el segundo, terriblemente cerca, a proa, erróneos.

Y Homer dijo que recibió una orden y bajó por una escalera, tanteando los escalones.

Los escalones se esfumaron de sus manos. Y aun estaba mal cuando lo despertaron, nueve días después.

Todo esto lo contó cuando ya estaba en el avión. Charlaba, con su labio apretado, como un mono.

No podía prever la vida que lo esperaba porque tenía muy poca vida detrás. Sólo ahora aparecía lastimosamente, renqueando, arrastrando su botín negro por el suelo. El grueso botín hacía más ruido cuando caminaba sobre el cemento.

—¿Saben — (aunque no lo dijo así. Sólo "S" (fagina). Pero eso fué lo que trató de decir) — a dónde tengo que ir para tratar de conseguir una asignación?

Lo miraron conmovidos, y sabiendo que estaba en parte muerto, sólo en parte, parte, como una pensó para sí: "Prefiero morir a quedar así".

—¿Para dónde?

—Boone City, señor.

Continuó sonriéndose. Ambos apartaron la vista y miraron hacia la lejanía para no verlo; cada uno se sentía feliz de no tener que deambular arrastrándose. Felices, además, por estar allí y en camino a Boone City.

—Tiene un paracaídas?

—¡No!

Y esa mueca del labio partido, pero aun sonriendo... Sus ojos tan limpios... como las piedras con que había jugado años antes, como los trozos de una taza rota, o como un cinturón de vestido de niña. Azul claro, más bien suave, femenino y amable.

—Oh, no, no tengo! Pero me aceptarían igual, porque estoy herido. ¿No les parece?

—¿Fué dado de baja? — le preguntó Stephenson, tan viejo y cejudo, tan imponente, tan vivo y despreocupado. El marinero golpeó el pecho y sonrió:

—Oh, seguro, estoy afuera! — dijo —. Estoy cansado de los hospitales. También estoy mejorando, pero, ¡qué embromar! tarda un poco...

—Boone City — dijo. Fred —. Los tres... ¡Por Dios!, apuesto a que hay lugar.

Y luego, señalando el paracaídas de Al:

—Oiga, sargento, alcáncelo — tomó el paracaídas cuando Stephenson quería hacer lo propio —. Dejaré por aquí el mío — dijo Derry —. Ustedes, espérenme.

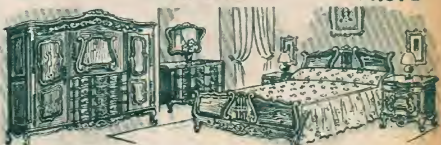
Los dejó allí mismo, apuró el paso y encontró la fortaleza marcada "23".

Un solo precio  
en una sola calidad

**TORETTI**



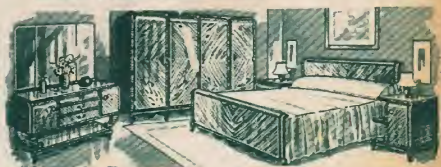
COMEDOR Provenzal en roble, aparador 2 metros, bazuqueo, mesa, 6 sillas tapizadas en cuero, \$ 2.950 y de ..... \$ **1.970**



DORMITORIO Provenzal, en roble, ropero 2 metros, cómoda con marco, 2 mesas de luz, cama de 2 plazas \$ 2.900 y de ..... \$ **1.930**



COMEDOR estilo Francés en nogal, aparador, bazuqueo, bar, mesa y 6 sillas tapizadas en cuero a ..... \$ **1.480**



DORMITORIO estilo Francés en nogal. Ropero de 2 metros, TOILETTE de 3 lunas, 2 mesas de luz, cama de 2 plazas ..... \$ **1.750**

**Toretti**

1118 - CORRIENTES - 1118





Un G-1, de espaldas al suelo y durmiendo al lado del ala: un grasiiento sargento caminaba sobre la otra ala. Este se paro y miró. Derry saludó con la mano. Subió a bordo y ya en la cabina dejó caer el paracaídas de Stephenson en el deposito de la cola; había otros paracaídas y overalls. El equipo de los oficiales sería colgado adelante.

Las chapas plateadas, los ventanillos y las armas; el olor del "17"; "B-17"; en algo diferente al de cualquier otro aparato; así pensaba él con orgullo, como lo hacen los aviadores.

Fred apresuró la vuelta.

Encontró a los dos. El sargento seguía callado, pero el marinero hablaba. Fred desaba que terminara.

—Escuche —le dijo—; lo van a tener que poner en la lista. Venga con nosotros y no hable. Cuando le pregunten por el paracaídas déjeme hablar por usted.

El marinero dijo:

—Oh, gracias!  
Los siguió con gran esfuerzo. Derry echó a andar y Stephenson comprendió; encendió otro cigarrillo y los siguió.

Encontraron al piloto cuando salía. Y Homer Wermels fue puesto en la lista.

—¿Tiene paracaídas? —le preguntó a Homer.

—Aquí! —dijo Derry, mostrando el envoltorio con el paracaídas suyo, que ya había enseñado antes. El piloto dijo, dudando:

—Oiga. ¿dónde está el suyo? No tenemos paracaídas de repuesto a bordo y...

—Escuche —dijo Derry—. Ya dejamos los paracaídas en nuestra fortaleza. ¿Donde demonios ha estado? ¡El sargento y yo queremos ir a Boone!

El piloto sonrió:

—¿Impacientes? ¡Vamos, andando!

Ambos lo siguieron, Homer detrás de ellos imaginando lo que comería esa noche; había pensado en los bistecs de ternera durante muchos, muchos meses... en papas al horno... en ensalada de pollo... Y apuró el paso detrás de ellos. Pensó en hablar, pero nadie lo escuchaba: sus ojos brillaban.

Luego, cuando ya habían trepado a bordo, Derry hablaba con rapidez. El jefe de la tripulación estaba perplejo.

—Estoy seguro de haber contado tres —dijo—. ¿Dónde está el suyo?

—¡Ahí mismo!

—¿Y el suyo?

—En alguna parte de a bordo —dijo Stephenson, con calma.

—Creo que lo puse arriba, en la radio —dijo Fred—, para que reciba el calor de los cinco mil caballos de fuerza. Está arriba, ahí mismo.

El jefe fue a ver y encontró otros paracaídas. No supo qué hacer. Eso era demasiado misterioso para él. Divisó un equipo y un paracaídas envuelto. Lo levantó y leyó el número:

—¿Es suyo éste?

—¡Sí, seguro! —dijo Derry. El jefe se alejó. Tal vez le creyera, o tal vez no le importaba nada. Había tantos para cargar en los "17", o en cualquier cosa con alas, en esos días! No era como poco antes... El mundo que la guerra había forjado se estaba derrumbando.

El jefe de tripulantes soñaba con Bridgeport, en Connecticut. Otro mes más y a lo mejor él...

Despegaron. Tres puntos. La cola abajo. Y Homer se babeaba, empapándose; algo que era consecuencia de las heridas, que siempre parecen babearse. Se rió, limpió su barbilla y dijo que estaba contento.

—De cualquier modo —exclamó—, la última vez que fui en avión me dieron

un paracaídas. Tenía que devolverlo... pero soy tan chico y liviano... Me dijeron que tendrían que tirar sobre el paracaídas y llenarlo de agujeros antes de que mi peso lo hiciera descender.

Ris y murmullos de varias cosas.  
Dentro del espacio interior todos estaban sentados en el suelo desde la partida. Habían nacido en el aire. Fred miró su reloj: las dos y veintitrés. Se puso de pie y pegó su cara contra la ventanilla. El campo se empuqueñaba, alejándose, los caminos desaparecían arrojando tréboles en los cruces; las ciudades, distantes; todo luminoso y sereno detrás.

—¿Cuánto? —le gritó el sargento, y Fred calculó tres horas.

Bastante aproximado...; pero tardarían más si los detenía un viento de frente. El "17" estaba ascendiendo.

#### IV

Luego, algo más tarde, Derry comenzó a moverse. Miraba hacia dentro, en otro tiempo, hubo bombas, otra vez con el óvulo puesto para proteger el uniforme. Se deslizo, gateó por el hueco liso y redondo desde donde otrora un artillero escupía muerte.

—Seguro que se portó "bien" —dijo el piloto, apoyándose contra el asiento.

—¿Estuvo en combate?

—¿Claro que sí! —le gritó al piloto en el oído—. Actué durante bastante tiempo en el Pacífico Sur.

—¿Cuál fue el suyo? ¿Qué zona de operaciones?

Fred gritó:

—La Octava Fuerza Aérea, en Inglaterra.

Oh! —dijo el piloto.

Derry bajó, arrastró por la proa y pasó al lado del jefe, profundamente dormido e inerte, con el paracaídas junto a la cabeza. No se podían oír sus ronquidos. Los motores rugían. Derry avanzó hasta estar completamente rodeado por el "plexiglas". "Sin conocerlo, como un místico, esto es lo que fatiga más al piloto", pensó.

Allí estaban las armas, cubiertas con modestas fundas. Las cintas de proyectiles ya no se veían. Presionó la palanca de carga de la ametralladora de babor. Retrocedía sin vida, con pereza, sin resortes que la detuviera. Fred apretó el disparador: nada sucedió. Una cápsula de granada vacía, donde había morado la muerte. Desenganchando la cuerda hizo girar el arma; presionó el péndulo y el resorte; hizo accionar, de derecha a izquierda, el puntero seguro.

Lo dejó en "Fuego" y se colocó detrás de la mira circular. Pero la mira de lanterna había desaparecido. Hizo volver el arma a su posición original, para dejarla como estaba. Y ahí se balanceaba ahora, descargada e inútil... Lo pensó como un bombardero, como hombre.

Había aprendido tantas cosas: los botones de disparo...; el asunto de la doble empuñadura; el cálculo y la deriva; las cintas en su lugar. Y todo lo que se hace cuando se trabaja con miras de bombardero Norden; once mil dólares de acero trabajados a la perfección; y vidrio y joya.  
—¿Qué se podría hacer en este mundo modelo que se veía más abajo? ¿Qué se podría hacer para que los hombres pagaran bien?

"Esos hombres podrían alabar tu nombre en papeles impresos y colgar el aplauso de tu pecho". ¡Las Hojas de Robin!... ¡Qué se podría hacer en misiones? ¿Qué se podría hacer en vida que no necesitara el imponente peso de todo el destino

que se temía? Seis mil libras de destino, tan bien guardadas, liberadas de sus grilletes, para caer sobre Lille, Kiel, Bremen y el resto...

[Tantos había matado cuanto más se elevaba sobre el mundo]. [Tantas paredes y techos destruidos]. Había tomado trenes, con su pequeño dedo, para convertirlos en polvo, en nada. [Tantas veces con la máscara pegada a la cara, el pesado tubo y la esfera roja girando en alto!... Los ojos tras las antiparras abriéndose, cerrándose... Tantas veces el soplo helado en sus oídos... El miedo que lo acompañaba a la cama, que se acostaba con él, y que no lo abandonaba cuando ya estaba vestido con cuero, con calor eléctrico y lana de cordero.

"Yo fui un bombardero —se dijo, con un murmullo que los motores parecían desenvolver—. Yo fui un bombardero, y cumplí mi misión. Ahora estoy vivo, y Clark no; tampoco Stein, March, Callahan, ni Olsen... Bailey está muerto, y Payne. Gadovsky está muerto, Holloway abajo; y yo estoy arriba, camino de Boone, hacia mi casa, ¿para qué?

Los motores leían.  
Ocupando el espacio que antes correspondiera a la mira de bombas, pegó su nariz contra el cristal para mirar allí abajo los grupos de pueblos y chacras; las ciudades más grandes.

Vió una carretera, y la gente en coches que avanzaba pesadamente. Los vio a todos, y pensó fugazmente en el resto; en los hombres que nunca conoció; en los desconocidos que venían de todos esos puntos y que veía allá abajo: de la casa materna, de la de la tía Molly, de la casa... Un millón de hogares había visto pasar hoy. Pensó vagamente en el resto, y en lo que les esperaba después, cuando estuvieran en casa. Pero sólo lo pensó un momento. Era generoso por naturaleza y soñador a veces; pero era joven. Se amaba a sí mismo. El era el mejor. El era Fred Derry. Toda la vida de Fred Derry estaba resumida en el mismo ahora. Ahora, cuando para él ya no existía el Grupo de Bombardeo; ahora, cuando el C-3-0-5to, era sólo un nombre, algo a que aferrarse cuando fuera más viejo. Adecuado para esas reuniones clásicas, ya con el abdomen muy pronunciado y el cabello gris. Bueno para el pasado. Bueno para el futuro. Pero inútil ahora.

Durmíó.

Las hélices seguían girando. Los motores internos rugían; los motores externos, sobre las alas, a ambos costados, continuaban el monótono zumbido, en el silencio. Dormíó. Tuvo un corto sueño. Algo acerca de ingleses a quienes conocía.

La chica que se llamaba Beatriz. Y que era lady Tillman. Eso era real. Nunca creyó que los nobles vivieran fuera de los libros. Pero se divirtió con un lady. No tan mal... Pariente de un teniente de la Fuerza Aérea, uno de la R. A. F. Así fué como sucedió. Fred Derry lo conocía, habían trabajado juntos.

—Y cuando vayas a Londres —dijo el de la R. A. F.—, ¿por qué no aprovechas para conocer a mi hermana? Y así lo hizo.

Bailó con lady Tillman; salieron; buscaron el coche con la linterna. Comieron bizcochos y bebieron en la casa; arriba, en el departamento de ella. Cerca de Grosvenor... y todo el resto. Eso era lo que Fred Derry había hecho: él, el chico de los mandados de Bullard's Mezclador de soda. Docientos dieciocho li-

## CREACIONES MAYORGA



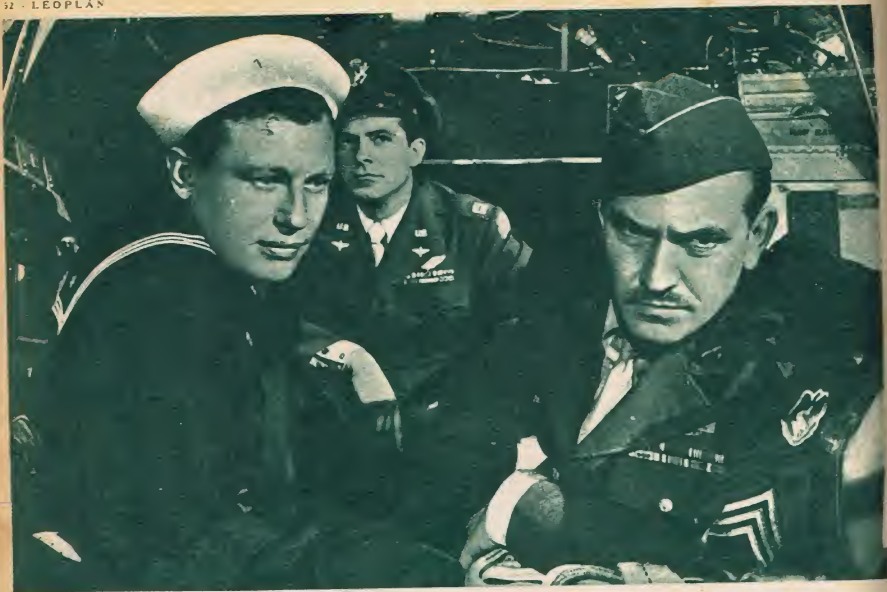
LOS PEDIDOS DEL INTERIOR SE REMITEN EN EL DIA



1. En gamuza y becerro, forro de cuero; maldonado y espeso \$ 28.—
2. Becerro liso, correa extensible, forro de cuero, cierre dorado \$ 48.—
3. Para sport, en becerro liso, colores de actualidad, forro de cuero \$ 110.—

PEDRO  
**MAYORGA**  
FLORIDA Y  
CORRIENTES





bras en sus ropas; libras esterlinas; se multiplicaban por cuatro y ya estaban los dólares. En esa ocasión había ganado; algunas veces había perdido. El juego apasionado de las noches visperas de acción... A veces solía estar lleno de dinero, un montón de libras; otras veces, ¡nada!

Sonó un poco, sueños entrecortados. Sus noches con lady Tillman, mezcladas con viajes en trenes abarrotados, comiendo zanahorias. Algo así como una sucesión indefinida de fragmentos de sueños que no significaban nada; no obstante, mejores que las pesadillas que también tenía, a veces. Otras notaba que caía... caía... caía... y caía...

## V

—Tres cuartos de hora —dijo el piloto—. Tenemos un viento de cola de doce millas, ahora. Esa es Illinois. ¡Cuarenta y cinco minutos más y los dejaremos en Boone!

Al Stephenson volvió a arrellanarse en el asiento y habló con Homer Wermels, que se despertaba.

—Tengo que irme —dijo Homer—. ¿Dónde está el caso?

No había ninguno. Preguntaron al jefe, quien les dijo algo acerca del receptor y el tubo, y donde estaban. Al ayudó lo mejor que pudo. La puerta volvió a cerrarse. El viento entraba por las aberturas de las trampas para bombas. Homer se agitaba en su cucheta. Habíase enredado con el tubo y las cuerdas.

—Por Dios! —dijo Stephenson—. ¡Olvidate de este tubo!

El muchacho agradeció con la mirada,

y se recostó contra la trampa para bombas.

Derry regresó gritando.

Sólo faltaba media hora. Se agruparon en la torrecilla de la derecha; el cañón estaba allí, y de él se colgaba Homer llorando de alegría. Vieron un río; todos lo conocían. Al había pescado allí y caminado por sus bosques... Los árboles de primavera, con sus nombres salvajes; la leyenda... Los huesos enterrados de los Pottawattonis... El rojo de los graneros y el blanco de las casas. Los molinos a viento destacándose por encima del blanco y negro que formaban los caminos. ¡Y tan pequeños se veían andar los coches! El reflejo verde del trigo de invierno y a los lados petirrojos y vacas. Más allá apiñábanse los techos de las casas, formando una ciudad.

—¡Esa es Spennyville! ¡No; es Midland Falls!

—Debe ser Willow Fork —gritó Homer, forzando su boca.

Dejaron que la llamara Willow Fork. Total, ¿qué importaba?

Tantas otras ciudades había a las cuales retornaban los hombres; tantos hombres que no volverían a otras ciudades, a ninguna ciudad. Tantos fragmentos de granadas en Normandía; tantas ametralladoras en la frontera de Alemania; tantos submarinos; tantos Messerschmitts. Adiós a Ed, y a Charlie también. Remembranzas en el mes de mayo... Pero ellos volvían, y respiraban, y cada uno entreveía una pieza, y a alguien en ella. El jefe los llamó, desde la puerta, haciendo señas.

—Vamos a bajar —dijo—; tienen que sentarse.

Fueron hacia adelante y se agacharon esperando el golpe. Los oídos les dolían. Derry despejó los suyos y enseñó a los otros cómo hacerlo, pese a lo cual volvieron a molestarlos.

El avión aterrizaba lentamente; ya iniciaba el carreteo.

—Más plata para las fábricas de goma —dijo Derry.

El jefe hizo una mueca; había oído ese crujido más de cien veces. La cola bajo y el "17" giró sobre sí mismo. Un "jeep" amarillo apareció para guiarlos.

Su "siganme" fué descartado y autoritario.

La gran fortaleza lo siguió por la pista. (Cuando el César vió a Roma envuelta en llamas, ¡pensó que sólo parte de él estaba allí?)

## VI

Todo era nuevo. Esta base había sido construida mientras ellos estaban del otro lado del mar.

No conocían las desoladas y verdes construcciones. La torre ni el techo del hangar. La carretera número 2, en dirección a Spennyville.

La llamaban "Bonnie Dell".

—Sí, ésta es —dijo Derry.

—¿Y todas estas plantaciones? —preguntó Al.

Caminaron, llevando los paracaídas, mientras Homer los seguía como podía. Arriba, y más allá, las brumas y el rojo de la puesta del sol. Vieron la mancha de Boone City, cinco millas a través de los campos; les llegó el olor de una fa-

**PERMANENTES** *las más BELLAS*  
**PERMANENTES** *MAGNIFICAS*  
**PERMANENTES** *ONDA AL FRIO*  
*sin máquinas, sin hilos y sin calor.*

## **PERMANENTES**

ASOMBROSAS POR SU NATURALIDAD

### **TINTURAS**

*las más Perfectas*

### **TINTURAS**

"POLICROM" *al aceite*

## **TINTURAS**

LAS MAS ELEGANTES

**PEINADOS Hermosos**  
*Masajes y Manicura*

### **Canas**

Tiñtura Instantánea "POLICROM"  
al aceite. Hermosos colores y de  
fácil aplicación para particulares.  
En venta en "La Esmeralda",  
C. Pellegrini 425 y sucursales.  
Envíos al interior, contra reembolso



## **LA ESMERALDA**

(LA MEJOR Y MAS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)  
S. R. L. - Capital: \$ 400.400

**Casa Central: C. PELLEGRINI 425**

**. T. A. 35-6645 - 1231**



La ropita... rosa... o celeste!



PAÑALES

**BEBETEX**



UN PRODUCTO  
SUDANTIX

En 2 tipos: "Super-Absorbentes" de doble gasa, sin costuras; y en tipo económico "Ojo de perdiz".

## Información:

## MILES DE MUJERES SALVADAS

Miles de mujeres y también miles de hombres han sido salvados de ser engañados, porque al pedir el perfume de su predilección o el producto de tocador de su agrado, no permiten que se lo desprestigien, cualquiera que sea la finalidad que persiga la persona que lo hace.

Por eso aconsejamos a los consumidores, que cuando compren, se mantengan firmes e insistan en que se les entregue el producto solicitado.

Así disfrutarán de la enorme satisfacción de usar lo que satisface su gusto personal y al mismo tiempo estarán prestando su decidida colaboración a la Campaña Pro-Comercio Leal.

brica que se mezclaba con las fragancias de la primavera. La cúpula del capitolio de su Estado, toda dorada, era una joya destacándose entre la opacidad que la rodeaba. Vieron los anuncios para vender cigarrillos, coque y lubricantes Boone City: población de alrededor de 180.000 almas, según censo de 1940, inclusive Milly, Peg y Rob, para Stephenson, inclusive María para Fred, Y Patrick Derry, y el licor que tomaba. Inclusive la mamá de Homer, la ensalada de repollo, Wilma Jacobson, la de la casa de al lado, y el Club Ewporth, adonde acostumbraban concurrir Wilma y Fred.

Bajaron del avión (adiós, amigo de metal; adiós al timón, a los alerones y al fuselaje: ¡Dios guarde tus fuertes motores hasta que no los necesites más!). El piloto pelirrojo unióse a ellos, y los tres hombres le agradecieron por el viaje. Vieron dos paracaídas...

—¿Otra vez?... ¿Dónde está el suyo? —preguntó a Fred.

—Lo perdí en el E.T.O. —dijo éste—. Olvidalo, compañero, ¡ya estamos aquí!

El piloto hizo una mueca:

—Ustedes están afuera —dijo, con amarga convicción—.

Bueno, ¡ya quisiera estarlo yo! ¡Me faltan seis meses más!

—hizo otra mueca y pensó en Oregon. La pequeña chaqueta era tosca y pobre, pero noble en su pensamiento.

Homer contaba en poder tomar un ómnibus.

—¿Cada cuarto de hora pasan? —preguntó en la guardia.

no podían entender una palabra de lo que decía. Uno estaba avergonzado y confuso, en tanto Homer preguntaba por esto.

por lo otro, o por cualquier cosa rara.

Al Stephenson devolvió su paracaídas y regresó a tiempo para ver al marinero bajando torpemente por la escalera, tan nervioso, sintiendo la proximidad del hogar en tal forma, que apenas podía hablar.

—Olvidate del ómnibus —dijo Al—. Tomaremos un coche.

¿Dónde está el teniente?

Derry volvía de comprar cigarrillos. Encamináronse a la puerta principal. Al llevaba la valija de Homer. El, personalmente, no tenía nada. Había enviado todos sus efectos por

expreso desde la costa oriental. Tenía una navaja en el bolsillo, un cepillo para dientes y algunas tarjetas. Eso era todo.

Tal vez una valija lo hubiese detenido. No estaba acostumbrado a ellas, sino a los bultos. Acostumbrado al sucio

uniforme de los G.I. Aun tan lejos de la guerra se sentía desamparado sin una mochila, una carabina y un casco sobre su cabeza.

Hallaron un coche.

—Ocho dólares —dijo el conductor.

—¡Dios mío! —exclamó Fred—. Aquí estamos, ¡y cómo!

—Mire, amigo —le dijo el chofer—, si no le gusta, puede.

Al ya estaba adentro y habíase sentado.

—Cierra el pico y camina.

El chofer cerró el pico y, arrancó.

## VII

Esto no era la guerra. Nunca ocurrió nada aquí. Los capullos jamás se cortaban. Boone City no había visto en su vida un combate desde que los pintarrafeados sioux galoparon por sus praderas con sus mortíferas flechas. Los coches de la Linen Belt y sus bocinas resonaban en la Treinta y Tres, como antes.

Ni un tanque Marx IV para borrar tanta uniformidad. Nunca un chico muerto tirado en el camino; jamás un gato con el vientre abierto. Nunca una granada para acabar con el puente de la calle Quinta. O para volar en pedazos la estación Sinclair. Las bazookas (lanza-cohetes) nunca zumbaban por encima de los techos de las casas, de la boite o del café.

Y la gente decía que la guerra se estaba poniendo dura cuando las oficinas de racionamiento les negaban nafta "A" y en los fines de semana seaban el Chevrolet y se iban a Rock Springs, a las carreras de galgos!

—Nunca una guerra! ¡No podía ocurrir aquí! no había nada que pudiera atomizar la imaginación.

Uno donaba un poco de sangre y le daban un botón para el ojal. Tenían la propaganda pro bonos de guerra en el guardarrropa. El dibujo de un marinero, con el dedo en los labios, hacía mucho que acababa:

—No contar secretos! Frente interno... ¡El hombre detrás del hombre, detrás del arma! ¡Se solicitan soldados! ¡Haga frente al ataque! ¡Actúe! Ayude a los franceses si son libres. Ayude a los ingleses y a los polacos. Reduzca el impuesto a los réditos. Ahorre papel y latas; ayude al Comité de Ayuda Nacional."

Y los telegramas que a veces llegaban (oh, ¡esas ventanas cubiertas de estrellas!)

Oppenheimer-Stern anunciaban la venta de rayón nuevo de primavera, tan fino como el Nylon, de cuyas cintas marcadas se hacían telegramas;

"Sentido pésame!"

"¿Al servicio de la patria!"

Una mujer, en Elm Street, cerró la puerta y sostuvo el papel del telegrama. Lo extendió sobre la mesa y leyó nuevamente. Tambaleóse, insegura, y llamó: "Enice", con un hilo de voz. No obstante, Boone City nunca tuvo una guerra. Y otro telegrama de 1941: "Sin novedad hasta ahora, sin novedad hasta 1945". A Woodlawn, Stanley Drive y...

Para hacer que las estrellas se tornen doradas.

La gente de más edad vestía generalmente de negro. Los jóvenes rara vez. Boone nunca tuvo una guerra. Porque la iglesia estaba intacta, lo mismo que el templo Sholom; e igualmente St. Thomas y el café de Butch.

Hace mucho, mucho tiempo, que se veía el cielo de medianoche. Sin reflectores ni escuadrillas de cazas. Las líneas aéreas enviaron su vuelo "16" sobre los techos y nadie se agachó. Los sirenas aullaron, en febrero de 1942, algunas veces más; una sola en el 43... Los vigilantes aéreos tuvieron una larga instrucción. Prestaron el primer juramento en Wilson Junior High. Algunos obtuvieron sus cascos. Otros solamente brazaletes para lucirse... Los baldes de arena agrupaban en los corredores superiores del hotel Daniel Boone...

"Oh, hace muchísimo tiempo, una eternidad! La noche no interrumpida por los Heinwels, los Dorniers, los Junkers, y el resto. Los vigilantes aéreos se quitaron sus brazaletes, listos para morir en caso necesario (hubieran muerto tan valientemente como sus colegas ingleses). No tuvieron necesidad de ello. Los hijos jugaban a la guerra con los cascos de los vigilantes.

Los folletos de la Cruz Roja yacían olvidados en la biblioteca de arriba, al lado de la novela policial, del diccionario y de selecciones de tal por cual.

Llegó el día "D", y la gente se emborrachaba. Algunos rezaban. Y se "yanqui", avanzaban en Normandía. Y nuevamente los extraños nombres franceses: *Les Legionnaires*. Los que ahora no sabían nada de lo que se encontraba más allá de sus casas, hablaban de Toul, de Brest; trataban de recordar cosas olvidadas y enviaban a la juventud... Y ¿qué gusto tendrá el sin blanc? Así cayó París. Y las radios estaban llenas de dramas, precauciones, fanfarronadas y estupideces. Las fotos inundaban las revistas. Los noticiosos, el cine. Los locutores, siempre en acción, acaparando los programas. Y las retransmisiones de la B. B. C., de Londres, a los Estados Unidos. La historia de las bombas voladoras. Boone City oía las bombas. Estallidos retransmitidos que no causan tanto temor. La línea Sigfrido fue rota, el Rin cruzado, y los "robots", terminaron su trayectoria. Y llegó un día...

En una calle alemana había un tanque incendiado.

—¡Cuidado! —dijo Al.

—¡Ya sé! —dijo Paskowitz—, ¡Pierde cuidado!

Pasaron el tanque. Dos soldados los siguieron lentamente.

—¡Mira aquella ventana!

Al miró. La mina explotó. No pudo hacer nada por Paskowitz. Limpió algo de la visera de su casco. Era redondo, húmedo y firme. ¿Un trozo de hueso? Apenas durmió esa noche. Y luego, absorto, habló en voz alta, despertando a Smith y a Beecher. Medio despierto, sabía: sí, Paskowitz, el loco, el endiabrado, el galán, el dominador de mujeres ("sólo Dios —decían las muchachas— y Paskowitz pueden hacer tal cosa"). Y ahora Al sabía. Sí, oh, sí, sí... La rojiza y tambaleante cosa, con venas y carne..., era un riñón...

Y así Homer se agitaba en su cama. Y Fred volvió a los bombarderos. Y Al avanzaba por Alemania. Llegaría un día, con las banderas desplegadas en su ciudad. Y pitos y sirenas gimiendo interminablemente. En las fábricas, en los talleres, y en la Ford. Pero aun con eso nunca hubo guerra en Boone. No había sucedido nada allí. Sin fuego de morteros, ni en la playa ni en la calle. Ninguna ducha conjunta de diez o doce, con sus caras sucias; deteniendo a uno y diciendo: "Hola, ¿tienes un cigarrillo?... Dame un cigarrillo... Juego tan bien como tú..."

Nada de guerra en el pasto ni en el maíz. Ni en los álamos a lo largo de los ríos. El sol se puso, ofreciendo un aspecto encantador. Como cuando estaban los indios...

## VIII

Homer fué el primero en llegar. Vivía en la Diecisiete. El taxi dobló y pasó por el colegio al cual había ido Homer. La calle era lila en toda su extensión. Algunos árboles, un lote vacío, y la serie de casas con sus jardines... Las muchachas daban vueltas en bicicleta. Con poco tránsito de autos. Un viejo que caminaba se detuvo para hablar con alguien sentado



# COLONIA BRANCATO

## El perfume de moda

# Exposición muebles CONGRESO



Gran Combinado de Dormitorio y Comedor estilo moderno, sólidamente construido, compuesto de 22 piezas \$ 795



GUARDARROPAS  
Gran variedad desde \$ 130

Solicite Catálogo Creaciones 1948  
Embalaje, Acarreo y Despacho Gratis

CREDITOS

**RIVADAVIA 1553**  
FRENTE A LA PLAZA CONGRESO





en un pórtico. Era una de esas calles serias y sencillas, donde Dios es el término medio. Una casa es rica, pero ninguna es pobre. Y las cúpulas adornan los techos más viejos. Y los cristales iluminados de los vestíbulos; las tardes son alegres en los patios y hay una bandeja tarjetara en el escritorio (conteniendo afileres, una estampilla, una llave de cierta cerradura, y para ver alguna tarjeta). El poste de amarre aun aguada en el palenque de Mrs. Engle, con su anillo de hierro para las riendas (el coche nunca viene; no viene desde 1912).

El taxi de Homer Wermels frenó y se detuvo. Al bajó primero. Fred tenía el pequeño bolso de lona. Al verificó el número: "1525". Eso era lo que había entendido. Y se lo dijo al conductor.

—¿Es aquí?

Homer estaba radiante de alegría, y se babeaba. Chillaba. Casi se cayó al bajar. Pero Derry lo tomó del brazo.

—Oye, ¿cuánto dijo? Este taxi...

Homer trató de sacar dinero.

—Déjate de tonterías —dijo Fred—. Vamos...

Comenzaron a subir los escalones de cemento. En el pórtico apareció, temblando, una mujer. La puerta quedó abierta, dentro se escuchaban pasos apresurados y gritos:

—¿Es él! ¡Ha llegado! ¡Oh, papi, es Homer!

La mamá de Homer estaba inmóvil. De pie, mirando sin ver. Apareció una chica. Luella, de trece años; dió un salto y gritó. Llegaron el padre y tía Sade. Una audiencia de honor en el umbral.

No sabían que el brazo colgaría de esa manera, ni habían esperado que arrastrara sus piernas. Las cartas que escribiera eran buenas — naturalmente, escritas con su mano derecha —. Nadie había pensado que haría muecas con la cara, ni que su boca perdería la forma. Nadie se imaginó que bailotearía en esa forma al caminar.

Un pequeño perrito que vivía dos casas más allá — un pelo duro de nombre Finx — vino corriendo y retrocedió. Ladrando, gruñendo y sacudiendo la cabeza. Miró a ese payaso con algo de temor...; se acercaba y se alejaba; trataba de morder. Un vestigio del Homer que conoció. Algo olvidado y en parte querido. Y en parte algo con qué jugar. Un basurero, un vagabundo a quien correr. Un enemigo tosco, un ser terriblemente grotesco.

—¡Aul! ¡Guau... au... au!... El perro acercóse nuevamente. Muchas veces, sin importar cómo, lo llamaron por su nombre:

—¡Acá Finx! ¡Ven, Finx!

Luella gemía mientras lidiaba con el perro, y Derry le tiró un puntapié. El maldito gruñía y se esquivaba.

—¡Sé bueno, Finx! ¡Oh, vete!

Luella, la primera en acercarse a Homer, gritó su nombre y echóse a llorar con amargo llanto.

Los Jacobson escucharon ruidos en el patio. Y Wilma Jacobson salió para ver... Homer la había llevado al club. A un baile del colegio; al cine varias veces. Ella tenía su fotografía en la cartera y lo llamaba suyo. Su marinero. Era suyo. Para contarle, para gritarle, para quejarse, para reír en las cartas que le escribía, para hilar casamientos imaginarios... Y no estaban comprometidos. Eran demasiado jóvenes. No sabían nada. Ella era "su chica", y llevaba un afiler de la Marina en su tricornio de colegiala. Con esa ilusión llegó al pórtico y vio la vuelta de Homer a casa. Hubo un silencio, después de las lágrimas; el comienzo del Gran Silencio que sobrevendría. Derry y Al murmuraron "gracias" y huyeron. De vuelta al taxi... No hablaron; fumaron. El taxi partió hacia la calle Diecisiete y Cottage Grove.

—Tome por el oeste —dijo Al—. Y de nuevo por la Veinte. Vaya derecho al Grand.

—No, por la Veintiuna —dijo el conductor, humilde y temeroso, sin saber por qué.

—Lo dejaré a usted primero —dijo Al a Fred—. Yo voy para el oeste, a la Treinta y Cuatro.

—Roger —dijo Fred. Y no hablaron más. Pero tuvieron a Homer ante sus ojos durante un buen rato.

IX

Estaba oscureciendo. Derry vio una casa sobre la curva en Wildwood Park. Antes la consideraba como un castillo; toda de ladrillos y con agudos picos; una casa feudal. Ahora no le parecía nada de castillo, nada de feudo. Simplemente un sitio de Wildwood Park, donde vivía el agente local de una sociedad mutualista.

La miró con desconfianza. Esto no era lo que había esperado. Algo estaba mal. Cambiado. Metamorfosado. Cuando

# Clarín

EN 7000 DE ATENCION PARA LA SOLUCION ARGENTINA DE LOS PROBLEMAS ARGENTINOS



**El Diario de Mayor  
Circulación  
En la Capital Federal**

**Con 2 Suplementos  
Semanales**

★ Lunes: SUPLEMENTO DEPORTIVO  
★ Domingo: SUPLEMENTO LITERARIO



# ¿Ud. puede ser: **MECANICO DENTAL**



EN POCO TIEMPO  
ESTUDIANDO EN SU  
CASA POR CORREO

Un moderno sistema  
Americano de enseñanza  
en 100 lecciones, con  
100 ilustraciones



Pueden aprender esta interesante y productiva profesión en todo el interior de la República bajo el Sistema Mecánico Dental para 2000 Dientes, CUALQUIERA SEY SU ESTADO siempre a tiempo para estudiar.

PIDANOS INFORMES

**GRATIS**

Obsequiamos instrumentos y material para los trabajos prácticos y un mes de enseñanza personal.

**INSTITUTO AMERICANO  
DE MECANICA DENTAL**

CERRITO 236

BUENOS AIRES

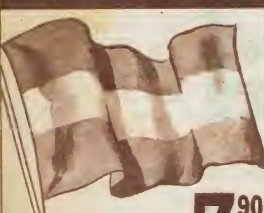
Nombre . . . . .

Calle y N° . . . . .

Localidad . . . . .

F. C.

# **BANDERAS ARGENTINAS**



**790**

Especial para balcón,  
1.50 x 0.80 m., alg.  
2 x 1 . . . \$ 9.90  
2.50 x 1.20 . . . \$ 17.50

**DE PURA LANA**

1.50 x 0.80 . . . . .	\$ 15.50
2.00 x 0.90 . . . . .	20.00
2.50 x 1.25 . . . . .	32.00
3.00 x 1.50 . . . . .	36.00

Nos especializamos en banderas reglamentarias para escuelas, confeccionadas en gro.

**SOLICITE CATALOGO**

Envios al interior con contrarrembolso en el día.

# **CASA PEREL**

NAZCA 1085

MAIPU 317

T. A. 59 - 2550

T. A. 31 - 9434

59 - 5072

31 - 9452

las casas se encogían, los árboles se achicaban y las ciudades perdían su aspecto y su fuerza (tanto el hotel del pueblo era un sueño de lujo demasiado fastuoso para poder ser alcanzado por el hombre común). Lo veía ahora; y esta vez: dieciséis pisos, su letrero rojo mortecino, algo lastimero. ¡Cuán hermosa la época del Claridieg! ¡Qué encantadores son el Mayfair y el Savoy, bajo cualquier raciocinamiento! ¡Bajo cualquier bombardeo! ¡Y aquí, todos dóciles, 'Oh, gente de vida estrecha, que no sabía nada del embrujo de la vida y de la muerte! Para ellos la vida era el club y sus ganancias en los libros. Y morían de cálculos a los sesenta y dos años.

El taxi deslizóse por la avenida...

—¡Pare! —gritó Fred.

El chofer detuvo el coche.

—¿Es aquí? —preguntó Al.

—Allí, en el fondo —Fred señaló una cortada y dijo algo más acerca de la dificultad para doblar allí. Ya estaba afuera. Tenía sus efectos, el paracaídas y el bolso.

Al lo observaba. En cierto modo cada uno temía dejar al otro. Como si fueran chicos, compañeros de infancia. Desterrados de un jardín de infantes a los cinco años. Sus recuerdos se agruparon; sentíanse unidos. Y confortados en un temor común.

—¿Qué va a hacer con su paracaídas?

—¿Conservarlo como recuerdo?

—No, me lo prestó un tipo llamado Weeks. Todavía está en Mitchell's. Se lo mandaré por expresito.

Bueno, entonces, buena suerte, señor

—dijo Al. El "señor" se le escapó antes de pensarlo. Vió los galones. El "señor", se le fue...

—Al, espere, yo pagaré el coche. Tengo una cantidad de bonitos billetes que me quedan los bolsillos —dijo Fred, y dió al conductor uno de diez. El hombre agachóse buscando cambio.

—Está bien, está bien —dijo le Fred, con enojo en la voz.

Y se alejó, sumergiéndose en la oscuridad sin detenerse a esperar el vuelto.

Escuchó el chirrido de las gomas, al alejarse. Y el ruido de los cambios.

Siguió caminando. Sus pasos resonaban sobre el asfalto. El pavimento terminaba allí. Fred caminó por la huella medio seca después de la lluvia de primavera. A su lado corrían minúsculos arroyuelos que parecían blancos en las tinieblas que los rodeaban. Algún día también asfaltarían esa calle. Una luz amarillenta que brillaba en una ventana. Era la casa de Mac Gregor. Quizá ahora vivieran otros. Vió correr el agua de la colina, por un desagüe, y caer en la alcantarilla. Las luces del otro pueblo brillaban más allá de la otra colina.

Un tren carguero llenó el este con su ruido. Y las bocinas de los coches sonaban espaciadamente.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! sombrío en la lobreguez de la puesta del sol! ¡Ahora estoy de vuelta! Pero no me parece en nada a ese ser esperanzado y lleno de ilusiones que un día partió...

X

Su padre tenía una cara chica. Pequeña para su estatura. Ojeas espesas, bigotes fuertes y cabellos que apenas conocían un peine. La voz era nasal, amable; disculpábase a cada momento.

—¡Por Dios, Fred, lamento que no hayas telegrafado! Hubiéramos preparado una cena decente. No tenemos mucho esta

noche. Mamá estaba algo cansada. Pensábamos abrir una lata de salmón. Pero cierto que lo siento. No nos dijiste...

Su padre tenía una costra negra en las manos. La costra que tienen los impresores y los hombres de prensa. El era uno de ellos. Unión Local N° 2.

El viejo restregóse un tanto los ojos. Cuando Fred llegó... se dieron las manos. Las retuvieron algo más de lo acostumbrado. Se notaba una costra negra en las manos. Se notaban los efectos de la bebida. Su ropa interior, larga, traslucida arrugada al exterior. Pat Derry tenía cuarenta y nueve años, pero aparentaba sesenta.

Una mujer abría latas con el abridero de la pared. Una viuda —Mrs. Newburgen— era su nombre —antes había sido con Patrick Derry, cuando ya Fred tenía dieciséis años. Su cabello era rojo, enmarañado y sobresalía por todas partes; bien podía haberse bañado más a menudo. No tenía humor ni sentido de lo que eso significaba, pero reía una enormidad. Jugaba al bridge los viernes por la noche y otros juegos similares las restantes tardes.

—¡Caramba, ¡por cierto que la echaste buena! —gritó en su vieja jerga—. Mire sus medallas, papá, ¡esos galones! Freddy, estás tan alto que mamá apenas te reconociera.

Olvidase de ese "mamá" —dijo Fred. No quiso herirla, aunque no le importaba hacerlo —. Mi madre murió cuando yo tenía dos años. El nombre de usted es Hortensia. Así la llamaré en adelante.

Primeramente pareció atemorizada. Luego incoherente.

—Pero me llamabas mamá antes de irte...

—Al diablo si lo hice —dijo Fred— eso de mamá fue cosa suya. Para mí todavía es Hortensia.

Ella pensó, se dijo que era gracioso y se detestó.

Derry regresó a la sala. Su padre movía los diales de la radio. Oíase el gruñido de las estaciones.

—Oye —dijo a su padre—, cuéntame otra vez el asunto de María.

—¿Qué?

—Discúlpame, cuéntame otra vez lo que pasó con María, y despacio...

—Pues es como te dije; no le gustaba esto. No nos entendíamos... Conmigo se llevaba bastante bien, pero no le cayó en gracia a mamá. Tú sabes cómo son las mujeres. Siempre peleando; discutiendo todo el día. Bueno, luego, María consiguió un empleo. Cátera, allá en Alamo.

—¿Conoces la boletería? —hizo la pregunta con penosa voz.

—Eso es lo que hacía; vendía entradas en un cine cuando nos encontramos por primera vez en el campo —dijo Fred.

—Eso es; bien, tuvo una buena época y tenía mucho dinero. Creo que te le mandaste algo. Se compró vestidos y otras cosas. Bueno, ella y mamá tuvieron una pelea, chillaron y todo lo demás. Entonces María juntó sus cosas y una noche se fue.

Hortensia se había quedado cerca de la puerta para oír la historia. La oyó. Y podría haber agregado más. Pero el rechazo de Fred todavía resonaba en sus oídos. Estaba perpleja y volvióse con rapidez para poner el salmón en un plato.

—Y bien, Fred, yo no está en el Alamo, ni vendiendo entradas. Se emplea en un club nocturno.

—¿Dónde?

—No sé en cuál. Desde que te fuiste abrieron muchos bares y sitios de diversión. Por cierto que esa gente de la defensa gastó la plata. Pero ahora no cre-

# RECIA

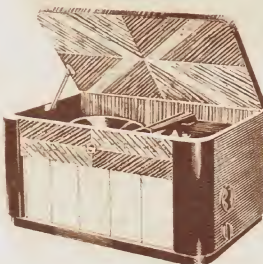
Presenta los nuevos

## RECEPTORES PHILIPS 1948

### Magos del Sonido



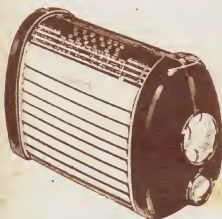
Gabinete plástico doble faz. Presentación en colores, circuito ultramoderno. 5 válvulas, onda corta y larga. Parlante autodinámico con diafragma de suspensión superelástica; gran potencia de voz. Control de tono de dos posiciones. Para 220 volts, ambas corrientes... \$ 350.—



Combinado de mesa, cinco válvulas. Magniband Philips en onda corta. Pick-up de excelente fidelidad y parlante de gran potencia de salida. Para corriente alterada solamente... \$ 1.290.—



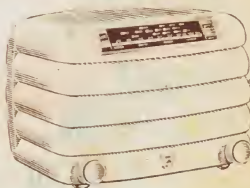
Modernísimo receptor de cinco válvulas. Onda corta con Magniband Philips en las gamas de 25, 31, 40 y 49 metros. Gran parlante autodinámico. Control de tono de variación continua. Dial curvado de material plástico. Ambos corrientes. Terminales para pick-up... \$ 585.—



Ultramoderno receptor doble faz, de 5 válvulas, onda corta y larga. Sistema Magniband para fácil y exacta sintonía en ondas cortas. Emisión sonora multidireccional, parlante autodinámico con diafragma de suspensión superelástica. En gabinete de material plástico. \$ 485.—

DISCOS RADIO

*Recia*  
S. R. L.



Receptor de cinco válvulas, moderno circuito para ambas corrientes, 220 volts. Ondas corta y larga. Parlante autodinámico de 5 pulgadas. Dial con estaciones localizadas. Gran sensibilidad y alcance. Atrayente gabinete en colores marfil, verde nilo y nogal... \$ 375.—

LAVALLE 926

T. A. 35-2471



# ADELGACE

como las estrellas de Hollywood  
SIN EJERCICIOS - SIN DROGAS

- SIN PRIVACIONES /
- SIN SACRIFICIOS //

Adelgace de 2 o 3 kilos en una semana.

El mismo y extraordinario método por el que han tenido que pagar centenas de dólares las estrellas de Hollywood está AHORA a su disposición. Millones de mujeres han recurrido al "REDUCING INSTITUTE" para adelgazar sin drogas, ejercicios molestos ni ayuno, aprovechando simplemente los principios científicos de este MARAVILLOSO SISTEMA.

Ue. TAMBIEN PUEDE REDUCIR SUS CADERAS, ABDOMEN, BRAZOS, TIBIOS, etc. Lo único que tiene que hacer es seguir las indicaciones del "REDUCING INSTITUTE" durante tres semanas, [Sea Ud. más inteligente! Aproveche los excelentes resultados y deje de ser una persona gorda.

## PIDA HOY MISMO

el "REDUCING INSTITUTE", que sólo cuesta \$ 2.50. Envíe el importe en efectivo, en bono o giro postal o en estampillas de correo de 5 ct.; agregue 30 ct. si desea recibirlo por certificado.

**REDUCING INSTITUTE**  
MAIPU 645 BUENOS AIRES

Ventos personalmente: LIBRERIAS  
T. PARDO - MAIPU 618 - Bs. As.

Sírvase enviarme el "METODO REDUCING INSTITUTE" para adelgazar, sin miembro.

Nombre.....  
Calle..... Nº.....  
Localidad..... F. C.....

## APRENDA PEINADOS, PERMANENTES, TINTURAS, MAQUILLAJES Y MANICURA

Es una profesión muy ventajosa, en la Academia del prestigio profesor

**LUIS ROFFMAN**  
PASO 139 • Buenos Aires

## TRASTORNOS CIRCULATORIOS VARICES

Dr. A. STIGOL - Montevideo 459  
T. A. 35 - 6180 - Cons. de 16 a 20 horas

# EN SU CASA, EN LA OFICINA, VIAJANDO

Un modo práctico y sencillo de tomar un laxante Tiene la forma de chicle, se masca como chicle y tiene un agradable sabor a menta.

No tiene gusto medicinal Pida Chi-les Laxantes FEEN - A - MINT en Farmacias.



que la mayoría tenga mucho para gastar. —Bueno, ¿dónde vive ahora? —En Pine Street y la Veintitrés. En el edificio de la esquina. ¿Chicoses...? —Sí —agregó Fred Derry—; fué construido antes de la guerra.

La Lorelei... Tanto había que preguntar, tanto que pudo haber dicho...

Había conocido a María una semana antes de casarse. Pasaron juntos doce noches. Sólo doce. Y luego el tren que partía. Ella le escribió que estaba embarazada. Y él la hizo trasladar a Boone City con su familia. Le escribió nuevamente. "Una falsa alarma", dijo...

Pero siempre viviendo allí. En cuatro ocasiones le había telegrafiado diciéndole que necesitaba dinero. Y cada vez él le mandó lo que pedía. Ochocientos? sesenta dólares en total. Además de la asignación mensual.

Sus compañeros de vuelo conocían su cara. Tenía su fotografía en la pared. Juntamente con la de Lana Turner, Hildegarde, Frisella Lane y otras varias artistas con cutis de terciopelo y tónicas ligeras: fotos tomadas de las revistas. Los muchachos decían que María era la mejor. Silbaban ante su brillante cabello y su vestido de gasa negra.

—Hum, hum! —decían ante su vista, y la llamaban el timón de diamante de Fred.

—¡Eh, oigan, ésa es mi mujer! —¡Ah, sí? —decía Gadovsky—. ¿Cuál es su número para cuando termine y regrese allá? La llamaré, Derry. ¿Cuál es el suyo? —Hum, hum!

El Gadovsky terminó su carrera sobre Vesegack. Era su vigésima segunda acción de combate. Ardieron durante toda la ruta. Y Derry lo vio arder. En tales momentos uno cree que se acaba el oxígeno. No se puede respirar...

—Hum, hum!...

## XI

Esa noche se detuvo mucho. El salmón, en conserva; las habas, en conserva; cosas que allá lejos no había probado. La comida común de la gente modesta, tan horrible cuando se come todos los días. Pero tan codiciada en Inglaterra. Patrick Derry hizo mil preguntas. Era bastante inteligente; un hombre que pensaba mucho acerca de un mundo que lo tenía perplejo, y que encontraba en la ginebra solución a su confusión.

Fred salió tan pronto como pudo. Se fué al baño y afeitóse. Se lustró los zapatos.

—Y bien, Fred —dijo el padre—. ¿Cree que se acabó?

—Sí —contestó Fred —; ¡se acabó! —¿Vas a quedarte en casa esta noche? Cree que la cama está tendida en tu viejo cuarto.

—No lo sé —contestó el muchacho con sinceridad—. Me verán cuando vuelva. Les agradezco la cena.

—¡Oh! —gritó Hortensia—, eso no fué gran cosa. ¡Para mañana por la mañana preparé comida con cebolla, tal como a ti te gusta!

—Muchas gracias, Hortensia. —Sonrió. Y al observarla vió en su semblante vacío y sumido una dulzura que nunca había visto.

"Ambas buenas", se dijo.

Las simples e innumerables personas de cien países deseaban hacer lo mejor que podían. Eran esclavas, luchaban en las guerras, conquistaban. Eran conducidas y enviadas a una nueva esclavitud.

El país vanaglorió su libertad. Y, sin

embargo, no la tenían, porque la libertad eran ellos mismos.

Dios se compadecía de ellos; su espíritu lloraba. Su boca bramaba.

—¡Veré luego, en la iglesia —gritó Hortensia, al cerrar la puerta.

"Dios los compadecza, a chicos y a grandes".

Caminó por la calle; en su ilusión veía ante sí a María... Había soñado con ella, con su gasa negra... "Por Dios, alivie esto de aquí. ¿Qué tengo que hacer yo con bendecir o condenar a la gente? Tengo veintinueve años; ella es mi esposa ante Dios. Ochocientos sesenta dólares... ¿Un club nocturno? ¿Lorelei?... Dormiré con ella esta noche. Así no tendré que ocuparme de otros y hacer cosas que ellos no son capaces de hacer por sí mismos".

¡María!

Ola su propia voz, entrecortada en el recuerdo, cuando estaba al lado de ella. Marchaba por la calle en medio de la fría oscuridad. Sobre Vesegack. Y veía caer la fortaleza de Gadovsky.

## XII

Cuando se regresa de la guerra a las calles tranquilas, se arrastra la guerra consigo. Se camina sobre una huella resbaladiza. Y se la lleva a cuestras, sobre la espalda. Una carga ruin, que endurece a los hombres. Nadie puede levantar la granada que hiera la piel. Se la lleva consigo, hasta que un día se levanta la vista y se nota que se ha ido.

Uno mismo no se ve contrahecho. A hombres y mujeres que no llevan las marcas de la guerra sobre sus espaldas, no se los considera deformes. A los otros compañeros que hiera la piel, se los lleva o por los galones. Se les habla con el único lenguaje perfecto. Como ellos le hablan a uno. Y a aquellos sin señales se les mira con ojos solemnes, sin rencor.

No se les odia ni se los quiere por ello. Sólo se dice: "No tienen la granada".

Y uno se arrastra por las calles tranquilas con otras personas. Preguntándose por qué se está allí. Pensando en los que no están. Y con orgullo se lustra la granada. Hasta que uno se cansa. Y si se es sensato, un día se marcha.

## XIII

El taxi se detuvo por tercera y última vez. Y Al se apeó. El conductor dijo:

—Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Alton Manow Stephenson, el tercero de la Universidad de Harvard, clase 1914, biznieto de un hombre que se encontró cara a cara con John Thyer, y que conocía muy bien a Van Buren.

"Buenas noches", dijeron el club del colegio y el banco. Como lo decían el fiel Bautista y el plan de inversiones, el ex republicano y el aislacionista.

La llamaban Casa Blanca. Los neones daban una luz difusa al vestíbulo. La luz venía de varias pantallas venecianas y de los cristales iluminados. Dos plantas a cada lado de la escalera y varias macetas a lo largo del pasillo. El portero llevaba un vistoso uniforme. Como el general latino de la Opera Cómica. A Al no le gustaba el sitio. Eso no era el hogar. Acordóse de su casa, a tres millas de allí, al final del Grand —entre los matorrales de la colina—, alquilada a un individuo del Este, que llegó para dirigir la producción de guerra de la Midland Tin y Type.

Eso no era el hogar. Pero en él estaban Milly y los chicos. Entró. El portero llamó secamente. Quizá hasta cortes, pero

imbuido de su pequeña autoridad. Otro hombre en uniforme se interpuso en el camino de Al.

—¿A quién desea ver usted?

Al se volvió, se detuvo. Pronunció el nombre de "Stephenson".

—Es en el 7-A, en el cobertizo. ¿Lo espera la señora Stephenson?

—¡Oh, más o menos! —contestó, y siguió andando. Lo llamaron nuevamente, en un tono más agudo. Le ordenaron detenerse.

—Oiga —dijo, hablando con lentitud—, soy el sargento Stephenson, el esposo. No toque ese teléfono. ¿Quiere arruinarme todo?

Se rió.

No le devolvieron la sonrisa. Lo observaron con servil "snobismo" y duda.

—¿Usted es el señor Stephenson?

—Sargento —dijo, y de pronto odio cada pulgada de alfombra y cada escalón de mármol. Odiaba el convencionalismo y la falsedad representados en los cuadros, muebles y lamparas de estilo español. Odiaba los cofres de roble, los inútiles sillones de cuero y a los que administraban toda esa fabricada elegancia.

—Simplemente un sargento. ¿O qué esperaba usted? ¿Un teniente coronel?

El ascensorista inclinó la cabeza y trató de hacer una broma. Dijo algo de su hijo en el Pacífico. Los pisos pasaban... Vió los muros pintados sobre las viejas y austeras puertas. Por fin llegó. La puerta corredera se abrió.

—La primera sobre la derecha, señor. Me alegro de que esté de vuelta —y ya desaparecía nuevamente.

Sintióse avergonzado. No se volvió ni dijo una sola palabra. Oprimió el botón del timbre de la puerta indicada.

Esperó un tiempo, que le pareció interminable. Escuchaba la llamada en los departamentos vecinos, y en los segundos de espera repasó su vida de los últimos años.

La apresurada conscripción del 42. En 1942 la nación era presa de una ominosa duda. Las juntas de Servicios Especiales se debatían en la confusión. Y en Boone City, los bien vestidos golfers que tenían escritorios en los bancos, y su whisky particular bajo llave en el club, moribundo de los hombres como Al. Tan finos y delicados en el vestir. ¿Serían graciosos como soldados!

Stephenson tenía dos hijos y cuarenta años. Intentó, sin éxito, entrar en los servicios auxiliares. Pero cuando comenzaron a tomar hombres de los treinta y ocho para arriba se encontró de pronto en África, como soldado de primera clase, y no cupo en sí de orgullo cuando recibió otro galón.

Esperó una eternidad. Con seguridad muchos minutos, y siguió soñando. Vió a un chico que trataba de escapar. Para batir al Kaiser en otra guerra. Escuchaba la voz susurria de su padre diciéndole: "Sé lo que sientes. Por mí no me importa; pero mamá está muy mal del corazón... Esa lesión...". El doctor Smalley dijo que podría vivir hasta la primavera. Todo depende de ti. Quédate en el colegio, si puedes". Y se quedó. Su madre vivió hasta julio.

Recordó su infancia. Luego escuchó fuertes pasos que se acercaban, y con repentino celo pensó quién sería el que estaba allí.

Rob movió el picaporte... y ahí estaba, de pie, un metro setenta y cinco centímetros, y seguía creciendo. Con el cabello igual al de Al. Negro brufido. Y la misma barbillita; las mismas pequeñas pecas heredadas de Milly. Tenía catorce años.

Sus ojos brillaron intensamente, tal como su padre los vio brillar la última vez (la cara de un niño y el cuerpo de un hombre). Rob dejó caer la mandíbula golpeó, tratando de emitir algún sonido gutural. Pero aun seguía abrazado al padre.

—¿Dónde está mamá?

Rob señaló la sala.

—¿Dónde está Peggy?

—En la cocina, haciendo tostadas.

Oiga su voz. Se había llevado una pequeña radio y cantaba a dúo con Lena Horne.

Milly protestó por el canto. Un papel crujía. "Rob, ¿era una carta o un telegrama?". El papel crujía nuevamente. Capchart ejecutaba a Sibelius, que no armonizaba con Lena Horne. Al llegó a la puerta. Rob lo detuvo; vió que la costa estaba libre y lo atrajo nuevamente.

Había llamado cinco veces por larga distancia desde que llegara a los Estados Unidos. Lo estaban esperando, pero no sabían ni la hora ni el día.

Y ésta era la hora.

Los morteros le erraron por poco bajo la lluvia del Rin. Otras veces le erraron las balas, las granadas, las trampas y las minas que habían acabado con Paschwitz, Sloane, Macien, Hancock, Rosenberg, y veintiséis más de su grupo. Pero él estaba ahora en su casa.

Al vió a Milly. Estaba en su silla con los lentes puestos. Leía el "Tribune"; pero no podía ver su cara, mas sí distinguía su cabello ondulado y hermoso. Usaba la pollera de su traje azul, una blusa que Al nunca había visto, y los pantalones de los hombres, que estaban delatadamente. Vió sus piernas, las adorables rodillas, los tobillos ligeramente gruesos, que significaban tanto para él (los había recordado con veneración y furia, treinta meses pensando, sin poseerlos, sin poder acariciarlos). Vió sus pies, cuyo tamaño conocía tan bien: un medio o cinco B (las pantuflas que con tanto ardor había comprado. Tan graciosas, de seda y piel). Vió los elegantes y altos tacones charolados — hechos por un hombre. Hechos por la máquina, pero que parecían parte de Milly cuando ella los usaba. —El fuego le ardía en la espalda se volvía abrasador. Su alma bullía tormentosamente, perdido el pudor. El alegre desecho que todo hombre siente. Al amaba su torso y su voz por la mañana; y el secreto éxtasis, tantas veces compartido. Creando, como una bagatela, carne de una misma mujer.

Milly se dio vuelta. Lo vió de pie. No dijo una palabra. Su cara se transfiguró. Las lágrimas brotaron de sus ojos. El acercóse a ella, y ella a él. Atinó a balbucear su nombre una y otra vez, entre sollozos.

Su hija apareció, agitada, desde la cocina. Tiró una fuente que estaba sobre el estante, pero no se rompió. "McDuff" vino detrás —había mendigado en la cocina — y siguió ladrando. Saltó sobre el felipudo, enloquecido y con la lengua húmeda, goteando saliva, con su collar tejido. Peggy trató de trepar por la espalda de Al, como lo hacía a los seis años.

Sibelius tronaba en pasajes intensos. En la cocina, Lena Horne habíase quedado sola, cantando Tiempo tormentoso.

#### XIV

"Ahora ya no depende de la presión del gatillo, con los cañones del destino enfilados hacia mí. La cinta de la ametralladora ya no corre más llevándose mi corazón con cada descarga."

"Los eslabones de mi alma ya no romi-

Excepcional oferta!!

# ORFINA

17 RUBIES



Modelo "SPORTS"

- Sumergible!
- Caja impenetrable al polvo!
- A prueba de golpes!
- Segundero Central!
- Cuadrante luminoso!
- Antimagnético!
- Malla acero importada inoxidable, extensible y regulable a la muñeca!
- Precio: \$ 169.-

ACORDAMOS CREDITOS En toda la República

## G. HUBERMAN E HIJO

CALLAO 232, Piso 1º - T. A. 47-9378 - Bs. As.

LA JOYERIA Y RELOJERIA DE TODOS LOS DEPORTISTAS

## ACORDEONES DIATONICOS



MARCA PAOLO SOPRANI CASTELFIDARDO ITALIA

Nº 3000. Con 8 bajos y 21 teclas, construido con voces de acero hechas a mano, feuille de 16 pliegues forrado en tela, teclado desmontable, caja en natural. Medida 30x29x16 centímetros. Voces brillantes. OFERTA RE. \$ 265.- CLAME.

Solicite catálogo. Se remite gratis al interior.

## CASA SOPRANO

BRASIL 1190 • Bs. As.



# JARABE FAMEL

Preparación para las vías respiratorias

pen las vanas cadenas. Ya están vacías las cajas.

Y sin embargo, sin embargo, no disfruto de mi bienestar como quisiera. Tengo la cáscara de huevo en la mano; toco la ostra con mi tenedor. Pero eso, todo eso, con lo que yo soñaba, nunca está.

"Tengo su frágil mano entre las mías y percibo la fragancia de su cabello y la de su piel. Siento el contacto de sus queridos muslos contra mi cuerpo en tensión, listo para dar rienda suelta a sus impulsos a cada instante. Pero éste no es el amor con el cual soñé, en sueños dulces y excitantes. Cometí un pecado, de intensidad más profunda que todos los conocidos hasta entonces..."

"Ahora ya no me ocupo de nada, ni tengo necesidad de ello. No me interesa la alineación. No necesito lanzar un tropel de blasfemias para decir cualquier cosa intrascendente."

Pero otros hombres se sientan a mi mesa. No puedo ordenarles que se retiren. Y besan al chico. Y palmear la espalda del otro. Y se rien de cualquier tontería mía antes de que termine de decirlo. Ocupan mi silla. Y aquí están otros hombres que, para purificar mi cama, la profanan. Si fueran de carne y hueso...

"Siento a comer, hijos míos, con los pelotones más malditos que jamás lucharon entre la lluvia y el fuego de los morteros. Abre tus piernas, querida. A medio batallón al mismo tiempo. Por siempre yo seré Ellos... ¡y Ellos serán siempre yo!"

## XV

Esa noche Fred Derry era un fantasma que poblaba la oscuridad en la calle Vine-

titrés y Pine Street. Tomó un ómnibus en la noche, sólo porque no había un taxi en las cercanías, y por la Veintitris siguió hasta Pine. La Lorelei tenía veinte ventanitas en su frente. La mitad de ellas estaba a oscuras y la otra mitad iluminada. Con el ruido de las radios y la charla de la gente.

En el vestíbulo no había ningún sirviente. Las tarjetas estaban al lado de cada timbre, junto a las casillas para el correo. Encontró el nombre de ella, su nombre de muchacha (si es que alguna vez lo había sido; cuando él la conoció ya no lo era): María Lundell.

Fue una sorpresa para él verlo así, tan natural, tan evidente. Se preguntó si habría usado el lápiz plateado que le enviara desde Miami. Cumpleaños de 1943.

Hizo sonar el timbre. Nadie respondió. Oprimió el botón nuevamente. Sabía que ella no estaba, pero siguió llamando obstinadamente.

La puerta se abrió; salieron un teniente y una chica. Fred asió la manga antes de que la puerta volviera a cerrarse.

"Muchas gracias —dijo, antes de que el pestillo pudiera encerrarlo.

Recorrió el vestíbulo, oyendo hablar a través de las delgadas paredes. Vió la escalera, y subió al segundo piso.

## XVI

"Aquí es. Segundo E. Tocaré el timbre, no sé por qué... Ella no está. La puerta, cerrada. Tal como abajo. Tocaré otra vez: aquí está su tarjeta: 'María Lundell'. Con su cabello rubio, siempre brillando como el bronce. Su voz era suave (la creía aguda por lo estridente y sonora). Una vez le dije: 'Tienes una voz tan pequeña como la del ratón. Chilla otra vez'."

Y ella chilló. Estábamos en la cama, nos reíamos.

"Fred querido, estoy loca por ti. 'Suspiró. Oh, si que era divertida en la cama. Yo murmuré: '¡Chilla!'"

"Y repetió su '¡Chilla...'; yo me reí y abracé."

"¡Oh, nene!", suspiró. Y sus labios besaban los míos nuevamente."

"Amor, amor... Conoci mucho de ella. Pero entonces era más joven. Y marchaba a la guerra."

"Tenía mis viejas Alas de 'Observador'. No sabía que conocería a tanta gente: Clark, Stein y March; Callahan, Gadowsky, Perkins, Stone y Scott; Bailey Mac Clintin, Fee Wee Reese. Para nombrar sólo a los que ya no existen."

"No conocía el helado viento de Chelveston. Las tranquilas rutas en los campos de Rushton. O el Key Club, allá lejos, en la ciudad de Bedford, donde los hombres arteriales mañana, por mañana. Comían carne salada, y tomaban su ginebra con limón. Con todos los de la R.A.F. A las doce estábamos de pie, oyendo nuestra canción, y juntábamos los tacos cuando la orquesta tocaba ¡Dios salve al Rey!"

"No conocía (al lado de María) los escorbuts de un ataque a Londres. No oía el ulular de las sirenas, ni miraba la trayectoria de los reflectores que buscaban. Nunca había corrido hacia un refugio. No conocía los ataques antiáereos, ni los clubes nocturnos, ni la risa de los hombres muertos. Y esa Vieja y Negra Magia cuando las bombas caían arrojando una manzana. No había amado a lady Tillmann (Beatriz para mí). Despertando al amanecer. Desperzándose y viendo a su marido, muerto en Creta. Observándonos y desapareciendo. Con su cara delgada, desdeshosa, desde un marco de plata."

"Una torta de chocolate. Una cometa de cerezas. Bananas partidas y nueces azucaradas. Era el muchacho encargado de la soda en lo de Bullard's."

"Sin embargo, tengo veintidós años. ¡Oh, Cristo! ¡Soy tan viejo como Dios!"

"María, María: Nunca conocí el fondo de la vida cuando poseía tu corazón... No había visto el cielo de Kiel, ni el aspecto de Berlín, ni la conglomerada Nante, ni el destello de las llamas en Schweinfurt, ni el polvo de Kassel, ni los cazas sobre Hamm, ¡y veinte mil pies de altura tenían las columnas de humo que se elevaban desde el infierno! No había visto caer la fortaleza de Gadowsky Ven, cola de diamante de Derry. Lústrate el cabello. Chilla como un ratón, araña como un gato y trata de machacar mi alma. No lo puedes hacer. No te quiero. No conozco el verdadero sendero del amor. Pero estaré entre tus brazos esta noche. O no soy digno del 3-0-5to. E indigno de mi juventud, de mi edad, de mi dolor y de todo lo que he visto, ¡indigno de los cien muertos que yo maté!"

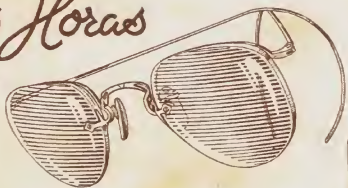
## XVII

Por eso regresó, como un espectro, caminando por una calle sin atractivo alguno. Oía la humedad de la primavera. Se detenía en los umbrales, bajo el reflejo de las lámparas. Observaba el entrar y salir de las chicas. Con los rayos de luz golpeando sus facciones.

No tenía sentido seguir buscándola. No disponía de un coche. Y había una docena de distintos lugares a los que podría haber ido: María, la Chez Rossette; el Barn; el Palace Club. Vió sus anuncios en los diarios, y sus direcciones. Una

# En pocas horas

Entregaremos a usted sus anteojos con cristales blancos o de color, interpretando fielmente las indicaciones de su médico oculista.



CONSULTENOS

LAPICERAS • FOTO • CINE

# Boston

DIAG. NORTE 611 • Bs.As.

estaba tres millas más allá del Oak Park, y otro cinco millas en sentido contrario. Probó suerte en el Daniel Boone: "Salón con terraza azul" le llamaban al lugar. Se bajaba por unos escalones de mármol y oíase el sonido de trombones y la voz de un idiota cantando. Una chica vestida de negro le salió al encuentro. Para sonreír y decirle:

—No se desdacha aquí. El bar está arriba. Si usted se sienta, teniente, el mínimo son tres dólares.

No se quedó mucho tiempo. No podía decirle a la chica:

"Linda, ¿conoces a María?"

No podía hacer esa pregunta y entretuviese observando. Vió a uno de las Fuerzas Aéreas, borracho como una cuba; era de los cazas, con espeso bigote y la Cruz de Vuelo Distinguido sobre el costado izquierdo de su pecho. De mirada penetrante. Vió a varios de la Marina y a algunos infantes. Le sonrieron. Escuchaba la orquesta más mala que jamás había oído. Tomó una copa. Dos. Bebió solamente whisky. Pagó el mínimo exigido y salió.

—Salón del Calmante Azul —dijo, despreciativamente—. Al diablo con él.

"Vuelve a la Veintitrés y Pine, y diviértete con ella".

Por eso regresó, furioso y contrariado. Impaciente como fantasma de un castillo. Recorrió el vestíbulo; hizo sonar el timbre. Las horas se arrastraban con desesperante lentitud. "Ahora estoy en casa. ¿Y para qué volví?"

Fred Derry cruzó la calle desierta, flanqueada por árboles que retoñaban. Sentóse en los escalones de una pequeña iglesia para esperar el retorno de María.

Fumó su último cigarrillo y durmióse soñando en el próximo regreso a su hogar. Pero el hogar era el teniente aviador Grace y algo más: un avión Bessie, el fighter que iba a su encuentro. Chocaron en el espacio y la gente dijo: "El desvío del viento, y el arco... Suba a 27.000 pies. Allí hay un 1-0-9". A las tres se despertó, helado, maldiciendo a todo el mundo y ansiando como nunca el hogar. Levantóse, diciendo para sí: "¿Como? ¿Qué es esto? Una iglesia. ¡Una grotesca y pequeña iglesia! ¿Y yo durmiendo en sus escalones...? Ah, sí, la Lorelei enfrente". Su reloj marcaba la una. No lo sabía, pero María había vuelto.

Previamente llegó a la Lorelei y dispúose a tocar el timbre en la sala de espera... "Espera, espera", le decía algo pequeño y maligno... Esperó. Otras personas llegaron. Dos señoras ancianas. Un hombre. Los siguió por la escalera. La mujer dijo que no tenía llave. ¿Y qué era eso? El hombre tosía.

—Un minuto, por favor. ¿Vive usted en esta casa? ¿Qué le pasa? ¿Perdió su llave?

—La olvidé, compañero —dijo Derry con calma. Y subió por la escalera. La gente comentaba, sorprendida, detrás de él.

"Segundo E". Se detuvo frente a la puerta y escuchó a otro hombre, adentro. Sabía que estaba otro hombre. Lo había sabido siempre, sin tener conciencia de ello hasta ahora. A través de las endebles paredes escuchábanse dos voces. En una ocasión rió el hombre. Fred oyó correr el agua en el lavabo. María chilló.

—¡Caramba, se acabó la tercera! —dijo. Fred oprimió el botón del timbre.

Luego trató de recordar las palabras que había escuchado; las de ella y las del hombre... Le salieron como las perlas de un collar roto. No pudo recordarlas todas. Ni lo deseaba.

Mucho más tarde solía recordar el



**VUELVEN**

## "Las alegres Fiestas Gauchas"

el suceso radiotelefónico de las dos temporadas anteriores.

Escuche de nuevo "LAS ALEGRES FIESTAS GAUCHAS", animadas y conducidas por el músico y poeta gaucha CARLOS MONTBRUN OCAMPO, al frente de su gran conjunto criollo!... "LAS ALEGRES FIESTAS GAUCHAS" vuelven más animadas y más lindas que nunca!



**MUSICAL..**



**CANCIONES!...**



**CONTRAPUNTOS!...**



**ZAPATEOS!...**



**LR4**

**TODOS LOS LUNES Y JUEVES  
A LAS 21**

**Y LA RED ARGENTINA DE EMISORAS  
SPLENDID**

Programas extraordinarios de **POLVO JABONOSO ESPECIAL "OMBU"**



## ASEGURE su dentadura

por pocos centavos, usando  
dos veces por día hoy,  
mañana y siempre...

CREMA DENTAL

# BABBS



## CUERDAS DE NYLON

COLOQUE EN SU GUITARRA  
CUERDAS DE NYLON  
MARCA "SINFONIA"

ESPECIALMENTE  
CALIBRADAS  
VENTAS POR  
MAYOR Y MENOR



ANTIGUA CASA "NUREZ"  
SUC. DIEGO & GRACIA  
BARRIO 1573 BUENOS AIRES

Convierta su calentador en  
una práctica estufa!



El perfecto sistema del radiador,  
AYMARO 341 aplicable a cual-  
quier calentador asegura un re-  
ndimiento de calor igual a una  
estufa de 5 radiantes.

PÍDALO A SU PROVEEDOR O A  
SUS DISTRIBUIDORES

## CASA PRIMUS

SANTIAGO DEL ESTERO 143 - Bs. As.

plajima azul que ella llevaba y al hombre  
cansado solo al sofá. Su cara dura y  
fatigada representaba unos treinta años.  
Y a María, una estatua de bronce, dorada  
y azul. Con los trozos de hielo que dejó  
caer sobre la alfombra en el momento  
en que él abrió la puerta.

El hombre dijo, simplemente:  
—Nunca supe nada de ella, amigo!  
Me dijo que no estaba atada a nadie!  
y se ajustó los cordones de los zapatos.

Después levantó nuevamente la vista:  
—Vea, compañero; yo también estuve  
allá; diez meses en las Salomón. Y no  
estaría ahora aquí si no me lo hubiera  
propuesto ella. Entró en lo de él, hace  
ya un par de meses. El la empujó. Yo no  
soy el patrón. Sólo trabajo detrás del  
mostrador. Y ella atiende la mesa de  
dados.

—Apúrese —dijo Fred—. Y largúese.  
El otro hombre tomó su capote y su  
sombrero.

—Hasta la vista! —dijo, casi sin sen-  
timiento. Encogióse de hombros y salió.  
"Un tipo derecho". Fred no pudo evitar  
el pensarlo así, aun en ese momento.

—¡Mi Fred querido! Nunca hice nada.  
Lo juro por Dios. ¡Nunca hicimos nada!  
Sólo es un amigo. Tiene su esposa en  
Akron, con un chico.

—Ya veo cómo se ocupa de ella.  
—Fred —dijo ansiosamente—, Fred,  
¿qué vas a hacer?

—¿Yo? Nada. ¡Sólo echar un vistazo!  
El pequeño dormitorio allí... ¡y sus  
vestidos sobre una silla. El toilette tenía  
tres retratos, uno era suyo, uno era un  
teniente de la reserva, con el uniforme  
gris de la Marina, y el otro de un solda-  
do de primera clase.

—¿Qué me dices? —exclamó Fred Derry—. ¡Toda una galería!

—Se gritó y dejó escuchar algunas pa-  
labras poco agradables. Mofosé, dije, un  
teniente de la reserva, con el uniforme  
gris de la Marina, y el otro de un solda-  
do de primera clase.

—No —contestó—, sólo nueve. He  
estado allí desde abril del 43. Dos años.  
¿O no lo sabes?

María comenzó a llorar. Dijo que una  
chica se siente sola. Era tan natural...  
—Oh, Fred, adorado, yo nunca hice nada!  
Esos hombres eran sólo amigos".

—Creo que una chica puede tener al-  
gunos amigos.

—Sí, sodas en lo de Bullard's —contes-  
tó Derry, y abrió la puerta del guarda-  
ropa. María saltó salvajemente.

—¡No toques mis cosas!  
Trató de apartar su mano. Derry le dio  
una cachetada friamente, y la tiró sobre la  
cama. Allí quedó llorando.

El guardarropa parecía contener miles  
de vestidos, la mayoría de los cuales nun-  
ca había visto Fred. Una salida de baño  
del Ejército, de lana, de las que se pue-  
den comprar en los puestos. Un juego de  
auriculares...

—Armada —dijo Derry, tocándolos—.  
Eh, ¿quién dejó esto? ¿El de la Marina?  
En el fondo del cajón vió otro paquete,  
sin abrir. Y entre sus muchos zapatos,  
un par de botines del Ejército, usados.

—Tamaño ocho; muy chicos para mí.  
María seguía llorando.

Luego fue al comedor. Miró por la ven-  
tana las luces y los árboles. La mujer  
arrastróse hasta la puerta y pronunció  
su nombre.

—Es curioso —le dijo Derry—. He te-  
nido mujeres, como ya dije. La mayoría  
las tiene. Me tendría que dejar indife-  
rente, pero no ocurre así. ¿Ves?, no que-  
remos saber si nuestras esposas tuvieron  
hombres en casa. ¡Y eso no es todo! No

podría tocar nada de lo tuyo, ni a ti tam-  
poco. Ya no tenías hogar. No dije una  
palabra de que tú me hayas dejado. Po-  
dría haber dicho la verdad. Y que Hor-  
tensia te volviera loca, en lugar de re-  
tornar a hurtadillas para buscar tus cartas  
y tu dinero.

—Creí que estarías loco —dijo ella—.  
Por eso me fui. No quería molestarte.

—Ya no me molestará más —dijo María.  
—El no la observaba, sino que miraba los  
árboles. El amargo encanto de la prima-  
vera que iluminaba las calles... Yo en  
cuchitril de donde había salido María.  
La casa sucia. La madre cansada de tanta  
inmundicia y de tanta pobreza. La pista  
de la pista del crinaje. Las señoras mayores  
con sus hijos. Y el padre que cortaba el  
cabello de la gente; un hombre sombrío  
y silencioso, que pasaba el platillo para  
la Congregación de la Hermandad Unida.

—Mira, nena —la voz de Fred era seca  
y dura—. Creo que es curioso, pero es  
la guerra. Quiéreme decir que no hu-  
biéramos conocido porque de otra manera  
no habría estado allá, para el adiestra-  
miento especial. Creo..., bueno, es ba-  
stante joven; diecinueve o dieciocho años.  
No es muy viejo.

Ella no dijo nada.  
—En cierta época nos divertíamos. Y  
durante dos años te envié ayuda. ¡Y que  
ayuda!

Recordaba esos telegramas y el dinero  
extra que le había enviado.

—¡Eh, escuchen, es mi mujer! Pero  
no te quiero más. Es evidente. No te  
quiera. Quiéreme decir que no hu-  
biéramos conocido porque de otra manera  
no habría estado allá, para el adiestra-  
miento especial. Creo..., bueno, es ba-  
stante joven; diecinueve o dieciocho años.  
No es muy viejo.

—Tú, gestiona el divorcio —le dijo—.  
Es fácil en nuestro Estado. Te pegué.  
Es suficiente. Pero no gastes demasiado.  
Toma, aquí hay cien dólares.

Sacó el dinero y eligió cinco billetes de  
veinte.  
—Esto alcanzará! Es todo lo que recibi-  
rás de mí. Nada de pensiones, querida.  
Y hazlo rápidamente. ¡Y si no lo haces  
iré yo mismo y diré con qué me encon-  
tré al volver!

María contestó con su vozcalla:  
—Digo la pura verdad, éramos sólo  
amigos.

—¡Maldición! —gritó Fred—. ¡Cálle-  
te; estoy harto! De cualquier forma, ya  
no tengo empleo. No puedo enviarte to-  
da esa plata de nuevo. Ya te arreglarás.  
Dame esa botella de whisky. Creo que los  
negocios están cerrados.

Ni siquiera volvió a mirarla. Salíó y  
cerró la puerta. Lo que menos le desaba-  
ver en ese momento era una mujer.

Parecía whisky; pero no lo era; tenía  
color muy pálido. El otro tipo lo trajo.  
Derry probó un trago, era hediondo. Leyó  
la etiqueta bajo la luz del vestíbulo: "Be-  
bida Espirituosa".

Rompió la platilla contra el cordón de  
la calle. A las dos cuadas encontró un  
taxi.

—Escuche —le dijo al soñoliento cho-  
fer—. ¿Dónde puedo tomar un trago?

—Muchacho, todos cierran a las doce  
excepto...

—¿Dónde es? ¡Hágame el favor!

El conductor desperdizó y dijo, son-  
riendo, que lo llevaría a lo de Butch, pe-  
ro advirtiéndole que a menos que tuviera  
una tarjeta debía dar algo al portero.

# ¡Gratis! "María de los Angeles"

la famosa novela de Virginia Carreño y Constanza Menezes que ha merecido el honor de ser llevada a la pantalla por E.F.A., teniendo como principales intérpretes a Mecha Ortiz y Alvaréz Diosdado.

Es un obsequio de la

**EDITORIAL ARGENTINA ARISTIDES QUILLET**  
a todo comprador de la

## COLECCION SELECTA

que es una maravillosa selección de las novelas más famosas de autores de renombre apreciados en el mundo entero, 18 títulos con sagratorios, 4.543 páginas de apasionante lectura.

Esta preciosa joya literaria, que ofrece la

**EDITORIAL ARGENTINA ARISTIDES QUILLET**  
CORRIENTES 1650 Buenos Aires

no debe faltar en ninguna biblioteca, pues ella brinda lectura sana, amena e instructiva.



### "MARIA DE LOS ANGELES"

ha sido premiada en el primer concurso literario de la EDITORIAL QUILLET, cuyo jurado formaban: Enrique Amorim, Arturo Camela, Enrique de Gandia, Alvaro Mellán Lafaur y Manuel Mujica Látines.

### La COLECCION SELECTA

será un valioso aliado de padres y maestros, ya que sus obras han sido elegidas con un criterio amplio y didáctico, que ayudará a moldear el carácter de sus hijos y discípulos, cultivando, a la vez, su espíritu y nutriendo de elevados conocimientos su inteligencia.

### OFERTA ESPECIAL POR TIEMPO LIMITADO

Solamente por tiempo limitado podrá Vd. adquirir esta colección de Obras con el regalo al precio excepcional de:  
\$ 5.—  $\frac{1}{2}$  al contado y 7 pagos mensuales de \$ 5.—  $\frac{1}{2}$   
Al contado precio oferta \$ 38.—



Presentamos aquí los títulos de la

### COLECCION SELECTA

BAZIN R. — La Boda de la Doctógrafa.  
BERTON COOKE M. — Bomba.  
BARONESA DE ORCZY. — La Mujer de Lord Tony.  
BENOIT P. — La Calzada de los Gigantes.  
BENOIT P. — El Corazón y la Sangre.  
BORDEAUX H. — Juegos Peligrosos.  
BORDEAUX H. — La Señal de la Cienega.  
ORTEGA Y MUNILLA. — La Pasión de Juvenal.  
COFFEY F. — Los Verdaderos Ricos.  
COFFEY F. — Sin Velas Desvelada.  
CHABAS J. — Sin Velas Desvelada.  
DUNN A. — Rotorua Rex.  
HUESTON E. — Prudencia La Madrecita.  
HELLER P. — Vacaciones del Yo.  
HELLER P. — La Antigua Corona.  
BURNETT F. H. — El Niño Lord.  
MAMMATES R. E. — Río Parícuti.  
REEVE A. B. — La Aventura.  
SETTLER E. G. — El Desfalcador de Millones.

### CUPON - PEDIDO

**EDITORIAL ARGENTINA ARISTIDES QUILLET**  
Corrientes 1650 — Buenos Aires

Sírvase enviarme una COLECCION SELECTA que pagaré al contado o a plazos (tachar lo que no corresponda), aprovechando la sensacional oferta obsequio de este aviso, para lo cual adjunto \$ .....

Nombre .....

Dirección .....

Localidad .....

Provincia o Territorio .....



# Lineas perdurables...

De fabricación propia; nuestros muebles destacan y distinguen su hogar. Visite nuestra fábrica y obtendrá lo que Ud. exige.



## MARCOVECCHIO e Hijos

S. R. L. - Capital \$ 90.000

ADMINISTRACION  
TALLERES Y VENTA:

ALVAREZ THOMAS 845

A 5 cuadras  
de Chicote

Colaborar en la obra que despliega el PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS, significa secundar una labor de indiscutible proyección social.

## CACHETS FUCUS ANTINEURALGICO



### OFERTAS REBAJADAS!!!

NUESTROS CUBIERTOS NO SE ROMPEN. NO SE MANCHAN, NO SE OXIDAN

Juegos alpaca blanca extra, garantida, cuchillos hoja inoxidable Sucia, mango pulido:  
De 24 piezas ..... \$ 46.80      De 85 piezas ..... \$ 179.20  
De 49 " ..... 101.80      De 103 " ..... 237.60

Venta por mayor y menor para hoteles, restaurantes y familias.

Cuchillos de mesa, cada uno ..... \$ 3.-  
de postre ..... 2.90  
Cucharas de mesa, cada una ..... 1.80  
de postre ..... 1.80  
Tenedores mesa, cada uno ..... 1.70  
de postre ..... 1.70  
Cucharitas té, cada una ..... 1.20  
Cucharón sopa, cada uno ..... 10.-

Precios especiales para revendedores

Taller de Platero y Reparaciones de Juegos de Té. Cubiertos, etcétera.

REMITITOS CONTRARREEMBOLSO O GIRO

FABRICANTE:

## FRANCISCO LOYUDICE & Hijo

VENEZUELA 4245-47

Bs. Aires

T. A. 45-0625

—Tome estos cinco... — dijo Fred —  
¡Vamos a lo de Butch!  
Y así, a medida que se emborrachaba  
esfumabanse sus penas, como los cañones  
antiaéreos en plena acción, en Wilhelm's  
haven; y percibía la fragancia de los  
retosños y de los cedros.  
—Oh, lo que he visto! ¡Pero es inútil!  
Ella no comprendería!

XVIII

Esa noche fué de visita el señor Milton  
y contó a Stephenson todas esas lindas  
cosas que éste no tenía ningún interés en  
escuchar.

Primero pasearon alegremente por las  
calles, al oeste del Grand. Salieron des-  
pués a cenar. Los Stephenson y todas las  
personas que habían quedado en Boone  
debido a la edad o al sexo. Gentes tran-  
quilas que los hombres endurecidos que-  
rían. Al admiraba el carácter suave. ¡Eran  
frágiles y encantadoras! Aun su hijo  
con su desmesurada estatura. Tan suaves  
como las flores en el jardín. Tan radián-  
tes como un colibrí. La mente de Al sen-  
tiase confundida, fuera de lugar. Con el  
pasado y el presente no podía decir que  
cariño lo guiaba.

—¡Estos son míos! se dijo con orgu-  
llo—. Yo no lo merezco... ¡Cuanto ha-  
cia que se arrastraba asistamente para  
sorprender a un enemigo?

Esa noche llegó el señor Milton, del  
banco.

Pero antes llevaron a pasear al pe-  
rrito.

—McDuff! — dijo Milly — sale to-  
das las noches a esta hora. Rob. por favor,  
vamos a salir todos juntos.

Y salieron los cuatro hacia el misterio  
que ahora los hallaba mudos. Caminaron  
despacio y en silencio. Milly iba del brazo  
de su esposo. Sus delicados dedos se desli-  
zaron y lo pincharon a través de la cami-  
sa. El se detuvo. Blasfemó; tomó su cara  
y la besó apasionadamente. Sus hijos se  
dieron vuelta, los vieron y se rieron a  
carcajadas. Hicieron un chiste relativo  
a las multas que hay que pagar por besarse  
de noche en las calles.

No era muy apropiado el chiste, pero to-  
dos estaban a punto de llorar.

Caminaron por las calles. Al vió el cuer-  
po de su hija destacándose contra las  
luces...

—Ya es una mujer, no una chica —  
dijo luego, a Milly —. No quiero decir  
crecida; desarrollada físicamente, ya lo  
era mucho antes de que yo me fuera. Me  
refiero a su personalidad.

Milly le oprimió el brazo; ella compartía  
su alegría amando a Margaret, y  
aun más porque Al compartió su júbilo  
—noche de su nacimiento...

—¿Está comprometida? — preguntó Al —  
¿Con el chico de quien hablabas en tu  
cartas? Ella lo mencionó en su correspon-  
dencia una o dos veces: el muchacho  
de Illinois...

—Jack Atkinson — dijo Milly —. No  
hay nada todavía. Se fué a China y to-  
davía se escriben. No están comprometidos  
pues ella me lo dijo.

—¡Por Dios! — dijo Stephenson —, ¡Im-  
aginamos una hija de veinte años!

—¿Te sientes tan viejo?

—No, cuando te miro!

Rieron nuevamente. Las lágrimas cor-  
rían por las mejillas de Milly. Al no la  
podía ver en la oscuridad. Siguiendo  
caminando, gozando de la fragancia de la  
primavera. Se dirigieron a Known, una  
calle de negocios. Demoráronse ante  
escaparate de una farmacia. Peggy entró.  
Compró sales para el baño y un paquete

de cigarrillos. "McDuff" también entró. Pidió un trozo de galletita ante la fuente. Estaba era de ritual; cada vez que iba a la farmacia hacía lo mismo.

La esperaron en la calle, mirando las baratijas que se encontraban en las vitrinas, riéndose de los carteles de propaganda que veían. Rob pidió la opinión del padre acerca de las máquinas eléctricas de afeitar, pues creía que pronto tendría que utilizar una.

— ¡Demonio! — contestó Al —. Te daré la navaja de mi padre. Está en alguna parte del baúl.

— ¡Escucha, papá! — prosiguió Rob —. Te quería preguntar si tuviste un cuchillo de campaña. ¿Lo suministran o tiene que conseguirlo uno mismo?

Hablaban nuevamente de la guerra; mejor pudo haber mencionado las Mayores o el Maine... Esperaron docilmente a que las luces del Grand les dieran paso y encontraron otro perro que también hacía su paseo de salud. "McDuff" se enfureció y Peggy le dió un tirón.

¡Oh, la alegría natural del hogar y la primavera! Pero el señor Milton esperaba en un asiento del vestíbulo, su hermoso sombrero descansando en una rodilla y un cigarrillo entre los dientes. Un hombre empolvado, afeitado, más bien viejo, cuyos lentes brillaban como el acero bruñido. Doce años presidente del Banco Cornhill; y mucho antes, cajero. Antes de que Boone City duplicara su tamaño. Su traje era gris, su boca también y sus ojos tan serenos y castaños que los hombres lo consideraban más amable de lo que realmente era, hasta que aprendían la dura verdad.

— ¡Solamente he venido — dijo, estrechando la mano de Al — para conversar un poco. ¡Hay tantos asuntos que tratar! No le molesta, ¿señora?

— ¡Sonrió a Milly con afectación y ella le dió que no se preocupara.

A los chicos les habló con la dignidad y el énfasis forzado de un hombre sin imaginación:

— Peggy, mi sobrina Lorena dice que trabajan juntas en el mismo puesto de la Cruz Roja. Caramba, Rob, el año que viene serás tan alto como tu papá... Subieron, apretujándose en el ascensor. "McDuff" observaba a Milton con sus ojos saltones. Y gruñía. Algunas de las personas que llegaban le caían en gracia y otras no. Había mordido a un electricista en un festinante de Peggy y a un ministro de la Iglesia.

Contó la "suerie" que tuvo al telefonar. Una pequeña central; la operadora le dijo: "Si, claro que sí, mister Stephenson está en casa". Lo había visto salir. Y Milton tuvo a esperar. Había cierta pesadez en su habitación. Todos los días, al menos. Al nunca se preocupó mayormente de sus maneras y sólo deseaba que Milton no se quedara mucho tiempo (caramba, ¿qué era esto?) El presidente en persona. Había venido a visitarlo en el mismo instante de su retorno. El presidente, el viejo L.D.M. en su oficina. Las cosas había ido antes, fuera de las normas comunes; acostumbraba cenar con los Stephenson dos veces por año. Tenían que hacerlo. Se trataba de cuestiones de negocios. Alton Stephenson era un activo agente que conocía a fondo su oficio. Jugador de golf e introductor de Vicepresidentes suplentes. Pero una buena vista para los negocios, pero que sabía menos de bancos que de entrar al bar de la esquina, o de sentarse en un sillón y fumar un cigarrillo.

Milly, la perfecta antífona, sostenía la bandeja.

— ¡Licor para ti también?

Al movió la cabeza y murmuró:

— ¡Un poco de claret? Gracias. Será perfecto, querida.

Bebieron en silencio... Rob había salido diciendo: "¡Esa maldita geometría!", había dicho. Y Peggy, en el teléfono, con algún soldado que la llamaba y cortejaba:

— ¡No — le decía —, esta noche no!

Al escuchaba esa voz, tan sonora, resonando en el vestíbulo.

— ¡Buen día, querido! ¿Papá. Querido, no puedo. ¿Por qué no llamas a Silvia?

Escuchaba el tono jovial y amable, esa firmeza, esa sencillez y ese encanto evidenciándose en el teléfono. Y repentinamente se sintió un hombre más viejo que la guerra y, mentalmente, sacudíse y restregó sus manos en los ojos, tratando de atender la conversación del visitante.

— ¡Supongamos — dijo Milton — que usted deja este departamento amueblado y vuelve a Cherry Hill.

Entre toda esa bruma de negocios entreveía las cosas que Milly había dicho... No habían pensado. Era demasiado repentino. No se habían detenido a pensar. El inquilino no tenía contrato y podrían... Los lindos ojos de Milly se posaron en los de Al, reflejando una ansiedad mal contenida.

— Este trató de explicarse.

— No, francamente, señor Milton, no; todavía no hemos hablado de eso.

— Alton, la razón por la cual vine esta noche... — y Milton hesitó, alzando su copa. Milly se levantó.

— ¡Se que prefieren estar solos. Si usted me permitiera dispensar, ya están los platos en la mesa. No tenemos cocinera en estos días... —

Se rió y salió de prisa. Ellos saludaron brevemente. Se sentaron de nuevo. Milton dejó la copa a un lado y dijo, con lentitud:

— Alton, se trata de Steese.

— ¡Steese?

— Sí, el cajero. Esto de que usted haya vuelto... Quisiera explicarle un par de cosas antes de que vaya al banco.

Siguió hablando con palabras medidas, sin calor, pero con simulado interés. Sin simpatía, pero con toda la cortesía posible. Steese era ambicioso. Ahora que Underwood se había ido a Whashington, luego de renunciar, los otros dos vicepresidentes serían promovidos. Naturalmente, Steese se había imaginado que ocuparía el puesto que Prew había dejado (el tercer puesto de vicepresidente, encargado de los préstamos). El directorio habíase reunido. Discutió largamente y formó su opinión.

— ¡Llegamos a esta conclusión sabiendo que usted habría de regresar muy pronto: ¡Alton, es usted!, no, Steese. ¡Usted es el tercer vicepresidente, desde el martes por la tarde!

Aguardó el estallido de gratitud, con orgullo desmesurado. Nada ocurrió. Sonrió y llevó la copa a sus labios una vez más. ¡Es claro que entendió! Stephenson estaba completamente perplejo. Si, pero... Al día siguiente, Milton diría, en el directorio:

— ¡Por Dios, nunca vi un hombre tan confundido como ayer. Tan sorprendido, ¡Lo único que pudo hacer fué quedarse sentado y mirarme!

En una calle alemana había un tanque incendiado.

— ¡Cuidado! — dijo Al.

— ¡Está bien — respondió Paskowitz —, ya lo veo.

Pasaron el tanque...

— ¡Ahora, Steese está ofendido y me...

gado. Naturalmente, Pero, para ser estropeado francos, no creímos que tuviera las condiciones de usted para el cargo. Un buen cajero. Pero no precisamente de la pasta de los que necesitamos. Requerimos un hombre juvenil. Un hombre que sepa lo que quiere. Usted ha visto mundo. ¡La guerra lo ha ilustrado!

Al no podía figurarse qué era. Limpió la visera de su casco. ¿Un trozo de hueso?

— ¡Ahora Steese está despechado y desalentado. Probablemente cambiará en su trato. Dejo a su cargo esta cuestión. Lo necesitamos a él en su trabajo, pero no en el suyo. Usted debe hacérselo comprender.

— ¡Oh, la tela; oh, el vidrio, oh el escritorio! Y la chapa de bronce con su nombre. No en memoria del muerto, sino del cadáver, que camina aún. ¡Oh, los barrotes y las ventanillas contra los ladrones! ¡Y la gentecilla clamando ayuda!...

— ¡Y necesito dos mil con garantía!... ¿No está en descubierta? Haré efectivo un cheque. Mandaré un giro. Cobraré un título".

Y:

— "¿Cómo está hoy?"

— "¿Dónde está la nómina de las acciones de estano de la Midland?"

Y los intereses sin repartir.

Y las reservas. Y...

— ¡Oh, las pesadas bolsas con monedas, y las manos de los pagadores, y las máquinas de calcular, inmóviles guardianes! Y las losas de mármol, abajo y arriba, ¡para siempre!

— ¡Oh, el teléfono!, para salvarme de esta desgracia (no sé, pero sospecho que es para mí). Para salvarme de esta penosa situación, y a Milton del insulto que podría decirle."

— ¡Es el cabo Annas, papá, llamó antes. Disculpame, me olvidé de avisarte. Hace ya varios días. Creo que llamó la semana pasada.

— ¡Annas? — dijo, y luego gritó: — ¡Annas? Por Cristo! — ¡llegó al vestíbulo, abrió la puerta; se disculpó. Y Milton alzó las cejas (volvía tan nervioso y desconcertante. Estupefacto ante su propuesta, lleno de agradecimiento). Bien, veremos un hombre más normal el sábado.

Milton asintió, tolerante, y sonrió.

— ¡Hola, hola! — dijeron nuevamente.

— ¡Eh, Stephenson! ¿Eres tú, maldito haragán?

— ¡El Hitler! Annas. ¿Cómo te va, muchacho?

— ¡Muy bien! No pudieron conmigo. Bien, ¿qué cuentas? Llamé más de diez veces, según creo. Tengo una hermana aquí, en la ciudad. Si, me mandaron a Louisville, en Michels General. Ahora estoy por regresar a Denver. Si, estuve aquí toda la semana. Te aseguro que me acordé de que eres de aquí y, ¿dónde diablos vives? Por Dios, la chica del teléfono. No, no la tuya, la que contestó primero. Muchacho, qué genio tiene. Traté de sacarle una cita y se enojó. No, demonios, no puedo salir. Ahora estoy en la estación. Mi tren sale a las diez y quince.

— ¡Llegaré a tiempo, Annas!

— ¡Muy bien. ¿En la puerta del U.S.O.?

Se pusieron de acuerdo, y Al colgó. Regresó llamando a su mujer. Su voz era aguda. Milly abrió los ojos. Milton sonrió trágicamente. Al habló con rapidez. Annas, un muchacho herido. Annas alía de la ciudad. No había probabilidad de verlo si no iba en seguida.

— ¡Caramba! — dijo Milton. — ¡Ese a



quién usted salvó la vida? ¡Algo grandioso, muchacho! ¡Por supuesto que sabía que el diario le dedicó casi media columna!

Al movió la cabeza, mientras se dirigían al vestíbulo.

—Nunca salvé su vida en especial. El hecho es que muchos salvaron otras vidas, y usted las de ellos, y la suya propia. Si usted salva la suya, ayuda a salvar la de los demás.

Si Milton no siguiera sonriendo... Y, en secreto, Stephenson sentía como si tuviera una pena tapando su boca. No podía articular palabra. Nadie entendería, si no...

Milly observaba con atención. Vio pena y simpatía en su cara. Sonrió. No quería ceder ante ella, ni ante nadie.

Murmuró, apresuradamente, en el vestíbulo:

—Señor Milton, lo siento sinceramente. Estaré mañana a mediodía en el banco. ¡Si encuentro algo que ponerme!

—¿Por qué? —dijo calurosamente Milton—. ¡Venga en uniforme! Eso fue lo que hizo Leitham... ¡Sabía que Lou volvió! Sí, una brillante foja de servicios. Ahora es mayor. Quiero decir, lo era.

—Sí —dijo Stephenson, y con dificultad pudo contener una blasfemia.

—Oí decir que estaba en Washington. La Pentagon... una casa en Falls Church. No está mal...

Se disculpó nuevamente y corrió a tomar un coche. Silbó con todos los dedos. Al escuchó el chirrido de los frenos y el auto detúvose contra el cordón. Un silbido lo detuvo. Corrió por el prado. Vió a todos en una confusa procesión: Milly, Rob, Peggy..., el banco y la Quinta y Locust, y la gente allí, y la cara de Steese, y una brillante como un astuto profesor en los exámenes.

El coche tomó por el este, sobre el Grand. Muchas personas de Boone desfilaban por la mente de Al. La memoria tan clara, tan alerta. La granada viene, y el polvo casi impenetrable. Los muchachos se arrebaban, limpiándose los ojos con las mangas, se sonaban las narices, y seguían avanzando...

Pero Annas, ¿dónde está Annas? Al silba. "¡Vamos, sigan adelante, ¡no se agrupen! Saquemos nuestros... de aquí. Otra granada viene!"

Y luego, recordando. Contando los días, minuto por minuto. La sulfanilamida. La leve esperanza. El plasma, y ¿cuáles son las probabilidades? ¡Perderá Annas ambas piernas, o una sola? No oven más.

Al vuelve en sí, mientras Milton habla del banco. Allí, en la Blanca.

"¡Papito, me llamo Annas!"

—Por Dios! —dijo Al, por detrás de su imaginaria cinta.

Eso fue en octubre. Dos días antes de reventar Bud Rosenberg. No, ¡fue después!

## XIX

"Ahora recordemos un sótano, con fortificación de cemento a su alrededor y a algunos chicos que trataban de atacarnos, mientras los hacíamos salir del refugio. Erán diez, eran siete, con ojos azules y facciones de pequeños hombres viejos. Recordaremos la cocina, la granada de mano arrojada desde la ventana y un pueblo donde los Messerschmitts no tuvieron a mal traer. Llovía sin cesar. ¿Y por qué llovía y seguía lloviendo? ¿Y por qué nevaba y seguía nevando siempre que luchábamos en la guerra?"

"A veces veíamos nieve y escorbos; otras, cenizas y pinos. Pero casi siempre pensamos en la nieve y en la lluvia."

"También nos relamos de Brownie. Siempre estaba humeando. Después de dos años cubrió su ascenso. Lo olubvo a las diez de la mañana. Y su camión quedó destruido por la noche. Fue el único muerto y, créase o no —siendo parte de la historia—, su verdadero nombre era ¡Brown!

"Fumos al bar de la esquina. Nos informamos que el tren llega con retraso... Bebemos y comenzamos a caer en las profundidades del silencio. ¡Hay tanto que no podemos recordar nunca! ¡Hay tanto cuyo recuerdo no podríamos soportar jamás! Hasta que haya pasado más tiempo. Y camino contigo, de vuelta a la estación. Te apoyas en tu nueva y pesada muleta. Me muestras los huesos que llevas en tu bolsillo. Los huesos que sacaron de tus piernas. Los has limpiado y unido diciendo que te traerán buena suerte. Y hablas de esa china, en Louisville. La primera que tuviste hasta que yo y seguro de que tu ío, en Denver, se alegrará de verte pronto. Trabajaras nuevamente en su restaurante. Pero ya no como mozo. Te sentarás detrás del mostrador y cobrarás a los clientes.

"Informan que el tren vendrá con mucho retraso.

"Hablamos nuevamente de Brownie. Volvemos a la esquina y pedimos varias copas más. En la victrola eléctrica canta Dinah Shore. Canta otra y otra vez... Y recuerdo cuando te vi... Los labios blancos, medio acabado, recibiendo el plasma que te daban y manteniendo los ojos cerrados.

"Ahora hablamos de Maxon, de Hancock y del maldito teniente a quien tanto odiábamos. Los alemanes lo cazaron en la cabecera de playa. Y nos levantamos y gramos con alegría cuando lo oímos. "¡Tú eres griego, eres joven, eres un bastardo. Yo soy de Harvard, un viejo caballero. Con acciones en el Cornbelt, y una hija que poseerías, si pudieras. Y dos veces por año ceno con Milton (soy un astro en el pabellón del Club Halcón Negro)."

Pero decía todas mis acciones cuando lo puse que me ofrecieron esta noche, por sentir como sentía en el ejército (no quiero volver al ejército, estoy harto hasta la muerte del ejército. Pero para sentir como sentía en el ejército...) ¡Por Dios!

"Estoy seguro de estar fuera? Sí, ¡estoy fuera! ¡Estamos aquí! Silenciosos. Y es que esté pasado que nos domina y que no podemos hacer formar parte del presente, ilumina la penumbra en donde nos encontramos. Nos diremos ¡adiós!, cuando el tren parta. Veré partir lo mejor de mí mismo. ¡Tú me has amargado! Y yo te he puesto melancólico. Te he echado hiel en tu licor. Y tú has dejado escoria en el mío. Soñábamos con un encuentro memorable, pero estaré contentado cuando venga el tren. Porque tú eres algo profano, que moría en el lugar más solitario. Y lo temo, y lo amo, y lo odio. Y no puedo resistirlo esta noche.

"Somos la tierra y los mortales sin valor quienes no nos hallamos como debiéramos."

## XX

El tren partió.

Al vió la cara de un hombre a quien había matado. Un semblante sombrío y estúpido, encorvado detrás de un fusil, en una mesa de laboratorio. Detrás de una ventana rota, con el casco ligeramente ladeado sobre la frente, los ojos opacos, sin vida, más allá de los centímetros muy poco tiempo había matado a un chico de Oklahoma.

No mató. No vivía para matar. Al lo recordó después de un momento de silencio. ¡Crak! ¡Crak!, hizo la carabina. Al la cabeza del alemán deslizarse detrás de la ventana, como sorprendido.

Imaginaba al espectro del alemán, cuando desordenada y atormentada, a través de la eternidad. Y el espectáculo de Al se confundió con el de ella.

—Bien, ¿qué le habría habido usted preguntó francamente el espectro de Stephenson — a mi hijo Rob, si lo hubiera agarrado? La mamá de Milly era, a medias, de nombre Levinchorn. ¿Hubiera mutilado a Rob?

—Te estoy baso por su mente en el momento dado.

El espectro del alemán contestó, a voz baja:

—Für den Führer und das Vaterland Sieg Heil.

El tren resoplaba más allá de los viejos edificios del uklar del pueblo.

Quiero un trago —dijo el guardia la estación.

—¿Cómo, mister Stephenson? ¡Usted por aquí! ¿De vuelta?

Conversaron un rato. Al tenía que hablarle a ese pobre viejo, con un granadote en las Filipinas y otro muerto en Italia, quien por fin dijo:

—Le aseguro, mister Stephenson, después de medianoche no encontrará un lugar que el de Butch. Ya es la una y cuarto.

Al encaminóse a lo de Butch. Recordaba a Butch desde los lejanos días de la prohibición, pero cuando lo vió no pudo resistir. Los ojos de Butch se desechados en un vestíbulo. Una para cubrirlos... Recordó el amargo trocinio, el alcohol destilado. Las ratas y las burles a una ley estúpida).

Estaba solo y bebía. No pensaba en Milly. Errando, su espíritu se presentaba ante él, le echaba en cara su error. Bebió mucho, pero no estaba borrado cuando entró Derry.

Fred Derry, de veintidós años y matado de cien hombres. Pero los había muertos desde lejos, a cinco millas de distancia. Los fragmentos anónimos de las bombas (las barracas, un mar de llamas. El tren de tropas que explotaba entre una cascada de espeso humo). ¡Oh, tan lejos, el brotar de la sangre, las piernas en desorden. Y el orin sin control, empapando los pantalones...

Al Stephenson vió la muerte provocada por él.

Tan singular le parecía que él y Fred se encontraran nuevamente tan pronto... Volvióse con el vaso en la mano. La música de la victrola apagaba las voces de quienes conversaban y bebían. Brebaje ilegal en este mundo infecto.

—¿Qué tal, teniente?...

Fred sonrió amargamente, su delgado y cansado cuerpo se estremeció. Él estaba su dolor, su ira, el fiero desprecio.

—Hola, sargento. ¿Así que usted también anda mal?

—¡Estoy mal!

La voz de Fred era, en cierto momento, terminante. Y Stephenson declinó preguntar más. Simplemente dijo:

—Estoy tomando clarete. ¿Quiere acompañarme?

—¿Cómo no! Esta noche tomo cualquier cosa.

Esperaron que el mozo les sirviera. Y de pronto, sin vacilar, Derry dijo:

—Esa pequeña loca con la que me caso poco antes de partir... ¿Bueno...? ¿Algo mal?

—Sí, todo —contestó Fred —, ha terminado. Es ligera de cascos. Así es

lo dije. En cierto modo, me siento aliviado...

—Salud — dijo Al—. ¡Brindemos por ello!

Derry levantó su vaso.

—Espero que no le pase nada malo a usted.

—No, no es gran cosa — dijo Stephen —. Vino el patrón; nuestro presidente.

En otras palabras. Tengo un empleo mejor. Y toda esa charla, todos los detalles del banco apenas los pude soportar.

—Se siente deceído? — preguntó Fred —. ¿Porque le ofrecí un empleo mejor? — preguntaba con incredulidad infantil.

—Soy tercer vicepresidente, y no estoy muy seguro de que me agrade serlo — contestó Al.

—¡Diables — exclamó Derry —. ¡Ríase de mí por pensar que pudo ser un portero!

—Un banquero, Derry mío! ¿Sabe lo que quiero decir? — preguntaba Fred —. ¿Usted no lo sabe! ¡Es demasiado joven!

—Sabe lo que quiero decir? ¡No lo sabe! Tiene una esposa a la que ama con locura. ¡Un hogar y dos chicos!

—Y ahora estoy aquí — dijo Stephen —, en lugar de estar allá!

—¡Por Dios! — dijo Fred —. ¡Es para reírse! Tomemos. Yo pago esta vuelta — y su voz elevó cada vez más el tono.

Ya no se relacionaba con Milton, Annas o María. Sus pesares los unían, y cada uno había sentido el hábito de la muerte tantas veces que sólo podrían departir con otros hombres que hubieran tenido la misma experiencia.

Se pusieron tumultuosos.

Un mozo acercóse, y les dijo:

—¡Siéntense, a Butch no le agrada mucho el ruido.

Fred señaló un grupo de personas, sentadas en la penumbra, en el otro extremo. Algunos jóvenes marineros y una o dos chicas.

—Están haciendo ruido. Están cantando. Escucha, compañero; están cantando tonadas populares.

—Es claro, teniente. Cante usted también.

Los llevó a un rincón. Tomaron dos vueltas y llegó Butch. Tan grande y tan fuerte como Dempsey.

—Bueno, ¿qué hay de nuevo esta noche?

—¿Usted es Butch?

—¿Yo soy Butch!

—Oiga, siéntese y tome algo.

Butch replicó:

—Yo nunca tomo. Soy simplemente un tipo que mantiene un bar. Y si me pagan, en algo, pago la multa. Yo siempre pago, teniente.

Al dijo:

—Ya oíste. El siempre las paga. Muy bien, Butch, ¿te molestaría si canto algo?

—Oh, no le importa! — dijo Fred —. A él nunca le importará. A ti nunca te importará... Somos un hato de atorrantes, y nos importa un bledo el punto de vista de la Armada y de toda esa clase de gánzapiros.

Cantó a voz en cuello y la gente se rió. En el otro extremo del bar el salón estaba azulado y brumoso, con el humo, las sombras y el olor a aguardiente. El espejo, más allá, reflejaba alegremente las condecoraciones, los galones y todo lo reunido durante la guerra. Los recuerdos... Diez mil personas bebieron allí, durante la guerra. Un extraño vaho se extendía sobre el bar.

—¡Nada les importará! Nada les importará! ¡Vengan y únense al Cuerpo Aéreo, y nada les importará!

Derry podía cantar, y Al también podía cantar. Sus voces, de tenor y de ba-

ritono, atacaron "Oh, Salomé"; la creyeron bonita.

Al dijo:

—Ahora, escucha "La hija de O'Reilly", ¿esa sí que es una canción!

—Cantemos — dijo Fred — como lo hacen los ingleses; cantemos un canto-canción. Roger, ¡cantemos!

—Déjame nadar en la alucinación. Porque pude hacerlo una o dos veces, y me pareció tan lindo...

—Saca el tanque de nafta de mis riñones. Aleja el cigüeñal de mi cerebro...

—Derry — gritó Al. Su voz era dura. —. Tuvimos un chico, su nombre era Armstrong; ¡tenía una voz! Nunca escuchaste una voz como la de Armstrong. Ni siquiera Crosby la tiene. ¿Cómo cantaba!

—Bueno, ¿y dónde está ahora? ¿Por qué no está aquí para cantar, si es tan bueno?

Oye, eso es justamente lo que quiero saber. Rápido, en un instante, como la

explosión de una cantidad de granadas de mano. ¿Dónde está Armstrong?

—¡Aquí abajo! — dijo Fred, señalando la tabla de la mesa.

Tomaron nuevamente y bebieron una vuelta por Armstrong, el que cantaba.

Un mirlo está volando, cantando [auralii...]

Un mirlo está volando, cantando [auralii...]

—Un marinero está volando... — dijo Fred, y señalaba a lo lejos a Homer Wer-

mels, que se acercaba. Vestía éste una chaqueta verde.

Había enviado sus cosas cuando estaba en el hospital. Pero aun en ese saco hubiera sido lo mismo de haber tenido bar-

ba. ¡Oh, seguro, seguro! ¡Exactamente lo mismo.

Lo gracioso era esto: Butch lo ayudaba, caminando a su lado, y le daba la

Talla	Hombres	Señoras
1.50	—	50.848
1.52	—	51.756
1.55	54.480	53.572
1.57	56.750	55.842
1.60	59.020	57.204
1.62	61.290	58.566
1.65	63.614	60.382
1.68	65.830	62.198
1.70	68.100	64.468
1.73	69.916	66.284
1.75	72.186	68.100
1.78	74.456	69.916
1.80	76.726	71.732

## TABLA NORMAL DE PESO

Esta tabla señala los pesos normales acordes con la estatura y la edad. Cuando observe un exceso, es decir, cuando su peso no sea "normal", su salud puede estar alterada. Consulte entonces a su médico, quien le dará el mejor tratamiento a seguir. Pero no olvide además que una dosis diaria de YODOSALINA, de pronunciable acción deshidratante, contribuye a evitar ese exceso de gordura que no sólo es antiestético sino también peligroso.

YODOSALINA, las sales yodadas tradicionales y siempre eficaces.

# YODOSALINA



bienvenida. Derry y Al no podían comprender. Estaban demasiado ebrios para comprender, preocuparse o admirarse. Sólo podían entender lo que veían.

Wermels era su compañero y estaban contentos de que viniera.

Una tarde, hacía ya cientos de años, voló con ellos. Al lo ayudó en la compra. Había luchado en la guerra, igual que ellos.

Lo saludaron con gritos alborozados. Ahora sí que podían cantar y tomar.

—Ovo, te estábamos esperando!

El muchacho dudó, sabiendo que no era cierto. Sonreía y babeaba con su cara contrahecha.

Pero agradecido, no obstante.

Trató de contarles cómo sucedió: Butch era un vecino. Euse de nombre. Vivía casi al frente de su casa. El hijo descorrido de una dama respetable y devota. Había ido al mar, durante la otra guerra. También acostumbraba a jugar y traficaba durante la época de la ley seca. Ahora tenía el Butch's.

Pagaba una multa ocasionalmente, y se llevaba de dinero.

Los parientes de Homer hablaron prontamente, contando sus historias en la vecindad. Lo hacían para levantar sus ánimos.

Mientras tanto, Homer derramaba su cena sobre el mantel, volcaba la leche y enviaba a su Wilma a casa, bañada en lágrimas.

Pero escuchó lo que decían acerca de Butch's, después de medianoche, y lo recordó luego cuando lo necesitaba.

En puntas de pie, en la oscuridad —al menos con uno iba en puntas de pie, esforzándose porque el otro se mantuviera tranquilo—, encontró la baranda de la entrada, produjo un crujido y se malició a sí mismo.

Su madre encendió la luz.

—Homer, ¿qué pasa?

—Pensé dar una vuelta —dijo, y vio cómo el pálido semblante de ella sufría, a cada palabra que él pronunciaba.

—¿Qué cosa! decir "censaba" en lugar de pensaba.

—¿Y qué forma estrafalaria de caminar!

—¡Oh, querido Homer, no salgas! Te caerás y te lastimarás.

Su voz resonaba extrañamente en el vestíbulo.

La madre se hirió las manos entre los pliegues de su bata nocturna, por el dolor que le producían esas palabras.

—¡No! ¡Tengo que salir! A veces cuesta dormirse. Salgo, camino un poco, una hora, tal vez, y luego me iré a dormir.

Su voz era dolorosa y estaba llena de lágrimas, mientras trataba de comprender.

—Llamaré a papá.

—¡No! ¡Voy a salir!

Entonces su padre los oyó y la tía Sade preguntó qué pasaba, con voz fuerte, desde su pieza. Y Homer siguió bajando trabajosamente las escaleras haciendo ruidos por fuerza. Su padre lo siguió.

—Homer, ¿qué es esto de salir a tales horas?...

—Volveré dentro de un rato, papá. Vete a dormir —y luego se le acabó la paciencia y gritó, con espuma en la barbilba:— ¡No soy un chico! He estado bastante tiempo de cama, papá, salí!

Tuvieron que dejarlo salir. Salí. Encendieron las luces detrás de él. En la sala y en el vestíbulo.

—Ma —dijo el padre—, vete a la cama. Yo esperaré a Homer. Creo que está algo nervioso. Tú sabes, acostumbrado a los hospitales y a toda esa clase de gente —la envió llorando a su pieza. Sa-

biendo bien cómo debía haber llorado Homer.

El señor Wermels se sentó en el comedor y procuró leer las revistas que dejara Luella.

Tratando de resolver un problema de negocios (era cargador de una empresa naviera), no podía concentrar su mente... Estaba ahora en la edad madura y un poco más. Su casamiento fue tardío. Había tenido muchas dificultades, en varias épocas, pero nunca se sintió como ahora.

## XXI

A las tres, Milly despertó en el sofá, bien tapada con una frazada que se había llevado de Cherry Hill (los elementos para dormir en este sitio amueblado eran de mala calidad y escasos). Milly remoloneó, aun medio dormida.

—Peggy —llamó. Su hija llegó silenciosamente del comedor. Con su linda cabellera cepillada y lustrosa y su delgada figura, recostada por una cómoda.

—¡Aquí estoy! —dijo, entibiando con su peculiar risa la frialdad que pesaba sobre el corazón de su madre.

—Peggy, nena, tú me tapaste.

—¿Que amable! —repuso su hija—, con los gatos, los perros y las esposas privadas de sus esposos.

—¿Qué hora es?

—Las tres y cinco. Probablemente escuchaste algún reloj. Te habrás despertado.

—¡Oh, querida! —Milly bostezó—. ¿Por qué no te acostaste?

—¿Tontías! Amor mío. Tenía que llenar un millón de fórmulas. La Cruz Roja quiere mucho sus formularios. Septuplicado. ¿Es así como se dice siete fórmulas? Caramba, imagínate si una fuera tan prolífica en una múltiple maternidad. Imagínate si tuviera siete mellizos. Sabes, mamá, como las cinco... se arrojó al costado del sofá y pegó su cara a la de su madre—. Temo —susurró— que como reemplazante sea malísima.

Ellas amaban, entendían, eran dos mujeres. No simplemente madre e hija. Sin dos mujeres que podían consolarse mutuamente. Con más delicadeza y suavidad que el raso.

Y Al había llamado. Llamó a las doce y veinte. Quizá su voz sonara algo cascada. (¡Pobre Milly! Ella no sabía que Al había cambiado. Probablemente su voz había cambiado luego de aficionarse a la bebida, en el ejército).

El tren de Annas tardaría en partir. Todos los trenes salían con atraso, como siempre, como todos los años desde que Stephenson partiera para convertirse en otro hombre.

El era otro hombre. No lo conocían ahora. Marido y padre.

Cualquier Alton Stephenson que ellas conocían.

Nunca buscaría una diversión tan grotesca. Lejos de ellos.

Solo, solo.

La mujer que lo había amado con locura, con algo de su propio cuerpo (¡oh, Peggy, cuando te ves en esa forma igual que tu padre! Francamente). Y ella que sacrificaría su cara y su cerebro.

Y cualquier arid de femineidad y las precadas dotes de su alma y su cuerpo. Que dejaría matar y torturar por él. Así amaba ella. Un amor sencillo y profundo. El era su pasión y el objeto de sus mimos y desvelos.

—Querida, estoy tranquila.

Así susurró aprensivamente Milly, al oírlo de su hija.

—¡Chiquilla —dijo Peggy serenamente—. Me temo que el cabo Annas sea

una influencia que deba combatirse. ¿gamos... y búsqumelos. Me pondré a lúnea gastada, me pararé descañada y hñré. Y tú te pondrás un mantón.

—Tendremos que cantar una dulce ción. "Papá, querido papá, escucha el loj del campanario, da la hora". Se las cuatro menos cuarto cuando llegualli.

Ven, mi pobre alma solitaria. Te varé lo mejor que pueda.

Apartó la manta, y tomando las manos de su madre la incorporó.

—Mira ese vestido, una masa de gas. ¡Mildred Stephenson, pagaras planchado de tu propio bolsillo!

Adulándola, tentándola, hizo lesta a su madre.

Recogió los zapatos:

—Toma, pónelos como una buena ch y saldremos, y tracemos a ese ho malo.

—Pero, Peg, ¿dónde diablos...?

—Tontías. Hay un solo lugar en la ciudad en donde podías estar a estas horas. Crees muy probable que el Butch Engle haya acogido a papá. A nos... tal vez... —su voz era aguda y cercana al llanto, compartiendo el deso cierto y dolor de su madre—. A me que quizá tu amigo haya tomado a una de esas chicas que quimono ro.

—¡No visten de rojo!

—Así lo he oído siempre.

—¡Bu! —dijo Milly, lastimera-

te—. Ese horrible lugar, tan sofocante, lleno de humo... Peg, ¿crees realmente?

—No te pareció tan malo, mi am cuando el último Año Nuevo fuiste con el comandante Leffinkwell: te tra a casa a las cinco. Si, sí, ¿quieres que lo cuente a papá?

—¡Oh, oh! —dijo Milly, débilmente— Wilmer Leffinkwell. Si es igual a su madre, Peggy, tu madre quiere sólo al genito.

—Conozco a un sargento al que arrancaría los pelos —dijo Peggy con sinceridad de un perro, y gruñendo con tal logró que su madre se arreglara cabello y la cara antes de salir. H tintinara las llaves del coche. Un sereno mudo la llevó al subseño. O muchacho sofioliento movió los coches el garaje. Así pudo Peggy sacar su a y salir a las calles desiertas. El viento despinaba. Las luces del tránsito deslaban; amarillo, amarillo, mientras saban. Y Milly acurrucoó con el tapete en sus espaldas.

Esto no era lo que soñara. El esposo amado, yendo en sus brazos. El palpar al unísono de sus corazones (cuando vino Mr. Milton la palpitación cesó. Cuando el cabo Annas llamó, fue como si sonara un airado clarín. Como si terminasen debieran marcharse. Aun antes haberse detenido del todo frente a puerta).

En una calle alemana había un tanque incendiado.

—¡Cuidado! —dijo Al.

—¡Esta bien, ya lo veo!

## XXII

Ella no podía conocer una furia que Al no le conociera. Pero sentía su alma tan vaciado porque el alma herida de Stephenson tenía la vida de un hijo en sus entrañas.

—Y luego este amor —dijo Fred Derry—. Era nuestro comandante de camantes de ser general. Cuando sólo era

coronel, los muchachos le llamaban "Cola de Hierro".

—No por su cara? —preguntó el granote Butch. Ergo, observándolos.

—No por su cara —dijo Fred—. Este general... Pero mejor empiezo con el asunto de las corbatas. En una reunión, después de las dos de la tarde, en Chelveston, no se pueden usar corbatas, ni una sola, porque los muchachos las arrancarán a las corbatas.

—Oigan, miren lo que hago! —suplicó Homer, extendiendo su vaso con orgullo y observando gozosamente las gotas que rebasaban el borde.

—Oigan, mirenlo! ¡Está tomando con la mano izquierda! ¡Miren a Homer! —exclamó Stephenson.

—No tomes más —dijo Butch.

—Tomaré lo que quiera —dijo Homer— con mi mano izquierda. ¿Tiene algo que decir?

—¡Muy bien! —dijo Butch, tratando de calmarlo—. Toma eso y todo lo que quieras. No te preocupes por mí.

—Muy bien —exclamó Homer aliviamente, sintiéndose como si hubiera ganado una batalla.

—Y así, este general —continuó Derry— aparece a las dos de la tarde. Ha venido desde lejos. De la cuarta escuadrilla. Nuestro coronel le preguntó, porque era nuestro comandante de grupo, ¿sabes?, antes de que le colocaran la estrella. Y aparece Oakley. Es un tipo de Alabama. Todo un hombre. Y aparece Oak... Lleva un par de tijeras en la mano. Se las arregló para cortar todas las corbatas. Y luego nuestro coronel y los oficiales hablan con el general. Pero Oak dice "¿Cómo?, miren eso; lleva una corbata. ¡Miren eso! ¡Tiene puesta una corbata!"

—¡Miren esto! —gritó Homer extendiendo su vaso.

—Eh, mirenlo! —decía Al—. Está derramando casi todo.

—Estoy derramando casi todo —repitió Homer Wermels.

—El general la tiene puesta —dijo Derry—. ¿Ve, Butch?, como ésta. Tiene puesta una corbata. ¡Y Jimmy Oakley se la corta!

—Ahora, óigame, Butch —dijo Homer bruscamente y sin poder dominar los labios. Su boca estaba suelta—. La epilepsia es dominada por el alcohol. Y el veneno de la selva lo hace también. Se toma demasiado veneno y se muere. Se toma demasiado alcohol.

—Así —decía Derry, moviendo su mano y tirando de la corbata de Al—. ¡El gran Oak la corta aquí!

—Me imagino que el general se enojó —opinó Butch.

—No, señor —continuó Fred—. He visto manzanas malas en mi vida, pero el viejo "Cola de Hierro"... Se limitó a decir algo... Quizá... que no se debía usar corbata. O algo por el estilo. Los otros sacaron a Oak. ¡No supo que había cortado esa corbata hasta que se lo dijimos por la tarde!


—Quiero cantar —dijo Al—. quiero cantar esa canción que hablaba de un hato de atorantes. Me gusta esa canción porque es buena:

Vengan y ascíendan  
tan alto como quieran.  
No hay nada comparable  
a un aviador del Ejército...

Estaban completamente solos, con Butch. Las puertas se habían cerrado a las tres. El guardián dormía sobre un sillón de cuero. El tabernero se había ido. Pocas luces quedaban encendidas. El bar

estaba claro, limpio, y Engle completamente sereno al lado de los hombres que bebían. No les permitía beber desde las tres, pero dejaba que pagaran algunos tragos para él.

El nunca bebía. No había tomado en dieciocho años, y se maravillaba de cómo lo habían conseguido estos tres. Y el mismo pequeño Homer... Recordaba a Homer en su triciclo, pretendiendo ser ingeniero de una empresa de transportes. Arrastrando un coche detrás de sí, con sus innumerables juguetes. Ahora él no era el hombre para decirle al muchacho que no podía beber. Cuando, evidentemente, lo que necesitaba era una tregua.



## LA SALUD A SU ALCANCE

COMO EVITARLAS  
COMO TRATARLAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO Y ENFERMEDADES DEL HIGADO, Dr. Valles  
ENFERMEDADES NERVIOSAS Y MENTALES, Dr. Fernández

ENFERMEDADES DEL CORAZÓN, Dr. Fomales  
EL ENTRENAMIENTO, Dr. Remeriz

LA TUBERCULOSIS, Dr. Remeriz  
LA APENDICITIS, Dr. J. Valles

LA PIERRE, sus causas, Dr. Puente  
HIGIENE, SALUD, MICROBIOS, Dr. Puente

LA SIFILIS, Dr. Cortina  
LOS VEGETALES, valor medicinal, Dr. Veiga

LA ALIMENTACIÓN HUMANA, Dr. Fernández  
COMO DESTRUYEN SU BELLEZA LAS MUJERES

ALIMENTOS SOLARES, FRUTAS Y VERDURAS  
COMO PREVENIR ENFERMEDADES INCURABLES

PEQUEÑOS MALES, Dr. Austreglio  
LA PUERCULTURA, cómo criar hijos sanos, Dr. Llamas

LA CALDERIA, cómo engrasarla, hijos sanos, Dr. Llamas  
EL REUMATISMO, Dr. Alfonso

ELOGIO DE LA VEJEZ, cómo prolongar su vida  
CALISTO, el ejercicio y la salud, Prof. Wood

Precio \$ 3.50 por tomo

INTERIOR: REMITIDOS CONTRA REMBOLSO O GIRO.  
CAPITAL: ATENDIDOS PEDIDOS TELEFONICOS,  
PERSONALMENTE O POR CORREO. Horario: de 14 a 20 horas  
REMITIDOS EN SOBRE CERRADO Y SIN MEMBRETE

## Instituto "NOVEDADES"

Av. de Mayo 981 - Bs. As. - T. A. 37-1195

TACHE, dejando solamente los títulos que desee.

NOMBRE .....  
DIRECCION .....  
PUEBLO ..... L.

Dentro de la puerta que su inutilidad le abría... Butch no podía hilvanar las palabras. Pero eso era común en él. Quería haberse sido el mismo. Lo intentó. Decían que estaba demasiado viejo. Decían que sus dientes estaban mal. Y lo mismo su pulso y la presión de la sangre. Observó a Homer, pensativamente.

—Oye, Homer...; cuéntame algo del Pacifico.

—Era una calamidad —dijo Al—. Tú se lo oiste decir. Todos tenían penas. ¡Un pobre blanco no podía soportar algo así! ¡Y África es también una porquería! Tendrás que ver lo mugrientos que son los árabes. Y aun así, alguien trataba de pa-

sar. Y si algún árabe lo molestaba, ¡por para él! Teníamos un tipo. Sabía su nombre, pero no lo puedo recordar. He bebido demasiado... Pasó. Creo que los árabes lo vieron y lo esperaron tranquilamente... La primera que encontramos al amanecer fue a él. ¡Y en qué estado!

Tenía la boca cosida. Creo que se la cosieron cuando ya estaba muerto. Se la abrimos. Y, ¡adivinas qué encontramos dentro de ella?... Por Dios, mejor no recordarlo... Créeme que luego el regimiento tenía que disolverse. ¡Los pasas brillaron por su ausencia!

—Oye, ya oí eso muchas veces —dijo Derry—. Algunos muchachos de las Fuerzas Aéreas me contaron lo que ustedes llaman... ¡Apuesto a que nunca lo viste! Lo que llaman...

—¿Apderfo? —dijo Al.

—Bueno, así será. Pero, ¿te gusta?

—¡Me gusta! —dijo Fred.

—¡Sí, señor! —dijo Homer con decisión—. ¡Quiero otro trago!

—No, atiende, muchacho —dijo Butch— Son casi las cuatro.

Entonces llegaron las mujeres... Butch se volvió molesto por el insistente golpeo en la puerta. El timbre y el llamador sonaban al unísono. Desde una distancia enorme, vagamente, Al Stephenson escuchaba la voz de Peggy.

La oyó diciendo a Butch que sabía adónde tenía que dirigirse. Y Butch estaba confundido y se disculpaba.

—¿Caramba, señorita Stephenson! ¡Cuanto lo siento! Creo que toda la culpa es mía. Tendría que haber pensado que los esperaban en sus casas. Es que comenzamos a charlar...

—Miren —dijo Homer Wermels enfrenteando a ambas mujeres al entrar. No las conocía. Pero, completamente borracho, estaba de pie, erguido y sereno, aunque exaltado a la vez. Con nubes de luz y humo a su alrededor... ¿Ven?, yo sé tomar... ¡Tengo el vaso en mi mano izquierdo!

—Está hecho con espejos —dijo Derry. Y casi se cayó contra la mesa al ponerse de pie para saludar.

—¡Oh, esto es maravilloso! —se dijo Stephenson en medio de la nebulosidad que velaba su mente—. ¡Oh, qué mundo más atrevido y feliz! ¡Ella viene a mí! ¡Y yo la llamo, oh, chico! ¡Mi esposa, mi paloma, mi ángel, mi amor! ¡Mi ilusión. El objeto de mil sueños encantadores...!

—¡Oh, mira esto! —dijo con dificultad, rodeando con un brazo el hombro de su esposa y apoyándose pesadamente en ella. Procedió a presentarlos.

—Ahora, éste es Fred, éste es Fred. Y estuvo en la guerra.

—Naturalmente —dijo Milly, completamente ausente—. Naturalmente, ¡qué contenta estoy de conocer a todos ustedes! —Vámos todos a casa —sugirió Stephenson— y tomemos otra vuelta!

—¡Sí, claro! —intervino Milly—. ¡Por eso vine!

Al, bramó con su gruesa voz: —¿Oyen eso? ¡Esto es magnifico! ¡Iremos todos a casa y tomaremos otra vuelta! —¡No, no con Homer! —suplicó Butch—. Yo lo llevaré a su casa. Vive casi cruzando la calle. Este es Homer Wermels, ¡conoci a sus padres antes de que tuvieran hijos!

—Ya me oíste —repuso Al—. Lo llevaremos a nuestro hogar. No es en realidad nuestra casa. Esa está en Cherry Hill. Vámonos a la Casa Blanca. A echar otro trago. Porque estos muchachos y yo volvimos a casa volando juntos. Volamos desde Welburn en una "27".

—En un "17" —rectificó Derry, aunque no podía levantar los párpados, que pe-





saban como un plomo sobre sus ojos.

—Un "17" —dijo Al—. ¡Volamos!

No podían escuchar a Peggy, quien le decía a Butch, en voz baja:

—¿No están ustedes demasiado bebidos? Por favor, No se preocupe. Los meteremos a todos en la cama. Si usted conoce a los padres de ese chico, dígalos que está bien. Lo llevaremos a casa. Trajimos el coche. ¡Por todos los diablos! Prefiero esto a cualquier teniente enamorado cuando estoy sola! —y Engle asintió.

—Tal vez sea lo mejor. Lo siento mucho, pero, ¿qué puede hacer uno cuando insisten en entrar y emborracharse?

—Sólo ayúdenos a meterlos en el coche...

Salieron lastimosamente, tambaleantes y apoyándose. Como de costumbre, Homer se agitaba. Un buen justificativo para los obtemperos, a quienes les habría encantado verlos en estado tan calamitoso, empujados, ayudados. El eterno problema del ebrio. Tres ebrios al mismo tiempo, y cantando alegremente en la penumbra de la calle.

—¡Cállense! ¡Cállense! —pidió Butch—. ¡No queremos que parezcan todos los policías de la ciudad!

—¡Muy bien! —gritó Al.

—¡Cállense, muchachos!

Y Peggy los llevó a su casa.

Homer y Fred estaban durmiendo antes de llegar a la Treinta y Cuatro y Grand. Nadie sabía dónde vivía Derry. Butch no estaba para decirles qué debían hacer con Homer.

—Lo que debemos hacer es eso, querida —dijo Milly, con voz alterada por la emoción, a pesar de que trataba de hablar con calma.

—Tienes razón: los meteremos a todos en la cama.

Así lo hicieron: sacaron a Rob, que medio dormido se fué a la pieza de Peg-

gy y acostóse sobre el sofá, al lado de la ventana, sin molestarse en absoluto. Sonrió, aún medio dormido. Lo creyó divertido. Igual que "McDuff", echado a su lado sobre la manta, y estuvo dormido antes de que condujeran a los otros a su pieza.

Peggy y Milly le sacaron los zapatos a Homer... El grande con la suela. Se asombraron. ¿Cuánto pesaba ese zapato? Lo metieron en la cama. El, sin saber qué hacían, murmuró:

—¡Miren! ¡Oigan! ¡Mírenme!

Y luego comenzó a roncár, con la boca abierta, la saliva corriendo por su barbilla y revuelto su cabello pelirrojo.

Derry estaba sentado, atontado, sobre la otra cama. Cabeceaba sin poder mantenerse erguido.

—Creo que será mejor que me vaya. ¡Cuánto lamento causarles tantas molestias!

—¡Por Dios, teniente! —dijo la muchacha, con voz clara—. ¡Si no es nada! Usted es amigo de papá. Usted haría lo mismo por él, ¿no es cierto?

Derry la observó vagamente y dijo:

—Haría lo mismo, haría... —su barbilla cayó pesadamente.

—Ahora, acuéstese —dijo Milly—. Y déjenos sacarles los zapatos.

Se los sacaron. Retiraron la colcha y la frazada. Lo taparon con la manta. Dormía.

—¡Abre bien la ventana! —Peggy lo hizo así, sacando las cosas de Rob del borde inferior: la raqueta, modelos, libros y soldados de plomo. Recuerdos de su niñez. Cambió demasiado pronto.

—¿Qué hacemos con las toallas? —preguntó Milly, en voz baja.

—Por Dios —contestó Peggy—. Están demasiado tomados para usarlas, si las tuvieran...

—Ya sé: encenderé la luz del baño, y dejaré la puerta entornada, confiando en

que la encontrarán cuando la necesiten.

—Esperemos que así sea —dijo—. Y ahora, querida mamá, por favor véte a ver qué hace mi padre. Yo me acostaré. Y tú también, llevando a tu amigo contigo.

Milly encontró al esposo buscando qué beber. Había hecho un revolcón en los estantes de la despensa... Rompió un vaso grande al tratar de mezclar bebidas.

—Caramba —murmuró Al, pesadamente—. Siento mucho que llegara a este estado. Estuve demasiado tiempo afuera.

Se dejó conducir a la pieza de ella y le permitió que colgara su chaqueta en una silla. Sentóse, pesadamente, mientras Milly corría la colcha.

—Déjame desvestirte —dijo Milly.

—No, me quitaré las ropas yo mismo. No estoy tan bebido. Te aseguro... Mr. Milton! L. D. M.

—Sí, estuve aquí —dijo Milly, con una desprecupación que no sentía.

—¿Recuerdas?

—¡Oh, seguro!

Esperaba decir un millón de cosas. La quería, la quería. Quería todas esas cosas que ocuparon sus sentidos mientras estuvo lejos de ella. Quería música y el sonido de su voz suave. Quería el alimento que no había tenido. Quería...

—L. D. M. —dijo nuevamente—. ¿No escuchaste? ¡Soy tercer vicepresidente!

—¿Eres qué? —dijo ella, asombrada.

—Eso mismo —asintió él, negligentemente—. Lo que oíste. Soy tercer vicepresidente, en lugar de Stices. El directorio. El directorio...

Milly suspiró, y contentiendo sus sentimientos exclamó:

—¡Eso es maravilloso! Oh, eso es...

—Bueno, no estoy tan seguro —dijo Al.

—Acuéstate ahora —repuso Milly—, te lo ruego —y le fué sacando las ropas.

Estaba sosegado y trataba de mantener

constantemente abiertos los párpados.

—¿Dónde? ¿Dónde están los muchachos? — preguntó.

—Están en la pieza de Rob. Ahora traiga de dormir.

—No puedo —susurró—, viéndote...

Y luego ella emitió su único suspiro:

—¡Estás demasiado bebido para pensar en... eso! No. Apagará la luz.

Hizo girar la llave. Pero aun había cierta iluminación, tenue y amarillenta, que llegaba desde la puerta del baño. Él oyó el ruido de sus pantuflas. Escuchó todos los sonidos que no había oído en el proceso legal de su amor, en todos esos treinta meses. En el proceso decente de su amor, que todo hombre prefiere a cualquier pérdida que encuentre. Vió agitarse su camión de noche. El encaje se elevó. Ella metió los brazos entre los pliegues y se lo puso.

—¡Oh, Milly! —susurró Al.

—¡Ahora, vete a dormir!

—No puedo. Quiero decirte algo. Escucha; chicos como éstos... Ellos me hacen pensar que tenemos los mejores hijos del mundo. Te aseguro que nuestros hijos... Bud Rosenberg. Tendrías que haber visto. Teníamos un chico llamado Armstrong. Pasa cantar. ¡Por Dios! Creo que a veces fui demasiado severo. Tenía que serlo. Pero cuando conseguí ponerlo en forma. ¡Te aseguro que chicos como éstos...! De un grupo de chicos como éstos. Los llevaría a cualquier parte. Y, hermanita, ¿cómo andarían!

—De eso estoy segura —contestó Milly, metiéndose debajo de las sábanas.

El sintió su rodilla. Era irreal. No podía moverse. Sus oídos resonaban como un tambor embravecido. Y en su habitación, clara y amenazadoramente, escuchó las máquinas remachadoras que desgarraban el humo y enviaban el furioso y mortal ofuscamiento desde cualquier quebrado por la que tenía que pasar... Las pasó a todas. Había llegado a casa, y aquí estaba, y era esto. Y estaba así.

—¡Oh, Milly! —¡tocó su piel—! Creo que apuesto. Mi aliento es malo. Trataré de volver la cara. No había pensado...

—¡Ahora, querido; si quieres irte a dormir—.

—No, no —dijo, temiendo lo que le esperaba en la oscuridad que los rodeaba. Y toda esa niebla turbulenta en sus oídos. Y las granadas de mortero haciendo volar el barro—. No, no —balbuceó—. Olvida a esos chicos. ¡Oh, olvidémoslos todo! No podría querer a otra. No podría. Escucha, tú y yo... —la atrajo hacia sí, irresistible y locamente, ahogando en su boca caliente cualquier protesta o explicación. Y olvidando cualquier pesadilla que hubiera tenido. Sus oídos aun resonaban. Estaba exaltado. Y se entregó al palpitante placer que, ebrio o sobrio, siempre podía darle.

## XXIII

—Tan seca mi garganta, tan llena mi cabeza de heridas henchidas y de fantasías rotas. Ardientes mis ojos e hirviendo mi pulso. ¡Oí un océano, vi una fiesta de lunas. Y aviones que caían entre la lluvia multicolor de los ensordecedores cañones).

—¡Ahora me arrastraré en forma rara, para hacer las cosas que necesita este cuerpo engañoso.

—Tomaré un trago, y otro, y otro..., salpicando la mitad del agua sobre mi ropa. —Y hasta cuándo esto...

—¡Hasta cuándo observaré a los inservibles y a los chicos andar por donde yo anduve?... Verlos saltar los setos, trepar los escalones, manejar los coches, comer con hambre. Y reñir con sus brazos...

a las chicas. Sin retroceder nunca ante su contacto. Como si un perro rabioso se hubiera sacreado demasiado.

—¡Conozco un arma; y en un tiempo me agazapaba detrás de una Ocellina. Sintiendo su poder en mis brazos. Y nunca bajé los Junkers 88. No soy de la clase de los que derriban un avión. Porque soy de los que disparan con fervor. Y mueren en alguna forma igualmente franca. Tan ridícula y lastimosa, mi muerte, que nunca comprenderé por qué jamás me reclamé a mí mismo.

—¡Estas palabras pasan por mi mente;

**LA DELGACEE**  
EN UNA SEMANA

• SIN DIETAS • SIN LAXANTES  
• SIN EJERCICIOS • SIN MASAJES

Por el famoso Dr. F. Jaramillo en su sencillo y práctico método "La Delgadee".  
Precio del volumen, \$ 5.—

• LO QUE DEBE SABER TODA MUJER

Por la Dra. M. WOOD. Referente a su organismo, funcionamiento normal y qué una mujer para conseguir la tranquilidad y la felicidad en la vida de soltera y matrimonial, además de guía práctica de consejos médicos.  
Precio del volumen, \$ 5.—

• LA BELLEZA DEL BUSTO

Por la Dra. ELSE K. LA ROE. Ahora si usted padeciera, desarrollar o recuperar ese encanto tan femenino. ¡Cambiando por los métodos prácticos de medicina natural, a fin de conseguir o rescatar las bellas formas del busto, serio obstáculo para la vida social y matrimonial.  
Precio del volumen, \$ 5.—

• ENGORDAR EN POCAS SEMANAS

El Dr. F. Vázquez en su libro método "La Delgadee" ofrece el tratamiento que usted deberá seguir para formar un organismo sano, fuerte, hermoso y atractivo.  
Precio del volumen, \$ 5.—

• LA MUJER DE '39' Y SU GIMNASIA

Por la Prof. RUTH DE MORGENTHAU. Evite que su organismo se incline al adelgazamiento por la obesidad, aparición de vello, trastornos funcionales. Valiosísima ayuda para la estética de la mujer.  
Precio del volumen, \$ 5.—

• INTERIOR: REMEDIOS CONTRA REEMBOLSO O GIRO. CAPITAL: ATENDIENDO PEDIDOS TELEFONICOS, personalmente o por correo. —Horario: de 14 a 20 horas. —REMITIDOS EN DINERO DESPACHADO SIN MEMBRETE GRATIS SOLICITE CONSEJOS A MARIA DEL VALLE

• INSTITUTO "NOVEDADES"  
Av. DE MAYO 981 - B. A. - T. A. - 37-1195

Sírvase remitirle contra reembolso el (o) los títulos Adelgadee, LO QUE DEBE SABER TODA MUJER, LA BELLEZA DEL BUSTO, ENGORDAR, LA MUJER DE '39' Y SU GIMNASIA.  
TACHE, dejando solamente los títulos que desee.

NOMBRE.....  
DIRECCION.....  
PUEBLO.....

• PESIMISMO, \$ 4.—  
• A. B. C., \$ 4.—  
• LA VOLUNTAD, \$ 4.—  
• GIMNASIA DE LA VOLUNTAD, \$ 4.—  
• COMPORTAMIENTO SEXUAL, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• ENFERMERAS DE LA VOLUNTAD, \$ 6.—  
• PREVENCIÓN VOLUNTARIA, \$ 7.—  
• MILITACIONES SEXUALES, \$ 6.—  
• CARACTERES INFINITOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—  
• LOS SENTIMIENTOS, \$ 6.—

las nifas difícilmente se sometan a las nifas.

—Si a Wilma no le gusta se puede ir al diablo. Con todo su lloquero y sus tristes cosas infantiles (esto puede llevarlo a cabo con palabras más sencillas).

—¿Qué es esta gente? ¿Me tienen lastima? Porque estoy en una cama extraña. Y veo todas estas cosas fuera de lugar, a mi alrededor: los efectos íntimos de personas a quienes no conozco.

—¡Pero me debe en mi mundo que esas mujeres me sojuzguen con cualquier suplica!

—¡Sí, vestíme, por Jesucristo!... No soy un nene...; vestíme... No comprenden que he visto explotar estrellas y que volé sobre más mares que ellos mismos navegaron.

—¡Diciénuve años, pero pronto veita (y no hace mucho que me creí desgraciado por haberme escapado el gaito). ¡Ah, déjeme ir en silencio, como mejor pueda! Y encontrar un taxímetro que me lleve a casa. Pero, ¿dónde está mi casa cuando en mi mundo puede comprenderme, ni yo a ellos?!

## XXIV

Al despertarse, Derry vio a su lado una cama vacía y en desorden. En el primer momento no supo dónde estaba; tantas veces se había despertado en una casa para él desconocida... (y comúnmente en medio del romance. ¿Romance? Tal vez otra palabra sería más adecuada).

Éste podría haber sido el departamento de lady Tillman. Pero no lo era... Podría haber sido aquel sitio en Kent, donde pasó dos días con una alegre rubia cuyo esposo servía al rey, a cinco mil millas de distancia, mientras Derry entretenía a su mujer... Las colchas caseras. Las vistosas alfombras sobre el piso. Y todos los pequeños gustos que un casa en Brighton Drive no pretendería, y que quizá ni desearía.

Luego supo dónde estaba. Tuvo un vago recuerdo de mujeres que le sacaban los zapatos. Pensó en Al. Oyó las canciones. ¿Y dónde estaba Homer?

Derry se bañó. Su cabeza estaba como un cubo en el que unos trozos de metal hacían ruido al ser agitados. Halló sus zapatos. Encontró su chaqueta, se la puso y, con paso vacilante, dirigióse a la cocina, con ligera timidez. Allí estaba Peggy sola.

No sabía su nombre... El vago recuerdo. Y los puntos ante sus ojos...

—¡Hola! —dijo.  
—Buenos días —contestó ella, y sonrió—. Soy Peggy —le tendió la mano. El la estrechó. Era fría, y la suya estaba caliente, caliente y seca.

—Mi nombre es Fred Derry.  
—Sí, lo sé; papá nos presentó en lo de Butch. ¿O no se acuerda?

—Creo que sí —respondió Fred—. Hubo un asunto con los zapatos...

—¡Nosotros los sacamos de ella!... Espero que no le habrá olvidado. Creo que es tradicional que los mosqueteros ebrios mueran con las botas puestas.

Sacudió la cabeza y sintióse perdido. Y ese zumbido en sus oídos...

—Bueno, muchas gracias; lamento haberme olvidado las cosas molestias.

—Oh —dijo ella—, yo no le llamaría molesta. Pero lo hubiera sido si no hubiéramos ido a buscar a papá. ¡Imagínese a ese viejo bribón saliendo con ustedes y emborrachándose la primera noche de su regreso!

—¿Cambiamos —dijo Fred Derry—. ¿Qué cabeza?

Ella rió nuevamente. Pero sin simpatía. No lo creó sincero.



—Tome esto —ordenó, ofreciéndole un vaso grande y espumoso—. Tome esto. Ahora, de un trago, rápido. ¡Mientras burbujee!

Fred bebió e hizo una mueca. Ella le tendió una servilleta de papel, para que se limpiase la boca, y dijo: —Le gustará con extracto de tomate? Huevos crudos. No me diga que nunca los comió un borrachín como usted... —

—Bueno, gracias —dijo—. No estoy tan loco por los huevos crudos.

—¿Yenga, venga. Es muy bueno. Es bueno para usted —dijo Peggy Stephenson. Tomó el huevo—. Ella lo había batido, con diversos condimentos: jugo de limón y pimienta... mezclados con extracto de tomates. El contenido casi rebasaba el borde del vaso. Y Derry lo bebió fogueando. —Ahora —dijo la muchacha— creo que se sentirá mejor.

—Oiga, ¿dónde está su papá? ¿Está durmiendo todavía? ¿Dónde está Homer?

—¿Homer? ¿Ese es el muchacho inválido? ¿Cómo, no estaba con usted en la pieza?

—¿Cree que se fué! —  
—Le miró compasivamente y movió la cabeza. Nadie habló de Homer. Nadie podría haber dicho una palabra que concordara con lo que pensaban.

—¿Sí —dijo Fred—. Parece que se fué. —Creeo que el papa se había ido, que era Rob, el hermano, quien salió. Tiene un trabajo los sábados. Creeo que debe haber sido antes. Un momento, mientras llamo abajo.

Salió y llamó. Luego volvió con la cara seria. Si Fred se había ido. El portero llamó un taxi. Pero, si Homer se fué, ¿cómo pudo —dijo Peggy—. Creeo que ya no podemos hacer nada. Y ahora, teniente Derry, ¿qué tal un desayuno?

—¿Usted lo ha dicho! —contestó Fred, olvidándose de la etiqueta, y se disculpó. Pero Peggy se rió al preguntarle qué le gustaría comer. Ella dijo que le fuera a servir un café. Se sentaron uno frente al otro, como chicos jugando a la casita.

Sirvió el desayuno: tocino tostado, jaleas, el café caliente, humedecido el vistoso gotero. Comieron y conversaron, o, mejor dicho, habló Derry. Ella lo hizo hablar. Intuía las cosas que a él le gustaba narrar. No le dijo:

—Usted está cansado y harto de la guerra, así que será mejor ni tocar el tema.

Ni le preguntó cómo se sintió cuando fué herido, ni cuántos aviones alemanes derribó (había volteado cuatro. Pensó que le gustaría contárselo, pero no lo hizo). Privilegiadas, le gustaba oírle reír, aunque no era una risa delicada. Pero de ella se desprendían una alegría y jovialidad inefables. Levantaba la puntiaguda barbilla y sus ojos se entreabraban. Sus rizos volcabanse en desorden sobre sus orejas. Reía.

—¿Está usted mucho nuevamente el asunto de las corbatas? —Oakley, por el tiempo en que el mayor Bryce hizo arrestar a Dris y a Spring, porque se habían arrastrado detrás de una huella situada más allá de sus puestos y se quedaron demasiado tiempo afuera, y también porque regresaron muy alegres. El centinela los delató, dijo Oakley.

—¿Teniente Driscoll?

—¿Sí!

—¿Teniente Springtum?

—¿Sí.

—¡Bien! Aunque lo siento mucho, señores, están arrestados aquí mismo —o algo parecido; todo un discurso formal se echó el centinela.

Fred contó cosas acerca de la época en que estaba con los camiones e iban a bus-

car muchachos por el lado de Rushden. Había planeado una excursión y las damas que estaban a su cargo de la selección de las chicas se fijaban mucho en lo que a moral se refería. ¡Si hubieran tasado su belleza! Las jóvenes aguardaban con los acompañantes. Pero todos los camiones se detenían en el centro de la ciudad, en un lugar preciso... Bajaban las compuertas traseras y ellos descendían y hacían sus proposiciones a las chicas que estaban en la calle.

—¿Eh, chicas! ¿Quiéren bailar? ¿Quiéren ir a una excursión? Escuchen, chicas. —En Baddington? ¡Oh, Dios, no! El 3-0-5 —en cinco minutos los camiones estaban llenos y volvían a Galveston.

—No nos gustaban esas chicas tomadas al azar —dijo Fred—. Todas tenían este aspecto —se veían anteojos imaginarios y mostró los dientes.

Peggy rió nuevamente.

Una vez que terminaron con el desayuno se sentaron y fumaron. El pequeño reloj, en la cocina, siguió marcando los minutos que se iban, y Derry aspiró. Su dolor de cabeza se desvaneció. Se sentó en el sofá y arrellanóse confortablemente, como en un ensueño, diciéndose:

—Esta no es una chica cualquiera, con la que se puede hablar continuamente". La vida muy satisficida de estar sentada y bebiendo su café. El calor del hogar era perfecto.

Cada uno sentía, lentamente, que la mutua frialdad se disipaba. Ella pensó: —Me gusta su cara y su modo de sonreír... Seguramente ha visto muchas cosas, ha sido herido muchas veces y zarreado por esos viejos bombarderos.

—¿Bombardeado, helado, impulsado y congelado. Tiene una fiera madurez. Su lenguaje es ordinario, pero su humor no. En alguna parte ha sufrido un cambio y quisiera saber dónde. ¿Qué edad tendrá? ¿Será casado? Es raro. No trata de cortejar ni de adular. Quisiera saber... Francamente, me muy simpático.

Tal vez usted habrá pensado por qué no llevo uniforme —preguntó ella.

—¡Al diablo! —replicó él, inmediatamente—. Me gustan más las chicas con sus vestidos que con los uniformes!

—¿Sí, a la mayoría de los hombres les sucede lo mismo —contestó Peggy—. Pero es una guerra total. Las mujeres debieran marchar igual que los hombres. Critiqué al presidente por eso; creo que debiera haber hecho aprobar en el Congreso una ley de conscripción obligatoria para todos, incluso en la industria.

—Mire —dijo Derry—. Yo no creo eso.

—No importa, igual lo intenté cuando tuve la edad necesaria y, francamente, en todas partes me rechazaron. En todos los Servicios Auxiliares donde me presenté, no pude pasar de auxiliar cultura.

Ella indicó sus oídos.

—¿Cómo peor! —perforado! No sabemos cómo ocurrió. ¿No es terrible? Puedo oír como cualquiera, no siento la menor sordera y sin embargo no consigo enlarmear... Y así, cuando pasan los años y me rodeen mis nietos, preguntándome acerca de la guerra, sólo les podré decir cómo había yo. Huiré a Hungría, mal las planillas, y los síncope que sufría Mrs. Everleigh cuando había mucho movimiento en la sala de la Cruz Roja.

Apareció "McDuff", que entonces terminaba su sueño, olfateando la grasa, las tostadas y la jalea. Se paró en dos patas, y pidió y ladró al ver que Fred se movía. Él se levantó, se disculpó y se fue. —¿Se preguntase con unos trozos muy grandes, mientras Peggy le decía a Fred que no le diera nada más. Y Fred le respondía:

—Sólo otro pedazo; ¡no ve que está hambriento! Sólo uno más. ¡Caramba! ¡Qué lindo es! ¿Dónde lo encuentro? Parece campeón de raza — Fred no sabía distinguir entre un campeón y cualquier perro vagabundo, pero creía que "McDuff" lo era.

—¡Seguro! Su sangre es azul como la tinta... Déjeme contar — y contó sus dedos —. ¡Catorce campeones en cuatro generaciones! Sin embargo, nunca los hemos llevado a ninguna exposición. No sé a qué clases de personas pertenecen, pero no gustan los perros. Creo que "McDuff" le costó un dineral a papá. Pero "Wiggles", el que tuvimos antes, es un perro perdido, no nos costó un centavo. Nos gustan los perros, nada más.

Fred escuchaba, mientras ella jaleaba la barra de la cocina, y se movía, y sus encantos y como murió aplastado por un camión. Pero durante todo ese tiempo sólo pensaba y lo trastornaban esas palabras:

"Todo un dineral... por un perro..."

Los perros de Fred siempre habían sido "Wiggles", dos esos que nadie sabe nada de. "McDuff" sólo se exponía perros; tal vez fuera así. Pero igual pensaba en rientes familias, expuestas sin formalidad en fotografías de doble página. Años atrás acostumbraba a leer esas revistas. En sesiones secretas y llenas de odio. Fascinado y ensombrecido, aborreciendo cada palabra acerca de "Wiggles" y sus encantos y como murió aplastado por un camión. Pero durante todo ese tiempo sólo pensaba y lo trastornaban esas palabras:

—Así pensaba ahora, con un duro y amargo complejo de inutilidad que lo sublevaba, y que hacía subir el agrio sabor de la hiel a su garganta:

—¿Veznos, ¿qué es esto? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo podría esperar mantenerla? Tengo poco dinero y estoy en el colegio. ¿Se habrá dado, a no ser como ella la mira donde corresponde. ¿Y qué necesitarán bombardear en Boone? ¿Quién me pagará por hacer eso? ¿Qué hay de la farmacia y de las bananas partidas, Derry? ¿Cuánto le pagará ahora Bullard's?

Todas esas minucias que parecen formar parte de la vida y que una vez se afianza a ellas: los pequeños lujos, los taxis, las cenas para dos, los tragos en cualquier bar que se encuentre al pasar. La ropa y los zapatos a medida. La paga de vuelo que ya no obtendrá, y la asignación de ultramar que ya no existe. El sueldo básico que ya no es duro. Eras dependiente de una farmacia y de un fabricante de zapatos. ¿Cómo podía usted, debes sentir nuevamente, de manera que, ¿a qué viene todo esto?

—Esta chica tiene todas las cosas agradables de la vida y siempre las tuvo; no sabe lo que es formar fila con un plato en la mano (exceptuados los días de excursión). Ni quisiera compra sus cosas, sus muebles, sus platos y sus cosas, los pequeños zapatos, las cintas de su cabello) en las tiendas; va a los negocios de Chicago, y no sabe hacer nada que vaya más lejos de este desayuno, cuando viene alguien. No está supeditada a nadie ni tiene a quién atender, sino que todo es lindo y agradable y ella puede estar mucho.

—Siempre ha costado mucho costar. —"Caramba, es linda; creo que no la he visto bajo ese aspecto. No sé cómo son sus piernas, ni aun ahora, pues está mesa las oculta. Pero, por lo que sé, me agrada su voz, sus ojos y su risa. Me encantan las cosas que dice. ¡Qué diablo! Apenas venga una de esas chicas elegantes, distinguidas, de colegio, o alguno con quien haya bailado en su club; apenas aparezca queda descartado Fred Derry. Si, realmente desalojado — pensaba rápidamente —; ¡imagínese si ella se en-

contrara con Hortensia. ¿Si supiera lo de María? Bueno, creo que no tengo nada que hacer, así que tal un trago!"

—Bien, tengo que hacer y debo irme. —Esperé a papá — exclamó Peggy—. Ustedes se divertieron juntos anoche. Creo que no lo le agradaría que se vaya.

Derry sonrió. Esforzose en sonreír. —Me gustaría quedarme — dijo —, pero tengo mucho que hacer. Tengo que irme, querida. Ustedes dos chicos que han sido... Lo aprecio mucho y se lo agradezco nuevamente.

Lo acompañó al vestíbulo. Encontraron su gorra. Se abotonó la chaqueta. Ella vio sus condecoraciones.

—¿Quieres que me contara. ¿Tal vez lo haga algún día?

Había un tono de importancia en su pregunta.

—Tal vez — repuso Derry —. ¡Muchas gracias!

Sabía que lo creía rudo y de pronto brusco. Sin una razón realmente valedera... Pero aun así tenía que irse. Ella no representaba nada para él. Ni él para ella.

## XXV

Al Stephenson probóse un traje, el que mejor le sentaba; Milly había regalado muchos de sus cosas, pero guardaba varios de sus viejos trajes, todos bien capilados y planchados, que allí esperaban al dueño.

Se probó uno y otro; el de paño escocés de lana. Pero siempre pasaba lo mismo; su cuerpo había cambiado, como su alma. Peñaba casi doscientas libras cuando se fue, y ahora sólo ciento ochenta. Lasaderas estaban flacas, su estómago había desaparecido, y sobraba el espacio que ahora necesitaba en los hombros, lo que antes nunca había sucedido.

Con un dolor de cabeza que oprimía el cerebro pensó que su alma había sufrido un gran cambio, pero no podía medirlo, pues no conocía su peso.

El traje rayado, el azul y el escocés de paño, tendrían que ser reformados antes de que pudiera usarlos nuevamente. —¡Pues venga en uniforme!, dijo L. D. M. (igual que Lou Latham.) Y Milly lo miraba.

—Estás haciendo unas muecas — comentó —. Ciertamente, no estarás avergonzado de tu uniforme.

—Bien sabes — le contestó Al — que no estoy avergonzado. En cuanto a mi camisa, tiene esa forma porque tengo culebras en el cerebro. El bromuro no las eliminó todas, y no me importó mucho. Usaré ese traje de franja. Ya vamos.

Volvió a vestirse; el traje le quedaba holgado por delante y no le permitía el movimiento de los brazos.

—Usaré una camisa y una corbata — agregó Milly.

Probó los zapatos que habían estado tanto tiempo con la horma perfecta. Le quedarían bien, aunque al principio le parecían algo duros y estrechos.

Este mundo tan querido, el mundo de Boone City mostrábase al principio muy aspero y tirante; era mejor que lo abandonara tan pronto como pudiese.

—¿Mamá — ¡Hoy Peggy desde el vestíbulo —. ¿Quién será este hombre? ¿La perfecta figura de un tercer vicepresidente?

Al se paró delante del espejo, fascinado por la extraña imagen que reproducía el cristal. Milly se reía ruidosamente. Creía que era alguna forma era ventajoso que se hubiera quitado el uniforme tan pronto. Este gesto tan abierto quizá tenía algún significado que lo de Butch era una cosa pasa-

jera. Era el mismo penoso camino que tendrían que seguir Homer, si alguna vez llegaba a curarse. Ella dijo que era el mejor hombre de civil que jamás se hubiera divertido con ella en la cama, en seis meses o aun más.

—Sobre tu cama — dijo Al, y la acarició...

—Mira, padre — exclamó Peggy—. Anú-

## CIENTIFICO ESPIRITUAL



Obras dentro del máximo rigor científico, redactadas en lenguaje claro y práctico por los doctores A. AUSTAGLIS, P. MANTEGAZZA, M. BARILLARI, etc. Nervios sexuals. Terapéutica para la cura de los síntomas nerviosos. Educación del alma. El pensamiento, la voluntad y la emoción.

Conoce su alma. Autorretrato de los almas inquietas. Comportamiento sexual. Cómo mantener la vida individual. Las fuerzas cósmicas del espíritu. Persuasión, fe, sugestión, onirismo mental.

Moral biológica. Qué es la naturaleza humana. El libro de los sentimientos. Cómo llegar a la conclusión que la vida merece ser vivida.

Perfiles de locos. Tragedias de la persona humana. La salud de los nervios. Debe ser guiado inteligentemente para lograr la cura final.

Pequeños males. Una contribución para que los hombres procuren emendar muchos de sus errores. Aspecto espiritual. Mejoramiento integral de la personalidad.

Ensayos de filosofía biológica. Nutrición y reproducción en orden de la especie. Gimnasia de la voluntad. Educación psíquica y psicológica.

Caracteres humanos. Estudio del carácter. Paso de conciencia. Filosofía de los colores. Debilidad nerviosa. Nociones para combatir los psico-nervios.

Consejos prácticos a los nerviosos. El mal de la vida. Método para conquistar la felicidad. Pensar, sentir y actuar. Verdadero "arte de vivir".

Perifoneo risado. La vida y sucesos graves de la existencia.

El sexo de la mujer. Cómo llegar a una edad avanzada con la plenitud de la vida. El envejecimiento y forma de prolongar la existencia.

Estudios sobre la naturaleza humana. Los gérmenes en el desarrollo de la vida.

De los deberes de los hombres. Deberes que impone la vida.

¿Qué es la mente sana? Cómo juzgar los atributos de la salud.

Meditaciones sobre la felicidad. Normas para aumentar el poder y disminuir los deseos a fin de alcanzar la felicidad.

Tratado de la vida sobria y otros discursos. Por qué la educación normal de la vida del hombre es de cinco años.

Filosofía de la longevidad. Una clara respuesta a los interrogantes formulados en torno del enigma anárquico de la vida.

Conflictos de la vida. La psicología al servicio de la vida.

La vengencia disimulada. Veinte capítulos de psicología práctica.

PRECIO: \$ 5 cada tomo.

INTERIOR: REMITIMOS CONTRA REMBOLSO O CÍRCULO CAPITAL: ATENDEMOS PEDIDOS TELEFÓNICOS.

**Instituto "NOVEDADES"**

Av. de Mayo 301 - Bs. As. - T. 37-1195

Sinóvalle remite contra reembolso el talón siguiente.

Nota: Pasa una línea con tinta debajo del o los títulos que desee.

NOMBRE.....

DIRECCIÓN.....

PUEBLO..... F. C.....

rate, son casi las doce; ¿o no lo sabías? Me parece que todos te están esperando.

Vamos, yo te llevaré; es tarde para que vayas a la Cruz Roja. Pero, ¿dónde está tu destino?

—¿Cuál destino?

—Tu destino, el que significa "hono-

rable desmoralización".

Lo miró por un instante, sopesando desindefinidamente el pedazo de metal dentro del hueco de su mano.

—¡Oh, diablitos! — dijo él, y colocó el distintivo en un cajón.

No conseguía explicarse muy bien y de la manera que hubiera querido. No podía decir que había visto docenas de estas cosas desde que llegara de vuelta. Claro que no era una vergüenza — no existía hombre que pudiera estar avergonzado de tal cosa — que hubiera cumplido su misión de la mejor manera que le fue posible hacerlo. También el pequeño camarero de Omaha, que esperaba ir a matar japoneses, que creía poder matar...

Hasta los actores de los estudios en Long Island, los policías que hacían las rondas en los alrededores de las estaciones de ferrocarril; hasta los doctores, cansados de Sawtelle, y hasta los hombres que dirigían la guerra desde Washington.

Los laboriosos ingenieros de Tennessee. Los conductores de camiones de basura. Los muchachos de transporte, los de los tractores, los de la estibografía.

Los rabinos y los sacerdotes.

Los hombres del campo de prueba de Aberdeen y los sirvientes de la guerra que pasan inadvertidos en su labor.

Y la gente que atregia cloacas en el país.

No era vergüenza lo que sentía: no podía llamarlo así, sólo era un necio desganado para aceptar una marca extraña y dejar que le quemara el alma; para que un imbécil sonriente, que había luchado para no luchar en la guerra y por mantenerse fuera de ella mientras él estuvo adentro, lo palmoteara en la espalda y lo llamara "amigo" y se llamara a sí mismo veterano.

Desaba una marca de la cual pudiera estar orgulloso, tal vez un emblema sobre sus ropas de civil (una insignia del regimiento, quizá), un emblema que gritara a todos que había estado en contacto con la muerte y que había amamantado en su viscoso seno. Hasta que huesudos brazos lo soltaran y le permitieran levantarse, liberarse del terrible amor que se habían profesado.

—Conozco algunos individuos — dijo a Milly —. En el centro de licenciamiento...

Bien, dijeron que no les portaba un comito. Tomaron los distintivos, un dólar preciso, y luego los arrojaron en su escritorio. No quiero hacer eso, Pero tampoco quiero usarlo. Es raro. Creí que lo haría.

Dándose vuelta rápidamente para mirarla, pues ella no había dicho una palabra, la encontró de pie al lado de la cómoda. Tenía las manos en las manos: su estuche de joyas. Tenía algo.

—No sé — comenzó ella — cómo se hace; ven aquí, querido. Nunca he condecorado a nadie.

—¿Me vas a besar?

Le colocó bien a la vista la cinta de la Estrella de la Vida, en la solapa del saco, del lado izquierdo. Donde debiera estar si tuviera el uniforme.

—Me parece recordar — dijo —, en Inglaterra. Mucho antes de la guerra. Y tú también recordaras, tal vez todavía lo hacen. Pero todos los hombres, todos, solían usar las cintas de sus condecoraciones en la otra guerra. Algunas veces en miniatura, otras veces de este tamaño.

Ella besó la cinta colocada en el saco. Él, de pie, le besó el cabello.

—¡Vamos! — le gritó Peggy, desde el vestíbulo

## XXVI

Cuando llegaron ya habían cerrado las



puertas del banco. Las cortinas estaban bajadas, todas en blanco, a través de los vidrios. El reloj marcaba las doce y siete cuando Stephenson golpeó contra el cristal. Volvió a llamar. Esperó y entonces volvió fuertemente en la puerta. Al fin el guardián apareció y apartó la cortina. Sonrió con el ceño fruncido, meneó la cabeza e hizo señas a Al para que siguiera su camino.

Era el tipo de hombre que se casaba de quien acostumbraba quedarse, enfundado en su uniforme, al lado del escritorio del veintidós. Así lo había hecho durante muchos años.

Llamó nuevamente. El guardián volvió con enojo y abrió la puerta.

—¡Sí, señor! ¿Señor! — dijo Al. El guardián lanzó una exclamación y le permitió pasar.

—¡Lamento mucho, señor Stephenson; yo creía que usted vendría de uniforme. Soy nuevo aquí; tomé el lugar de Wade. Mi nombre es Jensen, señor.

El "señor" le sonó algo raro; no se llamaba "señor" a un sargento.

—Está bien, está bien. Pero, ¿qué le pasó a Wade?

—Se fue a la guerra y... Los empleados descubrieron a Al; aparecieron por detrás de los brillantes tabiques; se levantaron de sus escritorios y se acercaron; abandonaron las sillas tapizadas con cuero negro. Todos exclamaron: "¡Bueno, bueno!", se olvidaron de sus lapiceros y conversaciones telefónicas, y dejaron a sus secretarios mirando.

Prew, Wilson, Steese y el señor Mulendoff. Todos exclamaron:

—¡Bueno! ¡Bueno! Estoy contento de verlo, ¡Viva el conquistador!

Steese sonreía con la misma sonrisa que hubiera tenido si los Wachos lo ataran a una silla. Aparecían a su alrededor, canchando con sus frases de bienvenida e hicieron sus alegres discursos (ellos creían que realmente lo eran). Llamaban a Stephenson "viejo amigo".

Sentíase estupidamente contento por haberse denodado hasta que los clientes hubieran abandonado el banco. Algunos quedaban, sentados en algunas sillas, más allá de la separación intocable, del sitio vedado.

—Nos alegramos de que usted haya regresado — dijo Steese; y luego las terribles palabras que había ensayado desde el martes por la noche —, ¡felicitaciones, señor! Stephenson!

—Gracias, Will — contestó Al. Lo llamó por su nombre, esperando que Steese comprindiera la indirecta. No sucedió así; todavía se advertía en sus ojos, a través de sus anteojos, temor y tristeza.

Al pensó en la esposa de Steese — una inválida — y en la hija, algo menor que Percy, que veía con temor la vida.

Era una cara desconocida. No era Wamargado, a una edad avanzada, sin sangre en sus venas, que no conocía el canto del amor ni comprendía la risa y su significado; ni tampoco su existencia aquí, en Bozón. Trabajaba como un perro, encadenado como un esclavo. Un pequeño y nervioso esclavo atado por cadenas de papel que él mismo había forjado.

—Oh, ¿cuál es la alegría — pensó Al — que hay en un ascenso cuando yo sé que él tiene su alma enferma y la mía no revive?

Los otros guisaron a Al, hicieron una reorrida, y los demás los seguían. Por encima de su cabeza flameaba la gigantesca bandera del servicio. Al se detuvo y contó las estrellas: sólo llegó a cuarenta y seis; y dos eran de oro.

—¡Miren! — exclamó, mientras los otros señalaban a miss Mutzell, que deseaba ser presentada... ¡Miren! — repitió, e indicaba las estrellas de oro —, ¿Quién ha muerto?

—¿Por qué?, déjeme ver — dijo Milton.

—Primer lo de Wade.

—¿Wade, el viejo guardián?

—Sí, Wade. Se fue en el 43.

Al dijo:

—El no tenía que ir.

—Estaba descaído ir a luchar. Había hecho otros viajes (la Marina) en la primera guerra mundial. Sin embargo, no lo aceptaron. Finalmente logró entrar en los Guardacostas. Estaba a bordo, en algún puerto de la costa oeste; hubo una explosión. Wade fue muerto.

—¿Y quién es el otro?

Ellos sonrieron forzadamente; encogieron de hombros y mostraron el blanco de los ojos. Respondieron con desprecio:

—¿Recuerda a Johnny?

—¿Johnny?

—Sí.

—¿El pequeño mensajero? No era ciertamente un joven que prometiera mucho — añadió Milton.

En ese momento Al recordó:

—Johnny Dyke.

—Se escapó — dijo alguien.

—No tenía realmente la edad necesaria.

—El creía tenerla — aseguró Prew en tono solemne —. Un día lo encontré fumando en el cuerno. Le di un buen reto. Eso sucedió el viernes, y el sábado se fue.

—Pero, ¿qué muerte? — preguntó nuevamente Al.

—¡Oh, sí! Lo mataron en algún lugar del Pacífico Sur. A nosotros no nos avisaron. Leímos la noticia en "Courier y News".

—Creo que tenía la madre aquí, en la ciudad.

—No — dijo alguien —, una hermana.

Stephenson trató de averiguar más de Johnny Dyke; quiso saber cómo había muerto. Nuevamente preguntó:

—¿Estaba en el Ejército, en la Marina, de Desembarco o en las Fuerzas Navales?

Todos trataron de cambiar el tema de la conversación. No estaban orgullosos de Johnny Dyke. Contaba historias picarescas a las dactilógrafas.

Al dio una vuelta, y Milton lo llevó del brazo jurante un tiempo. Atravesaron las divisiones de vidrio.

—¿Encontrará personal mucho más bello que el que solíamos tener antes!

Una cajera se reía mostrando los dientes. No era bella... ¿Qué risa!

—Y está es la señorita O'Connor. Está empleada desde hace...; a ver, señorita O'Connor.

Diechocho meses — respondió —. Vine cuando se fue el señor Barlow.

Dejaron atrás las máquinas de contabilidad, los archivos y los libros de contabilidad, abiertos de par en par. Llegaron al tesoro y encontraron otros guardianes que esperaban las cajas que debían guardarse... las bolsas con dinero.

La sonrisa de satisfacción que no alcanzaba a ocultar muy bien la sospecha. ¡Tantas veces habían oído hablar de Al, aun aquellos que no le conocían la cara!

Milton tuvo que dejarlo, pues lo llamaban al teléfono. Otro tomó su lugar.

El señor Prew estaba siguiéndolo de cerca (un representante revado de su tercer puesto para avanzar un paso). Ya estaba planeando los importantes consejos que daría a Stephenson.

Prew no había creído que este procedimiento fuera aconsejable: habló en el directorio en contra de tal medida, pues es-

taba seguro de que Steese sería mucho mejor; pero habían rechazado su propuesta.

Prew era un metodista, un dirigente de la iglesia que se ocupaba de las colectas — caridad. En su pecho tenía la V. M. C. A.; y sus hijos lucharon en la guerra; eran semejantes a lechuzas. No tenían un trago, no habían cometido ningún pecado, aun el más leve; tan terriblemente puros, con sus caras regordetas.

Odiaban el vicio y veían su fantasmas en cada cosa que les interesaba. Amargados, honestos, cada uno de los Prew mantenía en su mente una imagen a la cual llamaban por el nombre de Dios y que se parecía de modo extraño al abuelo Prew.

Llegaron hasta donde estaba Lou Latham, gerente de la sección Hipotecas, Calvo, rubio y de cara sin expresión. Le había cambiado y el ejército no había dejado ninguna marca en él ni tampoco la guerra, en la cual había luchado con requisitos, estampillas y teléfonos. Era el "Bajo Ideal" de esos burócratas con las cuales los lejanos soldados soñaban, y a las que odiaban e insultaban obscenamente cuando pensaban en Washington.

Estrechó la diestra de Al, aun consciente de su cargo y de su jerarquía, pero muy prudentemente, sabiendo que la vida militar había terminado para él.

—Bueno, sargento Stephenson — dijo sonriendo, pero que no dejará —, que su ex mayor le estreche la diestra — bajo la vista. ¡Veo la cinta de la Estrella de Plata y lo censuraba "in mente" por cuanto Al vestía ropas de civil.

—Bueno; eso está muy lindo — comentó Lou —. Veo que lleva la cinta. Mis felicitaciones, Al.

Al asintió a sí mismo diciendo "gracias" con una voz que le pareció muy lejana.

Detrás de un escritorio, una joven sonriente, que lo conocía, balbuceó entusiasmada:

—¿Cuéntenos de la guerra!

## XXVII

"¡Sí, cuéntenos de la guerra — decía Stephenson desde lo más íntimo de su corazón —. No se pelea con dinero, aunque la gente cree que así es. No se pelea ni con grados ni con armas. No está hecha con cañones, ¡eso es mentira! Tiene sólo una triste consistencia. Está hecha de juventud, de muchachos frustrados, de grandes ojos, de pelo en pecho, o de cuerpos suaves como seda. Si aun quieren saber cómo se mueren, tampoco se hace con muchachos como éstos, sino del contenido de sus almas... De las visceras partes que nunca se ven cuando cualquier hombre se desnuda.

"Si debo contarles de la guerra les narraré como las arugas se inflan como una vejiga. Los pequeños pedacitos tirados en el suelo, como basura allí despararrada; alguno los levanta, toma una pala, si no está apurado usa las manos (levanta los pedazos de cosa agonizante marcados por el taco de alguno que los pisó). Los arroja lejos, muy lejos, en una zona o si no hace un hoyo con su mismo zapato y coloca la cosa adentro. Apisona la tierra que la cubre. Ese es el entierro de cualquier pedazo de aquel que murió destrozado por las bombas.

"La guerra está hecha de malolientes cuerpos destripados, una desagradable lasadura que se desmenuza G. se desmenuza.

"¡Sangre, sudor y lágrimas!

"Los cirujanos tienen un nombre para toda sustancia amarilla que deban llevar en su interior. Y nunca saben que está allí hasta que la ven gotear, acabiendo-

Y observan cómo sus cuerpos se convierten a medida que gotea.

Oh, llámenlo protoplasma, si es necesario, y nómbrenlo con las venas y clavículas! Y digan esas cosas y los entrarán los proyectiles, y comenzarán los efectos de las granadas al estallar.

Pero aun así no llegarán a identificar cada pobre, húmedo y lastimoso.

Pues esos restos marcaron el fin de la juventud, un simple rompecabezas que los mismos ángeles podrían recomponer.

«Eso es todo, ésta es la guerra. Yo juré cien veces, antes de venir al banco para ésta jira triunfal. Esa es la guerra. Ustedes me dijeron que debía contar. Pues se contó lo que es.»

## XXVIII

En el estado de espíritu en que se encontraba, Fred no podía aguantar la casa, la guerra, ni la oliente, miserable y cansada vida que llevaban. Ni el triste (a él le parecía) mirar de los de la clase media y baja, de corazones vacíos.

Ese fin de semana, Fred agasajó a su padre y a Hortensia. Los sacó a pasear el sábado.

Se preparaba para disipar el disgusto que su padre habría de tener cuando se enterara de que había estado en el Daniel Boone.

Según estaban las cosas, a su padre no parecía interesarle y Hortensia se sintió aliviada. Fred se lo vió en la cara. Y supo que siempre sería un extraño en su propia casa.

Su padre exclamó:

«El Daniel Boone? ¿Esto cuesta mucho? Cinco dólares la noche! —y no lo conté que había pagado ocho libras esterlinas por dos habitaciones en el Savoy. Solía jugar en el extranjero. No jugaba aquí. No le importaba mayormente. Si se estaba sin dinero en Boone, eso sí que le interesaba. El de Derby sabía que estaba en el bucarrota. Su rollo de billetes era cada vez más delgado. Así que, de acuerdo con lo que había resuelto anteriormente, cerró la puerta a todo pensamiento.»

Fueron a lo de Olson, en donde servían bistecs. Un lugar con techo de madera y gránitas manchadas en la pared. Con cuadros que mostraban escenas de caza. La imitación de un bar alemán e inglés al mismo tiempo.

Las ropas confeccionadas eran bastante buenas en Nueva York. Y Hortensia se puso un collar de perlas falsas. Se había lavado el cuello y pintado las uñas.

El padre de Fred Derby sentía orgullo y a la nueva ya estaba completamente borracho. Abandonaba la mesa a menudo, seguramente para ir al bar, que estaba en el cuarto interior, y apoyarse en el mostrador para contar a los desconocidos que su hijo había vuelto, señalando a Fred por encima de las mesas, y adjudicándole medallas que nunca había ganado.

Pat Derby se encontró con dos amigos del «Courier y News», e inmediatamente los trajo para presentarlos a Fred. Hortensia se divertía y chillaba festejando los chistes que contaban; eran cansadores, vulgares y pobres. Fred Derby preparó y contó algunos él también. Observó a los otros desternillarse de risa.

Mucho antes de las diez, su padre se durmió con las manos metidas dentro del helado.

«Será mejor que lleve a papá a casa —dijo la mujer.

«Yo iré, si necesitas ayuda —ofreció Fred.

«No hace falta. Puedo arreglarme sola. ¡Me parece que peso el doble!»

Fred los llevó a un taxi y los metió dentro. Pagó al chófer y le hizo señas para que se marchara.

Caminó una cuadra o dos, disfrutando la suave llovizna que caía. La cosa estaba hecha: ¡ya bienvenida!

Ese fin de semana, el sábado por la tarde, al fin de Cherry Hill con Milly. Se encontró con el inquilino. Conversó con él y cerró trato. Stephenson apreció que el dinero era la mejor palabra para todo hombre como éste. Le dijo que le enviaría el dinero del alquiler de abril, si el señor Buck se mudaba para mayo, antes que la quiniela.

Buck estaba de acuerdo. Pensó que tenía que volver al Este antes del verano. Les contó cómo la Midland Tin y Type se estaba reconvirtiendo para fabricar artículos civiles. Les ofreció un trago. Se

## LIBROS ÚTILES

¡GANE DINERO EN SU PROPIA CASA!... ESTOS LIBROS LE ENSEÑARÁN COMO:

RECETARIO PARA PEQUEÑAS INDUSTRIAS

Un manual para el pequeño industrial y también para estimular la iniciativa de aquellos que buscan una mejor orientación en la vida. El libro de 200 páginas, con infinidad de ideas prácticas. \$ 3.50

ELABORACION DE PRODUCTOS DE USO DOMESTICO

Una pequeña enciclopedia que explica cómo pueden elaborarse fácilmente y con gran economía, los productos de uso cotidiano en el hogar. El volumen de 180 págs., \$ 3.50

PEQUEÑAS FUENTES DE GRANDES IDEAS

Una verdadera sucesión de procedimientos caseros, basados en la experiencia de su autor, el profesor H. J. Corvetti, que proporcionarán al lector centenares de ideas para ganar dinero honestamente. El libro de 180 págs. \$ 3.50

OTROS LIBROS DE GRAN INTERES

Electricidad en el campo. \$ 6.—

Restauración de camiones adormidos. \$ 4.—

Secretos comerciales. \$ 4.—

Cómo escribir una carta. \$ 2.—

Ortografía para todos. \$ 2.50

Solicite catálogo general GRATIS al interior enviarnos contra reembolso.

## TECNICA POPULAR

LIMA 660

BUENOS AIRES

lo agradecerían, pero no aceptarían, pues preferían pasear por el jardín.

Caminaron bajo los rayos del sol poniente. La luz pasaba a través de las ramas mojadas que goteaban por la lluvia y pequeñas partes del sol reflejabanse en rojo, sobre la tierra mojada.

Un pajarrico hizo ruido en el agua. Se detuvieron ante una fila de robles. Miraron hacia atrás y vieron su propia casita blanca, con altas columnas en los pórticos. Al frente le hacía falta una buena pintura. Los arbustos estaban mal recortados. La pileta de nación, con restos de los hornos de ladrillo.

Lo vieron todo y amaban el lugar. La habían comprado cuando Peggy tenía cinco años. Y Rob no había conocido nunca otra casa que ésta. Pagaron muy poco por ella: los años de depresión... La casita abandonada; todavía quedaban un establo que se podría inexistente, y no tenía garaje. Y así, con los años, la fueron reconstruyendo poco a poco... Habían invertido miles de dólares, aquí y allá, cuando podían disponer del dinero necesario. Habían plantado y fertilizado ellos mismos un místico jardín jun-

to a los prados, y forjaron con buenos ladrillos rojos la joven vida dentro de la cimiento de la chimenea.

«Pero, ¿qué pasa?» preguntó Milly—. Aquí estaremos nuevamente. ¡Oh, querido! —y le retorció la solapa del saco.

En ese momento, al escuchó un ruido en el cercano monte. No tenía un M-1 en las manos; no podía hacer fuego si los enemigos lo seguían para matarlo; era marzo, pero los hombres que él había guiado... Sintió la transpiración, que apareció rápidamente, en el tafetate de su sombrero.

«Pero, ¿qué pasa?» preguntó Milly—. ¿Creeis que nos perseguían los osos? Ves; es el perro de los Sommersville. Los conoces, al. ¿Dick y el Bayard? Ves; es el perro. Yup, Yup, Yup —silbó al perro.

¡Oh, dulce serenidad de un hogar feliz! Con un enemigo detrás de cada árbol. Con ametralladoras amenazando antes de haber oído la sudeidad de su propia sala.

Pero su división había estado tanto tiempo en esos montes —dentro de esos montes que había dejado— y en la asustada campiña, en donde los esqueletos podrían marchar en columna con los brutos godos, que fueron los primeros invasores.

«Esta oscureciendo —dijo Milly.

Ese fin de semana Homer fue nuevamente a lo de Butch. El sábado y el domingo estuvo enfermo. Sus padres se alarmaron... discutiéron... El señor Wermels al... de Butch, cruzando la calle, allí lo esperó. Llegó a las cinco.

Y Wermels se levantó para encontrarse con él.

«Oiga usted —dijo el hombre, pesadamente—. Le pido que no le permita entrar a mi hijo en... Bueno, quiero decir... No quiero que Homer vaya allí a

Butch. Engle suspiró...

«Muy bien —contestó—; haré lo que pueda. Pero, señor Wermels, le voy a dar un consejo. Hay muchos otros lugares adonde puede ir a beber. Yo no voy a toda la bebida de la ciudad. (Únicamente la mejor!) Ese muchacho no la está pasando muy bien. Es bastante triste para él. Y se siente mejor cuando toma un trago. Si, puede usar un brazo y su pierna un poco mejor.

«Creo —dijo Wermels, mostrando fríamente el blanco de sus ojos— que he pasado sobre esto tanto como usted... ¡Dios mío! Es mi hijo, ¿no es así?

«Claro, es suyo —respondió Butch—. Hágame el favor, no se enoje. Yo solamente traté de ayudar al muchacho de la mejor manera que pude y traté de que no se lastimara ni se lastimara... ponía en el sofá de mi oficina. Lo dejaba dormir y luego lo llevaba a su casa, cuando cerraba el negocio.

El padre pestañeó y no pudo articular palabra. Los ojos húmedos y brillantes. Movió la boca, trató de hablar, meneó la cabeza y se retiró.

Engle lo observó cuando se iba y pensó:

«Me gustaría encontrarme con el que lanzó el torpedo... Sólo quisiera darle un golpe... El perro alemán...»

Engle. Müller. Rommerheim y Rach. Estos eran los de la sangre fría, los que llenaban el armazón de Butch Engle.

Ese fin de semana Fred Derby sentiose nuevamente en el Daniel Boone. Lo llamaban «Té danzante», los domingos por la tarde. No se podía comprar bebida (el milagro estaba hecho, el agua se conver-





alveto de tono manteniéndola fría y baja cada vez que me quiero abandonar y gritar contra la insensibilidad obsesiva. Mis compañeros! Los amigos que tuve. Ya no los considero más iguales. Ya no los creo del tipo de hombre que merece aprecio.

"A veces, durante estos primeros días, encuentro un ojo que se enfrenta con el mío. Una herramienta que rebaja y elimina las diferencias. Veo un semblante y oigo una palabra que siempre comprenderé. Si a los hombres les agrada y me dicen lo que necesitan, les haré una cesión..."

"La mujer inquieta. La matriarca. Tan preocupada por su fortuna... El pobre imbécil que cree saber las respuestas que dará. La amenaza de las mentes irritadas y la avarienta súplica. El bobalicon atemorizado que planea y no vende lo que yo quisiera poseer. De éstos me aparto y los rechazo."

"Y todo lo mío y los ojos vigilantes. Los espías ansiosos. Los murmuradores que aun no saben lo peligroso que soy. Ni aprecian el odio que sentirán por lo que yo represento, si tuvieran ocasión para ello."

"¡Oh, mostrador de mármol con los escritores detrás!"

"¡Oh, la gente sentada en ellos! ¡Oh, santo lugar!... Tan sagrado para hechos y pensamientos profanos. ¡Oh, elogio que cae sobre los egoístas! ¡Oh, alabanza que no caerá sobre mí! ¡Porque, en confuso desinterés, tengo en mi alma pensamientos inmensamente egoístas!"

"Y uno por uno se me evadirán, poniendo fin a todo esto. ¿Explotarán con todo su poder, para liberarme, dejándome errar nuevamente en el viento de mi salvaje libertad?"

## XXX

Fred Derry no tenía traje para ponerse. Una vez, al volver de licencia, se asombró mucho lo desarrollado que estaba, tanto de hombre como de hecho y de estatura, y regaló todas sus cosas. Ahora estaba más delgado que antes de partir, pero no tenía nada que ponerse con excepción de la tricotada universitaria, gruesas camisas, calcetines y pañuelos. También algunas corbatas favoritas...

"No caminaré por las calles de Boone City con corbata y con pañuelo!"

Fred debía tener un traje. Pensó en Londres y sus sastres con sus talleres trastornados y castigados por la guerra y los bombardeos, siempre reparados y reconstruidos nuevamente. Algunas cosas de modas, como sus vidrieras llenas de escombros en lugar del ostentoso lujo expuesto anteriormente. El confuso estrépito en Oxford Street y Bond. Las corbatas de los regimientos. Las pintorescas barbas. Las innumerables condecoraciones mezclándose asombrosamente. El verde y amarillo de los Fronterizos, casi igual al de los Territoriales.

Fred pensó en los sastres que había tenido alguna vez. Las voces cansadas y el casi intangible respeto. Y él te de las cuatro, preparado en los reservados donde uno se probaba los pantalones.

"No, el lunes no, señor! Lo siento. Pero tenemos mucho trabajo. ¡Digámosle el viernes! Estoy seguro de que para su próxima licencia lo encontrará listo. Pensó en los sastres de Boone City. No

conocía a ninguno. Compraba sus cosas en las casas de los altos.

"¡Suba diez escalones, y ahorre diez dólares!"

Existía una casa llamada Merman's. Supo que la gente de buena posición social hacía cortar sus ropas allí.

Sintió temor y timidez. Pensó en factarse: "Mire, esta ropa que tengo, el uniforme que llevo, ¡fué hecho para mí por sastres que los hacían para comodores de la R. A. F.!"

Y eso era tonto, pues en lo de Merman's no sabrían qué era un Comodoro del Aire.

El empleado tenía un aspecto pensativo. Llevaba una insignia indicando que había estado enrolado. Dejó de doblar corbatas y acercóse con una sonrisa conquistadora.

—Sí, sí, teniente, ¡qué podemos...?

—Un traje de civil, ¿dijo Fred.

—¿Tenemos sus medidas? ¿Lo hemos atendido ya en alguna otra oportunidad? —y gritó, con una risa de muchacha: —

### CURSOS RAPIDOS DE CONVERSACION INGLES O CUALQUIER IDIOMA

MILLONES DE PERSONAS  
HAN COMPROBADO LA EFICACIA  
DE NUESTRO FAMOSO METODO

## INSTITUTE LINGUAPHONE

SOLICITE PROSPECTOS - FLORIDA 205 R. S.



Quiero decir, ¿antes de la guerra?

Derry contestó:

—¡No!

Durante un buen rato estuvo observando las muestras, sin decidirse, eligiendo al fin un color marrón.

—Oh, magnífico, cruzado! —dijo el hombre—. ¿Qué le parece este tipo? —preguntó, señalando un maniquí. Luego vino el sastré y le tomaron las medidas.

Ahora, ¿qué tal saco sport de franela? Usted sabe que pronto hará calor.

—¡No! —contestó Derry.

Luego de esto el individuo pareció enfriarse cortésmente. Su sonrisa se esfumó. Habló acerca de un cheque, una pequeña suma.

Derry no podía extender ningún cheque. Tenía su dinero en efectivo; y no mucho, por cierto. Veamos. Recibiría cien dólares del gobierno en treinta días. ¿Otro cien un mes después, y eso será todo.

Pagó los cincuenta dólares que le pidieron. Convinieron fechas para las pruebas y salió. Pensó haber sido extravagante. Vió algunos trajes en sastrerías más modestas cuyo cartel gritaba: "37.90". Repetición. "No tienes empleo. Sólo un poco de dinero, y nada más. ¿A quién le importa si eres el mejor, o el mejor, para manipular los botones fijadores en todo el escuadrón? ¿Cuál es la escala unitiva para los bombardeos?"

Caminó lentamente y trató de observar cuáles eran las chicas más lindas de todo ese grupo atento a las luces de tránsito. Pensó en la del tapado verde era la más hermosa, pero no pudo mantener su mente fija en ella. Sabía que sus pasos lo llevarían hacia adelante, dos cuadros cor-

tas. A lo de Bullard's, que esperaba.

Derry no quería ir, pero no obstante encaminóse a la Sexta y Maple, por donde no había pasado desde que regresara a Boone. Y alguien debería haberle contado lo que encontraría. Nadie se lo dijo. Y lo vió, brillando ahora, en la noche, un fluctuando Impresia en pleno día. La luz blanca sofocante como un horno. Y abarcando todo el bajo frente, las letras que medían metro y medio:

### "THE MIDWAY DRUGS".

¡Caramba!, en el lejano pasado sólo se llamaba "Bullard's. Cuando Derry la conoció y limpiaba la escoria empapada de café, de su correspondiente recipiente. Y juntaba la basura. Y abría las cajas de cartón que contenían papel higiénico. Y aquí estaban las Midway Drugs.

Con sucursales de costa a costa. Y llamadas por otros nombres en el Oeste y el Este. Pero, no obstante, las etiquetas de las botellas que se agrupaban en las estanterías eran idénticas a las que se podrían hallar en San Francisco, Boston y Mobile.

En el primer momento Fred se asombró; luego lo consideró divertido. ¿Por qué no se lo dijo a nadie? Y bien. El no había preguntado. No había hablado del negocio ni se había llegado hasta el lugar durante la noche que había caminado y caminado esperando a su Maria. No había llegado tan lejos por el bajo de la ciudad. Pero aquí estaba. Y aquí estaba Bullard's, donde trabajaba antes. Las vidrieras cambiadas; la entrada lambien. Habían abierto otra puerta por el lado de la Sexta. Y una cantidad de juguetes y lámparas, de frascos y chucherías apilabanse en las vidrieras.

En el techo iluminado resonaban el ruido, la charla, el rumor de pies que se arrastraban y el estrépito de la fuente. Todo espacio sobrante era ocupado por baratijas. Habían levantado varias casitas tapizadas en rojo, brillantes, modernas, donde anteriormente no había nada. Fred observó a la gente que extendía los brazos hacia a su alrededor. Dirigió una mirada a su alrededor y vió a un hombre con gruesos anteojos. Un hombre que había perdido algo de cabello, pero que había ganado en peso, mientras Derry trabajaba con las miras y los botones sobre Oscherleben.

En el Bullard. Diez minutos después estaban sentados en una pequeña oficina situada detrás del laboratorio, donde los farmacéuticos trabajaban activamente. Fred oía el sonido del vidrio; las llamadas telefónicas; los pasos rápidos. Y Bullard fumaba un cigarrillo y suspiraba. Los lentos movimientos de las cosas a sus ojos.

—¡Sí, Freddy! Desde que fuiste. Vamos, hace ya veinte meses. Debes haber estado en Inglaterra en ese entonces... Siempre me atraerón los negocios propios. Me mantuve hasta lo último. Pero era difícil conseguir mercaderías. Pocas veces obtenía las cosas que más necesitaba. Era impotente y han sido muy callados. llercosos conmigo. Hice un arreglo. Creo que lo llamarías bueno. Y así estoy; soy el gerente. Y así fué. Tuvinos que cambiar. Y tú, hijo, si quisieras que cambiara. Apenas te reconocí. No te parecías a ningún uno de los muchachos que tenemos por aquí.

Golpeó con sus brillantes uñas las alas de Derry.



— ¡Grán cosa! — dijo —. Quisiera haber podido ir. Tú sabes, la última vez me pasé dieciséis meses en Cam Pike, Arkansas. Bien, y así estamos, ¿Qué te parecen las Midway Drugs?

— Tienen mucha mercadería — comentó Fredy el otro asintió.

— ¡Muchal! Claro que debe parecer poca cosa para un muchacho como tú, que has estado allá, volando y persiguiendo unos.

— Y siendo perseguido, a veces — agregó Jerry Derry. Sonrió, pero Mr. Bullard estaba serio e impasible, como si sólo se tratara de un negocio más.

El neón molestó la vista de Fred, cuando salió, pero había llegado a un acuerdo. Habíanse estrechado las manos. Todo estaba convenido. Tenía empleo, y era lo que deseaba, pero no podía seguir sin hacer nada. ¿Cuántos bombarderos necesitarían en Boone?

El puesto era suyo. Tenía que conformarse con un traje. Un traje oscuro, fueron las palabras de Bullard. Y por cierto que debía tener varios. ¿Y si llegaba a desgastarse los pantalones?

— ¡Oh, Dios! — Caminó por la Maple Street y sintió como nunca el afirmado bajo sus pies. Se metió entre la multitud, luchando con los peatones en las bocacalles. Y siguió caminando.

En un bñr. Entró y pidió una cerveza. Observó como se diluían las burbujas en su vaso. Comenzaría con cuarenta dólares, lo que era bastante generoso, según había dicho Bullard. Tenía probabilidades de llegar a subgerente en diez o veinte años. (¡Diosmíos!) En la consigna de su traje.

Un traje sencillo, según dijo Bullard). Sería vendedor. Cuarenta dólares por semana. Veamos: alrededor de ciento setenta por mes. Y cincuenta horas por semana. No, cincuenta y cuatro; seis días a nueve horas por día. Sería vendedor de las Midway Drugs. Gerente en un año, o en veinte años. Y siempre el neón fluctuando sobre las vidrieras. Y siempre el agua gaseosa burbujando. Y todas esas caras, caras...

Gente adentro y gente afuera. Tenía que obligarla a comprar. Tenía que procurar que todo marchara bien.

— ¿Tendrías responsabilidad — le había dicho Bullard —. ¡Tú sabes lo que es guiar a un grupo de hombres! Consigue el traje, te lo pones y ven a trabajar.

— ¿Cuántos bombarderos necesitaría Boone City?

La cerveza se había entibado en su vaso. La espuma había descendido, posándose como jabón en el fondo.

Fred Derry pagó y salió. Anduvo varias cuadras y luego regresó. Dirigióse donde debía hacerlo. Cruzó calles. Llegó a Merman's; allí había dejado los cincuenta dólares (trabajaría una semana. Serviría a las Midway's Drugs una semana y más para ganar otros cincuenta dólares).

— Lo siento — dijo Derry. La cara sonrojada volvíase de soslayo. Lo siento — repitió —, pero si fuera posible quisiera dejar sin efecto la hechura que acabo de encargár.

El individuo se inclinó y alzó las cejas. Irguióse y consultó al patrón. Ambos se volvieron. Estaban ofendidos y fastidiados. Le devolvieron los cincuenta dólares sin decir palabra. Derry los agradeció nuevamente.

— No es nada — dijeron.

De la misma manera pudieron haber dicho: "No vuelva nunca más por aquí, y váyase al lugar que le corresponde".

Y fué. En ese ambiente sabía que le correspondía. Subió a una tienda. Un viejo simpático le vendió un traje, de color azul.

Barato y ajustado, por sólo veintiséis dólares con noventa y cinco. El marrón le costó treinta y dos dólares...

Marcaron con las sujeciones en los puños y las mangas. Limpian el resto de tiza en sus brazos. Vestíose nuevamente con el uniforme. Le dijeron que tendría los trajes para el viernes por la tarde.

## XXXX

Cierto sábado, un muchacho llamado Homer estaba sentado en la gran hamaca de su patio. La madera era suave y pulida. En el asiento descansaba el nuevo almohadón. Colocó una almohada bajo su muslo, una vieja almohada hecha por Em, la tía segunda. Las pequeñas puntadas de seda color rojo y verde, hechas con sus viejas manos, marcaban los remiendos.

Homer amaba esa almohada. Recordaba cuando después de la cena se acostaba sobre el piso, la tomaba y colocaba bajo su cabeza... Su madre se cansaba de llamar.

— ¡Vamos, Homer, ¡vete a la cama! ¡Vamos, Homer querido! ¡No duermas sobre el piso! ¡Cuesta despertarte!

Pero, no obstante, volvía su cara hacia el otro lado y suspiraba con desgano y pereza al oírlo. Bostezaba tratando de dormirse nuevamente.

Tenían la almohada en el patio porque el forro ya estaba descolorido. Y porque había almohadones nuevos para la sala. La nueva y hermosa manta que confeccionó su madre para mantener su ánimo mientras él estaba en lejanos hospitales de pequeños dibujos y representaciones de flores, las solía sacar de las veces. Ella pensó que la necesitaría en el hospital. Pero no fué así. Le escribió que no se la enviara. Pero le gustaron sus colores desde el primer momento que la vió, al regresar a su casa.

Se metía continuamente. Ya le había la cabeza. Había comido algo, sopa casera de tomates y la ensalada de coles que pidió; pollo con crema, y dulces.

La tía Sade dijo agratamente:

— Bueno, ya has comido demasiado, muchacho, para uno que está deshecho.

Y la señora Wermels murmuró algo entre dientes y movió la cabeza, dirigiéndose a la tía Sade, quien nunca en su vida había probado una bebida, y que se mantenía tan distante y pura con respecto a los hombres como para pedir un trago.

Pero Homer no estaba loco. Simplemente sonrió con una mueca que mostraba más diencia que cuando sonreía normalmente. Y a cada palabra entreabraba los ojos; le dijo a su tía que el beber le abría el apetito. Tomaría un poquito más.

Ella hizo un gesto de profundo disgusto, y le repitió minutos después, cuando él, con su vacilante, tenedor, le había traído la crema al pollo sobre el mantelito.

— ¿Yes? — dijo la tía, con regocijo —. ¡Te dije que no era bueno para tí! Todas las bebidas son veneno. Creo que los médicos lo saben.

— Sade — rogó la madre débilmente, y Luella tosía. El padre no estaba. Nunca almohadaba en casa. Homer sólo tenía al tío no sabía! Dime, ¡tuviste alguna vez una cita? — luego rió. Su forma de reír no era agradable y sólo podía entenderse la mitad de sus palabras.

Con el cuerpo erguido, la tía dirigióse a la librería situada a cinco cuadras. Allí mantenía soliloquios con los libros infantiles.

Homer fumó varios cigarrillos. Observó la calle. Vio algunos chicos en sus bicicletas.

Recordó cuando él andaba con las piernas bien estiradas, en su vieja bicicleta, por el camino sombreado que terminaba

al oeste del Grand, en las colinas. Y los valles soleados donde la primavera se trabajaba todo su sudor. Carpa antigua, mochila en sus espaldas y llevaba el sombrero inclinado sobre la frente. Atumbraba salir con otros muchachos, una vez tuvo un accidente. Se acercó demasiado, un camión dobló y Homer... (el camión sólo había rotó la rueda delantera. El arco de su rueda delantera, recordó lo que costó repararla).

Habia pedaleado y pedaleado, con viento zumbando en sus oídos.

Y ahora aparecieron varios muchachos en el terreno trillado que estaba al lado de la casa de los Engle. Un lote verde donde antes existía una granja, y ahora, ahora, una distracción de los chicos. Un lugar para jugar, del tipo alegre que siempre se encontraba en, esas vecindades. Había marcas para jugar a la pelota. Si se buscara se encontrarían, perdidas entre el pasto, algunas bolitas de vidrio y juguetes, abandonados hace tiempo, ya, oscuras, recibiendo por el óxido.

Los chicos se prepararon para iniciar el partido. Disputaron la elección de los lugares. Los había de todas las edades, desde cinco a quince años: una escuela completa. Los pequeños jugaban entre ellos cuando eran desdichados por los mayores. Gritaban y luchaban.

La gente conversaba de jardín a jardín y los pájaros perseguíanse entre los árboles; los perros ladraban o gemían, olisqueando las piernas de sus compañeros queridos.

Homer observaba desde su hamaca y fumaba. Oyó el ruido de cadenas sobre su cabeza. Las gruesas y corroidas cadenas. El eco del hogar en cada chirrido. Por un momento cerró los ojos y pensó en las literas. En los millones de hombres que dormían de noche en sus estrechos camarotes de a bordo.

Pensó en las máquinas y en el estampido de los cañones. El zumbido de los hidroaviones en el espacio. Grandes Catalinas que patrullaban al amanecer. Trató de pensar como ressonaban... No podía. Oyó la cadena. Chirriaba contra el gancho.

Al fin, una pelota cruzó la calle y saltó sobre los escalones de cemento. Un muchacho acercóse para levantarla (un chico en la edad de los scouts, en overalls, con zapatos de tenis y camisa de polo).

Miró a Homer. Vió los listones sobre su pecho.

— ¡Caramba! — exclamó —. ¡Usted sí que ha visto mucho, señor!

Homer sonrió y dijo un par de palabras. El chico acercóse más. Subió los escalones. Y vinieron otros, y también los perros.

Se tardó esperó mientras hablaban. Preguntaron si Homer había estado en Francia. En Africa. En las Salomón. Preguntaron acerca de las Filipinas, de Pearl Harbour y de los submarinos.

No tenía mucho que contar.

Trató de hacerlo. A veces, ya hacía mucho tiempo, había soñado que su vida regresaba con un héroe; pronunciar un discurso en el colegio.

La señorita Emerson diría: "Y somos muy afortunados de tener en nuestra clase a alguien que sirvió a su patria en mares extraños. ¡Ruego a Homer Wermels que hable a la clase!" Y hablaría y hablaría (eso fué lo que pensó). Y los veía observarlo con admiración. Contaría algunos chistes. Cosas verdaderas y adecuadas para ser contadas a muchachos. Oíría las exclamaciones de las chicas y sus murmullos. Y siempre a William... con su cara rubia y los grandes ojos verdes que lo observaban con

almenne lealtad, con su distintivo de la Armada en el pecho.

No les diría que era fuerte. No atemorizaría a Wilma. No, no. No contaría la historia que hizo con los otros. Pero narraría la clase de guerra que debían oír y no se temeraría a sí mismo en el relato.

Un tanto y simple sueño... Tal vez hablé en la escuela dominical y también a los scouts. Y llevaría a bailar a Wilma al casino militar, o a gimnasio de la universidad. Los chicos de la colección de grados, él la esperaba... De algún modo llevaría puesto su uniforme, con sus elegantes pantalones azules. La esperaba con ansiedad. Y ella llegaría mostrando un semblante el inescrutable misterio de la Gran Noche. Un beso en los labios para él. Y su pecho latiendo contra el suyo. Porque cuando ella se recibiera, ¡ah, entonces con seguridad sería mayor y podrían comprometerse!

Estos eran sus sueños. Y los recordaba firmemente de tiempo en tiempo. Como un dulce. Como un calmante para el agudo dolor que un hombre debe sentir a diez mil millas de distancia del hogar.

No los había apartado conscientemente, sino que a último momento los recordó. Y helo aquí, relatando las situaciones de peligro a los muchachos:

—No habíamos embarcado los tanques en Liverpool. El capitán dijo: "Perderemos el convoy si así lo hacemos!" Y todos respondieron: "¡Partamos!"

Habló de los "Junkers 88". Nuevamente estaban sobre cubierta. Y se agachaban detrás del cañón antiaéreo, disparando los proyectiles de veinte milímetros hacia su fatal destino.

—Derribamos algunos — dijo, sin mayor entusiasmo —. Los "88" son un blanco difícil.

Pero aun, y no obstante explicar cómo disparara los cañones, no obstante delinear el azul-gris de los mares salvajes, a pesar de todo lo que dijo, advirtió que su auditorio se alejaba. No podía comprender por qué se retiraba. Cuando chico siempre le había gustado estar, de pie o sentado, escuchando a un soldado que contaba cosas de la guerra. Oír a un marinero hablarle acerca de sus heridas. Había estado contento en sumo grado e inclusive hubiera pedido recuerdos.

Pero todo lo que oyó fueron murmullos a su alrededor.

—Eh, Chuck, ven! ¡Vamos, Ray! ¡Vamos a terminar el partido!

Se fueron los chicos, y cayó en ellos los perros. Cruzaron la calle en procesión, ocuparon el terreno nuevamente y volvieron a escucharse sus voces, una vez que se creyeron a suficiente distancia. Sus palabras resonaron con suficiente claridad. No tuvieron el propósito de que él las oyera. Porque en su primaria educación comprendían lo que era la caridad humana, sin considerar el castigo moral infligido por los años.

—Eh, escuchen, no pude entender una palabra de lo que él está diciendo!

Bueno, yo entendí algo!

—¡Caramba; para mí que hablaba en chino!

—¡Creo que está herido en la boca!

—¡No, en la pierna; yo lo he visto caer!

—Mi hermana dijo que en el brazo! Y la señora Jacobson dijo que siempre vuel-

ca los alimentos sobre la mesa, cuando come.

Lo oyó todo.

Oyó las imprecaciones y los lamentos. Oyó esto todo despliegue la ruina de su vida. No deseaban que él los oyera. Un scout es amable, un scout es cortés. Los pequeños serían amables cuando fueran scouts. Pero igual los oyó.

Y los odió.

Odiaba las manchas que explotaban como pedruzcos blancos ante sus ojos. Odiaba toda la fragancia de la primavera. Odiaba los días en que las ranas croaban en los pantanos, cuando el almuerzo era rico sobre cualquier soleada colina.

Era rápido como un gato, en otras primavera, no hacía mucho tiempo ciertamente. Con sus ágiles piernas pedaleaba como el viento a través de la plateada franja del tiempo. Tenía más rapidez y resolución que el zorro.

Pedaleaba. Volaba. Y se escapaba. Jugaba al pastor con los mismos chicos con quienes había jugado en el pasado. Con niños que podrían llenar sus sueños. Pero Homer corría con más entusiasmo que ellos. Ganaba todas las carreras que corría.

**OPTICA - Ejecución esmerada y exacta de recetas de los Sres. Médicos Oculistas**

**RADIO - Modernos receptores, combinados y tocadiscos**

**FOTO - Toda clase de artículos fotográficos y trabajos de revelación, copia y ampliación.**

SECCIONES CINE Y ACCESORIOS MEDICOS

**Chopardier**

PUEYREDON 337 Bs. As. S. R. L. Cdp. 5 120.000 T. A. 47 - 3662

¡Oh, flecha sibilante!

¡Oh, tenso arco!

Y otra vez como una exhalación contra el árbol (y Homer Wermels repasaba todo esto en su alocado e hipnótico embrujo).

¡Oh, mariposa aleitando sobre la guirnalda de bodas!

Y la pollita asaltando las flores en la oscuridad!

Superaría a las mismas pulgas si pudiera liberarse de esas ataduras que lo ligaban.

—"Traumatismo!" dijeron los doctores al consultar las placas.

—¡Hemp! ¡Hemp!

Y al dar por finalizado el caso no pensaron que el supo derrotar a chicos más ágiles, con la rapidez del gorrión. A las escondidas. O a cualquier otro juego que jugara...

El columpio crujía durante toda la tarde. Y Homer fumó más cigarrillos, encendiendo innumerables fósforos. Y casi prendió fuego al muelle asiento.

Enfrente, en el terreno baldío, los muchachos palmeaban con fuerza, cobrando prendas en uno de sus juegos.

Y Homer esperaba la visita de una chica. De la de Jacobson, su vecino de al lado.

Pero no vino.

Y Homer la odió. Como odió a todos los chicos que corrían; comenzó también a odiar a Luella, quien, en ese momento, inclinándose en la esquina, comprándole un helado.

—No lo quiero, hermana — dijo, arrojando airado el plato.

Luella lo reconvinó con desaliento. Y se fué. ¡Ella solo quería alegrarlo y él no tenía por qué tratarla de ese modo!

En los vibrantes panoramas del pasado, él corría como un gano, sin que nada lo trabara. ¡Volaba!

XXXII

Fred Derry no tenía alma de mercader, ni vista de tendero, ni mano de vendedor. Tenso, nervioso, inmanejado, rondaba por los ruidosos pasillos tratando a viva fuerza de mantener una pomposa sonrisa.

Con una expresión digna de su carga trabajaba de diez a catorce, y luego cinco horas más, todos los días, exceptuando los feriados. Después de eso, el gerente, que gozaba haciendo sentir su autoridad sobre un militar (el señor Luce no había estado en la guerra, según parecía, deleitándose mostrando su poder sobre el oficial).

Tres días debían caminar desde las quince hasta las veinte, y los otros tres de siete a doce; hacer funcionar cajas registradoras; cuidar de que los dependientes tuvieran limpio el mostrador y poner en orden las capas de "Kotex" que se hubieran caído. Amonestando con su sola presencia a alguna camarera que se retía ríndamente, riéndose con su silencio, él también hacía sentir su autoridad.

Bullard le dijo que lo hiciera así, puesto que estaba acostumbrado a hacerlo.

Fred Derry recibía los níqueles que le obsequiaban. Encaminaba a la clientela más allá de donde estaban los carpinteros construyendo las nuevas instalaciones del negocio.

Abría las puertas para que pasaran las señoras que iban

cargadas con sus paquetes, cuando el extraño ojo mágico no las veía como arte de magia debido a algún defecto en la maquinaria. Y llamaba a los obreros que entendían ese raro e intrincado mecanismo para que lo arreglaran.

Espiaba a la nueva vendedora de cigarrillos y, oficioso, acudía a calmar a algún cliente que se sentía ofendido por una mala interpretación, o a la pequeña tontería que llegaba pidiendo con voz asustada que le despacharan una receta para el ergotismo. La llevaba ante el señor Dagget y recomendaba atenderla primero, pues se trataba de un caso urgente.

Miraba, atisbaba y concentrábase. Vendía aspirina, agar, Bi-sedol y los demás productos, cuando los dependientes estaban ocupados.

Pero él no era dependiente, sino un semi-idiota que caminaba sobre pies de goma y a quien odiaban todos los empleados.

Treinta y siete dólares por semana, era el máximo de sueldo fijado por el sindicato para un principiante en un empleo de esa categoría. Bullard vióse obligado a no cumplir con su palabra, y prometió a Fred los cuarenta dólares para después que cumpliera el período de prueba de cuarenta días.

En las oficinas, Fred observaba cómo



se preparaban las notas en fórmulas cuadruplicadas: una para el registro nacional, otra para el regional, la tercera para el distrito y la cuarta para el archivo de la casa (había que conocer todas las regulaciones para poder desempeñar un cargo, que fuese lucrativo, en las Droguerías Midway).

Los sábados pagaban al personal que atendía la sección farmacia y los lunes a los que trabajaban en el bar. Hacíase así por temor de que estos últimos se desistieran de ir al mismo sábado (cosa que sucedía con frecuencia).

El personal del bar odiaba al de la sección farmacia, y éste, a su vez, odiaba a aquel.

Desde una oscura pieza, donde se aplaban las mercaderías, cerca del ascensor y del sótano, los ratas solían salir a chillar y a espíar como pequeños pájaros de plumaje marrón...

Fred pensó en divertirse. El portero negro y él tomaron una pistola "22" y se pasaron dos noches matando ratas. Hasta que en la segunda noche los ratas se pegaron sobre un caño de hierro, y dio de lleno en un frasco de rara y carísima droga.

No hubo más tiro al blanco.

Y Bullard ordenó que se preparasen trampas con veneno.

Pero eso de usar veneno no era muy divertido, por cierto, y las ratas iban a morir abandonadas en la oscuridad.

No se usó más veneno, y nuevamente las ratas se asomaban para espíar y chillar.

En la planta alta no había ratas. Allí no podían subsistir, cerca de las droguerías Midway; el olor a gas, las esterilizadas baldosas; los asientos de cuero de los aparatos donde se almorbaba; el olor a limpieza y el ruido de las cajas registradoras; la aglomeración de la gente que, enfada, disputaba un asiento en horas del almuerzo. Y con el ruido de la gente corría como paso marcial los pasillos.

Vestía un traje azul muy elegante, pero de calidad inferior, y la corbata de rigor. Alternaba su uso con un traje marrón que se había comprado, con gran disgusto de Bullard, a quien no le agradaba, pues el reglamento de las Droguerías Midway exigía que el empleado vistiera de azul o de negro.

El inspector regional que venía a mirar, a aprobar y a murmurar estimaciones sobre este o aquello, criticó el traje de Fred.

Y éste repuso:

«Oiga, amigo, ¿puede usted conseguir que las Droguerías Midway me den un traje gratuitamente?»

—¿Qué se ha creído? — replicó el inspector poniéndose rojo de indignación. Pero Bullard sonrió y llevóse al hombre, privándole a Fred que no hablase de ese modo en otra oportunidad.

Cuando Fred veía a algún conocido de su época de estudiante, escurriase tras de él de no encontrarlo cara a cara; sentíase avergonzado de su indecoroso empleo (no es nada bueno trabajar diariamente en algo que uno piensa que no es digno de su propia persona).

Perdió peso. Se enfermó del estómago, cosa poco frecuente en él, excepto cuando, después de haber intervenido en algunos combates demasiado seguidos y fuertes, habíase visto obligado a ir al establecimiento que se destinaba a que los soldados pudieran recuperar sus fuerzas perdidas.

Pero en Boone City no existía tal lugar, donde uno pudiese roncar y pescar, pasear y comer, jugar al gin-rummy, nadar, holgazanear y jugar al croquet, al estilo inglés.

No, allí no existía tal establecimiento

para cuando uno se sintiera deprimido en las Droguerías Midway.

Vivía en el hotel Séneca y pagaba trece dólares por semana. No le gustaba tener que compartir el baño. Eso era algo extraño, pues se había visto obligado a compartir su baño con cien hombres cuando estuvo en el ejército. Pero eso era distinto. Ahora se trataba del hotel Séneca.

Por lo tanto, prefería pagar un poquito más y tener un baño particular, que compartir el baño. Eso era algo extraño, pues se había visto obligado a compartir su baño con cien hombres cuando estuvo en el ejército. Pero eso era distinto. Ahora se trataba del hotel Séneca.

Caminaba mucho las noches que no trabajaba (haciendo muchas millas que las que recorría dentro del empleo). Caminaba y observaba las luces. Parecía que nunca se acababa de ver el esplendor de la iluminación. Le agradaba el ruido de los coches y el perfume de las flores que poblaban los jardines de los barrios residenciales.

Le hubiera gustado poseer un perro, pero no se lo permitían en el hotel. Sin embargo, tuvo un gato, por tres días. Un gran gato gris, al que llamaba "Tom". "Tom" subió por las escaleras de incendio, cubiertas de herrumbre, que se hallaban en una toma de aire, del lado de afuera.

El gato subió... No supo por qué aullaba, y Derry lo llamó para que fuese por la cornisa del edificio, en su pieza. El gato fue a lo del refrigerio, se trajo leche y arregló una caja de cartón con papel para el nuevo amigo.

El gato durmió toda la noche acurrucado a los pies de la cama de Fred, ronroneando. Pero tres días más tarde desapareció, marchándose por las escaleras de hierro, hacia abajo.

«¿Qué le vamos a hacer? — pensó Fred—. ¡El pobre gato no pudo aguantar el servicio del Séneca!»

En la ciudad de Boone no había necesidad de bombardear. Ahí no lo necesitaban. Lo único que desentendía era que se deslizaran atentamente de un lugar a otro; del mostrador a los apartados y vuelta otra vez a las primeras secciones donde se vendía "Anacón" y "Kleenex"; luego a la sección farmacia y a la de venta de objetos varios, y de ahí a la de juguetes, para volver luego al bar.

En Gran Bretaña había tenido que dominarse más de una vez y decidirse a despegar vuelo aunque tuviera miedo de hacerlo. Cuando se hallaba sobre los objetivos ya sabía qué tenía que hacer y trataba de cumplir su misión en la mejor forma posible.

Pero ahí, todos los días, en esa patética danza de comprar y vender, sonriendo cuando no tenía ganas de sonreír, calmado cuando no sentía ganas de calmar, dentro de esa parodia de la paz, Fred Derry veía cómo se encendían las luces de aterrizar, guiando con fuerza y abrasándolo el cerebro.

Cuando esto ocurre, a uno le parece que le falta el oxígeno y que no puede respirar.

—¿Qué dices de todo esto, Gadovsky? ¡Tú, por lo menos, no has tenido que terminar en las Droguerías Midway!

## XXXXIII

Los arbustos de lilas alineábanse a lo largo del prado. Lilas persas muy abiertas, de color azul y blanco. Todos los años las volvían a plantar.

—¡Más lilas, padre! — preguntaba la hija.

—Sí, más — respondía Al, con devoción, docenas de veces.

Con las manos enlodadas y la pipa en la boca observaba cómo plantaba el jarnero y admiraba la riqueza de la tierra.

El adoraba las lilas, pues para él significaban el encanto de su niñez, un encanto legendario, cual un profundo milagro.

Recordábanle unos versos de Whitman, aunque ya había olvidado la letra exacta de esos versos que aun bullían en su mente. Una noche, recostado sobre el duro suelo caían los proyectiles, salpicando con el barro, en tanto que el frío negro y crudo carcomía sus pies, entretúvose en pensar en Whitman, en las lilas y en otras cosas.

«¡Sigue cantando, oh cantor del pantano!»

No, así no eran las palabras de Whitman. No podía recordar con certeza cómo eran.

«¡Oh, potente y brillante estrella caída  
[de la noche  
para yacer sobre la tumba del que amo!]

No las sabía ahora.

No las había sabido nunca: jamás había podido retener en su mente los versos. Sólo había captado su significado y le habían gustado, haciendo que se sintiera reconfortado.

Se puso el casco casi sobre la cara, y sonrió. Sobre una de las colinas del este el sol comenzaba a ponerse lentamente, y estaba a punto de salir. En meses en que las liles se ven cargadas de lluvia y las gotas se impregnan de esa fragancia.

Un perfume cuya dulzura seduce los sentidos y hace que uno ame al mundo. Y con esa bruma de aromas de lilas ante los ojos no se podía imaginar que un fragmento del mundo, esa parte a la que cualquier hombre puede amar...

«Un tímido y oculto pájaro...»

Y una vez más volvía a su canto de ermitaño, en tanto el Vefasto Actor, el Actor de la Muerte, arrastrábase con amargura. Acechando, para segar una vida y sumir a la nación empapada en sangre y en guerra en la oscuridad de la noche. Y dejando que los negros lloraran en Washington.

«Ha muerto, se ha ido...» (1)

«Y lo he amado tanto!»

Esas fueron las frases que se publicaron en los diarios.

Los hombres endiosaron a aquel a quien quizá habían odiado.

Y los soldados lloraron, allá en aquel mundo acurrillado por las balas.

Y los hombres como Stinson miraron las estrellas, sin encontrar la solución... Sólo vacío...

Ahora, al volver a Cherry Hill, Al vivía entre el verde follaje, y en su evocación recordaba los años mozos de los principios de siglo.

Veíase acompañado por su padre, yendo a llevar otros entierros, caminando en tre pines (miles de personas contemplaban la escena en silencio). Los de la G. A. R. vinieron, piadosos, con sus banderas, haciendo vibrar los pifanos de madera de coco y redoblar los tambores de curtidillo. Los hombres como Stinson miraron la guerra en Tennessee: con sus groseras y jergas patillas y el sol brillando patrióticamente en sus calvicies.

El cielo colorórese de violeta, como en

(1) Estas palabras se refieren a la muerte del presidente de los EE. UU., Franklin Delano Roosevelt, en uno de los momentos más críticos para su patria.

homenaje a la fecha en que un barbudo anciano vino, acongojado, a depositar una ofrenda floral sobre el ataúd de Lincoln.

Este era el tierno pasado de toda la América. Las mujeres del sur lloraban lo antecluido, colocando coronas y guirnaldas sobre la tumba de los que yacían en los apartados campos de batalla del florecido Shiloh, sobre el tupido césped de Murrefreesboro...

Y ésta fué una de las guerras más gloriosas que jamás hayamos peleado, porque con ella aprendimos la igualdad del orgullo entre amigo y enemigo.

Ya no existía la caballería en las corrompidas provincias donde los niños planeaban, entre el caos de sus hogares arruinados, como poder aniquilarse algún día. La ostentación, la burla, el agua hirviendo que vertían desde las ventanas cuando tú pasabas; el almacén desde el cual las víctimas gritaban:

"¡Oh, por favor! ¡No, no me haga eso... otra vez, no!"

Hasta que los hombres de la Gestapo se fueron en sus camiones.

Todo esto constituía un recuerdo que se convertiría en pesadilla hasta el día de la muerte. Pero a pesar de todo esto podía amar las lilas, porque la guerra es más noble de lo que ellos creían.

Los Stephenson volvieron con agradecimiento a su techo de ripia, rodeado de arbustos.

Una vez más oyeron el canto de los gallos al despertar el alba, y una vez más el eco llegó a través de las comarcas del este, cruzando los campos de trigo y de avena que se convertirían en yesea al amanecer. De chacra en chacra oíase el pequeño clarín de plata de la emplumada hueste que daba la señal.

Medio, medio dormido en su nuevo hogar, este viejo hogar ahora redimido.

Medio, medio dormido con la dócil Milly acostada a su lado, Al Stephenson trató de abrir los ojos, todavía velados por el sueño... Y percibió en la penumbra el desorden que imperaba en la habitación y las valijas esperadas por el piso. Aun seguían bullendo en su mente los misteriosos y agitados pensamientos que lo habían perseguido durante toda la noche.

Pero en ese momento oyó el canto del gallo; dióse vuelta, se acostó sobre el otro lado y abrazó el cuerpo de la mujer contra el suyo.

Ella suspiró, despertándose, y Al le besó el hombro con solemnidad.

—Tuve un sueño horrible... le dijo él —; soñé que estabas muerta.

—¿Muerta? — murmuró ella, despertando de golpe —. ¡Yo he soñado muchas veces que el muerto eras tú! — diciendo esto volvió a dormirse, con la calma y la dicha del que posee el tesoro de estar de nuevo junto al ser querido, en el seno del hogar.

Al, recostado, escuchaba el canto del amanecer; las lilas dichosas, polvorientas, mojaditas, como un gran muro de orquídeas, volverían a poblar el suelo nativo una vez que llegase el mes de mayo.

La asperza de los rústicos zapatos que se había visto obligado a usar durante la época de los odios y los rencores; la obligación de martillear como un zapatero para conseguir la paz y la vida sin importancia que debía llevar.

Todo esto veíase disminuido al pensar en las flores que crecerían con la llegada de años mejores y con el cantar de un gallo que se dejaba oír a lo lejos.

Medio dormido, Al recordaba con cariño a los muertos en los campos de batalla, y los imaginaba vestidos con sus uniformes.

atravesando a pie la achaparrada fronda, con Walt Whitman a la cabeza, llevándolo en la mano un leño y digiriéndose hacia un pórtico donde Abraham Lincoln los esperaba sentado junto a un anciano inválido y valiente (Franklin Delano Roosevelt).

Cantaban los gallos y cada vez había más claridad.

El sargento volvió a dormirse junto a su compañera, acariciando un sueño entre la suave fragancia de las lilas...

XXXIV

Fred le vió junto al mostrador de venta de perfumes. Primero fijóse en el azulgrís del uniforme, sin darse cuenta de que

era ella, pues muy a menudo venían las voluntarias de la Cruz Roja a comprar diversos artículos.

—¿La han atendido, señorita? — preguntó él.

Y en eso ella levantó la vista y rió. El lustroso y ondulado cabello le asomaba por debajo de la gorrita inclinada sobre un costado. El murmuró algo, y quedóse allí, de pie, riendo abochornado y sintiéndose cohibido, como un estudiante que espera a la chica elegida para darle una cartita de amor.

—¿Qué tal? — se dijeron.

—¿Como está usted?

—Su padre viene aquí muy a menudo.

—Sí; me dijo que lo había visto.

—Una vez cada tanto lo veo en el banco, pero está siempre muy atareado...

Sin mucho entusiasmo, Fred mencionó el perfume y fué a buscar a una vendedora para que la atendiera. Y en eso,

antes de que llegara la chica, fijóse por encima de unos frascos en el reloj de la pared, en Daniel, que se hallaba en la pared de enfrente.

—Las trece y treinta — dijo precipitadamente —. A las catorce termino de trabajar, es decir, hasta las diecinueve, como todos los martes. Generalmente... Bueno, todos los días, quiero decir, cuando trabajo la voy a la tarde, solo como aquí. Pero, ¿qué le parece si hoy me acompaña? Quiero preguntar primero si usted ha almorzado ya.

A lo que la joven contestó con soltura.

—Encantada de poder almorzar con usted.

Caminaron bajo el sol, por la calle Sexta abajo. Atravesaron Walnut, Mulberry y las otras... Sin rumbo fijo.

De pronto, Fred dijo:

—¿Qué extraño es todo esto? ¡Ahora usted viste uniforme y yo estoy en cambio de civil!

Ella le dijo que había prometido atender el primer turno en la Cruz Roja y que por lo tanto ya estaba libre de compromisos por ese día.

—¡Recién empieza! — le dijo Fred, y los dos se rieron.

Caminaron y caminaron; por fin encontraron un café, del cual emanaba un delicioso aroma.

—¡Oh, mexicano! — exclamó Peggy —; entremos aquí.

Moviendo la cabeza, Fred la siguió con recelo.

Pidió que le sirvieran, con las pocas palabras que él sabía en castellano, e hizo reír al hombrecito que atendía la mesa (llevarla un delantal muy sucio y lleno de grasa).

Trajo sopa. Luego enchiladas, porotos y lacas.

—¡Dios mío! — exclamó Fred —. Yo no sabía que los mexicanos comían cosas así. ¡Yo creía que sólo comían "chiles"!

Tomaron un café embriagador y se recrearon con las pequeñeces que suelen deleitar a la juventud...

Entró una perrita pequeñísima, olfateando las mesas y las sillas.

—Perrita — llamó Peggy.

Fué entonces cuando le contó que había pasado un verano en México, el año antes de que su padre marchase a la guerra, y que había visto sus agrestes montañas azuladas; rocosas colinas; sarapes de vistosos colores destenidos por el polvo de las calles; niños sucios que reían, con los ojos relucientes como cuentas de la plaza, como el testimonio de la historia lejana. Narró algunos cuentos... A Fred le encantaba escucharla. ¡Contaba las cosas tal cual eran, como un hombre!

Y sin embargo, mientras iban atravesando a lo largo del barrio de los depositos y cruzaban las vías del tren caminando entre las grietas y esquivando a los rugientes camiones, y luego en la orilla del río, Fred advertió que ella era "mujer".

—¿Cómo no he sabido apreciarla?, se preguntó, al bajar del uniforme, y a pesar de los zapatos de taco bajo, adivinaba un cuerpo que le era muy ajeno. El hueso del tobillo sobresalía, incitante.

Observó con agrado la curva henchida de la pantorrilla, las fuertes y jóvenes caderas debajo de la fina tela. Y se imaginó a la chica vestida con traje de fiesta, bailando en el Danzón.

Preguntóse luego como moriría con salto de cama, o en camión, cepillándose el cabello, con el pecho descubierto... (¿si la joven hubiera visto como se sonrojaba Fred, nunca habría podido adivinar la causa de ese rubor).

Pero junto con la idea concupiscente



presenté en su muerte una fada, iniciada por la presencia de la muchacha.

— ¡Por qué — se preguntaba Fred — hemos ido por la calle Sexta abajo? ¡Acaso hubiera hecho lo mismo con el marino con quien salió el mes pasado? ¡Lo hubiera llevado a una fonda de mala muerte como a mí? ¡No! Con seguridad que lo hubiera llevado al Club Black Hawk o al Daniel Boone.

Pero no podía decir nada al respecto. Sentía como si tuviese una mordaza y siguió caminando junto a Peggy.

Pasaron cerca del río, por las escaleras de cemento y los terraplenes de piedra. Parecía estar junto al Tímesis, mirando desde la ventana del hotel Savoy, contemplando los puentes, el Parlamento y la Abadía; la hermosa Abadía de Westminster.

Con voz tenue, Fred dijo:

— ¡Cómo me gustaría ir a Inglaterra! — dijo Peggy —, ¡Cuénteme más! Sentáronse en el césped y no tardaron en ponerse sobre la verde alfombra que flanqueaba el río escuchando el ruido de los camiones sobre el puente, el ruido de los ómnibus que pasaban a media cuadra de distancia. Como en un mundo remoto.

Apareció un viejo vagabundo para recoger un papel.

— ¡De ellos? —

— No, no era de ellos... — respondieron, pestañeando.

Tal vez era Dios quien desde la figura del mendigo les sonreía con benevolencia para luego proseguir su camino.

Fred Derry, sintiendo alivio al hablar, comenzó a decir todo lo que se le cruzaba por la mente.

Todos los amargos episodios de la guerra.

Le describió la tristeza que lo invadía al contemplar las camas vacías de los compañeros que habían muerto, sepultados en los frías aguas de Beachy Head.

Y le contó cómo los muchachos disputábanse, al azar, los aparatos de radio y las "Kodaks" dejadas por aquellos.

— ¡Qué diablos! ¡De nada les servirían a los que ya se habían ido!

Las camperas flamantes... decían de los Moscovitas empujados en su danza de la muerte; en matar como abejas ansiosas.

Los hombres grandes y duros que, sin poder derramar una sola lágrima, iban a refugiarse bajo la almohada de la cama, negándose a hablar con persona alguna.

Huelga de mineros, huelga de ferroviarios y huelga de los obreros que fabricaban las piezas de los aviones.

El país era azotado por las huelgas, y en el año 1943, en las trincheras, acordábanse de Lewis, John L. Lewis, y de cómo sería agradable poder ponerle una bomba.

Una vez acordados, los soldados solían hacer comentarios sobre este asunto.

— ¡Muchos de los muchachos se hubieran prestado gustosos para poner fin a un hombre como aquél. Era de los que contribuían con el enemigo a matarnos y a matar hombres aún más capaces que nosotros mismos, por no tener el armamento bólico necesario.

Fred le contó lo de la fortaleza de Ga-

dovsky, lo que ocurrió el día en que cayó el Cisma Negro.

Le habló sobre el segundo Schweinfurt, y de cómo cayeron trece fortalezas ese día.

— ¡Sólo dos regresaron a sus bases! No habló de trivialidades. Sus relatos no se parecían en nada a los que solían cantar con Hark por las noches. Canciones de montañeses, de vagabundos agonizantes en un club de Kensington, ni nada por el estilo.

Le contó cómo habían chocado algunos aviones. Le habló de una división de muchachos que, habiendo cumplido su misión, regresaba al hogar, a Escocia, camino de casa, cuando estalló un incendio en el avión y se cocinaron todos en el propio jugo, en medio de una hoguera infernal.

— ¡Lo que es a ellos si que les apagaron la luz de la esperanza! — dijo Fred. Peggy escondió el rostro entre el pasto y le tomó la mano.

La luz se reflejaba más alargada y las sombras iban cayendo sobre el terraplén.

— ¡Se está haciendo tarde — dijo Fred —. Ya se viene la noche y a lo mejor usted tiene infinidad de cosas que hacer.

Ella sonrió y le dijo:

— ¡No tenía que hacer nada que me hubiera agradado tanto como esto. ¿Y usted?

— ¡Es claro que no! — repuso él, y la ayudó a incorporarse.

Y otra vez volvieron a través de la tarde a calles más luminosas, a tiendas más iluminadas, llevando en las mentes el rumor del río; el oyendo la voz de ella y ella la de él, mientras iban tomando del brazo.

Al cruzar una calle, en medio de la multitud, él sintió el roce de la pierna de la joven y se turbó ante la reacción que le produjo. ¡Era tan joven, a pesar de las mujeres que había amado, que no sabía que no hay amor digno de un hombre si no está por encima de una corriente lúbrica que sólo los necios llaman con otro nombre!

En la esquina de las calles Sexta y Maple se separaron.

— ¡Tengo que agradecerle... — comenzó.

Pero Peggy lo interrumpió.

— ¡Yo soy quien debe agradecerle a usted. Fue un día memorable — dijo.

— ¡Así es!

— ¡Me ha contado usted muchas cosas.

— ¡Le he contado muchas cosas — dijo él, mirando sus ojos —, pero no le he contado cómo era mi hogar, y cómo murió mi madre con una muerte horrenda, cómo nos llevábamos; cómo mi padre tuvo que ir a un sanatorio para someterse a una cura contra el alcoholismo, cura que nunca surtió el menor efecto, y cómo mi abuelo acabó roba para afuera. ¡Habrá lavado para su familia? ¡Atendía a muchas personas del Grand. Yo iba a buscar los canastos con mi carro. Tampoco le he dicho una palabra de Maria. Me casé con ella antes de entrar en combate. Es una perdición que a usted no le agradaría conocer. Es una... —

— ¡Fred! — exclamó Peggy Stephenson, poniendo su mano sobre la de él —. Hay muchas cosas que no me ha contado, pero que yo adivino. Y es mejor que sea así. ¿No le parece? Y ahora deje que yo le cuente. No tenía ningún interés en saber perfume. Tengo todavía. No tenía, en realidad, interés en comprar nada. Sólo que cuando papá me contó que usted trabajaba en Midway, pensé que... ¡Qué importa! Ni sé para qué le cuento todo esto a usted.

Derry no podía verle la cara; su vista fijóse en un cartel luminoso que se apagaba y se encendía, colgado delante y por encima de las vidrieras de un negocio de

enfrente.

— ¡Jilomos pasado una tarde maravillosa! — repuso Derry —. Muchas gracias por todo, y ¡adiós!

— ¡Adiós! — murmuró ella.

Fred no se volvió a mirar ella mientras se alejaba. Dió media vuelta y cruzó la calle lanzando juramentos entre dientes. ¡Lo que le sucedía era increíble!

¡El Numa había querido enamorarse de tal manera!

Era la verdad era que estaba enamorado, ¡y por primera vez, ¡y también por primera vez comprendió de qué se trataba!

El hecho no les iba a reportar ningún beneficio, ni a él ni a ella. Pero si él persistía en mantener relaciones con ella, seguramente los pronto dormirían juntos. Se casarían y vivirían en algún departamento maloliente situado en alguna callejuela — por treinta y siete dólares de alquiler.

— ¡Pero, qué diablos estoy pensando? — se dijo Fred —. ¡Si sólo los zapatos que ella lleva puestos valen esa suma, o algo más!

— ¡Y quién necesita bombarderos en Boone?

XXXV

Era el mes de junio. Mes de las novias y de los encajes, cuando el trébol embellece de los prados, los ardiercos son cálidos y húmedos, los sapos conversan y los árboles se ven adornados por abundante folaje.

¡Junio!

Los insectos se cortejan, revoloteando entre el polvo, para morir, luego, en la noche.

Mes embragador y picante, durante el cual se gesta el verano, antes de comenzar a apretar su gigantesca mano ardiente; cuando la pobre señora de Wermels se esforzaba en cuidar con esmero al ser que era objeto de toda su compasión y de toda su piedad.

Su hijo, su niño pequeño, su único varón, cuya revuelta y rubia cabellera ya era ahora sobre la almohada.

Dócil, quejoso y dulzón era el muchacho. Tal como el que ella misma había educado, y a quien ahora trataba de cuidar con más ternura. Con toda la ternura de que era capaz. Pensaba en esto y en aquello y en las pequeñeces que podrían agradarle.

— ¡Qué clase de bizcochitos le gustarán más?

— ¡Qué clase de relleno le pondré a la terna... al pollo asado?

La solícita madre le traía leche y bizcochos que dejaba sobre la mesa, para cuando él regresara de sus escapadas nocturnas.

¡Pero cuando llegaba!... Regresaba tambaleándose, asiendo de lo que podía mantenerse en pie. El alcohol y la guerra habían estragado su cuerpo.

Homer casi nunca veía a la leche y los bizcochos que le dejaban, porque siempre estaba borracho y no reparaba en ellos ni le importaban nada.

Comía sandwiches de longaniza en algún fuerfín, rancios, rancios o rancionados; y luego bebía hasta hartarse.

— ¡Oh, Homer, Homer!, pensar que antes, cuando era niño, yo calentaba tu vientre con el mio... ¡Cómo te estás echando a perder!

Y aunque la pobre pensara así, nunca decía una palabra, porque imaginaba que tal vez a él le haría bien esa vida de vagancia.

En junio celebrábase el fin de cursos. Los niños vestirían con alegría sus vestidos largos, recibirían prendedores regalados por sus tías, relojes pulseras de

sus padres y lucirían por vez primera rosadas y corpiños, colocados como temas de madurez sobre el cuerpo de los jóvenes.

Todas estas cosas le ocurrían a Wilma.

Los muchachos del pueblo también atravesaban por ese período de transición que media entre la niñez y la juventud.

Muchos de ellos anunciaron que iban a hacer trajes nuevos. Los uniformes provistos por el Tío Sam, una vez que se graduaban en el colegio.

Hablaban de ello en los vestuarios, en los fondos de las casas, en las tiendas y en las calles, mientras cortaban el césped y aplababan o sacaban rábanos en sus jardines.

Los ojos brillaban, las orejas teníanse de rubor.

—Los Guardacostas; sí..., pero escucha, mi primo me dijo que... si voy a entrenarme en el U... Mi hermano ya tiene galones; sólo le llevo siete meses conseguirlos... Dime, si yo...

Y así surgían en sus mentes juveniles milis de proyectos, y se, exstasiaban pensando en el futuro y en su actuación en la guerra.

Sentíanse hombres camino de la madurez. Ya les encantaba afeitarse y fumar cigarrillos, que a los mayores les parecían cosas de chicos y que a ellos les parecían cosas de grandes, y por eso les agradaba hacerlas.

De toda esta algarabía y palpitante nervio debió participar su hijo, pensaba la señora Wermels, aunque se negaba a reconocerlo.

Todo eso le estaba vedado a Homer. [Toda esa sal de la vida, aunque la necesitaba, nunca sería para él. Ni siquiera podría apreciarla de lejos, porque antes de llegar a los diecisiete años se había escapado a la guerra. Y lo que era peor, ella le había dado su consentimiento.]

El único remedio que hallaba para esa situación era ofrecerle cuanto podía, como si fuesen manjares sobre la fuente que era su vida. Haciendo que su esposo ofreciera la fuente a su hijo.

—¿Querrá jugar, a los naipes chinos o a los anagramas?

(Le habían agradado tanto años antes! Hacía rodar los pequeños discos de madera y jugaba con tanto afán que siempre le ganaba al tío Alf.)

—Le gustará comer ensalada de papas calientes, jaleas, dulces o algunas peras al natural, de las que sabe preparar la abuela Haverstraw; caramelos de chocolate, helados o pastel?

—Vamos a jugar al croquet —dijo el señor Wermels, trayendo el juego y colocándolo en el fondo. Los juegos de croquet casi no se conseguían. El pobre Homer golpeó las pelotas y de pronto también su propia pierna con el mazo. Maldijo en voz alta. La tía Sade, que lo escuchó, lanzó un suspiro de inmenso horror. Homer, dándose vuelta, le dijo unas palabrotas.

A él no le gustaba jugar al croquet... La lluvia resbalaba sobre la madera lustrosa. El sol, enojado, destruía el lustre de los aros de colores de las estacas del croquet. El rojo escarlata trocóse en rosado, y el pasto verde se destinó tornándose gris.

—Iremos al cine, a ver las dos películas que dan en el "Hollywood" esta noche. Esperaban que los artistas mitigaran su dolor.

—Deanna, Danny, Disney, Dunne —pensaba la madre de Homer—. Llenaremos, como quien llena la cuchara con remedio, con Bob Hope, para ver si puede enfriar esta fiebre que lo atormenta; o con

Judy Garland para que actúe como opio; o con Betty Grable, para que le cure.

—¡Esmérense, figuras del celuloide, hagan reír a nuestro querido ser y los bendeciremos siempre!

—Oh, radio! ¡Oh, audición del Hit Parade, de Information Please, de Burns y Allen, de Benny, de Bergen, de Charlie Chan, de Lum y Abner, de Answer Man y Major Bowers!

—¡Haz que resuene tu voz en su cerebro, cerrando sus oídos al llanto de su propia alma!

—¡Y ojalá que le guste el postre que está en la heladera!

—¡Y el estofado y la ensalada de repollo agrio; las masas y las nueces saladas!

—Después traéremos el cribbage... o el ajedrez, o haremos palabras cruzadas...

—¿Qué dijo hoy Dick Tracy?

—¿Qué te parece si damos un paseo en

## PARA REGALOS DE CASAMIENTOS: PLATERIA Y PARA PLATERIA

ANTIGUA PLATERIA

### "EL GAUCHITO"

— DE —

## J. ALTIERI TARSIA

★

CARRETERAS 396

Carretera 396

T. A. 35-3503

ANEXO:

Carlos Pellegrini 335

cas. enl. Div. Norte

T. A. 35-9271

auto? Papá consiguió nafta. Iremos al parque de Rock Springs.

—¿Te gustaría probar uno de estos cigarrillos nuevos?

—¿Y te gustaría...? ¿Qué te gustaría poseer?

—Dime, dímelo con sinceridad y avidez! ¡Dime qué te gustaría tener! Yo te lo compro, lo robo, te lo hago, te lo modelo, te lo almaceno, te lo cocino, te lo plancho, te lo sazono; ¡cualquier cosa que desees la mezclaré con alegres juegos!... la salaré con mis lágrimas!

—De lo que estoy segura es de que no puedo arrancarte los demonios que se han albergado en tu cuerpo y en tu cerebro.

XXXV

Para llevarlo a veranear y distraerlo, sumiéndolo en un bálsamo de feliz olvido, un domingo al mediodía fueron a una chacra situada cerca de Sperryville, que pertenecía al señor Wermels.

Sacrificaron los cupones de nafta, hicieron revisar las gomas, poner aceite y lavar el coche.

Lo llenaron con un montón de cosas, canastas y paquetes, todo aplado y haciendo equilibrio sobre la capota, pues

1 Cribbage: juego de naipes muy popular en los Estados Unidos.

el baúl del auto estaba repleto de huevos, jamón del diablo y piernas de pollo como para consumir durante varias semanas.

Lluella hizo un postre, tal como le habían enseñado en el colegio, y estaba muy orgullosa...

En la puerta del garaje de al lado, los Jacobson también alistaban su coche.

Cuando Homer fué a desayunarse (lo habían adulado para que se levantara de la cama), encontró pequeños regalos al lado de su plato.

Hizo como que no los había advertido y que no sabía por qué estaban allí.

—¿Qué son estos cachivaches? —exclamó. Su mano izquierda hizo unos gestos absurdos con el piolín y el papel...

Leyó las tarjetas... Vió como todos le daban un felix cumpleaños.

Le gustó la tricota con su escote en V, y se la puso. Le gustó la pipa que le regaló el padre, y le dio las gracias a la tía Sade por el libro que le había obsequiado. "Moby Dick" era su título (y para sus adentros pensaba que jamás lo leería, pues tenía aspecto antiguo y pesado y parecía contener demasiadas palabras).

El regalo de Lluella le gustó más que ninguno: le obsequió un calendario de Varga, con la pintura de una chica para cada mes. Chicas de muslos demasiado gruesos para ser normales, y de piernas dos veces más largas que las de cualquier mujer.

Homer levantó el almanaque y lo agitó con alegría.

La tía Sade hacía ruidos de contento y el señor Wermels dióse vuelta y sonrió.

El sol estaba lúcente afuera, y un sol de oro brillaba en sus corazones, cubriendo todas sus esperanzas con un fulgor espontáneo.

Wilma Jacobson llegó y le dió modestamente una caja que había envuelto ella misma.

—Ella le abrió y se sonrojó. Erán tres corbatas de color violeta, con herraduras, telarañas y redondeles de color. Le dió las gracias y dijo:

—¿Qué lindo día! ¡Ideal para hacer un picnic!

Wilma rió. Sus ojos eran de un mirar límpido, redondos, penetrantes, y mostraban tristeza desde hacía una temporada; pero a pesar de ello rió y dijo:

—Tengo que ir a ponerles papel celafán a los emparedados —y se marchó.

La señora Engle cruzó la calle; parecía una pequeña bruja con el cabello abultado y el rostro largo y delgado, con su cuerpo de pajarrillo envuelto en un vestido vivo, floreado y más almidonado que ningún otro de la cuadra.

Al pasar, casiamente entró por la puerta de atrás, como suelen hacer los vecinos. Traía un plato en sus manos.

—¡Miren esto! —exclamó la madre de Homer.

—¡Homer, ven a ver! ¡Recordé que era un cumpleaños! La señora Engle se ha enterado; ¡mira lo que te trajo: ¡un pastel de limón!

La señora Engle estaba muy contenta y hablaba de su pastel.

—No, la corteza no le había salido muy bien... no tan bien como ella hubiera querido... La había hecho demasiado fina. Pero sólo porque pensaba que un pastel de limón...

Cuando Hartley (Butch) era pequeño, volvíase loco por los pasteles de limón.

Las mujeres de la familia Wermels le rogaron que fuese con ellos.

—Hay lugar suficiente; ¡por favor, señora Engle, venga!...



Una merienda en la chacra le haría muy bien. Homer río, y sus ojos estaban brillantes y caído el labio.

—Diga, señora Engle, ¿por qué no invita también a Butch? Dígame, ¿por qué no lo invita?

Todo el mundo contuvo la respiración y se produjo un gran silencio. Nunca se había invitado a Butch Engle a una fiesta de familia... con emparedados, masas, apio y aceitunas servidas en platos de papel.

—Sí, sí, invítelo —rogaron todos, horrorizados.

Pero ¿por qué fué la señora Engle, sino Homer, quien lo invitó.

Cruzó la calle y llamó.

—¿Eh? —preguntó Butch Engle—. ¿Un picnic?

—Sí, ¿qué diablos! —exclamó Homer, asomando su cabeza por la ventana, y quedándose inerte, mirándolo con sus rojas pupilas, su cuerpo deforme, de pie sobre el césped.

Butch lo miró con hostilidad y continuó alejándose, raspando la crema de afeitado con la navaja.

—Bueno, contengo conmigo. Iré con mucho gusto —dijo al cabo de un momento.

Llevaron dos autos y partieron a gran velocidad. —Después de haber recorrido unas quince millas por el camino doblaron y cruzaron un campo. Abrieron una trancquera y entraron, para ser acogidos ese día de junio, que sabía a gloria, por las flores de acedera, los cardos y los saltamontes; por la sombra frías de los árboles y el chirrido de las chicharras; por el aroma de los bosques de la región del oeste, los ratones y las plantas de algodón; por los olmos y los jilgueros del río; por las aves silvestres y el almizcle que creía verde y persistente en el bosque, sin importante nada en los que también se cubrían de hongos con el viento destrizado por la guerra, o de quien naufragaba en las costas de Africa.

El atrevido Butch espantaba las vacas el señor Jacobson clavaba una estaca, el señor Wermels punteaba la tierra y las mujeres hablaban y murmuraban tanto que Wilma entreteja una diadema de flores para coronar a Luella.

—¿Cuidado! ¿Cuidado con Homer; va a tirar una herradura; córranse, señoras!

Homer dióse vuelta al oírlo: miró con fiereza y furia, amenazando, lo hizo huir. A todos los dolió la burla, pero Homer permanecía impasible y acertó tres veces.

Su padre hizo todo lo que pudo para que ganara (y a pesar de saber que él no podía hacerlo, a Homer no le gustaba que su padre se dejara ganar).

Almorzaron y colgaron una mecedora. La señora Engle contó algunos chismes del vecindario a la tía Sade.

—"Elma Aikens iba a tener un niño el primero de septiembre, y sólo se había caído con el guardacostas aquel el cuatro de febrero".

Las moscas amontonáronse, hambrientas, y los cubitos de hielo se fundieron dentro de la jarra.

Homer y Wilma salieron a caminar, iban despacio (el terreno era irregular, los palos, los arbustos y el estiércol de las vacas obstruían el paso), pero siguieron y se detuvieron hasta llegar a un arroyuelo y en ese instante fueron felices; pero sólo por ese instante.

Pues ella lo arruinó todo cuando lo invitó para el baile del colegio, el viernes siguiente.

Homer imaginóse cómo sería el baile. Tanta grasa y muchachos que bailaban muy elevados, elevados, elevados.

de movimientos desenvueltos.

Homer se vió a sí mismo, grotescamente sentado en una silla de ruedas, mirando como Wilma bailaba con los otros muchachos, o, lo que aun era peor, se la imaginaba a su lado, atendiéndolo como una mártir y renunciando, por él, al placer de bailar.

—¡Eso sí! —no!

Y entonces dijo, con brutalidad:

—No, no iré, ¡y que se vayan al diablo todos los bailes de estudiantes juntos!

Ella volvió su cara, que mostraba extraña palidez, hacia un lado, para que él no la viera luchar mientras seguía diciéndose cosas sin sentido, ya perdido el control.

—¡Al diablo con todo! ¡Bailar en ese gimnasio viejo! ¡Qué lindo papel haría yo bailando!

Y diciendo esto, con la cara sudorosa, púsose a hacer como que bailaba. En su terrible pantomima trataba de demostrarles que bien estaba él en su estado.

Saltaba y tambaleábase como un monstruo con máscara de asno, o como un mono de cuerda montado sobre un palo.

—¿Quedaría lindo bailando, ¿verdad? Te pisaría los pies y seguramente me echarían a la pista.

Luego se puso a dar puntapiés a la tierra, como un hombre primitivo, como un ser que vuelve a la brutalidad.

Llorando, ella alejóse corriendo entre la arboleda. Homer trató de seguirla, pero no pudo correr y balbuceó:

—¡Ven acá, Wilma! ¡Ven acá!

Pero ella no podía oírlo. Los árboles y los arbustos parecían habérsela tragado. El quedóse solo, escuchando el canturreo del agua al pasar sobre las piedras. Entonces, recurriendo a su secreto vicio, sacó de su bolsillo una botella que había comprado y escondido. Bebió a largos sorbos.

El alcohol tenía un sabor irritante y caliente; no le importaba... Esos tragos oscuros, que burbujecaban, lo hacían eufórico como las aguas del arroyo. Se juró que a él le harían más bien que toda el agua que había bebido.

Sentóse continuó bebiendo. Seóó las lágrimas que le nublaban los ojos. Le dió hipo una vez, y arrojó la botella al vacío.

La arrojó con la mano izquierda; muy lejos y con muy buena puntería.

El vidrio llovió sobre las rocas a las cuales había apuntado.

—¿Por Cristo! exclamó Butch Engle, que tenía desde más allá de los arbustos—. ¿No puedes dejar la bebida por un solo día? Estoy arrepentido de haberle permitido entrar en mi negocio. ¡Mira, tú! —continuó, irguiéndose cual un gigante y mirándolo ferozmente—. Mira, viejo, ¿te parece si te despillabas y te asustas? ¿Te parecen esas infernales Tus ojos están rojos. Vas a ser un borracho. Eso es todo. ¡Un atorante a quien nadie quiere!

—¿Y qué hay? —respondió con sorna Homer—. Es mi dinero. Ciento cincuenta dólares todos los meses. Ciento quince por incapacidad total y y cincuenta por esta piedad y este brazo.

—Está bien, está bien —replicó Butch—. ¡Me parece que tú no eres el primero y que son muchos los que no tienen dos piernas! Bueno, no sé justamente cuántos ni cuántos son. Pero muchos de los que uno conoce han venido ciegos. ¡Y, ya sé, lleva tiempo el enmendarse! Siempre y no nunca pueda hacerlo. Pero, mira, no soy más que un cualquiera, pero tengo un lugar. Toma tu caso: eres joven, tienes mucho que recoger. Esa chica de los Jacobson... Creo que te quiere mu-

—Sí, sí —contestó Homer: la bebida le hacía sentir sus efectos en los oídos—. Sabes mucho de mí, ¿eh, amigo? Soy un Saco muy serio, cosa que va a las esperanzas! Bien sé lo que sucede. Un "hemipléjico", eso quiere decir un lado. ¡Dios los maldiga! En esos hospitales trabajaron lo mejor que pudieron. Me hacían dar vueltas a una rueda, así. La hacían girar todo el tiempo. Hice mis ejercicios, fui a las clases con los enfermeros, es claro, cumplieron con sus deberes, ¿Y cuáles son las esperanzas? Estoy de vuelta en casa. Estoy fuera. Recibo ciento cincuenta dólares todos los meses, ¡y estoy así! Me contaron muchos cuentos. Que me iba a mejorar muy pronto. ¡Por Dios! Logo me siento mejor cuando tomo un trago. Mejor un poco. ¡Mira!, tiré esa botella: le pegué a esas rocas justamente donde quería dar. Y si quieres tomar un trago no hay persona que pueda impedirte, ¿ves?

Todo esto lo dijo como una ardilla, con su mirar tan asustado. Ardiente, temerario y estúpido. Habló con su boca deformada y con tal entusiasmo que no veía la pena retratada en el rostro de Butch. Como en la cara de Wilma Jacobson y en la áspera voz de Butch, que aparecía en ese momento tan educada como la voz de ella.

—Homer —dijo Butch—, olvida que jamás te haya dicho una palabra.

Muy largo rato estuvo sentado Homer Wermels al lado del riacho. Una hora después de haberse ido Butch, hubo una conversación. Butch habló con el señor Wermels de cualquier manera, éste al fin llegó al lado de Homer).

Primero habló de los peces. Solía pescar lobinas en ese mismo arroyo. Las había pescado hacia unos años. Creía que las lobinas se habían marchado y que tal vez también los bagres hubieran desaparecido. Mencionó el agua que corría en esos mismos montes. Recurrió al palabreo ferviente y cuidadoso de uno al que la vida no le había hecho fácil hablar distintamente. Después, elaborada y elógiosamente, el señor Wermels llegó a hablar de incapacidad.

Alguna vez debía llegar. La maldición del alcohol. Esto era ya demasiado. Tendría que tomar algunas medidas. Si, también tendría que controlar estrictamente su dinero, los ciento cincuenta dólares que recibía Homer todos los meses. Un hijo menor. Bien. El señor Wermels conocía la ley. Y la invocaría si fuera necesario.

Homer lo miró con amargura, la matadilla caída y la saliva corriéndole por el mentón.

—¿Crees que conseguirás mi dinero? ¡Te apuesto veinticinco dólares a que no! ¡Te apuesto cincuenta dólares a que no! ¡Prueba no más! Habla a cualquiera que estés en la oficina. En el registro federal. ¡Pruébale! ¡Nunca saldrás con la tuya! ¡El dinero es mío! ¡Es para mí! Me cobras por pieza y pensión. Estoy dispuesto, sigue adelante y cobra. Y si cobras mucho me muerde. Pero escucha: nunca podrías sacar el dinero de un hombre incapacitado por la guerra. No soy un chico (ahora ya no). Mira, yo he rondado mucho, conozco las posibilidades. ¡Nunca tomarás mi dinero!

El padre exclamó, misericordiosamente: —Escucha, hijo, lo mencioné como una posibilidad, pero no quisiste decir nada.

—No, no quisiste decir nada —contestó Homer—. Sí, ya sé; una fanfarronada. Hizo que lo levantara. Vió las burbujas pasando con la corriente; lo mareaban al mirárselas. Bajó su mano temblorosa has-

bulto de dinero que había debajo de la tela.

—Esa noche, en lo de Patsy o en el Bon Ton Bar, encontraría la forma de llevar anclas nuevamente.

—¿A qué hora nos vamos a casa? —gritó.

Pasaron el largo y verde campo. Viajaron en silencio. Esta vez Homer no fue con los Jacobson.

El sol se puso, con esa hermosa bruma de junio, como cuando los portuatonis habitaban esos lugares.

## XXXVII

Al Stephenson y el inocente Rob, L. D. M. y Latham, el gerente de la sección Hipotecas, caminaban con paso sereno a lo largo del pasto segado. Con la solemnidad de un hombre cualquiera que siente que va detrás de la felicidad. Mientras muchos habrían buscado la felicidad de cada hoyo que cumplan, no encontraban nada más que decirse. Las bolsitas de golf cruzaban pesadamente.

El sol poniente, allá arriba, estaba rojo. Era el sol de una tarde que se iba. "Mi arrugada piel bajo el peso de la mochila. ¿Cómo, solamente uno, un simple jugador, se hace tan pesado a medida que camina? ¿Y qué ha sucedido con la carabina de culata de nogal? ¿Y la red, la máscara de gas y un sinnúmero de cosas: bronce, lana y plomo, y el sucio cinturón? ¿Cómo es que no estoy en uniforme, con calzado deportivo y el colorido púrpura en mi transpirada camiseta?"

Jugaron el hoyo décimo octavo. Rob ganó. Tomó un cuatro y cuatro, era par. Quemado, con pecas en la cara, se sonreía (las pecas parecían pimienta).

—¿L. D. M., tenían cinco cada uno, y Latham tomó más. Levantarán las pelotas de la taza.

—Bien, muchacho —dijo Mr. Milton—. ¡Muy bien, Rob!

Estaba de pie, tieso; una sombra verde le caía sobre los ojos por la luz que avanzaba la visera de su sombrero.

—¿Te apuesto cincuenta y el colorido mismo a que Rob ganará su vuelo en agosto si endereza ese gancho que tiene... ¡Yo te digo, hijo, que le ganará a tu padre antes de que termine el verano!

—Díantres —dijo Rob, con modestia—. Me reventé en la tercera y en la novena!

Se reventó, sí, pero no de la manera que algunos muchachos habían reventado. El primerizo nunca disparaba fuera del cielo. La guerra no descargaba un viento metálico para colocarlos sin daño sobre metros de cielo y tierra.

Rob había bomba que le explotara, no había culata de carabina que le hiciera saltar los amigables sesos que llevaba en el cráneo.

Reventó en el tercero. Ese había sido el día, ese día de octubre en que Rosenberg se equivocó y mojó los árboles a ambos lados del camino al reventar.

—No sabía qué fue lo que sacó de su caso.

—¿Un pedazo de hueso?"

Rob reventó en la tercera y en la novena...

Más tarde, cuando las duchas lanzaron sus frescas y densas lluvias sobre la piel cubana de color, cuando semejantes a niños silbaban al sentir el frío y murmuraban y lanzaban suspiros y zumbidos en el baño, Al vio los cuerpos de los demás: el viejo Milton con sus hombros caídos, y el vello de su pecho que se estaba volviendo gris; el estómago como almohada de Louis Latham, y las prominencias y los huesos de su hijo.

—Oh, cuerpos frágiles, nunca curtidors

o disciplinados por el barro y la tierra, por el carbón y la helada y el olor a cordita! Estos eran viejos y formales, demasiado aburridos y agradables. O jóvenes, como en el caso de Rob. Demasiado joven y vergonzoso, como una nila, alejados para esconder su propia desdicha cuando alguno se acercaba, y que usaba una toalla para ir hasta el ropero. Tomó sus ropas. Lou Latham lo palmó en la espalda.

—¿Así que te reventaste? ¡Qué diablos te pasa a reventar!

Rob sonrió, contento de haber llegado a esto. A ser tratado como un adulto por otro adulto.

Más tarde, mucho más tarde, con el sol ya menos fuerte y pegando en el toldo colocado allá arriba, cada banquero estaba sentado y tenía un vaso. Vestían traje de brim muy blanco, y en cuanto al lujo de señor Milton, Latham lo tomó no como contraste a un dolor, sino como una cosa común que todos los dioses le cedían. Sentados, suspiraban; cada uno tenía su delgado vaso con vermouth y bebían...

Más allá de la cancha de tenis, más allá de los árboles, Al vio, en el campo, a sus hijos divirtiéndose con los muchachos, con una vieja catramina. Oyó el áspero grito de una voz que estaba cambiando y vio las delgadas piernas de una chica que había cambiado no hacia mucho. Vio esta fina bandada de aves que iba cacareando y cantando por el hosque.

—¿Con amor y tristeza? —Iguales que esas criaturas con cola, tan hermosas. ¡Oh, Jesucristo, me imagino que igualmente están sentenciados a una vida corta y feliz! tal vez Dios les dé muchos huesos para mastigar. Denles muchas pelotas a correr!" y llegó a la Sociedad de Jóvenes de Boone City.

Oyó la voz de Lou Latham:

—¿Así que ése es el "chico" que reventó en la tercera y en la novena? Te apuesto cincuenta, Al, a que nunca reventará. No en el torneo de este verano. No en la temporada de la guerra. Stephenson estaba de acuerdo. Y una vez más dijo lo que no debía decir: —No, Rob no reventará, hasta que reviente en la próxima guerra.

—¿La próxima guerra?"

Los miraron. Y a L. D. Milton se le heló la cara y los labios. Porque Al ya había dicho cosas por el estilo con anterioridad.

—Si no le importa que lo diga —repuso L. D. M.—, me parece de mal gusto seguir predicando una idea como ésa.

Lou Latham mantenía un profundo silencio. Aplauso para el señor Milton, desprecio para Al, lleno de celos que caían como gotas sobre su alma.

—Si yo hubiera ido —pensaba—, si me hubieran dejado ir... ir a la guerra... Qué esperanza... nunca tuve una esperanza. Por Dios, podría haber hecho las cosas tan bien como tú.

—¿Qué diablos, señor! —le decía Al a L. D. M.—, Yo no soy un avestruz. No podría meter mi cabeza en la tierra y mantenerla apenas unos segundos. No soy un torto. Solamente puedo ver las cosas que van a sobrevenir, y también cualquier cosa que pueda verlas.

El señor Milton habló benignamente, celosamente (aun estaba enojado):

—Soy más viejo, Al. He visto tres guerras. Y si se me pide mi opinión estoy inclinado a pensar que jamás habrá más guerras, guerras importantes. No estamos en situación de tenerlas. ¡Y las otras naciones tampoco están listas!

—¿Eso es correcto —dijo Lou—. No podemos. Yo, en ese aspecto, estoy de acuer-

do con usted, señor Milton. Es el hablar de guerras lo que hace que los hombres quieran pelear. ¡Santo cielo! ¡Yo creo? Stephenson, que usted no quería volver a pasar otra!

Al soltó una palabrota que los golpeó tan rudamente como un garrote. No se gritaban palabras como ésa en un lugar donde los muchachos podían oírlos.

Miraron a su alrededor con vergüenza culpable. Avanzados de Stephenson y de sus palabras. Por suerte no había damas por allí.

—Tenga cuidado —dijo el señor Milton, con mirada fría—. Tenga cuidado. La emoción desactiva le cortará el cuello cabelludo y lo colgará a secarse si sigue gritando palabras como ésa.

Al Stephenson bajó su vaso con tanta fuerza que lo rompió. Se limpió las gotas de sangre de las yemas de los dedos.

—Podría haber dicho —agregó— cosas más hermosas que ésa, pero es que yo quería una guerra; es simplemente eso.

Meneó la cabeza; Milton esperó, justo detrás de su escritorio; Latham era su ayudante, cuidándolo.

—A veces soñábamos y creíamos que esto era todo, que era el fin. La última, la realmente última; el fin de las guerras. Lo creamos sinceramente. ¿Coo haber escuchado cien veces cuando los muchachos hablaban: "Nunca quisiera que mi hijo pasara lo que estamos pasando nosotros". ¿Y qué hay? Trabajamos, juntos, Inglaterra, Rusia, Estados Unidos. Podríamos haberlo hecho. Podríamos haber embudo a esas cosas, esas guerras, haber construido una estructura decente... ¡inferno! No lo hicimos! Ahora los estamos vigilando, y ellos nos están vigilando a nosotros, estamos espiando o recelando. También lo están ellos. Somos humanos; y todas las desgracias Naciones Unidas. ¡Gritos y gestos de desesperado, y dónde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡Oh, embudo el lugar! ¡Embudo el mundo, y donde terminará esto, les pregunto, cuando hayamos dejado vivir a los alemanes, para que, unidos, oíen a nuestra tribu unida, y orar en voz baja para *der Tag* (el gran día); cuando conocemos toda la maldad de Grecia, Trieste y Siria? ¡



vesándole la dignidad.

Pero una sola vez sonrió (manejó y manejó) la gaceta, matando las hojas del maíz asuraron por un millón de millas). Su conocimiento no le permitió sonreír otra vez.

"El sueño que una vez tuve era tan equivocado como el de ellos. Pero, sin embargo, me parece que a mí se me pudo haber ocurrido, en la vida, la equivocación. Y ahora sí que no tengo excusa posible por no haber dicho las cosas que deseaba decir cuando hubo necesidad de decirlos."

Había luchado en África. Allí había escuchado la voz de la destitución entre los franceses. Había comido en Italia y había visto el hambre de la tierra liberada. Había combatido en Alemania... A veces pensaba en las palabras atribuidas al loco John Brown explicando la carnada que había preparado en Kansas: "De las tiendras salen los piojos!"

Sin embargo, y los pequeños alemanes a su tiempo serían grandes... Los pequeños crecerían nuevamente; los cantos marciales tendrían su eco en las copas de los árboles que dejamos. Algún otro día, esta raza ardiente, estúpida, pisaría el terreno de su vecino. Algún día, sus botas marcarían nuevamente un coro de Wagner. Les Walkirias volverían a correr. Y el *Nibelungenlied* (canto de los Nibelungos) hostigaría a los dragones para que salieran de nuevo.

Al no dudaba, sabía, y mucho más de lo que era la casualidad, la súplica honesta, la terminal, Las temerarias preguntas de los labios temblorosos. Y los asuntos hablados con otros hombres, en la oscuridad, mojados y con frío, en la paja. Sin la articulación, como dicen en los poemas o comedias de rara imaginación, donde los actores hablan con sus almas, en alta voz y en breves y separadas palabras.

La obscena palabra que dice un millón de cosas no dichas por los hombres que nunca debían mandar. Tal la simple fuerza del lenguaje.

"Carta del Atlántico."

Gusta el hombre en el "Libro de los Milagros", e instantáneamente responde el grito de veinte millones de hombres: "¡Desperdicio de papel!"

Papel de cierta clase. Y digamos el contenido que está borronado en él. Digámoslo con una palabra.

Y así muerta la unión, el amor y el sacrificio, todos acrimbrados por motivos más viejos que el propio sueño.

Al pensó en los Spitfires que habían venido a salvarlo a él y a otros que se escondían debajo de la arena y de las rocas. Los bombarderos picando hacia abajo, los martones y terribles pájaros, removiendo los excrementos calientes, a medida que caían.

"¡Ahí vienen los Spitfires!", exclamó un muchacho con voz gruesa.

Los vieron cuando la tierra se hubo asentado. Las alas puras reflorecieron hacia el cielo, las divisas de la R. A. F.; el tableteo de sus cañones. Los bombarderos en picada se alejaron; los Spitfires iban mordiéndose a medida que escapaban.

Un hombre podía pararse y aspirar de nuevo el aire de la vida. Y decir dentro de su corazón que Inglaterra era una piqueta donde se creaban los ángeles.

Los querubines cantaban, inexorablemente, "Reina, Britania". Y hablaban de arenas del desierto sobre su plumaje, y de granaderos que se alimentan a papa y pescado, y de una vendedria Londres; y la respuesta era buena.

"¡Ahí vienen los Spitfires!"

Los pilotos necesitaron un año e dos para acostumbrarse. Con voz tranquila, apariencia impenetrable y sin dar importancia a los hechos.

"Estuvimos mal, estuvimos mal — exclamaban; — ¡bastante mal!"

Se colocaron los correajes y saltaron a bordo. Las hélices comenzaron a girar, el viento a soplar; el 3-6-3 comenzó nuevamente a volar. Los pequeños griegos, sorprendidos, recostándose en los escalones de los templos de sus mejores siglos y exclamaban:

"Solón! Solón!"

El grito enfermizo oíase por encima del griterío de las balas trazadoras que tocaban la tierra, la tierra que escapaba:

"¡Oh Solón! Solón!"

En el calor de una carrera bien podemos creer. Ningún Spitfire fue derribado. Pero ni el mismo Pheidippides podría volver tan rápido como ellos.

## XXXVIII

En una tarde como ésta, en 1942, Fred Derry surcaba velozmente los cielos de Florida a Texas, lleno de incertidumbre, con ferviente esperanza, con la duda y el temor que un millón de otros muchachos también sentían. No tenía miedo al combate que había de tener, al cañonazo anti-aéreo ni a la helada azul, azul, azul... Pero sí miedo al fracaso, miedo de ser retirado del servicio.

En 1943, Fred vivía en medio del espanto que le producía lo que le esperaba arriba, los cielos de los nebulosos. Encima de Saint Nazaire y de Hamm.

En 1944, en una tarde como ésta, dejó Victoria. Apesó en Surrey, encontró la bicicleta que sus amigos le habían dejado. Los cerros estaban a su lado; la pequeña iglesia de estilo normando; el omnibus que cruzó los camiones estacionados más atrás. Llegó, bajo la verde sombra, a Hedding Beech. Un viejo sirviente le permitió la entrada. Una W. A. F. F. con piernas largas. Silvia, la chica con quien se había quedado esa noche, bajó su copa y exclamó:

"¡Miren! ¡Aquí está Derry! Querido, qué bueno eres al venir. Estamos jugando al bridge (es estúpido); ¡qué te parece si vamos a caminar tan pronto como hayamos terminado otra cerveza? Hay tiempo... ¡Oh, querido, qué estúpida soy! Perdoname. El jefe de escuadrilla, Margeson, ¿ustedes no se conocían?"

En 1945, en esta tarde, con el sol fuerte dando sobre los toldos y el tránsito chillando en la esquina de la calle Sexta, entre zumbidos eléctricos, el ruido de las cañillas, el loriqueo de las máquinas que preparan la leche malteada, entre el ruido y la interacción de los concurrentes a las Midway Drugs, Fred Derry estaba de pie, correctamente, en tanto la señorita Kovardis revisaba los cosméticos de una hoja amarilla.

—Si, aquí está, debe ser éste. ¡Lo lazo, señor! ¿Derry? Ve, yo marqué una docena de Rubinstein aquí mismo. Fíjese, aquí está la marca. Y todo el tiempo quisiera decir los Ardens. Aquí están. Los tengo en este estante, aquí abajo. Mire aquí. "Elizabeth". A estos debió referirse el señor Bullard.

Fred le agradeció. Le dijo que fuera más atento. Dio la hoja al señor Luxe... Se apostó a un lado y cambió una moneda para una mujer; le dio el cambio para la balanza. Encontró dos estampillas de vía aérea para un viejo cliente... Una señora extranjera trataba de decirle al dependiente que era lo que deseaba. Una judía alemana. No podía hacerse entender. Fred fue a buscar a un farmacéuti-

co, un señor Finkelstein. Y así pudo saber qué quería. Fred atendió a un hombre; se le dio la moneda que deseaba; otro; le vendió un vasito para lavarse los ojos.

—Lo lamento mucho. No, estoy seguro de que usted se equivoca. No hemos vendido cigarrillos como éste desde hace semanas...

Muchos de los reservados vio una fama indecisa. Entró arrastrándose, haciendo contorsiones. Un muchacho deformado con ojos dementes y una cabeza que daba por que Jesús la tocara con sus manos (pero Jesús de Nazareth sólo hubo una), y estaba muy distante; Boone Cap no podía disponer de él.

Fred observaba, mientras aplababa la crema de miel y almendras. Vió que Homer Wermels buscaba un apartado. Y lo encontró, con dos marineros jóvenes que bebían leche malteada. Sentóse como aludido de superioridad, preparándose para mostrarle que él, como él, en el fondo, estaba. Con interés y la recóndita esperanza de poder contarle el asunto del conve en viaje a Liverpool.

Una chica impertinente dirigióse a atenderlo. Fred Derry aun observaba. No le gustaba la chica; hacía solamente señas que trabajaba allí. Su nombre era Bunny, sus mejillas regordetas, la boca pulposa, insaciable y comprimida; sus ojos negros, malvósos y penetrantes.

Ella dijo algo y Homer habló. El la miró. La chica dijo algo más. Lo dijo enojada; otras personas miraban. Dios vuela para irse.

Fred Derry llegó con una botella de crema de miel y almendras en la mano — ¿Qué tal, Homer?

Los ojos de Homer brillaban, húmedos, pero aun había enojo en su cara. Trató de hablar. Fred no esperó. Llamó a la chica por su nombre. Ella diose vuelta y gritó:

—¡No lo atenderé! ¡No! No tengo por qué atenderlo. ¡Está borracho!

Y la gente se amontonaba alrededor de ellos, con cigarrillos en la boca; la gente de las mesas próximas y toda la chiquillería.

Mire, Bunny dijo Derry—. Este muchacho no está borracho. ¡Venga aquí! Ella se acercó. Su boca era una mueca rabiosa. Miraba ferozmente.

—Ahora, Homer — le preguntó Derry —, ¿un refresco de chocolate? ¡Bien!

Y le dijo a la chica:

—Un refresco de chocolate!

Muy bien — contestó la camarera despectivamente. — ¡Puedes oler el alcohol y aun insistir en que está borracho!

Fué a hacer preparar la bebida.

Fred habló con Homer durante unos instantes (tan difícil era hablar con él oyendo el ruido de la soda en sus oídos...)

—¡Hasta pronto — saludó Fred —. Ya te veré.

Una mujer trató de usar una casilla del teléfono. La puerta estaba trabada y Derry la ayudó. Una puerta corregida; la habían sacado del riel por donde corría. La volvió a colocar; la mujer le agradeció. Derry diose vuelta y vio volver a Bunny balanceando el refresco en su bandeja. Y bien claramente, cuando el gentío estaba mudo, oyó el susurro con que Wermels le dijo, en rápida frase:

—¡Yo le voy a enseñar si estoy borracho!

Trató de levantar el refresco de la bandeja. Usó la mano izquierda, que, inerte, y sin poder asir, dejó escapar el vaso. Cayendo como un pescado, una ola marrón después de la otra, el vaso se rompió. Y el marrón rojo de la espuma del chocolate manchó el uniforme de Bunny.

—¡Borracho asqueroso!

Su pesada mano gorda volvió y pegó al muchacho en la cara, tan fuerte como podía hacerlo.

Fred Derry, de veintinueve años y matador de cien hombres (¿y cuántos bombarderos precisaban en Boone? ¿Y cuál es la escala de la unión para los bombarderos?), tomó a la camarera por la muñeca; la tironeó con rudeza y con la otra mano empujó al tambaleante y ultrajado muchacho hacia el asiento.

—¡Pero, mire! — gritó Bunny —. ¡Míre usted! Lo tiro encima de mi falda. ¡Míre usted!

Las cincuenta personas miraron y se acercaron, tanto como pudieron. Y otras más parecían venir desde allá.

Fred Derry habló soezmente.

—¡Eres una perra! ¡Pegarle a un muchacho como éste! ¡Imbecil! ¡No puedes ver que está herido! Es un paratítico; no está borracho. Te voy a decir dónde le voy a dar certero de Grán. Usaba antes un uniforme igual al de estos marineros, aquí presentes. Sí, a las chicas les gusta ver a uno en uniforme. Les parece encantador. Esos pantalones, esos cuellos de marineros. Sí, les parecen encantadores. ¡Cállate! No digas una palabra. Este muchacho tiene el Corazón Púrpura. Y ahora le pegas en la cara. ¡Tú preciosa falda, que tampoco es tuya, pues te la da la casa!

—¡Bah, cállase la boca! — gritó la camarera —. No me importa si este individuo tiene una docena de Corazones Púrpura. ¡Es un sinvergüenza! ¡Es un borracho! Me parece que conozco bien a un borracho. ¡No! ¡Tiene por qué llamarme el refresco encima!

El cuchicheo agonizante del señor Luce llegó a los oídos de Fred.

—Por Dios, Derry, ¿ha perdido el juicio? ¿Qué pasa aquí? ¡Míre los clientes! Señorita Holt — le dijo Luce a la enfurecida muchacha —, ¡vaya a la habitación de los reservados, inmediatamente!

Fred Derry tomó un trapo y limpió el piso y la mesa. Los marineros miraban y miraban.

—Me voy — dijo Homer, tratando de levantarse.

—¡No! ¡Especial! — le contestó Fred —, en segunda vuelta.

En la oficina, detrás de las estanterías, Bullard lo miró y se rasó el mentón a medida que Luce le describía la escena. La fina voz continuaba el relato con horror, contándole todo. Contando algo que era más que todo:

—¡Agarró a la camarera, señor Bullard; la esposó! ¡Ya le digo, podría entablar pleito al negocio!

Derry dijo, con cansancio en la voz:

—¡Nunca más hará una escena así, nunca en las Midway Drugs! ¡He terminado!

—¡Pues me parece que sí! — exclamó el señor Luce, triunfalmente.

Perd Bullard dijo:

—¡Muy bien, déjeme hablar con el señor Derry en privado.

Y Bullard habló y habló. No le hizo bien alguno.

—No es trabajo para mí — le contestó Derry —. Le quedo muy agradecido. Ha sido usted muy bueno conmigo. Todo lo bueno que un hombre podría pedir. Pero, bueno, yo creo saber que no sirvo para un empleo como éste. Es trivial, es aburrido. Cada día lo odio más. No es culpa suya. Prefiero irme.

—Fredy, espero que tú sabrás las cosas mejor que yo. Lo lamento. Mira, déjame ayudarte a conseguir otro empleo.

—No, gracias — le contestó Derry —. Te me voy a arreglar. Probaré alguna otra cosa.

## Jabón ITTORGÉN,

SU BEBE ESTARÁ CONTENTO PRUEBELO Y LO ADOPTARÁ

—Pero, mira — dijo Bullard —, si es por dinero..., quiero decir que no tienes mucho dinero, ahorrado. No, si te conozco muy bien. De cualquier manera, no puedes ahorrar mucho con lo que ganas. Espera un minuto. Tengo mucho dinero; dinero mío, ¿sabes? ¿Qué dirías de un pequeño préstamo? ¿De acuerdo?

Se dio vuelta y trató de abrir un cajón en donde guardaba sus papeles privados. —No, gracias — repuso Fred. Sentía un nudo en la garganta. El viejo Bullard pestañeó y pestañeó detrás de los gruesos anteojos...

—Bueno, hazme saber lo que estás haciendo.

Se dieron la mano y Derry se marchó. Se sentó el Hombre arrastrándose hasta el hotel Séneca. Tomaron un trago en la habitación de Fred. Insultaron a la chica, al negocio y a todo el mundo.

—¡Al diablo con gente como esa perra! Dijeron que Boone City era un sitio maloliente. Terminaron el whisky. En el escritorio del registro de clientes, cuando Homer iba a retirar, Fred le dijo al empleado:

—¡Fíjese. Este es el señor Wermels, un buen amigo mío. Si quiere usar mi habitación en cualquier momento en que yo esté ausente, desde ahora queda autorizado para entregarle la llave. A veces está ausente, ¿verdad? —

Metió su codo en las costillas de Homer y éste sonrió devolviendo el golpe.

—A veces está borracho y necesita un lugar para descansar. Déle la llave en cualquier momento, y avísele al empleado que atiende por la noche. Pero si viene con una rubia, no se la entregue, y si es con una morena, tampoco. Sólo si viene con una pelirroja. Únicamente puede traer una pelirroja cuando venga.

El viejo empleado balbuceó unas palabras y se rió ante tal pensamiento (el no había cometido un pecado tal desde hacía ya casi catorce años).

Homer fue a gastarse cinco dólares en el Bon Ton Bar.

Una hora antes de que esto sucediera, en las Midway Drugs, una chica levántose silenciosamente de su banco en el bar. Lejos, bien lejos, en la punta; más allá de donde estaban las pajas para los refrescos, detrás de las filas de los menús.

Ella lo había visto todo; había oído lo que las otras personas habían dicho; escuchó lo que murmuraban las chiquillinas. Oyó el asombro y la sorpresa que expresaban.

Una chica pálida, joven, bien arreglada y nórdica en su andar.

Su nombre era Wilma Jacobson.

Ella lo había visto todo. Se retiró, caminando por entre el gentío de la calle Walnut. Trató de pensar qué podía hacer. Realmente, no sabía qué hacer; ¡Ella era tan joven, y también él era tan joven!

### XXXIX

Un hombre llamado Novak llegó y fué a sentarse junto a Al. Tenía la cabeza angosta y las mandíbulas salientes. Era de origen bohemio. Llevaba un globo y un alfiler con un ancla.

Al no tenía su cinta, la Cinta de la Estrella de Plata. Le resultaba algo molesto, pues todas las personas que la veían hacían preguntas y más preguntas, dema-

siadas preguntas; y se encontró con la sonrisa de otro hombre que también había luchado, pero que no tenía la Estrella de Plata ni ninguna otra clase de Estrellas.

John Novak sentóse y dejó el sombrero sobre las rodillas. Sus claros ojos verdes miraban solemnemente los de Al Stephenson y, cuando hablaba, su voz semejaba el canto de los grillos.

—Tengo un hijo de infantes — dijo luego —. Tal vez usted lo conozca. Está justamente donde termina la calle Cuarenta y Dos, al norte del Black Hawk Boulevard. Lo llamamos el Jardín de Infantes Novak. Mi padre era el dueño y yo lo ayudaba, luego me fui a la guerra. Mi padre falleció cuando yo estaba en el Pacífico Sur. No creo que usted recuerde..., hace años le vendíamos lilas a usted, señor. Mi padre y yo se las preparábamos.

Al Stephenson no se movió ni dijo las palabras que debía haber dicho. Habló su pensamiento dentro de sí mismo. Y eso era bastante curioso. ¿Había causado una impresión lo que Novak contaba. Las flores que cultivaban y la vida que llevaban, de tierra, despojos, basura, guano y cal.

La guerra que había visto él y que había contribuido a mejorar las buenas cualidades de la tierra en otros lugares. Todas estas cosas contó.

Sus fuertes manos chatas, tan limpias y cortadas. Comunes... Zapatos nuevos, de color negro, que hacían ruido, y las gruesas y peludas medias que había visto, pues se levantó el pantalón para que no se le formaran arrugas en las rodillas.

—¿Usted vio usted en el Pacífico?

—No, estuve en África, en Italia y en Alemania.

—Supongo que habrá sido muy penoso. —

—¡Ustedes la habrán pasado peor allí. —

—Bueno, la comida era bastante mala, a veces. Y las chichines... Dígame, ¿era usted mayor allí?

—Sargento. ¿Con quién estaba usted?

—En la Marina.

—Sí. Yo estaba en ese cuerpo.

Habló del verdor del trópico, de los árboles... John Novak pensaba en palabras que representaban la medida de todas las cosas que crecen.

Tenía en los ojos la clorofila de ese mundo verde. Era una pigmentación como la de las más frescas y lozanas hojas.

Habló de los pastos.

Una vez tomaron un pedazo de tierra (¡Ah, el pasto crecería tan rápidamente —decía él— en tierras como ésa! no podía olvidarlo). Tomaron ese pedazo de tierra y allí lo usaron para hacer agujeros y fué cañonero por la artillería de los buques antes del desembarco.

No le contó los detalles, ni cómo se arrastraron por el monte, pulgada a pulgada. No le habló del calor que quemaba sus encendidas pipas.

—enviando a los hombreritos mayones entre chillidos al canto de las llamas grasosas que los hacían retorcerse y patear, tratando de arrojar sus granadas de mano y morder hasta que las cenizas de su propio fuego los endurecía.

Pero, aun así, Al sabía lo que Gyrenes sabía. Ellos tomaron el lugar. Pintaron cada yarda con la transpiración del miedo; con la gordura que desaparecía, que se vaciaba de sus cuerpos cuando las balas



silaban y hacían impactos.

Tomaron el lugar entre llamaradas terribles que convertían en negra masa los pastos y los Zeros, masas secas que humeaban en el vacío.

—El lugar está vacío —dijo John Novak—. Duro y caliente como cualquier piso de cemento.

Esa tarde, mientras patrullaban a lo largo del borde, cuando los tanques aun dormían y losaños en la playa, mientras las lanchas de desembarco levantaban olas en la playa y las tropas desembarcaban, cansadas y sudorosas, dijo que él patrullaba la orilla con las cenizas crujendo debajo de sus pies. No parecía que pudiera creer algo allí después de ese infierno.

—¿Pero uno más que un japonés? Un tirador escondido en las desgarradas y torcidas palmeras. El hombre lanzase a la carga, herido, chorreando sangre y emitiendo chillidos como las aves.

—Uno de los nuestros mató al japonés —dijo John Novak.

—¿Pero dijo quién fue? Pero Stephenson creía serlo.

El gárgala saltó cien yardas o algo así; basta que, al caer flácido y débil, murió. ¡Un juguete marrón entre las cenizas y la tierra!

¡Y así comenzó el milagro!

—¿Y nosotros lo vimos? Lo dimos vuelta, lo miramos y habíamos muerto... No nos llamó la atención en ese momento, pues había muchos japoneses muertos por allí. Y muchos de los nuestros también yacían en los alrededores. Dejamos a los otros donde estaban. En ese momento teníamos mucho que hacer. Esa noche llovió como los días de demonios.

Y Novak pasó al lado de su propio japonésito... El segundo día el sol era abrasador. Volvió a llover torrencialmente, y el agua caía en la negra y aceitosa tierra.

—La próxima vez que miré —dijo Novak— vi un poco de verdor.

Volvió a examinar al japonés. Vió el brazo estirado e hinchado, y pasto verde entre los dedos.

Sol y lluvia... el fenómeno químico a través de las horas. La maravilla del calor y del agua. John Novak volvió y miró.

Y ahí estaba el pasto y estaba creciendo allí, extendiéndose, color esmeralda, entre los hinchados dedos, donde la carne estaba todavía fresca para que ciertos gustanos se alimentaran.

Y así germinaba el pasto... Con los pájaros y sus cánticos místicos en la selva mojada que los rodeaba...

—¿Pero cómo crees tú, señor Stephenson.

En cuatro días más, ese pasto estaba tan alto que cubría al japonés. Creció y creció. Ya no se lo podía ver tirado por allí.

Usted no lo creerá, yo mismo casi no puedo creerlo. El pasto, simplemente, explotó.

Las enredaderas pronto comenzaron a subir y aparecieron las flores. Así es como crece allí. Así es la vegetación. Es difícil hacerlo crecer, aun cuando uno mismo haya estado allí.

## XL

Cuatro mil dólares le prestaron a John Novak el ex ministro que tenía un jardín de Infantes que vendía plantas de lilas y cuyos ojos mostraban el verdor de las plantas.

John Novak llevó todos sus papeles, que estaban ordenados con método y limpieza en una caja de chocolates. Todas las cosas importantes de su vida, sus documentos, los guiones de las cajas de chocolates y luego las ataba con un piolín.

El tiempo pasaba; llenaron las fórmulas,

los cuestionarios. Los detalles, que eran tan complicados y que inundaban temer, cuando Al los explicaba eran simples.

El gobierno sería garante de la mitad del préstamo; dos mil dólares era el máximo. El banco tomaría a su cargo los otros dos mil, al cuatro por ciento.

—Esto queda sujeto —dijo Al— al visto bueno del gobierno. Estoy seguro de que lo obtendrá. Con seguridad lo conseguirá pronto.

Yo en su caso, no me preocuparía; tal vez dentro de una semana, dos quizá, o aun más. De paso le haré una apuesta. ¿Fuma usted cigarras?

Y apostaron un cigarro. John Novak jugó contra su propia suerte. Se reía, pretendiendo creer que no sabía ganar, ningún administrador del gobierno creía conveniente garantizar un préstamo.

Al Stephenson sentíase orgulloso. Pensó en su padre, en un tiempo gerente del banco. Los préstamos de carácter especial... El inmigrante de ojos esperanzados que ganó el primero y difícil dólar de otra comunidad.

Querido enterrarlo, plantarlo en la tierra, y hacer más provechosa su cosecha.

Al oyó contar una vez a su padre que en cierta oportunidad había prestado mil dólares a un hombre con sólo su palabra.

El pagará se firmaría más adelante.

Siguió contando que esa noche, la misma noche, cornéado por un toro. Los meses pasaron. Los hijos mozos de ese hombre vinieron al banco, entraron; se aproximaron. Dijeron su dificultoso discurso. Devolvieron los mil dólares con su interés al seis por ciento.

Estas operaciones sencillas, simples, resueltas, dando el aroma del trigo apenas cosechado estaba en el aire. Cuando las coloreadas manzanas estaban apiladas al borde del camino. Cuando el claro cielo brillaba sin nubarrones y los álamos recién crecidos eran la alegría. Y esto era así nuevamente. John Novak tenía en su mente el alivio del sol en sus praderas.

John le habló de sus flores. Los invenerados. Si. Vidrio. El sabía donde podría encontrarlo y también los nuevos invenerados. Y cañería para el agua, y otra bomba. De segunda mano, naturalmente, pero los caños eran buenos.

—¿Pero también el agua? —dijo mucho. Construiría también una nueva oficina, pequeña. Al lado del camino. Así los clientes no estarían pisoteando su terreno.

Le mostró fotografías.

—Aquí está el pequeño. Tiene seis años. No es lo suficientemente grande como para ayudarme mucho. Mi esposa, buena; está bien, es fuerte, me ayuda mucho.

—¿Si le habló a Stephenson? —¡Venga por allí algún día! Ella le preparará kolaches iguales a los que hacía mi tía Viokla.

Sus caras sonreían a través del negocio de baratijas. La mujer, de aspecto fuerte, limpia y alegre. Agradable como una ternera chispeante y alegre. John Novak, nunca vío, como cualquier toro, ni brutal tampoco. Pero con calma y sólida gracia. La semejanza a un dios de crema, gordura y trigo, con toda la vegetación en sus ojos.

Cuando Novak se retiró, Al juraba que olía a musgo y a flores de manzano. No se mezcló musgo y flores de manzano cuando se llenan fórmulas como ésta. No debían aparecer tales detalles absurdos delante de otros hombres.

—¿Quién es el fiador de este préstamo?

—preguntó el señor Prew, con su mirada vidriosa asaltando cada cifra y cada palabra que veía.

Y Stese vino a espiar. Ambos cloquearon. Había habido muchas cosas como esa

Murmuraron; juntaron sus cabezas. Y entonces, vinieron a inquisidor, dolorido y desaprobo, a inquirirle a preguntarle a Stephenson.

—Pero, ¿quién es el fiador de este préstamo? ¿Cuatro mil dólares! ¡Dios maldito hombre! ¡Usted no puede hacer cosas como ésta!

—¿Fiador? —repitió Al ("pues, cebada y flores de manzano; suficiente para cualquiera; el mejor seguro del mundo"). dijo estas palabras en voz alta (los demás para sí). Tiene usted dos mil dólares garantizados por el gobierno. ¿O cree que no he interpretado bien la Declaración de Derechos del Combatiente? Ellos garantizan la mitad del préstamo de los del tipo de Novak.

Al discreción del prestamista —declaró Prew, con Stese a su lado, mirando con tristeza y astucia.

—Por Dios, hombre. ¡No sé qué dirá el director si continúa usted así! Dos mil dólares del préstamo inseguro. Vamos a ver qué dice Latham. ¿Por qué no le pide uno?

Al se contuvo. Tiró un papel.

—Fíjense —dijo— para hombres como éste, una hipoteca es una desventaja. Cree que conozco a esta clase de clientes. Se lo que valen. El firmó esto. ¿Ven? Esta hipoteca como el agua. Compromiso de no hipotecar hasta tanto no haya cancelado el préstamo totalmente.

Prew sonrió con amargura y Stese intentó una leve sonrisa.

—No, no —respondió Prew—. Este papel, mi amigo, este papel no garantiza el crédito; dos mil dólares. Supongamos que Novak muere. Supongamos que tiene dificultades con los clientes. ¿Entonces? ¿Entonces entablan el juicio, obtienen la primicia y gravan la propiedad. Nosotros no tenemos una hipoteca. ¿No tenemos nada!

—Le he dicho —contestó Al, áspereamente— que no he pedido una hipoteca. Este préstamo está acordado, en lo que a mí concierne.

El resonar del metal se notaba en su voz.

—¿Soy o no soy el gerente de Préstamos Pequeños en este banco?

Stese se retiró, temeroso. Pero Prew quedase, y sus ojos miraban, brillantes y duros.

—¿Por qué sé qué dirá el directorio, pero cuando yo tenía su cargo usaba toda mi discreción en asuntos de esta naturaleza, y siempre consultaba antes de decidir.

La mirada fría y provocadora decía palabras más hirientes que las pronunciadas por los labios. La sombría censura de su tono.

Las palabras murmuradas de escritorio a escritorio y la entredadera de muchacha a muchacha. Los murmullos ahogados por el ruido de las máquinas de escribir o el de las palancas de las máquinas de sumar.

Las sonrisas y los comentarios:

—¿Bueno, ¿qué le dice? —Prew y Stese? ¿Está mirando? El señor Stephenson. Está enojado. ¡Dios, no me gustaría que el viejo Prew me mirase así alguna vez en mi vida! Si las miradas mataran:...

—¿Oiste lo que dijo?

Y así, Al se encontró nuevamente frente al escritorio del señor D.M.

Milton ordenó salir a su secretaria y le dijo que cerrase la puerta.

Golpeó con los dedos en el secante y comenzó:

—Mire, Alton; lo lamento, pero tengo que hablarle así nuevamente. Debo solicitarle que consulte con Prew en todas las operaciones como ésta.

Apretó un botón.

—Le voy a decir a Prew que aprobaré este préstamo, por esta vez. Ese para el señor Novak, que usted concedió el lunes pasado. Pero en el futuro...

Prew entró. Y Latham encontró algo que consultar, para poder ir lo que dieran en ese cuartito.

Milton apretó otro botón.

Apareció Steese.

—Ahora, todos ustedes —dijo Milton, sonriendo con frialdad— hagan el favor de escuchar. Esto es cosa de chicos. No pueden tener tanta desconfianza y malos entendidos. Quiero que comprendan que el señor Stephenson tiene amplia discreción en cuanto al otorgamiento de préstamos por pequeñas cantidades. Hasta dos mil dólares. Nada más que eso. Y sólo será responsable ante nuestro directorio, y yo recibiré aprobación en cuanto a sumas mayores, sin la completa aprobación de otro alto empleado de su categoría.

Dijo algo más. Pronunció la cansadora historia de:

—Arrimar todos el hombro a la rueda para que marche y...

Cuando todos los otros hubieron salido quedó Stephenson de pie indignado.

Y Alton. "Los Derechos del Combatiente" no autorizan a cualquier empleado de banco a conceder una jubilación o a distribuir libremente los fondos a todo aquel que los solicite.

—Dos mil dólares —dijo Al, pasándose la lengua por los resacos labios. Y bien, este es el caso de un hombre, un trabajador honesto, con una propiedad, ambición, familia; un sólido ciudadano. Uno lo llamaría la columna vertebral de la nación. Por cosas como ésa vamos a luchar. Le dan a uno un par de galones. Recibe un balazo en la cadera. Le sacan un trozo de hueso. Ha terminado. Y se va. Un dinero sólido. Si tal cosa puede ocurrir, todo lo que recibo son críticas por querer impulsar la ambición de un hombre como ése.

Este era un momento difícil en la vida de L. D. Milton. Tendría que enfrentar al directorio. Y decirles que Prew había tenido razón. Y que él, únicamente él, el presidente, se había equivocado!

—Necesitamos a alguien joven, que haya visto mundo; la guerra lo ha hecho muy tolerante...

—Es usted, no Steese..., le había dicho a Stephenson.

—Yo sé, lamentó Alton, pero no puede permitir cosas como ésta. Usted parece opinar que todo hombre que ha luchado en esta guerra es mejor que quien no ha combatido. Y que merece mejor trato y un mayor beneficio. Y...

Al Stephenson miró insistentemente a Milton.

—Sí, así lo creo —contestó—; ésa es mi forma de pensar.

—¿Ah, sí?, pues en el futuro haga el favor de obtener un fiador para nuestros préstamos —dijo Milton, tan enojado como Al.

Y de pronto, sin el menor deseo de prolongar una conferencia:

—¡Consiga fiador para cada préstamo!

## XLI

Días tras día, o de tiempo en tiempo, Fred Derry, ex teniente primero, ex bombardero del grupo 3-0-8, ex alivo, arduo, valiente y peligroso soldado, y ahora condenado a un desesperante servilismo, perseguido a posibles patrones.

El primero fue un trabajo de guerra... Lo subieron a una máquina. Le enseñaron el manejo de las palancas y el de los controles. Se compró ropa azul, adecuada y

una gorra. Sintióse completamente aislado de la existencia. No formaba parte de este estúpido mundo donde las mujeres negras hacían su trabajo mucho mejor que él el suyo.

Trabajó dos días. La segunda noche unos hombres lo esparcieron a la sala.

—Escucha, compañero; queremos hablarle.

Le hablaron y le dijeron lo que deseaban.

—¡Váyanse al diablo! —les contestó Fred—; es un trabajo legal. Lo conseguí el martes. Está en regla. Nunca conseguirán sacarme esos cuarenta dólares.

Se alejó, oyéndolos murmurar detrás de él. Tenía miedo. Percibió pasos acelerados. Y luego un vistoso coche verde y blanco. Un pequeño Ford con varios oficiales apareció al doblar la esquina. Los hombres que lo seguían se aquietaron. Los ojos caminaron con afectada preocupación y entraron en un fondón de la esquina. Los hombres detrás de los hombres, y detrás de los hombres venían las pistolas.

Al día siguiente, Gus, el capataz, se encontró con Fred en el lavatorio y se aproximó a él.

—Escucha —dijo Gus—, me resultas simpático y no quiero verte enredado en líos, ¿sabes? Ya sé lo que quieren. Es mejor que les pagues los cuarenta dólares. No me preguntes cómo lo sé. No me interesa. Tú puedes ganártelos trabajando fuera de hora. Trabajarás horas extras la semana que viene y te los ganarás.

—¿Y cómo los voy a conseguir, Fred? Pero creo que es todo lo que deseaba saber. ¡Hasta luego!

Colgó su ropa en el armario. Cobró su dinero. Y otra vez estaba libre.

—Trabajo de oficina? ¡Ah!, aquí estaba: un hombre editaba una revista. Alas del Oeste. Era una revista de ficción. Habló con Derry. Bueno, lo probaría. Gente con experiencia... difícil conseguiría. Y esta vez, tres días más. Fred Derry clasificaba fotografías, y metros y metros de pruebas. La oficina, sofocante y cerrada. Un nombre nuevo sobre la puerta.

Y una vieja señora, renga, para atender el teléfono.

—Alas del Oeste —dijo Fred—. Suena a fantasía. Como una revista de novelas. Estuve pensando en eso, Mr. Heath. ¿Por qué no cambia el título? ¡Llámenla *La era Alada*, o algo parecido; ¿qué opina usted? —¡Está bien, deméncelo! —dijo Mr. Heath—. ¡Cuando desee sus consejos se lo comunicaré! ¡Ah!, y otra cosa: sufro mucho a consecuencia de los resfriados. Soy muy alérgico. No puedo soportar el humo del tabaco. Debe dejar de fumar mientras trabaje aquí.

—¡Maldición, ¡qué genio! —se dijo Derry—. Conozco uno mejor. ¿Por qué no me voy de aquí?

## XLII

—¿Contador? No. No yo sé llevar las cuentas de nadie.

—¿Diseñador aeronáutico?... ¿Qué es un diseñador, un cajetino, un comprador, un carnicero, un contador?

—¿Por qué no ser entonces joyero, pinche de cocina, lustrador de muebles, operador de tornos, tintorero o tipógrafo?

—¿Por qué hacer creer que soy cerajero? —(El amor se le burlesca al amor.)

—Empleado de hotel, linotipista, o simplemente haré ver que soy un Hombre.

Hombre experto, que tenga auto, se necesita. Hombre con camión. Hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años de edad. Hombre que tenga interés en aprender la

## Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer maderas "La Moderna", con la que usted puede obtener fácilmente hasta \$ 300.— mensuales. Le compramos las máquinas bajo contrato y le enseñamos gratis su manejo. Visite a su solicitante, fíeles ilustrados. Venta de hilados y medias. THE KNITTING MACHINE CO. Solla NY 482 Buenos Aires

industria de la madera: ¡Gran oportunidad!

Hombre para repartir la ropa de un lavadero...

—¿Lavaré la ropa la abuela y la arrastrará por las calles adelante?

—¿Quiénes son los infamiosos que exclaman:

—Un hombre! ¡Daría yo mi reino por un hombre!

—Entonces será embalador, despachante de aduana o empaquetador.

—Dime qué quieres ser!

—Oh, enlaza tus piernas,

Enlaza tus piernas,

Oh, enlaza tus piernas en el Hombre de la Luna.

Quisiera que todas las Waits fueran blancos conejillos

Y yo poder enseñarles malas costumbres.

Recordaba la melodía con una tristeza que tenía pesado eco dentro de su alma.

—Un día, una muchacha, las horquillas desparpadas sobre la sábana marcaron la piel.

—¿Y dónde están los cien dólares del Tío?

—Aquí están!

—Romperé el sobre y cobraré el cheque, pagará la cuenta del hotel. Compré una botella y los regalos. Iré a ver a Hortensia y a mi padre.

—Les llevaré maíz salado y ginebra, y lo dejaré ahí, sin llevarme nada, y me iré por pocas ganas de volver a pisar el lugar.

—Con buena suerte alcanzarán la costa de Limey.

—Acuéstate y lee. Lee novelas policíacas y olvida los muchos libros que debieras leer.

—Acuéstate en el suelo cuando llegue Homer, cédele la cama, y déjalo murmurar y roncarse.

—¿Está piando dentro de la alfombra? ¡Rompa el caloroso sobre el piso y oíré como el caloroso viento cómo hace mover las cortinas.

—El viento cuenta historias amargas al soplar sobre los techos oxidados.

—Homer, bañado en sudor... soñaba con torpedos, y cómo, cual pescados de lata, lo perseguían...

—¿Otro Homer? Hace tiempo, en el colegio, aquel bulto de los grandes ojos ciegos y cabellos de mármol.

Y entonces recordaba la Odisea de Homero.

El lúgubre reportaje y las palabras del periodista:

Todos los demás aviones fueron derribados.

Es una tarde de octubre, dos fortalezas averiadas regresan a su base. La gente maldecía mirando al cielo con ávida mirada.

Rojas, muy rojas son las llamaradas. Los "17" están aterrizando.

El humo se escapa desde los alerones y deja estelas largas tras ellos.

—¡Esos bastardos tuvieron suerte hoy!

Así dijo Homer, que era uno de los dos pilotos.



"¿Nunca he visto tantos cañones anti-aéreos juntos!"

"Con mis claros ojos nunca he visto tantos combatientes ni precipitarse tantos aviones."

"¡Sí! ¡Nosotros dos hemos regresado, pero todos los otros aviones fueron derribados!"

## XIIII

Hizo todos los trámites necesarios: llenó formularios, llevó sus documentos, sentóse delante de cuatro escritorios distintos, contó su historia, contestó preguntas...

Y ya estaba harto de todo eso. La Administración de Veteranos; el Servicio de Empleados de los Estados Unidos. La gente le hablaba; su nombre estaba escrito a máquina en los expedientes y en tinta en los ordenados ficheros. En su interminable recorrer de escritorios y oficinas no encontró malhumor ni aburrimiento comparables al suyo.

Más tarde, en el lecho, volvió a recordar los rostros que había visto; la cara molida del hombre de la risa sonora, el que había perdido una pierna en el Marne, había ya veintisiete años; el rostro bonachón, la faz cansada, de mártir, del hombre que cargaba sobre sus espaldas y su corazón todos los males de sus clientes y que hacía todo lo posible para aliviarlos.

Su misma paciencia tenía ya harto a Fred; la blanca humildad de las monjas que él había visto en los pequeños loros en el Asilo de Huérfanos de Guerra, pero que de todos modos no podían hacer nada por él, porque la deformidad no estaba en su exterior, sino que también estaba dentro del alma.

—Veamos lo que tiene que decir. Tío... Veamos este párrafo, el número siete..., en este folleto.

—¿Usted quiere la asistencia de un psiquiatra, pero, de todos modos, si yo fuera usted, no me preocuparía más por este asunto.

—Veamos ahora..., ¿dependiente en un negocio donde se embalsaman animales?... ¡Cada uno de los que le gustaría ayudar a embalsamar!"

Le ofrecieron cigarrillos; un día fué con dos de ellos a almorzar y hablaron de la guerra.

Uno de ellos había volado muchos años antes y conoció a Spaatz cuando éste no era más que mayor. Conoció también a Arnold, pero no a Benedict ni a Ifap.

Contaron sus historias; hablaron de sus parientes...

Uno había vivido a dos cuadras de la casa de Derry, pero ninguno de ellos, a pesar de todos sus esfuerzos, pudo hacer nada por él.

—¿Está bien?

—Es usted una persona muy difícil. ¿Por qué no va a la escuela?

—¿Con un montón de chicos? — preguntó Derry—. Lo siento, pero ya no estoy para eso. Termine con la escuela cuando me preparé para la lucha. Estoy seguro de que me sentiré cómodo entre ellos. No soy un tipo muy fraterno.

Hicieron lo posible por convencerlo, pero no lo consiguieron.

Día tras día, y de un sitio para otro, caminó Fred Derry.

Estuvo en distintos lugares y nadie lo rechazó, ni lo tuvieron por descontento ni por loco. Él sabía muy bien que todos esos defectos y se azotaba a sí mismo con el blando látigo de la comprensión.

Sentía que se estaba endureciendo interiormente y que semana tras semana se hacía más estúpido.

No había visto en Boone, ni en todo el ancho, suave y tibio mundo civilizado,

lugar alguno donde pudiera colgar sus condecoraciones.

Y él era un aviso en todas las puertas, que decía en grandes letras negras:

"NO SE ACEPTAN BOMBARDEROS."

Y pensando cosas como ésa, sentía siempre — penitente de apretados labios — los golpes del látigo con que él castigaba su carne.

Por eso pasaba sus noches en los bares.

Cada vez le importaba menos el alcohol. Había encontrado aceptable beber durante la guerra, pues le hacía olvidar, pero ya en casa no era lo mismo.

Fred hizo sonar sus monedas en el mostrador. Un mozo le trajo una nota escrita en un trozo de menú.

—Dígame, en el comedor, me dijo que le diera esto.

Leyó las líneas escritas apresuradamente con una letra que no conocía.

"Lo vi en el vestíbulo cuando entramos. ¿Dónde ha estado? Estoy con un hombre que es bueno conmigo, pero yo lo amo a usted. El salió a comprar cigarrillos... ¡Oh...! ¡pero así viene...!"

—¿Quién es "P. S."?

—¿Quién es "P. S."?

Caminó hacia el comedor y vio sentada a Peggy con un marino, de los submarinos esta vez. Brillaba más hermosa y llena de vida que todas las cortesanas de la historia. Con su cabello dorado era la mujer que todo hombre desea; la mujer que lo conforta, la enfermera que lo cuida, la hermana que le habla de la Luz y que le hace sentir una Paz y una Voz.

Volvió al vestíbulo y le mandó una nota, diciéndole que la aguardaba junto al ascensor, que fuera cuando pudiese.

Le esperó preocupado y nervioso. La leyó día la noche. Por fin llegó ella. Subieron a la terraza sin decirse nada, con las manos unidas.

—¿Quién es el marino que estaba contigo? — preguntó Fred.

—Es Marty Warren; lo conocí en la escuela... Y qué pícaro es el pequeño Marty... Tengo las nálgas marcadas con sus pellicles y ya estoy cansado de estar sentada de costado en la silla.

—Te llevaré a tu casa — dijo Fred.

—No, cielos, no; habrá una escena y Marty está bastante mareado. No, no te preocupes... ládra, pero no muerdes.

Caminaron por la terraza. Antes había un jardín en ese lugar, pero ya no estaba. Se apoyaron en el parapeto, tratando de divisar el campo, más allá de la ciudad.

Sintiendo sobre ellos la luz de la luna se abrazaron y sus bocas se unieron.

Todos los deseos vivían en Fred y todas las apuestas estaban en la muchacha.

El la abrazó, tratando de retenerle, le dijo: —¿Créeme, esta noche podrá ser!

—¡Oh, Fred querido, besémosnos una vez más!

Se besaron nuevamente: esa "una vez más" fue larga. Cuando se separaron estaban al borde del llanto.

—¿Por qué lloras, querida? — sollozó la muchacha. — Debés decirme lo. ¿Qué pasa contigo o conmigo? No has venido a verme, no te he vuelto a ver desde aquel día.

Su rostro y su voz hacían daño...

—No es tan lejos — dijo ella —, alrededor de cinco millas. El cartel dice Cherry Hill, pero no hay otro cartel con ese nombre... y puedo dejar caer pedazos de papel para que te sirvan de guía... y de voz sonaba agria, con una risa amarga, mientras le indicaba el camino:

"Al oeste, Grand, y tomas el Highway 17". ¡Allí hay una curva y el puente después.

Describió el camino y lo imprimió en el blanco papel de la noche, e hizo indeleble el mapa con las lágrimas que no debía deramar.

Fred tomó su mano y vio la luz de la luna sobre ella, brillando en la piedra de su anillo, que parecía hecho con el mismo metal de que estaba hecha la muchacha. La luna arrancaba a la piedra destellos que le lastimaban la vista.

El mismo.

—Escúchame, debes tener más dignidad y hacer más difícil tu conquista.

—No, no quiero — dijo ella —. Déjame de tonterías y aritméticas. El mundo ha cambiado y estoy harta ya de temer a cosas como ésta.

El se detuvo un momento, como buscando las palabras que debía decir.

Trató de encontrar en sí mismo una honestidad como la de ella. Con frases entrecortadas habló de su egoísmo, de todas las enfermedades morales que lo infectaban.

—¡Oh, Cristo — dijo —, cuando volví todo estaba cambiado. Nuestra pobreza, nuestra rudeza me vencieron. La tristesza, la ignorancia, porque yo soy triste e ignorante, pero éste es el hogar en que me crié, la clase de gente que éramos. En Inglaterra, bueno, allí llevábamos una clase de vida diferente... Fue la primera vez en mi vida que pude hacer todas las cosas que siempre había soñado hacer. Nos pagaban bien. Tuve algunos amigos ingleses y anduve con ellos por Londres.

"Después perdí todo mi dinero. Tú no sabes lo que eso significa, porque has tenido siempre lo que has querido: ropa, una casa decente... No, no digas nada. Yo sé que quieres decir, que hay miles de personas que no tienen un chelín, y que a pesar de ello conservan sanas sus almas. Muy bien por ellas; pero yo..."

"Mi padre y su segunda esposa me hacen sentir solo a pesar de estar junto a ellos, y esto no me ocurre solamente a mí; a ellos les pasa lo mismo; están conmigo y se sienten tan incómodos como yo. En cuanto a la guerra, yo sé que me casé, tal vez algún día me sea libre de ella... Le di dinero y le ordené buscar un abogado para terminar con todo. Tal vez ya lo haya hecho. No sé nada al respecto."

Se volvió y miró el resplandor de los cielos luminosos. Peggy lo siguió hasta el parapeto... Fred volvióse nuevamente hacia ella.

—Es tan confusa la forma en que hablo, Peggy; no sé adónde voy ni cómo voy a vivir, ni qué voy a hacer... Estoy loco por ti, daría la vida por que esto fuera posible... Pero no tengo trabajo, nunca aprendí a hacer nada, excepto a arroj bombas.

"Conozco un bombardero como la palma de mi mano, pero; ¿de qué me sirve aquí?"

"Volví a mi empleo anterior, pero tuve que abandonarlo. Intenté hacer algunas otras cosas y no conseguí nada."

"Me da igual, no sé adónde. No puedo pedirte que vengas conmigo. No sé adónde iré, ni cómo voy a vivir, ni qué comeré, ni siquiera sé si comeré."

"No puedo volver a la guerra. La paz está cercana y, además, ¡esos malditos médicos! Esos diagnósticos que ellos hacen, tú sabes; que mis reflejos no están bien...; que nunca más podré bombardear."

"¡Están locos! Todavía puedo bombardear cualquier blanco y colocar una carga de bombas donde quiera. Pero, ¡no, no, no! ¡Tienen razón, ya no sirvo para nada!"

Se inclinó y la besó. Las mejillas de Peggy estaban húmedas.

—Antes de que te vayas quiero que me prometas que alguna vez volverás a verme. Si algo ocurre, cualquier cosa que cambie tus planes, que te haga sentir en forma diferente, ¿volverás?

—Seguramente — murmuró él —. Bueno, bajemos y veamos si se ha sumergido el bismarino.

Pero el teniente Warren no se había sumergido. Los aguardaba al lado de la puerta llena de gente. Y se alejó con la muchacha mirando a Fred.

## XLIV

Dios encendió sus fuegos de artificio en el cielo. Los truenos estallaron como cañonazos y las nubes se partieron dejando caer el agua a torrentes; las lluvias de julio lavaron las desiertas calles de la ciudad de Boone.

La gente que poco antes estaba sentada en los vestíbulos de sus casas entró apresurada para no mojarse.

Los programas de radio resonaban aburridamente a pesar de la tormenta de verano. Evocaban ecos marciales. Jefferson. The Yankee Doodle; ¡era el Día de la Independencia!

Y los padres narraban a sus hijos cómo festejaban el Día de la Independencia cuando eran niños.

Homer Wermels se aburría en la entrada de su casa. Tomó una aspirina. Al fin, cansado, entró. La casa estaba tranquila. La radio se oía suavemente, olvidada. Toda su familia había salido y Homer estaba solo en el Día de la Independencia. Los truenos resonaban, el cielo estaba gris y los árboles meclan sus húmedas copas.

A las cuatro de la tarde salió nuevamente al vestíbulo. En ese momento vio agitarse en la puerta de la casa vecina una brillante cabellera.

Vació, pero de pronto decidió y fue hasta allí. Hacía dos semanas que no iba y ahora que estaba solo podía ir.

Tal vez no dijera cosas amargas; tal vez los demonios que andaban en su alma no desataran la lengua nuevamente. Fue. La quería mucho; no para casarse con ella; no estaba preparado para eso. La deformidad de su cuerpo había impedido que su mente madurara.

Pero sentíase cómodo en su compañía, quería que ella fuera su guía, ahora que se arrastraba por un planeta solitario, sólo él también...

Ansiaba la presencia de Wilma Jacobson más que ninguna otra paz ni promesa que pudiera desear.

La lluvia humedeció sus cabellos. Las nubes se espesaban en el cielo plomizo. Era un día para recordar a los valientes que lucharon sin saber que se convertirían en héroes legendarios. Sus rebeldes corazones condenados a ser venerados como santos; vestidos de encaje para adornos de los calendarios, confundidos con Jesús, llamados Conservadores.

Era un día para venerar a Valley Forge y a Paul Révere; para dejar huellas sangrientas sobre una nieve imaginaria; para que resonaran fervientes campanas en Filadelfia; para morir en la cubierta del John Paul Jones.

El día lluvioso en que Homer Wermels fue a la puerta de la casa de los Jacobson. Un día húmedo; un día cálido; era julio y no había nieve para dejar sus huellas sangrientas en ella.

Ascendió los escalones y abrió la puerta. La miró y ella sonrió. Le pareció que la había consolado y vio que dejaba un libro a un lado, debajo de una almohada. Homer otros libros más, dispersos a su alrededor.

—Hola — dijo Homer.

—Hola — contestó ella.

El dijo:

—Está lloviendo tanto y... Si, mi familia ha salido, fueron a visitar a mi tío Ole. ¡Espero que no se estén mojando ahora!

Cada vez llovía con más fuerza.

—¿Que lees? — preguntó Homer.

—Nada — el rostro de ella estaba pálido —. Nada, Homer — su voz hacíase más y más tensa.

El se acercó y vio un libro sobre la mesa. Levó el título:

"ESTUDIO SOBRE LA..."

—¿Estás leyendo...? ¡Tú! ¿Leyendo esto?

—No, no, Homer, de verdad. Es un libro que tenía y...

El acercóse y ella retrocedió; no iba a pegarle; sin embargo, ella se retiraba temblando como si lo creyera.

Tomó el libro que ella había ocultado debajo de la almohada:

"EL CEREBRO DESDE EL MONO HASTA EL HOMBRE".

—¡Tú, leyendo libros como éstos? Ataxia locomotriz... Entonces, ¿crees...? Aspiró aire como si se tratara de un gas letal.

—"El cerebro desde el mono hasta el hombre". Entonces, ¿eso es lo que crees de mí? Una especie de mono, ¿verdad? ¡Vete al infierno! Me imagino lo que estarás divirtiéndote; sigue leyendo... ¡Si sigue, sigue divirtiéndote!

Ella no dijo una sola palabra; no pudo decir nada. Sólo había vivido dieciocho años y tan pocos años no le habían enseñado lo que debía decir en parecidas circunstancias. Ocultó su cabeza en los almohadones; no era agradable cuando lloraba; no sollozaba simplemente, chillaba.

El sentía que en ese momento la odiaba. Al fin ella levantó su rostro pálido, surcado por las lágrimas, y gritó:

—¡Oh, vete! ¡Por Dios! ¡Por qué no te vas?

Y se fue, vacilando, arrastrándose, hasta la puerta de su casa. Sapos y cualebras salían de su boca a cada palabra que masticaba.

Tomó su impermeable y trató de llamar un taxi por teléfono, pero no había ninguno desocupado.

Y se arrastró por la calle, olvidando al fin su impermeable, mientras en el cielo, al que se habían ido empolvados Jefferson, Washington y John Paul Jones, seguían resonando los truenos.

## XLV

La carta fue arrojada. Derry puso sus dedos sobre ella y esperó medio segundo, rezando. Tenía un jack y un cuatro. Levantó la esquina de la carta.

"Un seis", pensó primero, porque lo vió al revés. Pero no, era un nueve. Nueve y catorce eran veintitrés.

—Perdi — dijo con voz sin expresión. Y se arrastró por las dos fichas azules.

Fred Derry contó su pequeño capital. De diez dólares le quedaban cuatro. "Voy a arriesgarlos todos juntos. No, mejor jugaré dos y así tendré otra oportunidad".

Y entonces tuvo una idea. Vió el jack y destrozó ansiosamente las cuatro fichas. Esperó. La gente a su derecha servía cartas. Él no podía pasar dolores mirando a ese hombre había ganado los dos manos. Algunas personas tenían suerte; la suerte que él no tenía esa noche.

Miró sus cartas: un diez y un dos. Pidió otra carta; una reina, y volvió a perder.

Fred escuchó los murmullos... El hombre que estaba ganando decía: "El hombre

## REPARACIONES Y AJUSTES EN AUTOMOVILES Y CAMIONES

Tratado completo, claro y preciso. Técnicas reparaciones, motores, explosivos, empujados, fórmulas, cables, terminales, válvulas, carburación, estudio, funcionamiento, fallas, diagnóstico y reparaciones, lubricantes, motores, etc., etc. Muy ilustrado, en tela, precio \$1.00. A pagar en delivery. C. r. 5 2130.

### A. WARD

Casilla de Correo 1649, Buena Vista, o personalmente; Tolucahuano 418 o B. del Estero 1519 - Ds. Aires

—¡Hay días en los que uno no gana un centavo! — y lo decía cada vez que ganaba; con tres montones de fichas delante de sí.

Lo bueno de este mundo no había sido hecho para que Fred lo gozara. Había tenido suerte el día anterior y el otro.

Estaba vivo. Había vuelto a Boone. Había vuelto, ¿para qué?

Había vuelto a las Midway Drugs; y todas las monedas ganadas por otras manos, por otros hombres, convertidas en billetes de un dólar, de diez y de cinco, todos los días, las diez. El debía custodiar el dinero que era trasladado al Cornbelt Bank, con su revólver, un viejo "38", pequeño, misero, pero que aun podía matar a un hombre como un fusil alemán sabía hacerlo. A veces deseaba que le perteneciera todo ese dinero.

Y cada sábado. Fred cobraba sus treinta y siete dólares con cincuenta centavos. La Fred divagaba... Si, el alquiler estaba pago; faltaba el lavado, llamadas telefónicas y varias tonterías más. Tenía pago hasta el sábado y estaban a míseros. Podía arriesgar veintiseis dólares; toda su riqueza en el mundo. Y tratar de recuperar lo perdido.

Pero no... Tenía que comer. Los charcos negros reflejaban las luces en la superficie. Todavía se percibía el lejano murmullo de la tormenta que se acercaba. Más fuegos artificiales del cielo, en el Día de la Independencia.

Fred llegó a su casa con el estómulo de baldosas grasientas y pidió al portero la llave de su habitación.

—Mr. Derry. Ahí está un hombre... — señaló. El hombre que aguardaba se levantó.

—¿Usted es Fred Derry?

—Sí.

—¡Aquí tengo algo para usted! El hombre puso un papel en su mano y se alejó.

—Lo siento — murmuró el portero —, despierte que no sea una mala noticia... Fred desplegó el papel y leyó.

El mundo parecía iluminarse con una nueva luz a su alrededor. Era tan simple... el proceso de la ley...

—Oh... — exclamó el portero —, ¿no es una mala noticia?

—Me voy a divorciar. Mejor dicho, ella se va a divorciar — las palabras se agolpaban en su garganta —, pugnan por salir. El no intentaba detenerlas.

—Dice que si no me presento ante la Corte será juzgado en ausencia y le concederán el divorcio. Y yo no me voy a presentar.

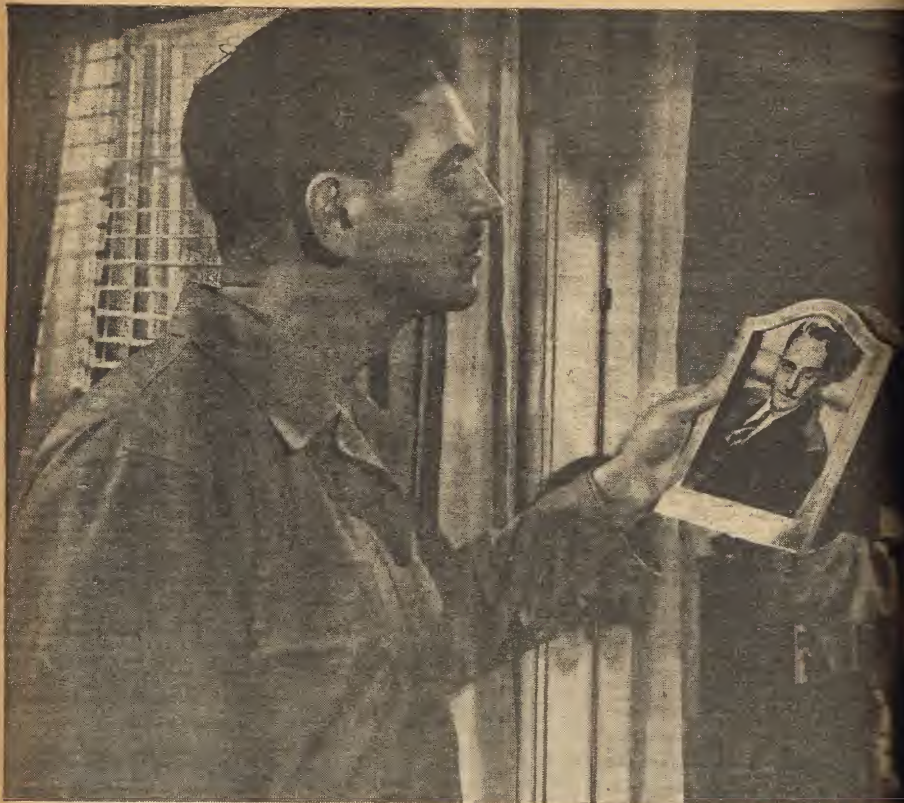
Cruzó de nuevo el vestíbulo, sintiéndose liberado.

El aire, afuera, era como un tónico con gusto a nuez moscada. Sentía el sabor del jengibre de sus años juveniles y lo saboreaba con alegría.

"No siento más libre que antes; me siento libre por algo grande y bueno. Tengo que hablar con Peggy. Estoy cansado, pero eso no importa. Falta poco para las nueves. Hay tiempo. Iré hasta allí".

Se movía como si sus pies fueran de





goma, como si tuviera resortes en los talones, como si hubiera dejado de ser la misera rata, como si fuera un venado, y sentía los relámpagos que estremecían el cielo.

Encontró un coche y dirigióse al oeste. El conductor le hablaba del tiempo, pero Fred no se sentía con ganas de conversar, aunque, de todos modos, sonreía.

Tenía la sensación de un amanecer. Pero que amanecer, si él no tenía trabajo; quizás obtuviera alguno, sin embargo. Nervioso, loco, sonriéndose a sí mismo, sintiendo que los truenos eran un aplauso para su alegre locura. Así hizo el viaje.

Sabía el camino. El mapa que ella había trazado estaba en su corazón. Tantas cosas lo habían detenido: miedo, vergüenza, duda, sospecha. Y ahora, en éxtasis, habíase liberado de ellas y había dicho al conductor adónde debía ir.

—Al oeste de Grand. Cruce el puente de Elk Creek. En Highway "17" doble a la derecha.

—Seguro —dijo el conductor—, ése es el camino para ir a Highland.

—Sí, el camino a Avalón. Debe doblar nuevamente a la derecha, seguir la ruta del río y sobre la colina, el primer lugar a la izquierda. Hay un indicador.

Una chapa colante como la de cualquier posada en Bedfordshire. El conductor se detuvo. Caían gotas de los árboles y todavía brillaban los relámpagos en las colinas del oeste.

—Dos con veinticinco.

Fred Derry pagó, y le dió al chofer treinta centavos, aunque hubiera deseado darle más.

El taxi se alejó.

Fred no sabía cómo volverse a su casa. Quizá (y se sonreía ante su presunción) ella lo condujera. Crujió la grava del camino bajo sus pies, y entonces vió los autos, negros, marrones, grises, verdes; de distintas carrocerías...

La casa estaba vestida de luces. Fred podía escuchar la música —Artie Shaw—; reconocía el estilo.

Se detuvo y sintió que todo su entusiasmo desaparecía lentamente. Claras, las ventanitas esparcían su brillo y había per-

fume de verano por todas partes. Y así brillaba en el vestíbulo. ¿Más invitados?

"Oh, esperen, por favor, esperen; no es ella, es su familia la que tiene invitados".

"McDuff" apareció, gruñendo, con su pelo húmedo.

Derry lo llamó; el perro se acercó agitando la cola y dejó impresas sus patas en el pantalón de Fred. Siguió al perro y detrás de él aproximóse a la casa.

No habían corrido las cortinas en las ventanitas. No ocultaban su alegría a los buhos ni a las ratas que espían desde la oscuridad.

Derry se detuvo a mirar los pañuelos de encaje, los trajes brillantes, y a escuchar la risa que resonaba en el salón.

Se sentía como un vagabundo, como un mendigo, ahí, de pie, estrujando entre las manos su sombrero.

Las ventanitas, abiertas de par en par, resplandecían de vida y de luz...

El salón, con todas las arañas encendidas y los jarrones llenos de flores. Las mujeres hermosas y las parejas que dan-

contró el químico. Las luces quedaron atrás y el pequeño perrito también.

A zancadas, contra el viento impregnado por el perfume de las plantas, caminó una milla; sus zapatos húmedos, llenos de lodo. Llegó al asfalto y tomó la ruta por la cual había venido.

No había ahora ningún taxi que lo llevara. Caminó otra milla. Allí subió a un carro y fue hasta la Cuarenta y Seis y Kiowa; esperó en la esquina hasta que llegó un ómnibus, y mientras viajaba, pensó:

"¿Quisiera que esa gente que se divierte en Cherry Hill pudiera ver a la gente en Flight Lieutenant Grace; al viejo mayor-domo con sus cabellos plateados, al mariscal Ackerson y a todos los demás, la pequeña condesa, la estrella del teatro.

"Oh, cómo quisiera que nos hubieran visto debajo de las mesas cuando venían los bombarderos. ¡Por Dios! Una vez he vivido..."

Y así trataba de desahogar contra la única muchacha a quien una vez había amado, aunque en verdad no lo sintiera así. No podía odiarla, ni corregir sus defectos, que lo impulsaban a una envidia amarga. Sólo odiaba su falta de carácter, porque había estado tan cerca de ella y sin embargo había huido atemorizado.

Por fin hallóse en su cuarto, donde su espíritu atribulado pudo descansar y su cuerpo lavarse. Limpió los zapatos, los puso a secar y vio la ruina del traje que usaba.

Apagó la luz, abrió la ventana de par en par y nuevamente oyó el agua que corría por la canalleta.

Estaba tan nervioso que le parecía que nunca había dormido. Y la cólera explotaba en su cerebro espantando los pensamientos agradables que se le ocurrían.

Se durmió. En el refugio del sueño volvió a vivir dos años atrás, en el pasado. Estaba en el frente, en el cuarto, volvió a verse con máscara y uniforme de vuelo, con los paracaídas. Y nuevamente volvió a apuntar. A dejar caer las bombas. Volvió a sentir el misterio de la desaparición de tantas personas amadas.

## XLVI

"Muy alto, en el aire. Más alto que nadie; diez hombres entrenados, preparados para bombardear; diez hombres envueltos en duro metal. Otro bombardero de la Fuerza Aérea, secretos los números del escuadrón y de la posición. Los fusiles."

"Primera interrupción; faltaba la alimentación (algo se incendiaba. ¿Te quedas tú, Bailey?). Alguna pieza rota, falta de municiones, falta de esto o de aquello; algo que fallaba o que se rompía; el arma fuerte, que antes nunca se había roto y que ahora se quebraba.

"Y ninguno fallaba, ni tú ni ninguno de los otros.

"Nadie de vuelta a la base. Ni ninguno que los sustituyera ni nadie que les deseara la victoria. Ni el hombre ni la mujer que en los Estados Unidos habían construido las piezas para el fusil (¿era tu paracaídas el que se incendiaba?).

"Yo te diré cómo sucedió, tal como los otros ojos del escuadrón lo vieron, aunque realmente, joven Bailey, poco fue lo que pude ver, porque tenía demasiado que hacer.

"Todavía volaban en perfecta formación, cerca de las puntas de las alas de los otros. El bombardeo ya había terminado y docenas de fogatas aparecían debajo de nosotros.

"Entonces se volvieron: diez soldados, los vivos y los muertos, con cuatro má-

quinas dormidas, y una de ellas dejando una estela de llamas (¿fuiсте tú quien se quemó? ¿Si no fui, tú, ¿quién fue?).

"Te quedaste envuelto en llamas, mientras los demás se marchaban, manteniendo la formación. Volvieron antes de que el "B-17" terminara de caer.

"Era tu paracaídas el que se incendiaba, ¿oh, Bailey, muchacho?).

"Uno de vosotros se estrelló contra el suelo; siete paracaídas blancos, gloria de la mañana (lírios de Francia el Cuatro de Julio, sobre Nantes, la pobre, ¿Oh, lírios de Francia! ¿Oh, prisioneros tristes tragando amargas lágrimas!).

"Los paracaídas eran glorias de la mañana. Pero uno estaba quemándose, una pequeña llama estaba devorando la tela de seda.

"¿Quién era el que no había esperado lo suficiente?

"¿Quién era el que había movido su mano demasiado ansiosamente?

"¿Quién era el que había tirado de la anilla demasiado pronto, había hecho que se abriera antes de tiempo y besara el fuego?

"El paracaídas de alguien era como una rosa roja; ¡el paracaídas de alguien y su vida caían confundidos sobre Nantes, desde los veintidós mil pies de altura!

"Seis de vosotros, ¡seis de vosotros! hacíandose durante todo el descenso de las cuatro millas hasta el suelo.

"(Bailey, ¿quién se quemó?).

"Esta es la forma en que yo siempre te recuerdo, caminando rápido y desmenuelto.

"Esta es la forma en que siempre te verá, con tu rostro rudo, con la boca fruncida y tu expresión despierta. Caminando en la base con las barras doradas en tu chaqueta, siempre con tu aire infantil, fanfarrón y alegre, siempre tu hamaca con su arrugada manita gris; siempre las rubias de pie en la pared; la lengua demasiado suelta y siempre alguien arrojándote de la cama decías Heil! con un saludo cómico. Cayendo!... ¡Cayendo sobre Nantes! (Dime, oh, Bailey, ¿quién se quemó?).

"Cayendo sobre las alambradas, tú, que decías Heil! con un saludo cómico. Cayendo sobre el Achtuna y el Blitzspiel, de los que te burlabas.

"Seis de vosotros arrastrados por el viento, tres muertos en el avión, y otro, flor solitaria, incendiado.

"Si alguna vez, desde las nubes sobre esta tierra que nosotros seguimos bombardeando, tú, invisible en sin forma, tú, el llamado "Perdido en Acción", nos ves y nos oyes, pregunta las nuevas y yo te diré:

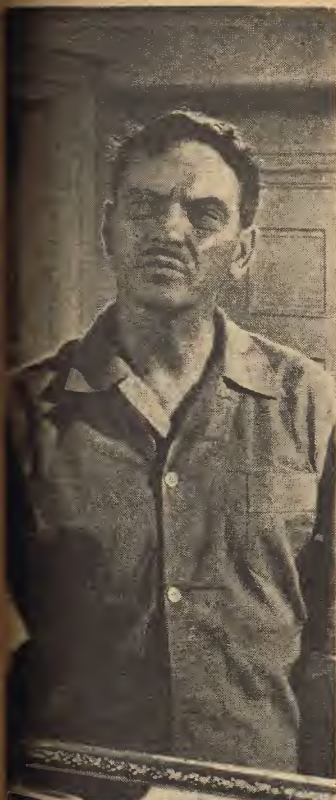
"Driscoll sólo cumplió veintidós mil años.

"Webb está en casa. Webb se ha llevado de recuerdo su pistola. Está vivo y ha vuelto a Texas. Springstun está todavía con nosotros, y Bower y Greene. "Whiskey" y "Whiskers" viven con Green, la drando y agitando sus colas debajo de la cama de Greene. Y él les da su comida. ¡Cajaja, cajaja, cajaja!

"Othás está contigo, y también Scott, en la nada; Bailey, ¿quién se quemó?

"Y así pensaré, silenciosamente, sentado en Briefing; así me preguntaré, mirando los mapas. ¿Cómo ocurrió lo que ocurrió? ¿Cómo pudo ese Messerschmitts hacernos eso?

"Hitler gritaba diez años atrás, nuevo canciller del Reichstag, y el Reich, y tú en las ilimitadas llanuras de Kentucky jugabas con bombas y los Cuatro de Julio. Hitler era algo remoto, nada más que un nombre en los diarios, esos diarios que nunca lees a tu edad.



zaban, los hombres que bebían; uniformes y algunos trajes civiles. Vió también un rojo pañuelo de chiffon, que una muchacha llevaba en la mano, y oyó ruido de conversaciones.

Gente segura de sí misma, que nunca tendría dificultades.

Fred, sintiendo que perturbaba la escena con su presencia, se introdujo en la casa, en medio de ese ambiente que ya había visto anteriormente en las revistas.

El mismo ambiente, pero adaptado a Boone: no tan elegante como en Newport, ni como en esas grandes ciudades lejanas acerca de las cuales había leído; pero, a pesar de eso, esencia de la vida a la que el nunca tendría derecho, ya que su abuela había lavado la ropa para esa misma gente.

Al fin vivió a la muchacha, que había acudido a indagar; oyó sus pasos y la dulzura de su voz, pero ella nunca podría ser suya, pues él no poseía dinero, ni seguridad alguna.

"McDuff!" seguía olfateando. Fred se volvió, levantó el cuello del saco. En-



"Tenías nueve o diez años y te gustaba leer cosas divertidas."

"Cuatro de Julio"; y tú en Kentucky hacías reventar tus cohetes, asustabas a los gatos y esperabas el anochecer para encender las luces de Ben Bailey, mis buches. Luego te ibas a dormir, con tu rubio cabello alborotado, soñando con el dedo que te habías quemado; con las bombas que habían explotado en el jardín; con la anciana Mrs. Allen... Tú asustabas a su gato, diez años atrás."

"Duerme en el cuarto de Ben Bailey, me echas, en el Cuatro de Julio; pero, ¿dónde duermes ahora con los duendes de tu espíritu?"

"¿Quién murió en el 'B-17'?"

"¿Quién aplastó su nariz contra el puente cuando su paracaídas floreció en llamas sobre Nantes?"

"Sobre Nantes, sobre Francia, el Cuatro de Julio, ¡Bailey! ¿quién se quemó?"

## XLVII

Esta Nación utilizó a Fred Derry para la guerra. Lo encontró poderoso y sabio, y lo condujo a su misión en la guerra. Esta Nación le dio dinero, lo vistió, le dio jerarquía y condecoraciones, pero, de vuelta ya —por lo menos Fred lo pensaba así—, no lo encontraba digno de un precio razonable.

Y, sin embargo, Fred Derry conocía su valor. Sabía que era el mejor de todos los Fred Derry pasados y futuros.

Fred podía aplicar lo que le habían enseñado y hacer una imagen de la guerra en Boone.

Solo, solo y caminando en el espacio, en la misma forma en que lo había hecho cuando se encontraba en la guerra, antes de que el paracaídas lo sostuviese.

No podía vivir la vida que quería. ¡Oh, mejor dejar esta vida de una buena vez y hacer una nueva en la estratosfera!

¡No era la muerte! Nunca había contemplado esta posibilidad, ni siquiera ahora. Se sentía demasiado viejo para poderle gustar mucho comer, amar y beber, y oír el ruido de la vida en sus oídos y su perfume en la nariz, y dejar vagar sus ojos desafiados.

No era la muerte, a menos que tuviera mucha suerte.

Levantóse y se vistió. Abrió el cajón y sacó el revólver, ¡el "38"!

Entre sus pañuelos y corbatas sacó una bolsa. Una de las que se usaban para el dinero en el Cornbelt Bank, que una vez había perdido y encontrado, pero no devuelto a las Midway Druggs, sin saber por qué; ahora sí lo sabía. ¿Querían bombardear en Boone?

¡Ahora él les daría todo el que quisieran!

Dobó su uniforme y su gorra, se puso una camisa color caqui y una corbata que hacía juego. Luego pensó fríamente todos los detalles del plan que había ideado. Tomó un papel del cajón y escribió con grandes y claras letras mayúsculas:

"ESTO ES UN ASALTO, NO ES UNA BROMA, SEÑOR DUNN. CONOZCO CADA UNO DE LOS MOVIMIENTOS QUE TIENE QUE HACER. NO HABA UNO SOLO DE MAS, CUENTE DIEZ MIL, EN BILLETES PEQUEÑOS DE CINCO, DIEZ Y VEINTE, PONGALOS EN ESTA BOLSA. LUEGO ESPERA CINCO MINUTOS SIN MOVERSE, HAGA SU TRABAJO, NO DEJE LA CAJA, NO TOQUE ESE BOTON. ESTA VICHADO, MI COMPASERO LO ESTARA MIRANDO CINCO MINUTOS MAS"

De todos los pagadores, Fred había elegido a Dunn porque lo conocía y sabía lo que valía. Uno que hubiera sido

demasiado nervioso no habría servido, ni tampoco uno que creyera que se trataba de una broma.

Dunn quedaba elegido. No era nervioso, pero sí del tipo fácil de amedrentar. Haría exactamente lo que le indicaran cuando viera la muerte ante sus ojos.

Dunn tenía una esposa y un hijito. Sabía que los fondos estaban asegurados, y no era ningún héroe.

La gente... la calle Quinta estaba llena, pero sí del tipo fácil de caluroso que seguía a un feriado. La multitud lo envolvía.

La callejuela del hotel Séneca, dos cuartos más abajo, la pequeña habitación detrás del ascensor, donde se guardaban los cepillos y las escobas y a donde no iba nadie, excepto los que limpiaban la casa por la noche.

Fred Derry subió rápidamente las escaleras sin encontrar a nadie. Dejó su valija con las escobas y los cepillos y volvióse por la callejuela por donde había venido.

Iría vestido de civil en tanto fuera ladrón, y luego se convertiría en oficial de las Fuerzas Aéreas otra vez, para huir. El uniforme lo haría pasar inadvertido; ¡había tantos tenientes vagando por el país!

Tenía la impresión de que todo el mundo había detenido la marcha: ¡los ruidos de los coches, la gente, todo, para esperar!

Vio el pesado reloj sobre la puerta de entrada, abierta de par en par. La única vida que vivía en ese momento para Fred era la que latía dentro del Cornbelt Bank, y allí la gente parecía armoniosa, respirar y delizarse; por docenas y por miles.

Un día tranquilo, luego de la fiesta; en cada ventanilla una ordenada fila de hombres y mujeres, para depositar o retirar dinero.

Derry retiraría también su dinero del banco; su recompensa, grabada con las cifras de Linder, Jackson, Hamilton y pequeños números verdes.

"Hace mucho, mucho tiempo —pudo haber dicho Fred—, gané todo este dinero, centavo a centavo, con mi miedo, con mi sangre, con mi trabajo en esa fábrica, donde se fabricaba la muerte por toneladas, que se vendían a buen precio."

Quiénes depositado cuando él estaba en la guerra, en los días y en las noches en que él cumplía con su deber. Fred sonrió para sus adentros. Este era el resultado del plan que se había trazado.

"¡Lástima —pensó— que toda esa gente que nunca fue a la guerra jamás alcanzara a comprar. ¡Lástima que me enseñaran a ser fuerte y a sobrevivir; y que me enseñaran el valor de todo lo que ninguno de ustedes admite que vale algo!"

La placa de bronce, no en memoria de los muertos que descansan, sino de los vivos que continúan; las joyas de las ventanillas para que no se acerquen los ladrones.

"Pero no impedirán que yo me acerque. Yo vine por la puerta y el portero me sonrió. Volverá a sonreírme cuando me vaya. Me llamará su amigo; jamás me tomará por un enemigo."

Fred vio el rostro de Stephenson, oscuro, aburrido. Stephenson también lo saludó con una inclinación de cabeza. Fred comprendió que el sargento estaba atrapado por un cliente con cara de tonta, cubierta de diamantes su piel arrugada. Derry sentía asco y odio por gente como esa.

Oh, Al estaba atrapado detrás de la reja. Su pierna estaba encadenada a ese escritorio. Pero él, Fred Derry, se iría y sería libre.

Colocóse en fila, la bolsa para el dinero en su mano izquierda, la derecha en el bolsillo, crispada sobre el metal del revólver.

Había once personas delante de él y dos detrás. Esperó. La fila iba marchando rápidamente; de pronto no había más que seis personas delante de él. Observó el reloj de manecillas imantadas, que giraban tan solemneamente que no parecía hacerlo.

Y él estaba de vuelta, de vuelta en casa. ¿Para qué?

Para reunir los jirones de vida que había salvado y para desvanecerse en las días y las noches que vendrían.

"¿Dónde está la fila?"

"¿Aquí está? ¡Yo formo parte de ella. Y él estaba como otras veces lo estuvo para recibir el rancho, para los viajes en autobús, en tren, para retirar o sacar documentos, para hablar por teléfono, para comprar cerezas en las calles. Ya estoy acostumbrado!"

Cuatro entre él y la ventanilla. Tres hombres y una muchacha. Adelantóse otra vez, y oyó la charla del hombre en la jaula. La delgada voz de él: "¿Quién es usted?" La conversación acerca del día de fiesta y cómo lo había pasado el cliente.

Solamente tres delante de él, y luego, sólo él. Y un solo, un hombre. Fred apretó entre sus dedos el saco para el dinero, pero de pronto dejó de crispas las manos. Estaba transpirando. El blanco en esa ventanilla...

El pagador lo vio, sonrió, saludó y siguió contando dinero para el otro hombre.

El revólver, el revólver... Su bolsillo parecía tan profundo y tan grande como una bolsa de harina; cada dedo pesaba cien libras y su mandíbula se endurecía. No diría una sola palabra. Extendería la hoja de crédito para que el pagador viera lo que estaba escrito.

De pronto se oyó un grito. Derry creyó que había disparado el revólver contra alguien. Se volvió: la mujer gritaba nuevamente. Todos se habían dado vuelta; ojos interrogantes, anteojos que brillaban asombrados.

El mundo había terminado en el Cornbelt Bank en el momento de cumplirse el plazo de la sentencia; las bestias se habían desatado y los Sagrados Sellos fueron violentados y la Revelación había estallado con toda su potencia.

Los hombres sobresaltáronse en sus escritorios; las mujeres se levantaron con los papeles en las manos. El guardia corrió. Pero Fred sólo vio a Stephenson que caminaba a grandes zancadas, con el rostro brillante e indignado. Derry sentíase endurecido por dentro, como antes de iniciar un combate.

Detrás de las rejas, al lado del escritorio de Stephenson, la bruja histérica agita sus manos y su voz aguda gritaba:

—¡Nadie me ha tratado de esta manera en toda mi vida!

Al Stephenson dió vuelta a la reja y espetó sus palabras a través de ellas:

—¡Ya era hora de que alguien lo hiciera!

Sus ojos encontraron los de Fred y avanzando rápidamente, lo tomó de un brazo y lo sacó de la fila.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —dijo—. ¡Me voy de aquí!

Él se resistió y Al volvió a decir:

—¡Vámonos! —en su oído—. Lo siento pero vámonos de aquí, dejó mi sombrera, ¡qué importa! ¡Nunca más he de volver!

Stephenson, dos veces más grande que Fred, lo arrastró hacia la calle. Detrás de ellos la mujer seguía gritando. La

puerta estaba abierta y había sol en la tierra. Los ruidos de la calle repicaban y silbaban.

—¿Eran libres, nuevamente!

## XLVIII

—¡He reventado! —dijo Stephenson—. No Stephenson el banquero, sino Stephenson el soldado. Me fui, soy Tarzán... un héroe. Muchacho, ¿ese soy yo! No tengo miedo a nada, no siento temor ante Mrs. Jenninger. Stephenson el valiente ha cumplido con su deber. Deberían darme otra Estrella de Plata por lo de hoy.

Estaban en el bar del Black Hawk Club. Eran las diez y cuarenta y cinco y no había nadie. El calmo mulato que respondía al nombre de Nat fue al mostrador y volvió con hielo, soda y whiskey.

Gracias; deja la botella, Nat.

Dejó la botella y marchó en silencio. Stephenson miraba las burbujas anagramáticamente y Derry contemplaba la pared, en donde Custer y su caballería encontraban una desdibujada muerte y los *sicout* una desvanecida victoria; donde todos tenían una alcohólica immortalidad.

—Siento mucho el marite sacado de la fila, pero tenía que hablar. Te vi de pie, allí, y quería que fuéramos a beber juntos. Lo siento, Derry, pero estoy muy aliviado. ¿No quieres beber más?

El séptimo escuadrón de caballería luchaba denodadamente ante los ojos nublados de Fred, pero perdía posiciones.

Lamento haberlo perdido, tiempo.

—dijo Al—. Supongo que tienes un nuevo empleo, ¿verdad? ¿En dónde?

—¡No tengo ningún empleo!

—Entonces, ¿qué hacías en el banco? Pero, ciudadanos eso. Déjame hablar; no tienes la obligación de escucharme, pero yo necesito hablar. Es lamentable que haya sido esa mujer. Si hubiera sido un hombre...

Bebió, sacudiendo la cabeza. Mientras tanto, los indios cargaban contra un pobre hombre blanco.

—No pude resistir más —continuó Stephenson—. Me puse de pie, te vi en la fila y pensé en aquel día, cuando llegamos de Welburn en el avión; esa primera noche en el Butch's cuando hablamos. Tú sabes lo que es eso. Tenía que hablarte, hablar con alguien que supiera lo que había sido aquello. Te quería hablar, Derry; mi padre no debió tener un hijo como yo. He andado trastornado desde que vine. Creí que cambiaría; pero no...

Derry todavía sentía el peso del revólver contra el almohadón. No trató de usarlo contra los indios.

—Oye —dijo Al—, cuando entraste en el banco, ¿no viste a esa mujer? Mistress Jenninger. Debes haber oído hablar de ella...

—¿Esa que tiene tanto dinero? —preguntó Fred.

—Sí, tiene demasiado dinero. Se habla de ella en los diarios; siempre en comités, en consejos, ligas de esto o aquello. Su marido hizo una fortuna antes de morir.

Al dejó caer la ceniza de su cigarro.

—No lo pude evitar. ¡Oh, Dios, odio las cenizas! Estoy seguro de que mi padre se habría sentido incómodo en su tumba, pero no lo pude remediar. Ella vino a hablarme de su sobrino, de veintidós años, de Ingenieros. Volvió el lunes. Tuviéron una pelea porque se casó con una muchacha que a ella no le gustaba. Creo que la tía es el único parentesco que tiene. Ella dijo que no le daría un centavo. De cualquier modo él se casó con la chica que a su tía no le agradaba. Se

casó el martes en City Hall. El tiene empleo y están hecho planes para comprar una casita.

—Le dijo a la tía: "Guarda tu dinero. Marcell tiene algo, yo también. Pediremos otro poco prestado y obtendremos las cosas que deseamos".

Y ella, Mrs. Jenninger, vino para decirnos que si su sobrino solicitaba un préstamo debíamos negárselo. Y ella, ella, me decía lo que debía hacer, lo que tenía que decir. Me mordió la lengua para no contestarle lo que debía. Sentí su egoísmo, su odio, su amargura, su trivialidad, que al lado de la vida y de la muerte son tan pequeños. Entonces habló de la liga de la cual es vicepresidente. "Los Amigos de la Alemania Liberada". Oh, ciertamente, ella daría su dinero para ayudar a los demás, pero no al sobrino. Y todo porque ella no había concedido su bendición al matrimonio.

—¿Recuerdas exactamente lo que dije. Pero me desaté. Cuando le hablaba a ella me parecía estar hablando a todo el mundo, a todos los que no entienden: a Prew, a Latham, a Steese y a Mr. Milton también; a la gente que estaba en el banco; a la gente de cualquier parte que tiene todas esas cosas, que no podría tener si algunos muchachos no hubieran ido a disparar sus balas...

—¡Por Dios! Lo supe de pronto. Debía decirle eso a ella y a todo el mundo. Decirles cómo nos sentimos y qué pensamos. Como los alemanes volaban las bombas. Como nuestros aviones los hundían, enterraban las minas y perdían sus manos, sus pies, sus cabezas... para tratar de abrir un camino para nosotros. El agua clorinada y la sarna.

—Viviendo como perros. Más sucios aun que perros, llenos de piojos e insectos.

—Trepando las rocas, habiendo olvidado nuestros nombres y quienes habían sido nuestras madres, y no nos importa...

—Viendo niños de ojos asustados; oyendo mujeres que lloraban; sintiendo dolores en la cabeza; pequeñas voces dentro del cerebro, murmullos...

—¡Váyase al infierno! La odio, como a todos los que no saben lo que yo sé y no les importa nada de los que me ren.

—Tú conoces los nombres, tú también tienes los tuyos. Yo sé los míos: Pascowitz y Meade, Rosenberg y Hancock... Behamos otra copa."

Fred Derry se levantó. Al lo miró interrogante. Derry susurró:

—Gracias, no voy a beber más. Hay otra cosa. La tengo aquí, en mi bolsillo. Seguro que la andaré.

—Usted me hizo salir de la fila antes de que llegara a la ventanilla... No lo hice. Pero debía haberlo hecho. Ahofa ya no puedo. Nunca más lo intentaré. Estaba resuelto.

—Por Dios, ¿qué quieres decir?...

—Aquí está; todo está aquí, en este anotado. Se parece a una lista de depósitos? No mucho, ¿verdad? Eso es lo que quiero decir. No depositar, sino retirar fondos. ¡Léala!

Y se fué, dejando la nota para que Stephenson la leyera.

## XLIX

"Tu cerebro ha ido desde el hombre al mono. Como un mono en su jaula te has alimentado y envenenado; has masticado los frutos amarillos; has tragado las nueces que la gente te arrojó porque te encantaba ingerir, porque te gustaban por tu cautividad. Y, sin embargo, se reía cuando te colgabas de tu hamaca y

**Dr. MANUEL ENRIQUE BELLO**  
ENFERMERADES DEL PULMON  
C/ Alameda del Progreso, 21. A. 26-1420

**Dr. ANGEL E. DI TULLIO**  
MEDICO CIRUJANO  
Enfermerades de Oídos, Nariz y Garganta  
NUEVA YORK 4520 A. 26-4278

**Dr. ROBERTO UBALLES (H.)**  
Abogado. ESTUDIO JURIDICO, SUCESIONES - FAMILIA -  
SOLICITUDS, CORRESPONDENCIA JURIDICA. DIA. F. S. P. 1119  
4 Esqr. 401 - Bs. Aires - Abonos para concurrencias.

te colcabas el cacharro sobre la cabeza.

—La pose de mono te ha aburrido. Estabas dormido y despertaste en tu madriguera.

"Tu madriguera es el café Pappa Pappa con todas las luces encendidas para disipar la lobreguez de la calle Segunda.

"Te despiertas y aspiras. El sol de la mañana entra y trata de suavizar las ataduras que aprisionaban tu brazo.

"Te sientes bien y tu mano deja caer la sal, la servilleta de papel, el vaso. Y Peppa murmura junto a la máquina del café. Y manda al joven Bill...

—Sus manos grasientas son buenas como las de una nurse.

—Son las nueve. ¿Quieres un poco de café?

"Tú agitas la cabeza. Quieres decir: "Café, no". Emites un sonido. El joven Bill se encoge de hombros. Lleva las cosas de la mesa; las endereza nuevamente.

Peppa flutua por encima de las cabezas de los señores sentados en el mostrador.

—¡Eh, muchacho, son las nueve; mejor es que te vayas! ¿Tienes casa? Tu madre debe estar esperándote; es mejor que te vayas.

—Te levantas y vacías al cerninar. Sobre el sucursal se ha sacado la comida que devolviste hace unas horas. Te acercas a la caja y buscas dinero para pagar.

—¿Cuánto debo?

—No, muchacho —dice Pappa Pappa—. Ya has pagado. ¿Te acuerdas? Cuando viniste a comer a las cuatro y te enfurtemos; ¿te acuerdas?

"Por encima de la pirámide de pan para el desayuno se destaca una fotografía... Su otro hijo, el que murió en Iwo Jimá hace meses... Y Pappa sabe de su nobleza, ha visto sus condecoraciones. Conoce el Oerilition, el JU-88. Te ha dado de comer y te ha dejado dormir sobre la mesa.

"El te ha limpiado el estro del vómito en la barbillita y te dice:

—Adiós, muchacho, ¡vuelve pronto!

Y agita la mano, despidiéndote.

—Caminas en medio del ruido de la calle Segunda; vas a terminar tu marcha; a hacerte por última vez en tu trapeo.

"El cerebro desde el mono hasta el hombre". Del hombre al mono. Eso te lastima más de lo que debiera. ¿Orangután o chimpancé?

—Los pesamontes hacen que tus pasos sean más vacilantes que nunca. Un fascio. No, en la calle Segunda y a las nueve de la mañana. Los ómnibus rugen; el azul desvanecido viene a calmarne; el sol es fuerte. ¿Dónde está tu casa? ¿Y qué es tu casa? ¿Y por qué tienes que ir allá?

—Ninguna la cabeza y miras al cielo. No "ninguna". Ninguna patrulla amiga.

—De pronto te hallas frente al hotel Séneca. Tienes un amigo; te sientes mal y allí hay una cama. Y como la víctima de la canción que cantabas en el hospital para entretenerlos, estás envenenado. Allí arrastras una cama y puedes tenderte en ella. Te acercas al mostrador, y el empleado dice:



— ¡La llave no está; no lo he visto salir. Creo que el señor Derry está arriba. Caminas vacilante, pasas por puertas corredizas (sí, una jaula, un gorila en una jaula); el terrible cerebro desde el cual hasta el hombre...  
El hombre de color te lleva arriba. Los viejos cables crujen. Las puertas se abren y sales bamboleando. Cruzas el vestíbulo, tropiezas contra la puerta; aquí has estado ya y pronto descansarás.

La puerta está sin llave. Entrás (el poderío, el buen amigo no está allí, no sabes donde, ni te importa). Y te arrojas sobre la cama. Las mareas de muchos océanos te llevan y te traen, mecido suavemente.

Los reflectores iluminaban el campo de aterrizaje. El avión trapaloso, los motores silban, el volante crujía y las máquinas en el cielo comienzan su danza de amenaza.

Y tú detrás de tu fusil nuevamente... hundes tus manos en las almohadas.

— Fred Derry trata de hablarte. "Dormía", dices tú. Y lo miras a hurtadillas. ¿Tal vez haya cambiado de idea? ¿Tal vez le lejána, tu voz es lastimosa. "Tienes una valija. ¿Te vas a alguna parte?"

El asiente.

"Si, se va muy lejos, y tú estarás abandonado dentro de tu jaula; abandonado en el zoológico. Dice que se va lejos. ¿Necesita dinero? Derry no tiene empleo. No tiene ciento cincuenta dólares todos los meses. Sacas tu dinero, los viejos y arrugados billetes.

"Quieres darle dinero. ¿Por qué tienes tú que tener tanto dinero y él no?"

"Se rie. Sacude la cabeza y te empuja sobre la cama.

"Tú miras: tu cerebro es salvaje, de simio, cree que vas a colgarte de la araña, a plear bananas o a tomar el mani, si es que te arroja uno, para reírse. "Ahora mete la mano en el bolsillo.

"¿Manics?"

"No, tiene un revólver negro. ¿Qué divertió! Derry con un revólver; tú sin éste, ¿debieras preguntarle? ¿Calibre. ¿Ha encontrado algún trabajo? Es guardián en algún lado, que lleva ese revólver?"

"Debias preguntarle, si tus mandibulas te obedecieran, pero ellas no te obedecen y no preguntas nada; te quedas tirado en la cama, mirando.

— Dices que necesitas su ropa limpia. Tiene que ir a buscarla abajo. Te explica que no la llevan a las habitaciones. Y que debe pagarla. Te da otras explicaciones que no te interesan. Desaparece. Y tú te sientes mal. Tendrás sobre la cama... La mitad de él está sobre la cama, porque la otra mitad está buscando el revólver, clara, convencida, con una confianza que no has conocido en los últimos meses...

"Y dices adios: adios a Wilma, a mamá y a tí Sade, a papá y a Luella.

Adios a la señora Engle y a la tía de la tía. Adios a Butch y a Daniel Barneycon. Adios a los cigarrillos y al rum caliente.

"Debes decir adios a cada ilusión que has abrazado. El sueño de cowboy, los flancos sudorosos. El viaje a Yellowstone, que nunca hiciste; los clubes nocturnos a los que nunca fuiste. Los yanquis de Nueva York a los que nunca viste. Los dólares que nunca ganaste, y al auto brillante que nunca manejaste.

"Ahora ves el sedoso cabello de los hijos que nunca tuviste; el beso que no saboreaste y el sueño que nunca dormiste; la vieja sabiduría que nunca conociste.

— "Y tratas de ser inmortal. Vuélvete piedra y aprieta el caño contra tu cabeza."

## L

La puerta crujó, el ascensor canto y Fred Derry cruzó el vestíbulo con un paquete en las manos.

El ascensor estaba dos pisos más abajo, y a sólo diez pies de distancia de su puerta cuando el sonido estalló en el cielo contra un eco recio y corto. Las viejas paredes parecían contenerlo. Un accidente... mientras en sus oídos se diluía el eco del estampido.

— ¡Un accidente! ¡Ha disparado!

Fred lanzóse a través del espacio que lo separaba de su habitación y abrió bruscamente la puerta que golpeó contra una silla. Sintió el olor de la pólvora y vió, en la cabeza de Homer, el sitio donde el fogonazo había chamuscado sus cabellos. Y vió a Homer tratando de disparar nuevamente y de dar en el blanco esta vez.

Derry apoderóse del revólver, antes de que pudiera descargarlo de nuevo, mientras Homer lloraba con llanto de dolor y la furia hacia que las lágrimas brotaran de sus ojos alborotados.

Su aliento era cálido cuando Fred lo empujó sobre la cama. Se levantó una vez sobre sus manos y entonces ocultó su rostro.

Sus hombros se sacudían y la llama del balazo parecía que aun quemaba su cabello.

Fred inclinóse y miró. La bala ni siquiera había tocado la piel. Levantó la vista. No, la bala no estaba en el cielo raso, sino en la puerta del baño, había un boquete.

Fred se detuvo junto a la puerta de la habitación y contuvo el aliento; escuchaba los sonidos que venían desde el vestíbulo. Pero la única conmoción era el llanto de Homer. Una puerta se cerró con tropiezo. Derry escuchó; oía pasos en el piso de arriba. La campanilla del ascensor. Pero no, nadie venía. Cerró la puerta.

Asomóse por la ventana, por detrás de las cortinas. Escuchó las voces de algunas personas. Habían oído el disparo y hablaban de eso. Pero nadie había ido al lugar de donde procedía el sonido y continuaron con sus tareas.

El dorado sol de mediodía dejaba caer sus rayos y las palomas caminaban por el borde de las cornisas de ladrillos; habrían seguido haciendo eso eternamente si no fuera que Homer hubiera podido dominar sus movimientos y puesto esa estúpida bala en su cerebro.

Fred Derry no trató de comprender la sordidez y la amargura que yacían en el corazón de Homer Wermels, y que lo habían impulsado a asesinar ese pobre hombre a cuyos huesos que estaba sentenciado a llevar.

Fred lo dió vuelta sobre la cama y entonces vió la tremenda desazón que se pintaba en su horrible cara.

— ¡Tú, ¡loco bastardo! — dijo Fred.

— ¡Sirvió la bala. La delgada garganta trabajó, trabajó, trabajó. Homer Wermels no podía hacer nada; ni siquiera poner fin a las cosas, cuando sería mejor que todos los principios no hubieran comenzado).

El pequeño marinero dormía al fin. Fred Derry sacudió la cabeza, mientras caminaba desde la puerta del baño hasta el dormitorio. Se detuvo un momento y apoyó los codos sobre ella. Miró el espejo y allí vió los rostros de todos sus camaradas. Los camaradas a quienes había visto morir: otros vivían y suspiraban aún. Y algunos que había querido, y otros que jamás le habían agrado. Todos formaban una crónica marud, enmar-

cados en la profundidad del espejo. Las pequeñas alas de plata brillaban desde el pasillo. Los rostros, incluidos los cigarrillos encendidos entre los dedos; los marcos en que se apoyaban...

"Fox, Aber, Andy, Anderson, Barbra, Brazel, y Truesdell; Leslie Stone, y Rodgers, Spitznagel y Sparks; y Price McGeehee, F. O. Bower..."

"Ah, Tommy Thompson y Maw... Beaugus... ¿estás, instantáneamente antes de ser licenciados, Mac Donald con su... la... y la cicatriz en la cara, su blusa color, y Murray con su caballo tan... y Kuhl y Melvin a principios del 45... día de Dillon, Brooks y Kleppenger, cuando esas pocas fortalezas cayeron!

— ¿Os bajaron en Hannover?"

— "Y como terminasteis?"

— "¿Estáis enseñando ahora teoría de puer-

tería?"

— "Y sois tan mortales como mi mente."

Su valija estaba aún sin preparar. Se uniformó, la mitad adentro y el resto afuera. La ropa limpia que llevaba cuando entró para quitar el arma de las manos de Homer. Tomó el revólver. Revisó la cápsula vacía. Jugó con ella unos instantes.

Pensaba en otras balas más grandes. Arrojó el trozo de metal (¡diabólico una vez: una condena para Fred Derry y a muerte para Homer Wermels, que permanecía sobre la cama).

Tiró la cápsula vacía y la oyó resonar en el techo vecino.

Ahora pensaba que si pudiera llorar que si tuviera la rodilla al suelo para abrazarse a ellas y llorar... Necesitaba la faldita tierna, suave, cálida y reconfortante de una madre o la de una novia.

## LI

Butch Engle entró en el Síneca y apoyó sus codos sobre el mostrador. El viejo Mertz inclinó la cabeza y le estrechó la mano. Lo había conocido, había mucho, cuando él se ocupaba de otras cosas. En los días en que Engle llevaba las botellas debajo de su saco. Y ahora no llevaba las botellas.

Butch sacudió su cigarro y preguntó:

— ¡Vive aquí un muchacho que se llama Fred Derry? Tengo que hablar con él. ¿Es éste el teléfono interno?"

El señor Mertz lo comunicó. Butch inclinóse y mastició su húmedo cigarro.

— ¡Derry? Soy Butch. ¿Dónde has estado? ¿Qué pasa que ya no viene por mi negocio?... ¿Es demasiado bueno para usted?"

Se rió. Luego habló con Mertz:

— ¡Dice que no es que mi casa sea demasiado buena, sino demasiado cara. ¡Qué risa! Estoy cobrando sesenta centavos el whisky y la soda; en el Daniel Boone cobran ochenta y cinco.

Tornó a hablar con Derry.

— ¡Dígame, ¿usted conoce a ese muchacho que vive frente a mi casa?... Sí, Homer Wermels, el que está semiparalizado. ¿Se acuerda? ¿Se acuerda que me vió por algún lado. Su familia está asustada. Se fue ayer y no ha vuelto en toda la noche... Sí, me preguntaron si yo no lo había visto... ¿Qué dice?"

Colgó el tubo, frunciendo el ceño y alejose del escritorio.

Seis pisos más arriba se encontró con Fred en el vestíbulo. Le contó lo sucedido. Los dos miraban la puerta de la habitación, como si ésta escondiera a un loco.

— ¡Hablaron suavemente, sin ruido.

— ¡Gracias a Dios — exclamó Butch — que llegó a tiempo! Pero, ¿cómo deliro el revólver cargado?... Bueno, no interesa.

Quería que pudiéramos hablarle y hacerle entender en razón.

—Ya traté de hablarlo, pero no se le puede hablar.

—Hay alguien que lo podría convenir —dijo Butch—. La muchacha que vive al lado de su casa, Wilma Jacobson. Pero no podemos llevarlo a su casa en ese estado...

En el vestíbulo reinó el silencio por unos momentos. El ascensor iba y venía. Las paredes eran viejas y amarillentas. La horrible lámpara, contra la pared, dejaba escapar sonidos raros, como si estuviera a punto de quemarse.

—¡Cuántas veces, como ahora —pensó Fred—, la gente se habrá detenido a descansar en algún hotel barato y habrá fumado, multiplicado y restado todo lo que sabía, para terminar llorando sobre el regazo de una mujer?

Bajo y habló por teléfono. Cuando volvió ya no parecía el mismo; la esperanza lo había cambiado.

—Vaya a buscar a la muchacha —dijo a Butch—. Yo voy a poner presentable a Homer. Está desvestido. Los llevaremos a dar un paseo.

Sacó a Homer del lecho, lo llevó al cuarto de baño, lo desnudó y lo colocó bajo la ducha. Luego lo obligó a afeitarse. Homer protestaba, pero al fin cedió.

Entretanto, Fred limpió las manchas del pantalón de Homer. Le hizo ponerse un sweater suyo.

Fred le hablaba con dureza, era la única forma en que Homer podía entenderlo. Hizo que se peinara; luego bebieron una cerveza. Homer quiso beber más, pero Fred le dijo:

—No, estúpido! En lugar de eso vamos a dar una vuelta en auto.

Butch llegó con la muchacha. Estaba asustada. No le habían dicho de qué se trataba...

Agachó sus pálidas manos sin decir una palabra. Y Wermels sólo gruñó cuando lo hicieron entrar en el auto.

Sentado al lado del muchacho, Derry parecía vivir su conversación telefónica. Oía nuevamente a la muchacha. Recordaba cada una de las palabras que habían cambiado:

—Si, ya sé, papá me dijo que... ¿Por qué no vienes y me cuentas?

—Es Homer Wermels, ¿recuerdas? Traté de matarse, pero no lo conseguí. Mira, pensamos que sería mucho mejor que hablara con su novia en alguna parte, y yo pensé... Si no te importa, hay tanta paz allí...

—Querido —contestó la muchacha—, ¡tráelos inmediatamente! Tráelos, por favor, tráelos. No están sino mamá y papá. Podrán hablar tranquilamente. Estaba segura de que alguna manera habría de recibir noticias tuyas. ¿Vienes tú también? Oh, Fred, ¡ven tú también!

—Sí, claro —contestó, débilmente—, yo también iré.

## LII

¡Muy bien! El les demostraría que podía morir. Terminaría su vida, ellos quisieran que se aferrase a la vida y empezara de nuevo, porque encontraría navajas y revólveres en otros lados y venían tantas altas por donde arrojarse y un tren que mutilara su cuerpo, y una soga con un millón... y veneno... Existía un millón de maneras de morir, pero las que se abren hacia la oscuridad. Un millón de maneras de cruzarlas.

El lo demostraría en cuanto tuviese una oportunidad.

El sol posabase sobre sus cabellos, en los cuales se advertían las quemaduras (se notaban aunque Fred Derry le había

recordado el cabello para disimularlas). El maravilloso paisaje hacía desviar su mente. El se había sentido así cuando miraba el mar y no había ningún barco a la vista.

Pero, a pesar de eso, deseaba volver la espalda a todo. Buscar el silencio. Encontrar el silencio destructivo señalado por un solo disparo o por un grito.

Wilma estaba con él; trataba de sonreír. Quería hablar y decirle a Homer que hermosa era la casa de los Stephensson. Conversó acerca de los robos que pasaban y de una pileta de natación.

—¡Por aquí! —dijo ella—, debajo de ese árbol: ¡oh, Homer, sería tan hermoso este sitio para una pileta de natación!

El la miró, con su rostro envejecido y frío, y ella tamborileó nerviosamente con las uñas.

Por fin extrajo un libro de su cartera blanca. La revuelta cartera que contenía una mezcla de pañuelos, polvos y goma de mascar; que tenía olor a perfumes de cosméticos...

—Homer —dijo—, este libro...

—¿Qué es eso? —gruñó—. ¿El cerebro desde el mono hasta el hombre?

—¡No, no! —gritó ella—; este libro es diferente; a éste lo puedo entender mejor.

—Sí, me imagino la clase de libro que será —volvió a gruñir Homer—, ¿Habla de un hombre como yo, de un paraliático?

—Dice algo de la ataxia? ¡Me imagino que te divertirás con todo eso!

Ella apretó el libro entre sus manos.

—Trata de un hombre que era como tú. Escribió este libro un hombre llamado Carlson. También he leído a Helen Keller. Pero lo he leído sólo una vez, y aun más. El se arrastraba. No podía caminar; había nacido así. Por eso llama a su libro "Nacido así". Además, Homer, es mejor si ocurre más tarde. Todos los movimientos que quieres hacer, tienes que pensarlos y poner toda tu voluntad en la ejecución. Y tú puedes, Homer. ¡Tú puedes!

—Un hombre como yo —dijo Homer; las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Ella seguía, seguía... Homer trató de interrumpirla, pero ella no lo dejó.

—Fres tú, tú quien tiene que hacerlo todo lo que se mismo. No debes tener miedo. El autor dice que una evocación proceder como todos sus semejantes, hacer como que se ignora la anormalidad. ¡Tú también lo has hecho, Homer! La bebida también —dijo ella—. No dice que no debes beber. El doctor dice también que si bebes que el alcohol elimina temporalmente los movimientos que tú haces, pero no puedes estar bebiendo todo el tiempo. Si bebes mucho te empozas. Sólo una pequeña ayuda es lo que necesitas —gritó Wilma—. ¡Así! ¿Ves? Yo ayudo suavemente a tu brazo para que baje lo que quieres.

—Tú debes tratar de hacerlo por tí mismo. Tienes que cminar y moverte en la forma que quieras, porque tu voluntad es hacerlo. Homer, por favor, yo no lea esos libros para burlarme de tí. Si la gente se rie debes ignorarla. La mayor parte de ellas no se reírán. El autor de este libro dice que a un mendigo ciego no le tenemos lástima porque sea ciego, sino porque se ve obligado a mendigar. Tienes que hacerte un plan. Sé que no soy muy inteligente, pero si pudiera ayudarte, si me dejaras ayudarte... Por favor, Homer, déjame tratar de ayudarte.

Su ansiedad, sus lágrimas, su caridad y su alma, todo se lo brindaba ella, no sólo con esas palabras dichas rápidamente, sino con una fina sobriedad; con una reserva que no tenía medida...

Ella dijo que iban a dar una vuelta.

[Caminaron; lo tomaba del brazo con suavidad y no decía que la barranca era demasiado empinada para él. Apretaba sus dedos alrededor del codo. El peso inerte y su debilidad afirmábase con su fuerza. Probablemente él no caminaba mejor que antes. Quizá vacilaba en la misma forma; seguramente su boca continuaba aún torciéndose, pero él seguía caminando.

Ella le hablaba; le decía que jugarían con los naipes chinos en el vestíbulo de su casa. Jugarían esa misma noche, y si su brazo arrojaba las fichas muy lejos, ella lo obligaría a ir a recogerlas. Ella no lo animaría; tampoco lo dejaría beber mucho.

—¡Oh, déjame que te ayude, Homer! —Me duele la cabeza —respondió él—. ¿Necesitas una aspirina? —le preguntó ella.

—¡No, sentémonos aquí!

El césped estaba húmedo debajo de las plantas que el sol había secado. Sintieron la humedad que penetraba, pero igualmente se sentaron. La cabeza de Homer estaba sobre la falda de Wilma. Ella le dijo:

—¡Duerme!

Pero él no se durmió. Vismulbraba el panorama del pasado, cuando corría y andaba en bicicleta y se llamaba a caminaba. ¿Podría volver a hacerlo algún día? ¿Pronto Homer supo:

La bala sí. Fred Derry no le había quitado el revólver a tiempo. La cápsula estaba vacía. La pólvora había estallado y la bala había encontrado el blando cerebro y lo había abierto, terminando con él.

¡La criatura enferma había muerto!

¡El mono estaba enterrado! ¡pasó siempre en una horrible morgue! ¡Olvidado para siempre!

Y Homer Wermels, por la gracia de Dios, podía vivir con alegría y ardor, con sonrisas y milagro, porque si el mono todavía estaba vivo en sus brazos, su cerebro estaba, al fin, ¡libre!

## LIII

John Novak navegaba con serenidad. Tomó por el Black Hawk Boulevard, dobló por Highway 17 y pasó por el Highland County House. Aspiraba el aroma que se derramaba de los altos árboles que bordeaban el camino. Era un día en que John Novak pensaba en palmeras, en grandes lianas verdes y en flores rojas, en insectos zumbando a su alrededor, en mariposas azules que parecían de plata cuando los rayos del sol las tocaban.

Seguía adelante, pasó por el hospital. Se sentía nervioso... Debía haber telefonado a esa gente. Bueno, sería una sorpresa. Había envuelto muy bien sus cosas. Detuvo el coche y descendió. No sabía qué decir. ¿Debia tocar el timbre de alguien? ¿Debia llamar a alguien?

Al Stegmann llegó caminando a través del jardín.

—¡Hola! —dijo.

—¡Hola! —contestó John Novak. Le dio un cigarro, gordo, marrón, envuelto en celofán.

—¿Y también lo que traigo en el coche!

—¿Que has traído? —preguntó Al.

—¡Lilas. Como las que ustedes acostumbraban comprar. Pero éstas son diferentes, híbridas. La rama principal era *White Persian*, pero se hicieron injertos con algunas púrpuras. Muchas murieron, pero pudimos salvar algunas. Usas plantas bonitas. Traje seis plantas. Cuando florezcan, usted verá que son blancas con un tinte azulado.

—Me parece muy bien —dijo Al—. No había pensado en tener más, hasta ahora,



pero si son buenas... ¿Cuánto...?

John Novak lió un cigarillo.

—No, honestamente, señor Stephenson. No quiero venderle nada. Esto no es más que un regalo. Una muestra de agradecimiento por su ayuda para obtener el préstamo. Pense que me gustaría traer algunas para mostrarle mi gratitud.

Los dos sonreían y los dos se sentían confundidos.

—De ordinario yo no recomendaría que las trasplantaran en julio. Pero las saqué con mucha tierra y creo que andarán bien. Pensé que les agradaría tenerlas. Llevaron el coche a través del patio hasta que encontraron el lugar donde las lilas debían quedarse y crecer para siempre.

Alí cavaron. John Novak tenía una pala y otras herramientas. Al trajo algunas más.

Cavaron y plantaron sólidamente los arbustos en la tierra. Luego levantaron la vista hacia el cielo. Parecía que esa noche habría lluvia.

Mientras hacían el trabajo de jardinería, el sol se había ocultado. Hablaron de los ruidos de la humedad, de los fertilizantes, etcétera.

Al fin, John dijo:

—Debí ir al banco para darle las gracias... Creo que usted no se habrá resentido. Ahora estoy bien y mi pierna va cada vez mejor. Tengo mucho trabajo: le he hablado acerca de mi gladiolo. Tiene que venir a verlos. Son mis mejores que usted pueda haber visto. Dentro de tres semanas, cuando florezcan mis *Lady Gay*.

—Por supuesto que irá —dijo Stephenson—. Llámeme aquí, no al banco. No estaré más allí.

—¿Quiere decir —comenzó Novak— que ha dejado su empleo? ¿Va a trabajar en otro banco?

—¡No! —respondió Al.

Novak guardó silencio por un rato. Limpió la tierra que había quedado adherida a la pala.

—¿Entonces, ¿usted irá a trabajar a otro sitio, no?

—¡Verdaderamente no sé en qué! —dijo Al.

—Si alguien tiene suficiente dinero —comentó Novak—, me imagino que debe ser lindo descansar por un tiempo y no tener nada que le preocupe. También me sentí así cuando volví, pero no pude dejar este asunto.

—Este asunto! —dijo Stephenson—; creo que yo nunca podré dejar este asunto.

De pronto se le ocurrió una idea, tan apropiada como extraña, tan razonable como natural y agradable. Todo en uno.

Miro a Novak sonriendo. Tenía rojas las orejas y roja la oscura piel de su rostro. De su feo rostro, que ya no lo parecía tanto si se miraba con agudos ojos.

—Mire —comenzó Stephenson—, me ha preguntado si alguna vez usted... haber pensado, quiero decir... Bueno, yo no entiendo mucho de criar plantas, pero si usted piensa agrandar su negocio, yo puedo facilitarle la cantidad que necesite.

¿No le agradaría considerarme como socio?...?

John Novak. Sus pensamientos eran lentos, pero crecían como plantas.

—Yo no sé. Nunca pensé en tomar un socio. Es curioso. Usted, un banquero; yo no sé por qué...

—Algún día le contaré —respondió Al.

—Muy bien —respondió Novak—. Creo que tengo que conversar con mi esposa.

Usted también, ¿no?

—¡Seguramente! —dijo Al.

—Sargento —continuó Novak, estre-

chándole la mano —, le diré lo que podemos hacer. Pensemos acerca de esto un par de días. Luego usted pasa por mi casa para ver el lugar y allí podemos hablar.

Se dieron las musculosas y fuertes manos llenas de tierra y moho. Stephenson quedóse mirando las lilas recién cortadas.

Apareció Rob en su bicicleta. Sonrió, con su cara como un tomate. Había estado trabajando desde el amanecer en el campo de trigo de Carl Van Bussel.

—¿Oh! —gritó Rob—, ¿más lilas, papá?

—En ese momento John Novak, calmoso y sobrio, trepó a su coche y alejose rumbo a la calle Cincuenta y Dos.

#### LIV

—Ven a sentarte aquí, mi amor —dijo Peggy Stephenson, atrayéndolo hacia el sofá. Derry se dejó llevar, resentido, avergonzado, pero deseando estar al lado de ella...

El sofá de mimbre, con sus almohadones azules, de color desvaído, con las señas de los años, había librado a los pobres que Rob —cuando tenía seis años— el sillón que había servido de emplazamiento a la ametralladora y representado el papel de junco chino cuando zarpara con sus amigos para desalojar a los japoneses de los mares amarillos.

También había pequeñas manchas de bebiditas, salpicaduras y las huellas de los dedos que habían descansado en él a través de los años. Allí había brillado el amor en las noches de luna.

—Ven a sentarte conmigo en el sofá —repitió Peggy.

Fred la miró con un gesto de cansancio. Suficiente el saco —sugirió ella—; hace calor.

El obedeció: luego sentóse junto a ella. —Quiero hablarte —dijo ella—. Quiero contarte una historia. No me mires así ni claves tu vista en la lejanía —¡o atrajo hacia ella y le hizo colocar la cabeza sobre sus rodillas—. Así estás mejor —dijo Peggy.

—Mira —respondió él—, no seas tonta. Si alguien viniese me sentiría avergonzado.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Por qué avergonzado? Además, es imposible que nadie te vea. Rol está trabajando en la granja de un vecino; Homer y Wilma están en el prado. Y a papá y a Butch mamá los está haciendo trabajar. Tienen los dedos rojos por el zumo de las frutillas. Las frutillas no esperan y yo tampoco quiero esperar. Te quedarás con nosotros.

Quiero contarte una historia. Y contó que esa semana otro guerrero corrió sobre el césped de Boone City una vez más. Era un guerrero buen mozo, con una cara parecida a Clark Gable, con ojos castaños y músculos de acero. Su nombre era "Duke". Había querido a una muchacha y a unos chicos, pero no a Derry. Pero ahora todo ese tiempo era un confuso recuerdo del pasado.

Le dieron un papel escrito, con su nombre; un diploma para ser colocado en una pared y adorado y señalado con risa o con amor por mucho tiempo... hasta que se desvaneciera dentro de su marco, cuando "Duke" fuera viejo y ya se hubiera ido.

Lo trajeron de vuelta, jadeante y aca-lorado. Olfateó nuevamente la tierra del hogar, que él había cavado cuando era un cachorro. Todo el vecindario vino a escribirlo. "Duke" recordaba y ahora recordaba muchas cosas, extrañado aún de encontrar a toda esa gente. De pronto vino un gato. Sus orejas se alzaron. Corrió conducido por su gran nariz. Hume-dió la tierra, que luego cubrió con pasto

y hojas. Bailó y galopó, e hizo todo lo que había olvidado hacer cuando los hombres lo convirtieron en asesino.

Esa noche durmió; hundióse sereno, con sus ojos fuertemente cerrados, en su antiguo lugar sobre la alfombra. Levantaba la cabeza de vez en cuando, agitaba la cola y volvía a dormirse. Un sueño meclado de olores de otra vida y órdenes, con ruido de balazos y con todo lo que le habían enseñado para arreglarse con sus anchos hombros y sus dientes (con el anzuelo en la mandíbula debajo de ellos para conducirlos).

Lo habían convertido en un dragón y armado con iniquidad. Hasta que un día lo embarcaron de vuelta, y sintió sus garras otra vez sobre el quieto césped, vivió cerca de los perros ovejeros, pisó Newfoundland y tuvo un pastor alemán de su raza. Las semanas pasaron; trataron de enseñarle a no destruir a todo ser viviente, a no morder los tobillos; trataron de decirle que el mundo no estaba ya poblado de enemigos que debían ser comidos, que todos los seres humanos eran buenos, que los malos eran malos, que los malos no estaban en peligro. Ahora las semanas eran meses. "Duke" movía su cola. Sus orejas estaban erguidas. El telegrafo de su nariz ponía placentera comprensión en su cerebro.

—Muy bien —dijeron ellos—, está listo para una licencia.

Una niña inclinóse sobre él para darle las buenas noches.

Volvio a la realidad con las fauces abiertas, listas para herir. Se oyeron los gritos: la sangre corría, muy roja; los pies huían.

Vino el doctor Cooper y encerró a "Duke" en la oscuridad. El dejó caer su cola y aulló durante un rato. Humeó la caja que le habían preparado con trapos viejos y yació en la oscuridad, reflexionando... Dos veces, durante esa noche, un relámpago rompió la oscuridad e iluminó su nariz. Él se movió hacia la luz, agitó la cola y volvió a tenderse, solo, en la oscuridad otra vez.

A la mañana siguiente fue llevado muy lejos; tal vez en alguna época había conocido la granja a la cual lo llevaban ahora. Tal vez... Nadie lo sabía. El niño que lo había cuidado era ahora una pequeña, más suave, más frágil; cuando sus dedos lastimaban su pelo y él soportaba el tormento que le infligía, y nunca ladró ni trató de morderla. Pero había estado en la guerra y no era el mismo. Había tenido que estudiar sanidad militar que le había enseñado a matar. Él estaba capacitado para disfrutar nuevamente de la alfombra.

—Me dijeron en la Cruz Roja que la pequeña no está malherida, pero que es demasiado pronto para saber si quedará cicatriz.

Peggy jugó con el cabello de Fred y con sus orejas, y le preguntó:

—¿Cómo estás, "Duke"?

—¡Guau, guauuu! —contestó Derry, so-

fioliento.

—¿Morderás tú también?

—¡Inclínate y verás.

Ella bajó la cabeza. Derry no mordió.

Sus bocas se unieron.

Como todas las criaturas de su especie, vivieron engañados... Cortaron muñecas de papel y comieron azúcar de sus ventanas, tomando pedacitos de gingerbread del alero de la casa de la bruja... Hicieron a la pobra y creyeron que se trataba de un juguete, aunque ambos eran realistas y nacidos en medio del terror de su tiempo, alimentados con la depresión, confundidos por los políticos..., sufriendo por mucho tiempo, al observar cómo

los demás seres de ese complicado mundo encontraban su destrucción en el brillo súbito del amanecer.

Escucharon el eco de una sombría sintonía de explosiones de bombas en este siglo y aun ellos tenían en sus dientes el capullo de la vida. Y lo gustaron y sintieron brotar el dulce néctar de su juventud.

Y bromearon y se movieron de toda la economía de la historia; hablaron del cañón que usarían como mesa y del que usarían como silla, y buscaron aventuras (con un traje sobrio y corriendo para encontrarlas más pronto).

—¿Y si tenemos un niño? — preguntó Derry.

—No preguntes — contestó Peggy, alzando la vista—. No hables de eso. No podemos, por lo menos en cien años.

Y ellos sabían, sin embargo, que si ese momento llegaba, a pesar de todo, sabrían afrontar las responsabilidades.

Y siguieron jugando con sus esperanzas y con sus ambiciones.

Ella le riñó. Ella era la ley, como lo son siempre, al final, las mujeres. Conversó, llegó a darle una cachetada; luego lo besó con fiebre, le revolvió el cabello. Ahogó las palabras de reproche que Fred dirigía a él mismo. Lo manejó con habilidad y, finalmente, le permitió que la adorara.

## LV

Butch Engle limpió de sus labios el zumo de las frutas y solamente apretó la mano de Milly Stephenson.

—Hay suficiente como para hacer una torta — dijo.

—Quédese a cenar, así comerá algunas más. Estoy segura de que Al desea que usted se quede; él está todavía cavando en el grado.

Butch sacudió la cabeza:

—No, gracias; trabajo en casa. Es la hora del cocktail.

El hubiera querido hablar de la gratitud y del orgullo que sentía en llamar amiga a una mujer de esa clase.

—Por Dios! — pensó—. La señora Stephenson tiene una figura como la de Claudette Colbert, y sin embargo es noble como mi madre, ¡sin admirables los Stephenson!

Y dijo, con el tono más gruñón y amenazante que pudo encontrar:

—¡Por! Tenga cuidado con esos chicos!

Luego se marchó.

## LVI

Fred Derry y Peggy Stephenson conversaban con Al y Milly, los cuatro a solas. Reían. Juan, la gente ría en la casa donde alguien ha muerto, mientras vaga por la cocina, sirve bebidas, y en la ha-

bitación vecina yace la cerúlea y grida forma).

En la desolación; habían estado en ella y estaban templados por un fuego que ninguna otra generación conoció.

Fred Derry, de veintinueve años y matador de cien hombres..., iba a la escuela, no con un puñado de muchachos, como él había dicho, sino con los hombres de los tanques, con las tropas libertadoras y con la infantería, para abrir un libro que les decía cómo debían pensar y actuar.

El iría y trataría de aprender a vivir y a amoldarse en la misma forma que otros millares de hombres debían hacerlo.

—Nada más que cincuenta dólares por mes — dijo Milly —, ¡se va a morir de hambre!

—Por Dios — repuso Peggy —, no son cincuenta, sino setenta, si Fred tiene a alguien que dependa de él.

—¡Falta y cinco — dijo su padre—. Y el gobierno paga todo lo del colegio, los libros..., y ustedes pueden vivir de zanahorias y arroz.

Su hija lo miró y sonrió. Con su sabiduría superior tenía un plan mucho mejor.

—Ya lo tengo todo pensado. Mi ropa me durará por lo menos dos años; ¡tengo tanta! Fred tiene dos trajes y sueters y pañuelos. La señora Rafferty, de la Cruz Roja, alquila habitaciones por sólo quince dólares al mes. Si Fred corta el césped y la ayuda... Ella me lo dijo.

Fred cerró los ojos y gruñó:

—Podría volver a las Midway Drugs hasta septiembre. Pero pongamos que Bullard no lo quiere emplear de nuevo.

—Oh, sí. ¡Quiere! — contestó Peggy—. Y está contento de que vayas de vuelta. Yo lo llamé hoy, antes de que tú vinieras.

Cuando ella y Milly se fueron, Fred miró obstinadamente a Al.

—No está en su sano juicio — dijo Derry —, no sabe lo que arroja.

—Y, bueno — contestó Al —, si ella quiere probar...

—Mira — dijo Fred —, lo que ocurrió en el banco... Todavía no puedo comprender cómo me arrojó de tu casa. Un hombre como yo, con lo que traté de hacer; ¡que lo hubiera hecho si tú me sacas de la fila!

Al encendió un cigarrillo.

—Podría haberlo hecho yo también. Era realista, ha tenido suerte de que yo te sacara de la fila en ese momento. Quizá seamos afortunados los dos... Tú sabes cómo es eso. Algunos hombres son afortunados porque sus nombres no están grabados en la granada de mano o en la bala, porque ésta no fué hecha para ellos.

—Ya sé — contestó Fred —, pero, ¡asaltando un banco!

Al dijo:

—No quiero oírte mencionar nuevamente eso. Dos páginas de una libreta de apuntes. Muy bien. Yo las rompí al dejar el Black Hawk Club y las quemé. Ahora ya no existen. Están quemadas, son cenizas olvidadas. Nadie sabe nada, excepto nosotros cuatro. Olvidado, por favor.

Tomaron varios vermouths, y "McDuff" como cinco bizcochos.

Peggy fue a buscar a Homer y a Wilma y los condujo al interior de la casa. Homer todavía asustado, con sus cabellos crespos, y Wilma observándolo con ojos nerviosos.

—Nada más que un vermouth, Homer, no rogó ella. Su voz era aguda.

Al traía algunas galletitas para ella y para Rob.

Charlaron. Dijeron cosas simples y absurdas; hablaron de las comidas y Peggy hizo planes acerca de lo que ella y Fred harían. Iban a preparar la comida y llevarían a los demás a sus casas.

Tenían un poco de nafta, si se les acababa tendrían que caminar.

(Todos los temores y las penas y las pesadas cargas, todo eso no los ataba ya, pero estaban como guardianes al final de la terraza).

Vieron caer el día y cubriéndose el cielo de nubes.

—Otra tormenta — dijo Milly.

El esposito contestó:

—Las lluvias hacen crecer las lilas.

Al sentía que ellos, los tres, eran un batallón perdido.

Los tres que habían conocido la llama destructora y que aun percibían su brillo en su interior.

El niño, el muchacho y el hombre; aquellos que habían vivido lo que las mujeres sólo alcanzaban a imaginar.

Ellos miraban. Veían que el pasado se prolongaba hacia el futuro como una tormenta.

¡Volverían a sentirse los relámpagos devastadores!

¿Se enrojecerían una vez más con los truenos?

Una guerra?

Tal vez sí, quizá no.

Pero también será salvaje el clima de la paz, con las luchas de clase, de razas y de religión, mientras existan celos y el amor sea un huracán desatado que destruye las lilas.

Ellos debían prepararse y acorazarse para la lucha que se acercaba; prepararse sus fusiles...

¡¡¡Atención!!!

Porque a lo lejos, allá en el espacio las amovibles nebulas del oeste glidaban nuevamente. (FIN)

**"GLORIA PARA MI", la obra de Mackinlay Kantor, ha sido publicada en forma de volumen bajo el título "LO MEJOR DE NUESTRA VIDA", por ediciones Siglo Veinte, de Buenos Aires, en su colección Editorial Cronos.**

## UN HORIZONTE DE CEMENTO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 10)

Juan Tolosa. Esas luces me hacían recordar bien. Donde hubo misterio y luz, Juan Tolosa fué respetado. Ensayo hablando de batallas de hace treinta años. La Parda Flora, mujer de cuchillo en la liga, respetó a este hombre como a nadie. La Parda Flora era brava como un hombre. Y vamos a ver, ¿quién es ese portero que me echó de la puerta? ¡la a volver. Quería mostrarle quién es Juan Tolosa.

Pero preferí seguir. Esa gente se muere sola. Se lo dice uno que ha vivido mucho. Hay una clase de cosas que no merecen que se le levante siquiera un dedo. Mueren solitos. Un cardo tiene que compararse de la vida para pelar, pelear, con quienes lo merezcan. Tenía la seguridad de que el portero era el rufián más grande de Leandro

Alm, y esa seguridad me dejó contento. Caminaba y sonreía. Tanto gente y luces. Y de vuelta, el olorito rico de la grasa frita.

Había que comer. Por la ventana estudié la fonda.

\*\*\*

Me llamó adentro y me hizo sentar a su mesa. Comía pescaditos y tenía enfrente una botella de vino. Primero miré la comida y después a quien me había llamado para su mesa. No lo conocía. Por otra parte iba mal vestido, con una tricornio debajo de su saco muy usado y pantalones a la rusa.

Yo me senté. Nada tenía que perder. En buena hora que me confundiese con cualquier otro si era para convivirle con algo.



Apenas me acomodé cuando llegó el mozo, mirando con extrañeza a quien me había llamado y con desconfianza a mí. Y como si fuese la cosa más natural del mundo, sólo alcanzó a decir: "Pescaditos". Y mi inesperado amigo corrigió: "Y otro vaso". El otro devoraba los pescaditos sin perdonarles la cabeza, y yo empecé a mirarlos yo. Con quien me había confundido? No parecía borracho. Estaba con la serenidad y el aplomo de su corpachón de estibador. ¿Me parecería tan extraordinariamente a un conocido suyo? Pero no había ninguna confusión. No me parecía a nadie. Terminados de limpiar los dos platos, cuando él dijo: "Sí, es una vergüenza que voy a tener que mirar la cabeza de una fonda con cara de hambre". Tomó el resto del vino. Después llamó al mozo y pagó con un papel de un peso. Se incorporó: "Bueno, viejo, tengo que irme". Y se fué, efectivamente. Yo quedé más sorprendido que si hubiese estado comiendo pescaditos con el Presidente de la República. Se había ido sin decirme nada. No estaba borrado, no. Ni necesitaba de mi presencia. Para nada. Invité, pagó y se fué. Le molestaba ver a un viejo con cara de hambre. Había sido sólo eso. Nada más.

Vino el mozo a retirar los platos y los vasos. Me dijo sonriendo: "Comiste, ¿eh? Había comido; y lo que era más sorprendente, estaba algo mareado por este vino. No soy ningún diablo. He aguantado litros de vino de más, pero el estómago vacío se me había subido a la cabeza y ahí estaba yo con fuego en las orejas y un pulso loco en cada sien. Todo lo encontraba lúcido y cálido en aquel bodegón. Hasta flores de papel se veían en el techo.

Sentía los brazos fuertes y la sangre espesa. Ahora me hubiese gustado que el portero del café me echase la puerta en la cara. Quería buscar, a aquel tipo y borrarle los dientes. Ya sabía quién es Juan Tolosa. ¿Y el mozo no me había dicho "Comiste, ¿eh?" con una sonrisa muy de superioridad? También aquel mozo de bodegón no parecía conocer a Juan Tolosa. Vamos a ver: ¿qué tenía que preguntarme si había comido? Me encontré con un amigo, él había invitado, y por tratarse de un amigo, él había bebido con toda la familia, acepté unos pescaditos y un par de vasos de vino. El, que sirviese, y yo que no tomase tanta confianza. Podría quejarme al patrón. ¿Qué modo era aquel de tratar a los clientes? iba a levantarme, gritarle al mozo, buscar al portero del café, ¿qué sé yo? Pero me quedé ahí. Me había caído encima un sueño del diablo. Fui doliendo la cabeza. Todos los mozos de la fonda se acicalan y yo iba quedando solo, en medio de una pieza de terciopelo negro. Y después fué un fuerte sacudón. El terciopelo fué borbotando y los ruidos volaban, entremetazados. "Vamos, viejo, no te duermas". Era el mozo quien me despertaba. "¿Aquí se viene a comer y no a dormir. Vay a tener que sacarte almorzar. No dormís, no. De lo contrario, te habría dejado caer la cabeza. No tenía por qué amenazarme con echarme de la fonda. No iba a repetir aquella cabezada. ¿Estábamos acaso en el Palace Hotel?

Una risa que sonó a mi derecha me hizo dar vuelta la cabeza. Al lado de mí misma había uno de cara y pelo colorados. Fué mirarlos y sentientos amigos. Y antes de darme tiempo do invité, él abandonó la suya y vino a acomodarse en mi mesa. Y también fué él quien pidió otra botella de vino. No hacía un rato yo andaba por esa recova como un perro perdido, pero ahora la gente del bodegón parecía esperar turno para convivirme con algo.

Quien tenía ahora enfrente sólo a vino, no a brea, pero era un auténtico marinero. En un principio, él supuso que yo era un extranjero, pero se trataba de un inglés, por lo colorado. Pero no tardó en hablar, y lo hizo como buen criollo: "Así es, don; después de la navegación no hay como el vino". Afirmé entusiastamente Después,

de navegar, de trabajar, de no hacer nada, o lo que fuese: en cualquier momento. Sin embargo la contesté, muy seguro de lo que decía: "Es la pura verdad. Se cruza el mar y en los últimos días uno cree reventar por las ganas de una buena borrachera". Pero el otro afirmó con la cabeza: "¿La? Y repentinamente se puso serio. Me miró con algo de angustia: "¿Pero usted ha navegado alguna vez?" Y razonando quizá consigo mismo, pero en voz alta, le escuché: "Tiene más cara de viejo atorronte que de lobo de mar". Ahí es que volvió a hervirme la sangre. ¿Qué interés podía tener yo en enfiarme? Había tomado un vaso. El viejo patrón de la barca "La Primitiva" podría darme informes de Juan Tolosa, que conchabó en cierta oportunidad en San Nicolás. Este viejo que está hablando, en sus buenos tiempos ha cruzado a pie los arenales de Santiago del Estero. Y el trabajar en esa barca fué para mí un descomiso, puede creerse. ¿Qué es lo más bravo: vivir en el agua o vivir en el desierto? ¿Entonces? ¿Desde cuándo vale más un marinero que un linero?

Sólo trabajé un par de meses en la gasolinera "La Primitiva", pero no necesité más para saber lo que es aquella vida. Una peste con un solo alivio: que se come bien. La palabra de la barca llevaba puesta siempre una gorra con visera de hule resquebrajado y empañado de grasa. Parecía más la pichonera de un apache que el cubre piojos de un capitán mercante. Y no se la sacaba nunca. Al menos no recuerdo haberlo visto sin aquello encima de la cabeza.

Lo traía, top! La barca subía el río Paraná. Cerca de tres días tardábamos en llegar a San Nicolás. ¿Y eso era aburrirse mucho! Al amanecer desayunábamos con mate y galleta y después comíamos con fiambre y nos quedaba el consuelo de almorzar a las doce en punto. Con ojos cansados mirábamos las dos orillas que parecían faltarle encima de la cabeza de popa, donde en vez de la bandera podía verse una ristra de chorizos, como una guimalda.

Don Francisco, el patrón de aquella barca, caminaba por la cubierta. Tan triste que ya no se enojaba con nadie. ¿Para qué? Otros cuando tienen la cabeza bucha patea el pobre de don Francisco. No tenía rabia. No tenía, sólo una tristeza de suspirar y morirse, por ese cascajo que pedía el fondo del río.

Estábamos anarrados semanas enteras en las aguas del Riachuelo, cerca de los frigoríficos de Barracas. El agua parecía aceite mineral. Hasta el cielo estaba sucio de vapor y hollín. Un vaso todo. A veces me quedaba mirando el desembarcador de tablones ya deshechos, y encima una grúa abandonada. El patrón me veía, estábamos solos y venía a charlar.

—¡Ah, Tolosa, qué vida puerca!

Miraba esa agua negra y espesa. Oía todo aquello y suspiraba:

—... tan linda que es la navegación verdadera!

Con su gorra y esa tristeza parecía más un canillita en la mala que un capitán mercante. —¿Sabe una cosa, Tolosa? Mi padre fué capitán de un barco italiano. Mandaba arnar todas las velas y se iba a África. Un capitán con traje blanco para pasar por el canal de Trifol y, como él me ve a mí, entre todo este pudridero.

Se iba para su "camarote". Despacito. Como si cargase él solo todo aquel paisaje pesado del Riachuelo.

El colorado me escuchaba atento, hasta me parecía que emocionado. Yo seguía hablando. Oigo la tenía que decir. El debería de saber la verdad de lo que confesaba el patrón de "La Primitiva". ¡Debe ser linda la navegación verdadera! ¿Que lo dijese él, que era marinero!

Aquel tipo volvió a mirarme muy serio. Después dijo:

—... me equivoca. No soy marinero, sino mecánico de un garaje. Pero me gusta hablar de barcos y por eso vengo aquí.

Lo miré con su tricornio de cuello alto debajo

del saco de corto marino. ¡Un fool! Me clínico de autos!

Yo sentía la cabeza pesadísima y la sangre saltarina como una cosa. Ganas de hablar, de recordar cosas de antes. ¿Pero nada de broma? Me sentía el más feliz de la tierra. Me sentía un carguero como recorrí de linera por provincias enteras, y no sobre un cascajo movido, con un perro vestido de capitán gritando a todo el mundo. Quería contar algo de mi vida. Unas ganas locas de decirle a alguien todos los recuerdos que en ese momento se amontonaban en mi mente.

Y fui yo quien abandoné primero esa mesa. Caminé unos pasos y me senté con unos mechachos que parecían estar de farra. Les recomité divertida mi presentación, porque me dio de lo lindo. Yo empecé a contar, que sólo ganas de eso tenía.

## CAPÍTULO II

### LA NOCHE ESPESA DE JUAN TOLOSA

Les habla Juan Tolosa, con 61 años en el momento y una postergada necesidad de comer y dormir bien siquiera una temporada. Pueden creerme que las noches de Buenos Aires son desoladas, con su enlatado pijaro solitario en cada esquina. Pero a los que parecen esperar un milagro en cada punta de la ciudad, a los que acervo mis desgracia y la explico como mejor puedo. A veces me dan una moneda, y entonces tonio un vaso de vino, porque un plato de comida cuesta más y no calienta nada. Y se hace olvidar cosas malas, ni recuerdo las buenas. Pueden creer a este viejo: las noches de Buenos Aires son frías y sólo una serie de vasos del tinto las puede entibiar. Puedo pasar como un viejo borracho, pero les juro que no me tomado sino la cantidad necesaria para sentirme en esta noche de invierno envuelto en un sobretodo de repelente, con ganas de contar cosas pasadas y olvidar las de ahora. Yo soy Juan Tolosa, ustedes son jóvenes y no pueden conocer lo que he vivido. Buenos Aires tenía otro clima y otro río cuando yo era muchacho. Palabrá, esta ciudad estaba habitada por otra clase de gente.

Fuimos cuatro, los cuatro. Todos callados y trabajadores hasta que llegaba el momento de ir a divertirse. Entonces no sólo nos cambiábamos de ropa, sino también de cara. La vieja del pibe Joaquín cuidaba su hijo arrugaba la frente mientras ponía ponada a la melena, y se ponía muy serio. Lo acompañaba hasta el portoncito de la alcoba, y me emocionaba le decía que tuviese cuidado. Yo mismo debía de ocurrir cuando uno se va a la guerra.

Llegábamos los otros tres en la jardinería de don Toribio. Y entrábamos a chapalear barro por esas benditas calles de San José de Flores, caminando de la guerra de la guerra. Pero también era invierno, y había llovido mucho. Nos escondíamos entre el hule de la jardinería porque el barro salpicaba por todas partes. Especialmente el pibe Joaquín cuidaba su traje a cuadros. Se desesperaba cuando una gota de barro se colaba dentro del coche. No valía la pena que él se bañara en un traje de baño. Cuando esa noche llevamos a un traje nuevo al hospital, todo aquel traje estuvo sucio de sangre. Tan flaguito y tan buen bailarín el pibe Joaquín. Tan flaguito y tenía sangre como para ensuciar el traje nuevo, el coche y el barro.

Después, la jardinería navegaba por ese mar de barro, íbamos callados. Pesaba esa espesura de la noche de suburbio. Hasta que llegábamos a la isla de la gloria, con todos sus farolitos balanceándose al viento. Una animación y una luminaria del diablo. Como veinte coches parados allí y cerca de treinta farolitos cubriendo el puerto. Ahí era que empezaba a divertirse y nos entraban ya las ganas de toniar y bailar. No éramos compadres. Solamente cuatro mechachos de trabajo que iban a divertirse. Hi-

cieron muy mal los de esa mesa cerca de la orquesta, quienes, mientras daban la vuelta para contemplar el aspecto general de la fiesta, nos tendieron la cabeza con unos panecitos suaves y más purita que educación. Esa tarde con mis compañeros, pero pese a ello el pibe Joaquín palideció. Comprendimos que por el hecho de vestir un traje nuevo a cuadros sentase obligado a montar guardia de su dignidad y en ese momento ya lo compadecíamos. Quien se sintiese intocable que no se arrimase siquiera a la gritería de la partida Flora. Esto no lo quiso comprender el pibe Joaquín.

\*\*\*

Linda la orquesta. Metía más fuego que la caña. El negro Abel candelabro en el piano y el "tano" Luigi le hacía rular al tango como su flauta. Liberal y comprensivo, pese a su turno nuevo a cuadros, el pibe Joaquín le echó el ojo a una sirvienta gallega de aquella vecindad. Y ya se lucía con ella en una corridilla que le arrogaba toda aquella impecable elegancia que terminaba de cuerpel al barro.

Un tango que era como un pulso de fidelidad. Y los que estábamos sentados seguíamos el ritmo con las copas y golpeándolas en las mesitas de hierro terminábamos rompiéndonlas. Quedaban pocos vidrios sanos cuando de esa misma mesa donde partió la lluvia de panes se la tomaron entre el pibe Joaquín. Lo veían lucirse con aquella gallegueta y pronto se hizo la provocación de los envidiosos. Improvisaron un estribillo. Algo de: "bailan como personas finas el flaco y su gallardina". En tango aquel no tenía letra. Entonces no se acostumbraba eso. Pero de aquella mala maldita de los panes partió aquel estribillo. Y para desgracia de Joaquín y contento de la putista el cuento no tardó en ser coreado por todo el mundo.

El tango seguía con muchos floreos. No faltaban allí carteritos con alparagas bordadas, dibujando en el suelo de ladrillos los fireleres que el "tano" Luigi marcaba con su flauta. Y había un parido cuareador de los maraderos, con bombachos. Pardo, pero tirando bien a negro. Apretaba a su compañera, levantaba esa trompa que tenía y empezaba a mover las piernas con la suavidad de un gato. Parecía que escribía algo con los pies. ¡Ah, muchachos, ustedes no pueden saber lo que era eso, cuando los negros se iban, se iban, pero antes nos enseñaban a candelabro la milonga a los criollos!

El pibe Joaquín se defendía y hasta se lucía al pardo. Pero el estribillo aquel lo hizo poner más blanco que el papel. Cuando todo el bailongo ya lo cantaba abandonó de pronto a su compañera. Ahí quedó la gallega, sola, mirando como Joaquín se acercaba a la mesa de la patata.

Allí quedamos todos como pegados al suelo, parados como babecas, sin saber lo que hacer, estúpidamente llenos de vino, cuando en la pelea que se armó, a Joaquín le dieron una puñalada en la barriga. Así es: fuimos a divertirnos porque creíamos saber lo que era a pasar. Habíamos ido a bailar. El diablo nos llevó visto arriba de la jardinería y se habrá reído de lo lindo.

No soy un viejo aguafiestas. Les cuento esto por decirles algo que no conocieron. No crean que quiero meterme injuriado a nadie. Me gustan los muchachos, y también lo fui, y en una época en que serío valía mucho más que ahora. ¿No invitan con algo? Este viejo no se enoja por eso. Se levanta y se va. Por otra parte ya es hora de buscar un lugar para dormir. Todo este cemento es frío. Voy para el lado de Retiro, de las estaciones de carga, donde hay vino y pasto de buey. Si hay que dejar el cemento y buscar la tierra tibia y linda.

### CAPÍTULO III

#### LOS OJOS DE LA NOCHE

Un viento frío me esperaba en la calle y me golpeó la cara. Mejor se estaba dentro del fondín, pero bajo los arcos de la recova y con

tantas luces, el invierno no alcanzaba los huesos. Se quedaba en la piel, y apenas si provocaba ganas de seguir tomando. Recibí el golpe de viento en la cara como un saludo de la noche a mi aparición.

El viento todavía me cantaba en la sangre. Extendí los brazos, sintiéndome un orador. La gente se detenía, me contemplaba y reía. Yo estaba con las piernas algo separadas, sosteniéndome firme como un árbol. Desafiaba a cualquiera de esos risueños farabutes a que no estaban tan bien aferrados al suelo como yo.

Quedé algo de fibra y bastante sangre, señores — les dije, mientras daba un palpar mi brazo derecho, debidamente flexionado. Pero nadie se interesó en comprobarlo. Y de pronto, con ese mismo brazo, me apliqué un golpe en la frente. Terminaba de acordarme nuevamente del portero que me había echado. Se había aprovechado de un viejo que andaba algo pre-

OJO POR OJO.

Por González Fossat



ocupado por encontrar la forma de comer. Tenía que buscarlo, sin dejar pasar un minuto más. Sentí una necesidad rabiosa de demostrarle quién es Juan Tolero enojado. Me dije "vía, vía, vengo", y yo me fui sin siquiera prestar con un gruñido. ¿Era esto tolerable? ¡Oh, no! No podía ser nunca. Verdad que ya eran varias veces que me acordaba del portero, pero esta vez iba a ser la resolución definitiva. Y me puse en marcha hacia el cafetín de cartel luminoso rojo. Pero todos los que me rodeaban y que tanto me hacían sentir fuerte, se dispersaron. Nuevamente quedé solo. Un viento helado venía del río. Lo sentía con toda su furia. Pasaban dos negros altísimos, con sombreros en forma de galeras y camisas coloradas bajo el sacco. Detrás venían cinco muchachos ingleses, con las caras coloradas y lustrosas, y una rosa en las solapas. Después otros dos marineros sosteniendo en el medio a un tercero, borracho, con la muca de quien murió de asco. Los dejé pasar. Estaba enfrente de una feria de diversiones y escuchaba la música de un organito. Sonaba con ruido de botella: "glin-glin-glin-glin". Y todos estos ruidos iguales hacían un "rango. Los cinco muchachos ingleses estaban repartiendo puñetazos en un "puchinbal" con reloj: gritaban y gesticulaban, locos de contento.

Recién entonces descubrí que me estaba alejando de Retiro. Lo había hecho para encontrar al portero del cafetín, pero con tenía con él, después de todo? ¡Iba a ganar algo pelando! Nada, absolutamente nada. Lo que yo quería era dormir. ¿Entonces? Dí media vuelta. Pasa nuevamente por todas las luminarias, otra vez hacia el norte.

A la espera de pasar frente a la fonda, salían los cuatro muchachos que después de escucharme se habían negado a invitarme con algo. Haciéndose más borrachos de lo que estaban, se quedaron molestando en la puerta, hasta que se armó la gritería en el mismo momento que yo llegaba.

La cuestión era con un marinero de uniforme, cobrizo, achinado, seguramente un corentino. Uno de los muchachos discutía violentamente. Se acercó al marinero, lo suficientemente para recibir un golpe en la cara. Retrocedió agarrándose la nariz, como si se le fuese a caer. No iba a dejar pasar esta oportunidad de intervenir con una sonrisa diplomática me dirigí al marinero.

—Comprenda, son muchachos, vinieron a divertirse.

El golpeado conservaba el gesto de sorprendido por un puñetazo en la cara, o quizás lo escondiese de vergüenza, porque estaba visiblemente humillado.

Todos me miraban, mostrándose tranquilos, serenos, espirituales. ¿Por qué me? No hay momento que no se preste para hacer filosofía.

El marinero me dijo:

—Yo vengo a divertirme, me lo hacere el guapo. (Con esto quiso recalcar que lo era.) Pero no agusto broma de ninguna patota.

Y se fue.

Uno del grupo, amargado por no haber intervenido, tartamudeó:

—Yo ya estaba por meterme.

—Lo hubiera hecho.

Trataban de herirse mutuamente:

—Como a mí no me pegó.

El primero, sonriendo:

—Ahí, atrás, dejándose solo, claro...

—No busco pelea, voy sí.

Quien buscaba cínicamente lo humorístico:

—(Como sonó la castaña!)

Cuando echaron a caminar, yo seguí junto con ellos. Y les fui diciendo:

—Hicieron bien, muchachos, en contenerme y no llevar el asunto a más lejos. El verdadero valor reside en eso...

El golpeado iba mirando el suelo, rumiando algo. Y se le salgaó conmigo. Me echó de su lado, insultándome.

Ellos siguieron caminando, y yo fui apartándome, quedando atrás.

Tanta injusticia barró los efectos del vino que había tomado. Otra vez sentí el áspero frío de la noche, el desaliento de no tener un cobre.

Estaba frente a la calle Córdoba; terminaban todas las luces. Sacudí violentamente la cabeza. Tenía que despejarme de la última gota de vino para enfrentarme a la noche y el frío. El silencio campo de batalla se extendió delante de mí.

La avenida Leandro N. Alem se ensanchaba aún más. Eso era una llanura de asfalto. Del otro lado seguía bordeada por galpones. En el fondo, la iluminada chimenea de un trasatlántico. Y el viento helado soplabá furiosamente de allí.

La verdad es que estaba indeciso. Me balanceaba sin saber lo que hacer, en la punta de la esquina. La recova continuaba, pero oscura y fría, demasiado sordida. Cruzé la llanura de asfalto. Del otro lado, un paredón que se perdía a lo lejos, me protegía del viento que llegaba del lado de los autos.

Se trataba de llegar a Retiro y buscar en la playa de carga un lugar abrigado para pasar la noche. El paredón se extendía, no acababa nunca, separando el puerto de la ciudad. Y a mi izquierda palidecía la noche. Los cubos de cemento, anónimos, superpuestos, me miraban con sus cuadrilucias luces de sus ventanitas. Extendía la vista y solo encontraba las moles



grises, unas chatas y otras enhiestas, pero todas amanzanándose con sus iluminados ojos. ¿Por qué la alegría del vino se confundía en tristeza? En ese momento cuando inesperadamente alcancé a ver enfrente de mí dos ojos encima de la noche. Eran ojos laterales, mirándome sorprendidísimos y bondadosos en su perfecta redondez, igual que los ojos de un caballo. «Los grandes ojos de Dios! Me detuve admirado, hasta que descubrí que eran los de los iluminados de la Torre de los Ingleses. Era el vino. Después de todo no había tomado mucho. Pero siempre las luces fueron para mí los ojos de la noche. Y hay ojos bonachones y ojos que amenazan. Y conozco los ojos llorosos y aburridos de las calles de los pueblos. Y las luces borroschas, que bailan encima de las calles de suburbio. Y otras luces, cargadas de responsabilidad, ojos chiquitos y colorados de aguantar el sueño, que avisan el peligro en los ferrocarriles.

Va llegando a la estación de carga del puerto. Vagones esparcidos en una llanura de rieles. ¿Por qué en Buenos Aires todo es llanura, hasta su gente? En la oscuridad, alcancé a divisar hultos de mercaderías. Cañones, caños, pilas de bolsas. Un vigilante se frota las manos enguantadas y golpeaba fuertemente los pies en el suelo, para entrar en calor. Mejor que no me viese. Me escondí detrás de un corte de vagones y espíe entre los topes, cuando redondos muñones de hierro con gana de pulverizar lindas.

Todas las luces de la ciudad quemaban detrás de mí. Enfrente al viento que venía del agua silbando su frío. Lejos chilló una locomotora. El vigilante no me ve. Le brillaban las botas y el correa. Apresuré el paso. Consegui alcanzar otro corte de vagones. Ahí era la noche perfecta, acogedora, llena de vagones y más vagones, silenciosos y pesados.

Sólo se trataba de buscar el lugar más apropiado para dormir. Y me frota las manos de contento.

#### CAPÍTULO IV

### DOS HOMBRES LO SACARON AL FRÍO

La luz en la cara me despertó. Alguien me iluminaba con una linterna.

—¿Y esta basura qué hace aquí?

La inesperada pregunta sonó en la noche y gemí de despabilarme. El "basura" era yo. Tenía seguridad de ello, pero acostado no se me ocurrió contestar nada. Entonces, apoyándome en los codos, medio incorporado, quedé mirando la noche por el agujero de mi caño — no veía nada —, poniendo cara de atención y gentileza, para no enfurecer con mi silencio al que había preguntado.

Otra voz sonó, áspera, voz de alguien que me odiase sinceramente...

—Se acomodó bien en el nidal de pulgas...

Juro que no era ninguna pulguera. Un caño de mampostería que se iba a caer no es una pulga. No señor. No siempre se consiguen lechos así en las playas de carga de los ferrocarriles. Y yo me había acomodado en un caño corto y de regular ancho, y con su buena paja de nido; propiamente estaba durmiendo como un pichón en su nido, y he aquí que vienen estos pájaros a alborotar al señorío de mi caño. No me basuró, me dio sueño de paja y de paja a su lecho. No hay derecho, no señor. Bien que en este momento me incorporé, porque ese tono me tiene acostumbrado a obedecer.

—Salí del "bulín" un momento... — decretó la segunda voz.

Y salí del caño, y quedé bajo las frías estrellas. Uno de los pesquistas tenía un revólver en la mano. Yo soy un buen hombre, además de viejo. Tanto le dije muestro en mi aspecto que el hombre aquí guardó su revólver. Y haciéndolo, reía.

Con sorna, el otro le dijo:

—El revólver no te sirve para defenderte de las pulgas de este ciudadano.

Ahora que voy contando, compruebo una vez más que fué exagerado eso que vi en mí y en mi refugio un asunto de pulgas. Bien que hay muchas entre la paja, pero de modo alguno es razón para despertar a un hombre y hacerlo salir al frío.

Ellos vestían sobretodos, eran gruesos, y fumaban. Me trataban con confianza, pero yo sabía que ese trato no significaba amistad. Yo sabía que ellos me querían. Sólo quería que se fuesen. La noche era fría y la paja estaba tibia, el nido a mi lado y aquellos hombres fumando y con ganas de molestar.

—Che, viejo, esta no es noche para dormir.

Vamos andando para el centro...

Fui con ellos.



Sería soberbia de mi parte negar que los muchachos eran algo cordiales. Me ofrecieron un cigarrillo, y fumé, contento de calentarme la boca con unas bocanadas de humo.

Más ligero, viejo...

Me llevaban a la comisaría. Me acostaría en un banco, sobre papeles de periódicos. Mejor era el caño con paja. De esto ni hablar. Pero ya me acostumbraba a la idea de dormir en el banco largo de la comisaría, y ahora sólo quería llegar, que me interrogasen, que me revisasen los bolsillos, que me dieran un golpe, pero que me dejaran tranquilo para extender los huesos y dormir. No podía otra cosa. Así fuese con frío, ya que el nido tibia del caño iba quedando lejos. Pero quería dormir, aunque fuese en un marmol. ¿Qué me dejaban dormir, corno del diablo! Grité, así que grité, y fuerte.

No era nada, señores. Cosas de este viejo loco, no tenía. Había gritado. No tenía que haberlo hecho. Por otra parte no lo haría más. Grité, pero lo hice sin querer. Y por tan poca cosa aquel gordo de sobretodo negro no tenía por qué pegarme un puñetazo para hacerme callar. Sé callarme solo. Si hablo y grito es porque ya soy viejo y no sé en realidad cuándo dejo de hablar. ¿Cuándo levantar la voz. Un viejo que chochea, señores. Un puñetazo para hacer callar a un viejo está mal hecho. ¿Está mal, caramba! ¡Perros! Grité otra vez. Hice mal, pero el grito lo tenía temblando en la garganta, me ahogaba y tuve que largarlo. Gritando sentí un alivio, y en seguida me quedé con el caño callado. Lo esperaba, pero no los otros golpes que vinieron después. Se estaba bien en el caño de mampostería con paja. Un nido tibio. ¿Por qué me sacaron al frío? Yo pensaba en el caño mientras sentía que se doblaban mis rodillas, como si fuesen de mantaeca.

Y creyéndome en la cama de paja fui olvidando de mi ocurrencia, sobre la baldosa de la calle. Un sueño lindo, de cosas cálidas, con fuego y muchas chispas.



Yo era general del ejército de salvación e iba por la calle con uniforme de gala. Relumbrones dorados me brillaban por todos lados. Algo de asustar a la gente y alborozar a los pibes. Y caminando de esta forma, junto a un paredón encontré a un hombre caído. Un curdelón, sin duda, acostado sobre las baldosas frías. Pero tanto tenía el aspecto de algo tirado y dormido, que me fui directamente hacia él. La gente empezó a aspinarse, viendo que el del uniforme deslumbrante se inclinaba sobre el caído; que para eso era salvacionista militante, y en seguida mandé a los que miraban que buscasen papeles de diarios para que no se apoyase directamente sobre las baldosas. Pero todo el mundo se fue de mi ocurrencia. Por ventura era perceptible que un compuesto ciudadano de Buenos Aires buteara en el suelo diarios viejos para aliviar la suerte de un pobre diablo? Con las risas escuché comentarios despectivos: después el grupo se dispersó y quedamos solos, el caído y yo, entre los muros de cemento. Tan atarado y rabioso me sentí, al verme solo y con la

responsabilidad de cuidar a ese hombre tendido a mis pies, que le pegué un golpe. No se movió ni gimbo. Apliqué otro puñetazo. Y cosa rara: los golpes me dolían a mí. Recién entonces me di cuenta que ese hombre tirado en el suelo era yo. Y empecé entre sueños a maniobrar astutamente para que ese general de uniforme deslumbrante — que no era yo — me favoreciera. Se me ocurrió el pájaro caído empujando a juntar maderas, yendo de un lado para otro. Al fin formé cuatro lindas fogatas que empezaron a arder al lado mío. Al principio yo me entibiaba. Hasta que empecé a quemarme. Entonces grité y volví en mí.



Cuando desperté en la calle, me ardía hasta el alma. Los muchachos me habían pateado en el suelo, para hacerme levantar. No los pude obedecer, porque un viejo con frío y sueño... hice mal, sí... pero ya chocheo con gritos y sueño con lindas fogatas de muchas chispas.



Me arrastré un poco hasta la pared. Era lista, sin nada donde poder agarrarme. Una pared de mármol de una casa rica. Y yo me le agarré. Me me quedé ahí. En ese momento de un caballo caído mientras tiraba del carro. El carrero había bajado apurado como si agarrase a un ladrón. El ladrón era el matungo, porque con un pedazo de madera empezó a golpearlo en la barriga. Y el pobre animal lo único que hacía era levantar la cabeza, como si le preocupase el mirar bien a su esclavo. Y cuando el carrero vio que nada conseguía y el brazo ya le dolía, pasó un rato descansando y apostrofando al caballo. Después no le quedó otro remedio que zafarlo de las varas y ayudarlo a levantarse, con sus propios brazos. ¡Ah, un caballo vale plaza! Yo no me pude levantar con los golpes y allí me dejaron. Y a poco me acordé de mi prueba hasta que quedé parado, apoyado en esa pared de mármol. Di un paso, y ¡pafate! al suelo. ¡Esas rodillas de mantaeca! Peor que eso, piernas sin rodillas, con articulaciones que hacían juego para cualquier lado. Mejor era quedar en el suelo, y tratar de olvidar todo, el fuego de los huesos y el hambre de las baldosas. Mejor sería volver a soñar con fogatas. Dejar de estar agarrado y dejarse caer. Así es la gana de morirse, cuando uno tiene que pelear demasiado para defender algo que finalmente se escapa entre los dedos, como el agua.

Yo creí que estaba solo y que mandaba en mis huesos, pero había caído enfrente de una casa de lujo y no podía de ningún modo morirse nadie allí. Cerré los ojos, esperando la vuelta de las fogatas. Pero alguien me sacudió con los brazos para despertarme. Y vi un par de botas listas. Tan firmes como negras y brillantes, esas polainas de rígidas suelas eran propiamente el sostén de la autoridad.

—Hay que levantarse. ¿Qué se ha creído?

Un vigilante, ni alegre ni enojado de verme tirado allí. Pero yo era algo que le incumbía y a mí me había. Pero no me agité, y me agité. Pero no me agité. De los bores salió un aliento de vapor. Sus manos fuertes levantaban mis huesos como si yo fuese un muñeco.

—¿Tenés algo roto o es la curda?

Que crevese lo que quisiera. Para mí va todo era igual. Había abandonado la lucha. Que me tomase por un borracho o por un loco. Que me viniesen dos ángeles de esos tiznados y brazos de busseros y me llevasen al infierno. No iba a decir ni ay. No le pediría perdón al Diablo, menos a un vigilante. Esa ciudad cobarde que dormía protegida por el cemento sabía cómo muere Juan Tolosa. Yo era al mismo tiempo el imponente informado del hombre agitado en el suelo de mi muerte; sólo la razón para odiar al mundo entero. Me sentía forastero en esta

ciudad y en esa noche, como si recién hubiese nacido. Y es que como un recién nacido, yo estaba asomado a algo desconocido. Sentir cerca la muerte no es nada terrible, pero sí algo muy raro. Y de pronto, tanta fue mi desorientación que me puse en pizco de barro en que me sentí resbalador, que me puse del vagliante y le dije como si yo fuese una criatura meliosa:

—Agente, no deje que me muera, no me deje, agente.

El me llevó hasta un portoncito de madera, un pequeño umbral abrigado, de piso de ladrillo. Eso estaba tibio. Allí me dejó caer. Ahí podría morir, me estaba permitiendo.

El vigilante quedó un segundo mirándome. Eramos dos hombres solos, en la noche fría. Ninguna luz llegaba a donde estábamos. Ahora yo no le traje el uniforme y él no podía verme el traje roto y sucio. Eramos dos hombres y nada más. Yo era Juan Tolosa, él no sé... ¿Qué importaba? Ya me sentía mejor sobre esos ladrillos cubiertos con una capa de polvo. Estaba como un perro albergado en un puzo de tierra. Y tuve fuerzas para decir:

—Déjeme algo, agente.

—Puede una ayuda, porque sólo éramos dos hombres y uno de ellos muy pobre, sin nada, pero lo que se dice nada, nada. Y aquella sombra se agachó y apretó en las manos unas monedas frías. Y cerró el puño hasta calentarlas, hasta que ardiesen como carbones. Un calor hondo empezó a entibiarme. Y fui cavando en un sueño de hierro, con un puño apretando unas monedas y con las retornadas ganas de vivir.

## CAPÍTULO V

### EL DÍA EMPEZABA DE NUEVO

El mundo debería detenerse en ese instante, ahí mismo, y no dar un paso más. Yo sorbía lentamente una taza de café. Frente de mí veía al patrón de la lechería. Estaba inmóvil, parecía mirarme a mí, mirar a los otros clientes, mirar la puerta y no mirar a nadie. Era como pintado en cartón.

Un vapor cálido se levantaba de mi taza y me acariciaba la cara. Yo sorbía lentamente los tristes calientes. Era algo de retornar a la vida. Una sensación de volver a sentirse uno mismo. Sí, ahí tenía que detenerse el mundo y quedarme con ese gozo para siempre.

Entraron cuatro vendedores de diarios. Fuertes, pesados, con correa. Parecían soldados, y no de paradas, sino de guerra.

El primero me voy a dar al Perito, no agarro en su misma esquina, palabra que lo voy a buscar en la misma Avenida de Mayo y le bajo los dientes, aunque sea frente al vigilante...

Los otros lo escuchaban como tolerándole.

—Bueno... bueno... hacé lo que querás. Y el lechero detrás del mostrador, como petrificado mirando todo aquello que pasaba, no veía nada. Hasta que dejó el mostrador y se encaminó a donde estaban los cuatro canchilanes. Venía muy serio y autoritario. Cuando llegó a la mesa no hubo más charlas. Uno de los muchachos le dijo:

—Cuatro cafés.

Y el patrón, como si no hubiese escuchado nada.

—Aquí no quiero reunión de malandrines. Ahí dejó de tonar ni café con leche. Eso se ponía grave. El mismo que había pedido se incorporó:

—¿Qué dice?

El patrón fue más diplomático:

—Que pueden ir a otra parte a tomar café.

Y volvió al mostrador.

—Oiga!

El hombre se dio vuelta, y en ese mismo momento recibió un puñetazo en la cara. El pobre mozo vino corriendo para defender al patrón, pero, claramente, se veía que andaba bastante sorprendido que enfurecido, con más intención de recibir su parte que de vengarse al mozo.

Los cuatro muchachos estaban de pie. Y el

patrón en el suelo, bien tirado bajo las patas de las mesitas de mármol, agarrándose la mandíbula con las dos manos, como si se la terminasen de romper. No pude terminar mi café. Tampoco pagarlo. Pocas ganas tenía de dar explicaciones a la policía que iba a caer de un momento a otro.

Estaba amaneciendo. La noche clareaba y mientras tanto el frío seguía en aumento. Miré el cielo volador, como amurrotado de frío.

Iba buscando algún umbral que me permitiera tirarme, cerrar los ojos y esperar que el sol calentase esa heladera. Y caminando hacia el lado de Palermo desolado, un porción de ventinita, abrigado, aunque vicioso, como engrasado.

Ahí ya nadie me molestó. Y pude dormir hasta que desperté bien avanzada la mañana.

\*\*\*

Vi como el de la perrera avanzaba con el lazo listo. Un muchachito gritó para ahuyentar al perro. Quiso correr para llevárselo, pero se interponía el del lazo, avanzando con cautela. Volvió a gritar su llamado tonto:

—Salí, perro...

Seguramente no sabía el nombre del animal. Y como quedé un instante mirando, se acercó a lo que gritaba. Después se acostó en el suelo, romando conscientemente el sol. Era extraño eso que pasaba. Un muchacho le gritaba como un loco. Una de las tantas insensateces que gasta siempre el hombre.

Lo más importante era cumplir con la vida. Y un solo pelo de perro lo iba a entibalar bajo la caricia del sol. Y un bienestar que le nacía de las carnes fuertes y la sangre rica le hacía brillar los ojos con orgullo. Sí, parecía tener un orgullo loco de su potencia dormida, de su escondida fuerza. Después fui cerrando los ojos, esperando el sueño, la cabeza apoyada en las manos blancas y negras, como columnas para sostener un edificio.

Y cuando le cayó el lazo se le erizó el pelo del cogote y mostró los dientes en un desesperar tardío y una defensa imposible. Y ya animal terminado fui unido en el camión jaula, entre perros finos y perros atormentados.

Los perros con monicla la escuchaban. En la puerta de un conventillo apareció la cara alarmada de un piñe. Rompió a llorar. Ahí llevaban a su perro. Palabra que era un lindo animal. A mí también me habían sacado del caño tibia para dejarme después en la calle, medio muerto de frío. Era la misma cosa. Uno está durmiendo, que es cosa tan de Dios, sin sentir ni pensar nada, y la sangre trabaja y es cuando toman formas los hijos de las preñadas y cuando crecen y se hacen hombres los chicos. Y vienen con uniformes, con lazos y jaulas. Y yo dormía en un caño y me sacaron de ahí apañándose con un revolver. Los chicos me conducían al mozo me despertó a escorcerlos. El dueño de un viejo es tan sagrado como el del chico o el de la eulabazada. Porque, en el sueño, un viejo le descuenta horas a la muerte. Era eso, sí. Lo mismo que aquel pobre perro. Todavía el camión estaba cerca y empecé a gritar. Asesinos, cobardes. ¡La sangre me hervía y todo lo que me venía a la cabeza me gritaba.

Uno de los monicla se dio vuelta. Seguramente que escuchaba lo que decía. Y continué gritando, podía venir, que no iban a hacerse callar. Pero ellos siguieron, y yo quedé solo, con mi rabia.

De vuelta, todo ese calle volvió a quedar tranquila. El chico del perro lo llevaba, pero en calles con conventillos nunca falta un piñe dejando escapar los mozos.

Y alguien dijo, tan cerca de mí que casi me asustó:

—Los descuidados, y listo: el cajón. Tanto el hombre como el perro. Ahora, que si nos fusiéramos entre nosotros, vaya a saber qué culpa tienen los animales de vivir en una ciudad...

Era un hombre de unos cincuenta años, de bigucitos grises.

—Si empecé a decir, para contestar algo... ¿qué culpa tienen los animales, vamos a ver?... Porque los perros de la ciudad... Claro que no hay perros de ciudad y perros de campo... todos los perros son del campo, aunque algunos estén en la ciudad. Yo creo que nadie es de la ciudad, ni los perros ni los hombres. Son de la ciudad, y tarde o temprano morimos nosotros forasteros, y tarde o temprano nosotros volvemos al campo, a la tierra... Estamos en la ciudad como pasajeros en un tren. Y por otra parte, palabra que voy muy mal acomodado, puede creerse...

Aquel hombre mostraba su ligand en los ojos, los ojos, los ojos, los ojos, los ojos...

—¿Viste, usted, es decir, don?... Juan, Juan Tolosa.

—Don Juan Tolosa, ¿usted es solo?

—Sí, lo soy.

—Bueno, mire, yo voy a Núñez, en el río, para cortar pasto fresco para el caballo, ¿por qué no me acompañá?

Sólo pudo decir que sí. El sulky estaba cerca. Un caballo blanco. Y mientras el torbellino trotaba ruidosamente sobre el adoquinado, el de los bigotes grises me explicaba que el caballo lo tenía para buscar pasto, y el pasto lo necesitaba para alimentar el caballo.

Yo sé que cuando uno necesita escuchar es porque alguien necesita hacerse escuchar. Y aquel hombre decía:

—Todo es tener una vida para cuidar. Puede ser un gusano. Pero es tener una responsabilidad. Ya me ve a mí: viudo, sin hijos. Pero tengo a Casabelito. Sí, Casabelito es el caballo. Yo lo cobito, el perro llorando que trota debajo del sulky. Cuando Casabelito corre su pasto, parece un chiquilín. Tiene algo de ofensivo que me hace sentir lastima. Los ojos asustados de un mundo que no comprende, ¿entiende? Un caballo es algo muy delicado. Solamente la condición de ser el animal más bueno del mundo hace inofensiva su inteligencia.

Ya hacía media hora que Casabelito trotaba, ajeno a la charla filosófica del dueño.

Le echamos al desdine de la ciudad.

Cerca de una iglesia nos internamos en un extenso baldío, en dirección al río. Por ahí nos cobiamos. Bajamos, el caballo empezó a comer el pasto y el patrón a hablar y a fumar. A mí me entraron ganas de ver lo que había más allá. A la derecha vi una cancha de cemento, enorme, redonda, blanca, como si la luna se hubiese caído. A la izquierda había un arroyo. Y me fui alejando del sulky.

No lo volví a ver.

## CAPÍTULO VI

### EL TESORO DEL AGUA DE COBRE

El sol me daba en la cara. Fui sintiendo su calor y no sabía si era la sangre o el mismo sol que me esperaba en la cara y me llenaba los ojos de nueva fuerza. Siguiendo el río, el arroyo llegó al río. Todo verde de sauces, y más allá la playa borrosa y el agua marrón. Dos caballos de los pescadores del río, comían el pasto de la ribera. De lejos veía preparar el red.

Un sol de invierno que traía un lindo sueño. Los dos caballos eran gordos y se mantenían quietos donde empezaba el agua. Estaban de perfil, como mirándose entre ellos. Al pie de un sauce vino con las raíces al aire había un poco de pasto, y allí me senté, mirando como los pescadores, de pantalones arregados, se arreglaban el red. Al poco, caballos y pescadores se metieron en el agua. El río se comió las patas de los caballos. Luego desapareció el vientre. Y ya lejos, sólo se veían las cabezas, nadando cerca de una bova, empujando el red. Cabezas de caballos y de pescadores flotando en el río. No sé si era eso o si, pero me cayó un sueño de hierro. Me dormí al pie del sauce. Eran pocas horas, pero poco ese pasto había una arena blanda



y tibia. Fué una linda cama.

Sin embargo desperté asustado. Todo caliente de sol. Pero sobresaltado como si llegase tarde a un lugar donde yo fuese muy necesario. Los dos caballos estaban en la canchales empobrecida del agua. Los pescadores, con tanta y con delicadeza, para que no se escapase un solo bagre, sacaban la red. Me largué a caminar por la playa dura y rugosa. Fui adonde estaban los caballos. Iba contento. Un pescado tenía que ser mío. Los pescadores cambiaban de ser buena gente. Un pescado iba a ser mío. Un pescado mojado, lustroso como un sol, todavía vivo y lleno de río, para mí.

Quando llegué encontré a dos muchachos con los pescadores. Les ayudaban a tirar de la red. Después quedaron esperando que los hombres dejen los pescados muy chicos y los vuelvan para llevarlos en premio de la ayuda. Bien observados, de cerca, los dos pescadores no parecían buena gente. Uno tenía bigotes de espigas y cara de gustarle mucho el vino y poco el ayudar al prójimo. La expresión dura y la boca apretada. El otro pescador era gordito, con los ojos muy chicos y una boca torcida y burlesca. Me fui a su lado y le dije a su compañero:

—Ya cayó un cliente...

Se dirigió a mí:

—¿Querés pescado?... Mojate, ya sabés...

Se reía como un salvaje. Yo veía a los dos, colorados del esfuerzo, colorados como diablos por el sol del río y el vino, y sin decir una palabra preferí apartarme un poco.

Qué tan juntos los chicos. Tenían como quince años e iban mal vestidos. Los miré, y ellos también me miraron con odio. ¿Qué venía a hacer? ¿Quería un pescado? Ellos también lo querían y para eso habían ayudado a tirar de la red. Yo era un intruso. Además, viejo y solo, así que no tenía ninguna razón para escoger el desagrado que los chicos me podían hacer. Tuve entonces la completa seguridad de que estaba entre cuatro enemigos. Pero quería un pescado para mí. Y me quedé, silencioso, entre los cuatro tigres, que se miraban con ojos tan duros como inteligentes.

Algo sé de pesca con red en el río. Cuando se recoge una red, al llegar a la orilla, muchos peces consiguen escapar. Pero donde consiguen hacerlo hay muy poca agua, y esa poca agua está tibia de sol, y los pescados de regular tamaño y los grandes no pueden internarse y quedan allí, atontados. Es fácil, entonces, agarrarlos. Es fácil de mirar con mucha atención la superficie del río. Nada se ve, porque es color chocolate. Pero donde se percibe un movimiento, unas burbujas, un chasquear del agua producido por un coladero, en fin, donde puede haber un pez, hay que dejarse caer con las manos convertidas en tenazas. Y si es un bagre grande, uno se zampa un pedazo de carne y un chorrazo de sangre que mete miedo. Pero en ese momento no pensaba en un bagre. Pensaba en mi pescado, que no podía ser un bagre ni una "vieja". Y yo efectivamente resulté un dorado.

Franco sé cómo mirando el agua. Yo lo vi primero, casi estoy por decir que no me vi nada, sino que advertí su presencia. Me metí en el agua, mojándome los pantalones. Efectivamente, había un leve temblor de algo que se deslizaba bajo el agua.

Meñé los brazos en el agua, mojándome el saco. Fui un movimiento ligerísimo. Algo que escapase, resbalase en mis manos, pero lo cogí con alma y vida. Me llevé a la boca el pecho y me incorporé apretando, y digo bien, abrazando a un gran dorado.

Con el sol del agua. Los hombres estaban muy ocupados sacando los pescados de la red. Los vi doblados sobre el agua y no los miré más.

Sólo los dos muchachos me miraban con profunda envidia. Y a mí me palpitaba el corazón con furia. Mi pescado era lindo, grande, demasiado lindo y grande. Era un pedazo de asustado, un pedazo de tiempo con mi dorado. Contento de verlo tan grande y asustado porque esperaba que me lo quisiesen.

Los dos muchachos me miraban salir del agua con unos ojos de envidia que me apretaba el corazón. Esperaba que gritasen a los pescadores que llevaban nada menos que un dorado. Pero la verdad es que yo no robaba a nadie. Apretaba mi pescado contra el saco. Lo defendería. El dorado quería saltar, colaba, se sacudía sobre mi pecho. Así hacía mi corazón, dentro. El dorado era mío. Lo había sacado del río, no de la red. Se lo discutiría a todo el mundo, si señor. Que viniese un policía. Era la razón de mi pobre viejo. No soy ningún ladrón, eso sí que no. Un pobre viejo que se mojó todo para sacar del agua un pescado. Sólo un pobre viejo. El pescado era mío.

Tenia unas ganas desesperadas de irme. Di unos pasos con la tensión de tener que adivinar (me me daría vuelta por nada!) qué iban a hacer esas jóvenes fieras. ¿Y si llamaban la atención de los dos pescadores? Ya sentía el grito: "¡El viejo se roba un pescado!". Pero no hubo nada. Continuó caminando despacio, como queriendo disimular. Nadie dijo una palabra. Entonces seguí escapando, ahora con toda la rapidez de mis piernas. Conté como un loco, apretaba el pescado contra el pecho.

Al rato me di vuelta. Algo sospeché. Efectivamente, los dos muchachos me seguían. Caminando ligero, querían alcanzarme antes de que llegase a la avenida. Comprendí que venían a sacarme el pescado. No lo habían hecho antes para que los dos pescadores no se quedaran con él. Y ahora venían a darme alcance. Apreté más el peso. Faltaba poco para llegar a la avenida. Allí pasaba gente, autos, ómnibus. Había un vigilante. Allí no se animarían a robar a un pobre viejo. La avenida era la seguridad. Yo iba casi corriendo. No corríendo del todo, porque entonces parecería yo el ladrón. Uno de los muchachos me gritó: "Che, viejo, parate".

La avenida estaba cerca. "Devolvé el pescado, viejo chorru". Viejo, sí. Un pobre viejo. Pero no ladrón. El dorado lo saqué del río. Bien que yo quedé todo mojado. El dorado ya estaba quieto, pero lo apretaba más que antes contra el pecho. La avenida estaba muy cerca. "Parate, viejo chorru". No me iba a parar. "Parate." Los muchachos gritaban con rabia. Me di vuelta, para ver lo que pasaba. Uno estaba agachado, recogiendo algo. Apreturé el paso. Y recibí una pedrada en la espalda. Otra piedra, con menos fuerza, levantó tierra en mis talones. Las piedras duelen en los huesos de un viejo, pueden creermelo. Yo no gritaba, no quería llamar la atención de nadie. No gritaba. Yo agaché, pero cada piedra que me pegaba me hacía abrir la boca de dolor.

Llegué a la avenida con frío en el pecho mojado con el agua del río y la espalda caliente de cascoteos. Pero iba con mi lindo dorado.

## Capítulo VII

### EL BRAZO SECO DE MIGUELITO

Pasé por una carnicería y entré. El patrón se quedó mirándome, desconfiado. No le habría parecido un buen cliente:

—¿Querés comprar un dorado?

El otro soltó una carcajada. "¿Todavía colas y va lo querés reducir? Vos sí que sos paca, pero no depara." Y torció el brazo hacia "Si querés veinte centavos, dejalo". Veinte centavos por un dorado de más de tres kilos! Salté escapando del ladrón. Ya me lo compraría cualquier tipo. ¿Quién no daría sesenta centavos por tamaño pescado? Ese carnicero era un ladrón. Un hombre acostumbrado a quebrar sangre y cortar carne.

Una vez fui peón de una "carnicería". ME patrón era un gigante coloradote. Don Antonio era el dueño de un mercadito de Almagro.

\*\*\*

Atremangada la camisa, los brazos del carnicero se veían largos como su delantal cubierto de sangre. Brazos musculosos, redondos, con pulpa que parecía querer saltar de la piel cubierta de vello rojizo. Brazos toda vida los del carnicero Antonio. No eran pocas las sirvientas que suspiraban intimamente a verlos trañar con el serrucho. Por eso miradores, de la calle, se paraban a alimentarse de piculitas de carne y hueso que los cubrían constantemente. Brazos de verdugo, con no pocas cicatrices del oficio de cortar carne y serruchar huesos.

—¡Miguelito! ¿Qué estás mirando?

El hijo volvía de hacer un reparo, y dejando la canasta vacía al suelo, se puso a mirar la calle. Tenía los mismos ojos tristes de la madre. También como su madre era morencho y con un aire de resignación que contrastaba con la vitalidad agresiva del padre.

—¿Qué hay, papá?

—Vení a cargar este para la fondá! Era lo más pesado de su laburo. Una verdadera manía de repeler y malificarlo era acomodada en la canasta. El carnicero reía:

—¡Ahora te quiero ver!

El niño cargaba la canasta en el antebrazo y salía, despacio, torciendo el cuerpo para hacer contrapeso. Y también las clientas reían. Una preguntaba:

—¿Un chico y ya hace todo el reparto, don Antonio?

Antes de que contestase el carnicero, otra se adelantaba:

—En el trabajo se hacen hombres, señora.

—Así me gusta ver a los mocosos y no molestando en la calle.

—¡Qué sacado fuerte, don Antonio.

—Como el padre...

Y don Antonio reía, satisfecho de verse respetado en esa forma por toda aquella clientela femenina que admiraba su humor y su salud.

—Sí, sí... En el trabajo yo me hice hombre. En el trabajo de estos brazos levanta este negocio.

Con un golpe de cuchillo terminaba de quebrar un hueso y por un instante ponía cara seria cuando decía:

—Y quiero que también mi hijo se haga en el trabajo. Nada de perder tiempo en juegos y en diversiones. No en esas. Nada de ser aquí me tienen. Que aprenda a manejar sus brazos. Hasta que se parezcan a estos...

Y levantaba los suyos, macizos y colorados.

—Así... No quiero criar un inútil en mi casa. Que trabaje desde ahora, como lo hice yo...

Y llegó ese momento de su disertación, Miguelito estaba al alcance de su voz, lo llamaba con un grito. Con el cuerpo torcido, el chico volvía al mostrador. Entonces don Antonio buscaba con la vista cualquier paquete ya preparado y lo acomodaba en la canasta repleta.

—¡Lo lo llevas a lo de donña Justa. Así te ahorras un viaje. Te cansás más el brazo, pero ahorras las piernas...

Y reía, junto con la clientela. También reía Miguelito, ya que todo el mundo lo hacía.

\*\*\*

Y llegó el tiempo en que Miguelito comenzó a desmejorar. No por eso el bruto de su padre dejó de hacerle cargar canastas, lo que para él constituía una gracia y un sistema de educación.

En la mesa almorzábamos los cuatro. Miguelito había perdido el apetito y solamente miraba cómo devorábamos los dos hombres, los ojos se le veían cada día más grandes y tristes. Don Antonio le ordenaba:

—¡Vamos, comé, que comiendo y trabajando como me hice fuerte!

Y de vez en cuando, como quien comprueba una realidad nada estimulante:

—Salí a la vieja, no hay nada que hacerle. Efectivamente, madre e hijo competían en tristeza.

Para compensar su falta de apetito, el papá le llenaba constantemente el vaso de vino. El chico se había acostumbrado a tomar. El padre reía viéndole empujar el codo y secándose los labios con las mangas del saco pijama. A veces intervenía la madre:

—Que no tome más. Puede hacerle mal.

Don Antonio replicaba bruscamente: —Si se le gusta, que tome. Es bueno para eriar sangre. Y vos dejate de macanas.

Y desmejorando cada vez más, cargando siempre la canasta en la zurda, Miguelito fué sintiendo un cosquillear raro en el brazo. Se quejaba de sentirlo dormido o como lleno de hormigas. Después no sintió nada. Pero al poco tiempo apenas si podía moverlo. El diagnóstico de la clientela fué que el brazo se sechaba. Miguelito dejó de cargar canastas. Lo instalaron en la puerta, en una sillita de paja, y allí permanecía mirando pasar los carros, con su brazo inmóvil colgándole a un costado. Y don Antonio se quejaba a los clientes de que le hubiese tocado en suerte un hijo inútil para el trabajo. Un lisado a quien se le tendría que dar de comer.

\*\*\*

Yo pensé en Miguelito y en su brazo seco, porqué con la mano terminal de su brazo un pescador del río. Pobre pibe, se quedaba sentado en la puerta, mirando pasar los carros, con esa cara triste de estar despidiéndose de una fiesta. Y yo, un viejo, luchaba; ahora me sentía contento con mi dorado. ¡Ah, si se me secasen los brazos! Debe ser peor que me secasen, porque todo se pierde sin que nada termine.

\*\*\*

—...Sí, señor. Lo pesqué yo. ¿Cómo? Un conocido mío, pescador de Rivadavia, lo sacó con su red. Como lo ayudo y somos muy amigos (casi padre y hijo), me regaló entonces el mejor pescado que sacamos. Un lindo dorado, efectivamente. Mire los bronquitos: rojos de sangre. Recienito sacado del río, ni tengo que decirlo. Fresquito, como para salvar a un enfermo...

Yo me puse a hablar del dorado como si de la opinión que se formasen de él dependiese mi vida. Se había detenido un automóvil al lado mío y el que manejaba se mostraba admirado por ese tesoro del río.

Eran las barreras del ferrocarril que estaban bajando. Yo me encontraba parado junto al auto. El que manejaba, preguntó:

—¿Cuánto le vale?

En ese momento no pude acertar ningún precio. Continué hablando:

—Un dorado fresquito, todavía está lleno de río. Miguelito qué lindo, si parece una señorita rica.

El otro, para terminar, sacó del bolsillo dos papeles de un peso. Le di el pescado y quedé con los billetes. El tren eléctrico pasaba como un torbellino. El motor comenzó a funcionar. Y cuando levantaron las barreras, el coche arrancó.

Quedé solo, con dos billetes de un peso. Pagó bien por mi dorado. Posiblemente lo compró con un pedacito de color gigante.

Quedé pensando que quizá yo tuviese suerte. Respire con fuerza.

Suhi una harranca, caminé varias cuadras. Y en la calle Cabildo toqué un tranvía color verde.

Me senté bien adelante, en el primer asiento.

Don al automotor, como frenaba con una resaca de rueda de timón. Lo importante era que alcanzaba a ver las vías. Y de vuelta comenzó a dominarme el sueño.

Qué bueno era eso: ver vías y acordarme

de cuando Juan Tolosa tenía piernas de hierro para recorrer el país.

## CAPÍTULO VIII

### EL TURCO SE LAS ARREGLA CON LOS GUSANOS

Sólo durmientes. A veces me parecía que el hombre no ha hecho otra cosa fuera de alinear durmientes y cruzar con ellos el mundo. Durante nieves mi mundo eran durmientes, pedregullos y dos bruidos pedazos de rieles.

Caminábamos con pasos iguales, como soldado mirando el suelo, bajo la cabeza, como si fuésemos apesadumbrados por esa llanura sin fin y ese ciclo que se levanta del horizonte.

En el suelo hay cosas para ver. El suelo es cordial, es bueno caminar dándole toda la atención, porque la pampa es desolada y ahora ese horizonte polvoriento de la sequía. Nos acercábamos a Santiago del Estero y toda la llanura santafesina enrojecida, reseca, anticipo de los montes santiagueños.

Yo era quien siempre avisaba:

—Un tren, turco...

El turco Amed amaba las locomotoras y le enloquecían las mujeres. Caminando, era una sola voluta de sequía, de cabeza.

Caminar raro el suelo. La cabeza bien baja.

Y cada paso acompañaba con un firme movimiento de cabeza, martilleando. Diríase que iba afirmando algo categoricamente. Yo lo veía, con aquella su vehemencia acompañada de náguila y entonces juraba que el turco en loco —y su locura consistía en creerse una de esas locomotoras que amaba con verdadera pasión.

Volví a observar:

—Viene un tren. Podemos descansar un poco.

Amed escuchaba, pero le costaba siempre "frenar", y tanto más interrumpir su marcha por las ideas. Pronto, a poco, desaparecía el paso, hasta que finalmente se detenía.

Tristemente miró aquel borroso fin de llanura y ciclo, crispó sus labios gruesos al escupir y se apartó de la vía férrea. Su paso vacilaba, entonces. Dejaba su marcha y parecía otro. Mostró estar fatigado y se acostó en el pasto seco. Yo me eché junto a él, sobre el pasto seco.

Las vías del Central Argentino formaban dos rectas perfectas que se volcaban en el horizonte. Y de uno de los extremos se aproximaba un punto —redondeándose, tomando forma y estripiado de locomotora—. Ya se escuchaba el resaca, los silbidos desesperados, el compás de la máquina sonando como un furioso redoble de tambor.

El turco miraba, admirado de esa maravilla, y en ese momento parecía una criatura. Pasaba el tren envuelto en una nube de polvo. Era algo potente en la tranquilidad aplastante de la llanura. El turco admiraba la locomotora y yo aceptaba que se trataba de una máquina perfecta y reluciente. Después se incorporaba y reanudaba la marcha. A mí me hubiese gustado descansar más, pero ya Amed, sin decir una sola palabra, se ponía a martillar cada paso con su movimiento de cabeza como si hubiese nacido sólo para hacer eso.

\*\*\*

En las polvorientas entradas de los pueblos, con sus rancheros de barro batido y sus mujeres golpeando ropa sobre las tinajas y cantando al viento, el turco redondeaba los ojos con la misma admiración que cuando veía pasar una locomotora.

—Mira Tolosa... ¡Qué bonita!

Podía ser vieja y horrible, pero siempre despertaba la pasión de Amed. Apretaba las mandíbulas, le rechinaban los dientes. Yo entonces pensaba que estaba frente a un asesino, que todo el día caminaba con un asesino. Amed loco que se enterencia mirando cargar agua a las locomotoras, que sentase algo así como una de esas moles lustradas y devoradoras de durmientes, aquel compañero insensible y mu-

jeriego me era sinceramente repelente. El labio inferior le colgaba como un codo de carne y vibrando en ese momento a una china obesa de cerdas arremolinadas en rodete, le empezaba a temblar ligeramente. Yo sentía hambre, sed, un cansancio que me abrumaba las carnes. Pero el turco vibraba con una única obsesión.

—Hay que conseguir algo para comer, turco.

—Mira, mira... ¡Qué bonita!

Sas ojos eran grandes, locos y peligrosos, como los de un caballo espantado.

Fué el último año que recorrió el interior. Cuando volví nuevamente a la ciudad comprendí que yo no saldría más de aquí. Me sentía cansado. En el camino me acordaba varios días en la ciudad y después desaparecía la tarde lo encontré y me dijo que quería volver a salir de linera. Pero para mí todo eso había terminado. Estaba cansado de veras. Tenía miedo de morir en el campo, junto a la vía, y que me conecten las ratas. El turco no me iba a encontrar. Si a dedicarme una sola lágrima. De esto estaba seguro. Me iba a encontrar pero el pasto y diría: "Murú". Nada más. Y a seguir andando por la llanura.

Confieso que me agrada imaginar dónde lo habrán enterrado. Con seguridad, al costado de alguna vía férrea. Que se las arregle ahora con los gusanos.

## CAPÍTULO IX

### LAS RELUCIENTES VÍAS

No todo en el campo era marcha. Había algo más brutal que el cansancio y la sed, y era el trabajo.

Justamente así. Una soga nos desollaba los hombros, sosteniendo la bolsa que llevábamos. De un solo tirón arrancábamos las espigas ásperas como papel de lija. Las manos primero se hinchaban, se convertían en lindas ampollas. Después se endurecían. Algunos las tenían tan callosas que sólo podían servirles para arregar maíz. Ya no podían armar un cigarrillo.

En ese yugo de sal a sol, era corriente que avanzando en el sembrado, arraucando, llegásemos hasta las vías del ferrocarril. Ahí veíamos los dos rieles, reluciendo como la tentación. La agricultura no me airea nada. ¿Qué me importa tanto chocho justo? Ahí estaba yo con las manos totalmente estropeadas, porque necesitaba comer, dormir una tempradita bajo el techo de un galpón y juntar unos pesos. Todo esto para vivir. ¿Pero era vida eso? ¿Qué iba a ser! Vida era volver a cargar la linera y echar a andar sobre los durmientes. Todos esos chochos quedaban atrás y nosotros seguíamos a otros sembrados, pero era otra gente y otra vida. Y esa seguridad nos hacía caminar con ánimos. Y además estaba el turco Amed, contagiándose su rabia andariega. Porque Amed hablaba con tanto fuego y tantos gestos que asustaba y convencía a todo el mundo. Contaba cosas de su tierra, que aseguraba no era Turquía, sino Siria. Seguramente me decía que dejáramos de llamarle turco. Nunca le quise discutir, pero sí creyendo que los turcos —y Amed lo era— sólo pueden ser de Turquía. Y Amed hablaba de ciruelas grandes como duraznos y uvas del tamaño de ciruelas. O contaba cosas de allí, de mujeres morenas como santiguéras y de planes de un terreno como una plaza. Me hablaba de una guerra. Y esa plaza vio cómo ahorcaban a veinte paisanos, todos muchachos; y contaba cómo les iban sacando el banoño uno por uno, para que los



que esperaban su momento alcanzaban a ver cómo morían los otros. Erán así las cosas que contaba el turco. Mezclaba esas bellezas de uvas grandes como ciruelas con los hechos más horribles y crueles. Y Amed sentía unas ganas locas de vivir, miraba con cara de púbe el caso de una locomotora y se apasionaba por cualquier chispa.

Una vez se arrojó a una máquina que cargaba agua en un tanque que se levantaba en medio del campo. Y fue a tocar los bordes lustrosos de las ruedas grandes. Gritó:

—¡Vení a tocar. ¡Qué filo tiene; parece una navaja!

Entonces asomó la cara del maquinista, con una gorra de hule. Miró a ese liniero atrevido, mirándole la locomotora. Tuvo una sonrisa maligna y sospeché que algo iba a ocurrir. El maquinista se había agachado, y abriendo la válvula de seguridad, envió a Amed con una nube ensordecedora de vapor que le cubrió la nariz y los ojos. El fogonero le agarraba la barriga de fiera, viendo cómo el turco corría asustado, gritando por la llanura.

\*\*\*

Pasábamos buena parte de nuestra vida en los trenes de carga. ¿Por qué tenía de compañero solamente al turco Amed? Porque era el único enteramente libre, igual que yo. Caían pañuelos de bombachas y alpagatas, iban a las zafas del norte o a las cosechas del sur. Estos hombres salían de Santiago del Estero. Todos arados, con muñecas, con hijos, con animales. Hablaban de sus perros, de sus familias, de un rancho, de cualquier cosa. Erán los plantados. Viajaban en el tren de carga y ya pensaban en la vuelta. Ellos no podían comprender la admiración del turco por las locomotoras, así prestaban atención a lo que contaba de su tierra. A mí, en cambio, me parecía extraordinario y debía que dirigiese nuestras marchas. Sin embargo, nunca lo quise como a un amigo, y más de una noche pensé en que podía matarlo, o él matarme a mí, porque estábamos solos en un desierto y nunca faltarían piedras más o menos pesadas junto a las vías del ferrocarril.

\*\*\*

La vuelta de Santiago del Estero la hicimos por el Central Córdoba. Ibanos debajo de un vagón tanque, acostados en unas tablas atravesadas sobre el armazón metálico. No servía de techo el enorme barril de agua — eran varios los tanques que utilizaba la locomotora para atravesar ese desierto — y apoyábamos la cabeza sobre la otra frescura de un zapallo. En algunos pueblitos las mujeres flacas nos espiaban con latas y ollas. Y se precipitaban sobre los tanques, las polleras largas y la toalla sucia en la cabeza. Y nos veían allí sobre los tableros, recostados como si estuviésemos heridos, con la cara cómicamente cubierta de una regular capa de polvo. Pero se dirigían a nosotros respetuosamente. Esa polite gente estaba lejos de sentirse superior a un liniero, y a muchos les adiviné miradas de envidia, porque viajábamos debajo de tanta agua, buscábamos nuevas tierras y otra suerte, mientras todos ellos estaban pegados a sus animales y sus montes resacas.

El carguero de trocha angrasta nos dejó en Córdoba. Dejamos atrás la ciudad caliente y entramos en un invierno intenso.

Amed me llevó hasta el mercado, al borde de un río chato y sin agua, una ruina de río. Después de flanquear un mundo de sulky,

llegamos a los nueve galpones del mercado. Esas calles eran resbaladizas como todas las calles de mercados. Y no terminaban de llegar nuevos carritos, con zapallos, frutas y llenos de verduras. Venían miles de vestidos de negro, los rostros casi escondidos bajo las pañuelos de luto, y chicos morenos, perplejos de frío, con los gastados sombreros de cuero tendidos hasta las orejas.

Merodeábamos.

Subimos la bajada de Santa Rosa. De un lado veíamos los galpones, con los fardos de verduras en el suelo, y otros los chapas de zinc, el suelo húmedo y viscoso. Del otro lado estaban los boliches, las ventanitas empujadas por el calorico de adentro, y el café caliente, bien caliente, porque los que lo tomaban lo hacían a sorbos pequeños y lentos, y las tazas humeaban tanto como los caballos y los burros serranos estacionados afuera.

Yo abandoné a mi compañero. Crucé, buscando la vereda tibia. Pasaba un tranvía, chirriando sobre la curva de la bajada. Y los pasajeros echaban el aliento en los vidrios de las ventanillas.

Me dominó un hambre de cosas tibias. Una necesidad impostergable, una verdadera rabia de tomar algo caliente. El calor me salvó de vivir esto. Vino a mi lado, para sacarme de allí.

Hízo que atravesara un puente sobre un río gris y seco. Encima de todo este frío, un muchacho remontaba un hermoso barritelo colorado, amarillito y verde. Subía, trémulo. No puedo explicar lo que pasaba por mi cabeza. El rango detenido en el desierto, aquellos paisanos suspiraban recordando a sus ranchos y sus familias, al turco le brillaban los ojos, porque esperaba el paso del rápido, mientras recordaba, no las miserias de los otros linieros, sino sus maravillosas frutas y mujeres, que sinceramente no creo que existieran en su tierra ni en el mundo.

La verdad es que Amed me dominaba. A veces me disculpaba detenerme en cualquier parte. El cielo.

—No. ¡Hay que seguir.

Y nos íbamos. Sólo de noche me sentía más fuerte que él, y me gustaba quedar despierto, viéndolo dormir. En ese momento su vida dependía de mí. Si, únicamente por mi bondad el turco seguía viviendo. No sería todo envidia. Pero una vez vivida que no era más rico ni más feliz que yo. Quizá fuese más bruto y más loco. ¿Entonces? ¡Ah!, el turco se había hecho un mundo para él, con un acompañante que era yo, y unas locomotoras que las veía de un modo distinto, como hechas para su diversión suya. Cuando de noche, en el tren de carga detenido en el desierto, aquellos paisanos suspiraban recordando a sus ranchos y sus familias, al turco le brillaban los ojos, porque esperaba el paso del rápido, mientras recordaba, no las miserias de los otros linieros, sino sus maravillosas frutas y mujeres, que sinceramente no creo que existieran en su tierra ni en el mundo.

\*\*\*

¿Cómo podíamos pensar en plantarnos de peón en una chacra para pasar la vejez entre verduritas? No podía ser, de ningún modo, no señor. Porque mele ocurriríame que entonces pudimos haber dejado esa vida para dedicarnos a hacer algo, ¿cómo qué? ¡Jusos! ¿Verdad que sí? Cuando se pudo hacer algo, lo hicimos. Yo pienso en esto porque siempre quiero convencer al Juan Tolosa viejo que el Juan Tolosa joven no hizo sino lo que pudo. ¿Cómo iba a pensar en plantarme en una cha-

ya campesinos apoyados en sus palas, que contemplaban el tren. Y pensaba:

—Con seguridad que ellos no perdieron a un hijo; si fuera así, no lo trabajarían.

Y cuando estubo en su casa, frente a la esposa, y ella comprendió sin que fuera necesario decirlo, se quedaron un rato uno frente al otro, sin decirse nada, como si todo, absolutamente todo, hubiera terminado.

era de peón, solamente para que de viejo dejase caer la espalda al sol? No pudo. Por otra parte, nunca fue así. ¿Cuándo se iba en una chacra a un viejo inútil, que lo que le quedaba era el hecho de haber envejecido?

Ahora veo las dos vías del tranvía. Las trenes se juntaban a lo lejos, sobre el horizonte, y se reducían como la tentación.

\*\*\*

¡Los recuerdos! Los hago venir, y desfilan y cada uno lleva una emoción de la niñez.

CAPÍTULO X

## EL PERFECTO CIRCULO DE LAS 24 HORAS

Ya era de noche cuando llegamos al centro. Bajé en la calle Reconquista. Contemplé el movimiento de gente, allí abajo, en la recova. Un marino inglés subía la cuesta, borracho con las piernas pesadas de los brazos locos. Estaba instante me acordé bien. En la fonda la más polenta fría. Y yo ahora tenía plata. También sentía necesidad de un par de vasos de vino. Un día antes había caminado por el mismo lugar. Y después fue una vuelta redonda de 24 horas. Ahora me encontraba en el mismo lugar. Y recién entonces me dominó la cansancio que sentí los brazos huecos de culpa y de sangre.

\*\*\*

Una buena cama por un peso. Sabía dónde era: "Hotel Roma". Una escalera larga y ya parietico con un mostrador. Allí se paga y sigue por otra escalera, de hierro, hasta llegar a la planta superior. Un corredor para dormir en una cama pasible. No es caro. Me pobres huesos pedían este merecido descanso. En esa vuelta redonda de 24 horas por la ciudad vi lo suficiente para buscar ahora una cama y enterrarme en ella, si, para meterme y envolverme cuidadosamente con la frazada como dentro de una manta, para no levantarme sino cuando me echasen al suelo tirándome por una puerta.

Estuve un rato en esa esquina de Lavalle y Reconquista. Siguiendo por Reconquista, tres cuadras abajo quedaba el Hotel Roma. Pero permanecí allí.

En esa esquina hay un bar. Al lado del ventanar, los muchachos toman café. Encima de una tarima la viroterola lucía las piernas. Y todos se mostraban tristes, como tirando al mismo mundo.

Metirse en la cama era perder el tiempo. Nada se gana calentando el cuerpo, cuando el estómago está vacío. Mejor era tomar un par de vasos de vino. Y charlar. Un poco de estar en la cama me gustaba hablar de navegación. Verdad que mis piernas protestaban pero todo pasaría con el segundo vaso de vino. Total, ya tenía descubierto el caño con para de la estación de carga. Si, volvería a esa media tibia de la noche anterior. Es tontería gastar el dinero en dormir. ¿Y para qué, por otra parte, acordarse de lo que me acordaba? ¿Acaso voy a criatura? Aun me quedaban las suficientes ganas de vivir como para buscar la vuelta al mundo, de las luces de la recova. Para ir al tren y a la charla. Para darle descanso al cuerpo hay tiempo. Juan Tolosa siempre ha sabido agarrarse a la vida con todo el alma. Y lo más humano de un hombre es saber ocuparse. No tengo para contar sus cosas a los otros y escuchar de ellos las suyas.

Tres cuadras por Reconquista quedaba el Hotel Roma. Tomé otra dirección y bajé hacia la fonda de la recova.

Pero, en cierto momento, los animales del establo comenzaron a manifestar, con mugidos, que tenían hambre. Mugían con fuerza; ¿era posible dejarlos en ese estado? Entonces se trepaban a la guita, ella el castillo y fueron en el camino al campo, en busca de la hierba fresca que crece en octubre.

De repente, mientras Pietro guadañaba, se paró él, allí cerca, el ruido de otra guadaña.

## EL HIJO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 101)

Tomó de nuevo el tren. El viaje le pareció más corto; no hubiera querido llegar nunca. Pensaba cómo haría para decir a aquella mujer que esperó tanto, que ya no existía Giuseppe.

A lo largo del camino veía desfilan campos

ma de ritmo más rápido, más como si la movieran dos brazos más robustos, más jóvenes, un ritmo que él creía recordar. Y al estar en el establo, para dar de comer a los animales hambrientos, algunos se colaban, como si otro hubiera ido ya a llevarlos su alimento.

Llegó la época de la siembra. Scararon a los animales del establo y fueron al campo a preparar la tierra. Y entonces fue como si, en medio del campo, a sus voces se mezclara otra, iniciando a los caballos... Después hubo que recoger la fruta, podar los árboles, y cuántas

caricias se hicieron a aquellas ramas, donde los años anteriores se posaron otras manos!

Y cuando comenzó a despuntar el maíz, tuvieron la impresión de que también "él" se acomodaba a la tierra, para decirles una palabra amable. Estaban así, escuchando, frente al gran campo, y sin decir nada. Pietro se sacó el sombrero.

Y cuando volvían, cansados, e iban a descansar luego de la cena, deteníanse un poco junto a la cama donde estaba el retrato de "el",

con traje de "bersagliere", con el sombrero y la pluma. Pero se quedaban poco tiempo mirándolo, porque el hijo que desde allí los contemplaba y reía, parecía ahora muerto realmente. En cambio, afuera, donde no había sino árboles y tierra, "él" estaba en todas partes.

Los dos vivían continuamente trabado, y se consolaban. Y los domingos, al entrar en la iglesia, la madre pensaba que su hijo era un poco semejante al Señor: en el templo, para verlo se precisaban imágenes, mientras que fuera, está en todas partes. ♦

## MUCHACHOS CUATREROS

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 28)

sobre el cielo del tacho y se alejaban hacia el río, luego de haber saciado el hambre voraz con los desperdicios de la matanza. Los llegó, desfilando de los campos de trigo, el viento levantado de las aves de corral, y en seguida, en confusión, entre corriendo y volando, las vieron pasar buscando el refugio de la casa. El salterío Faustino sembró la inquietud. Le advirtió al inglés:

—Por ahí anda una iguana, patrón. Alcese y échelo en plomo.

El inglés salió de debajo de la enramada, con movimientos cansinos, despezándose, y echó la mirada al cielo. Un desoso cielo de añil, de horizonte a horizonte, engalanaba la tierra. Al descubrir el ave habló, y a todos alcanzó la voz suya, que la emitió murmurando:

—Un gavilán... El maldito gavilán de siempre.

Unieron al inglés los cuatro que le hacían compañía. Buscaron en el cielo y exclamaron a coro lo mismo:

—El maldito gavilán de siempre.

El corcovado Reyes le previno al dueño del tacho:

—El gavilán cebao que viene por los pollos.

Aduenado del espacio, el gavilán, con vuelo ligero, describía alargados círculos que cada vez iba achicando. Regresaban las palomas del maíz de guinea, que costaba el río Matanza, y el gavilán desde lo alto se arrojó en vertical vuelo sobre la bandada. Una de las palomas cayó sin vuelo, como fulminada, en tanto las demás alcanzaron el palomar, y allí quedaron medrosas al amparo de las miradas de asombro de la gente. El inglés mandó buscar la paloma caída, que aun se arrastraba moribunda. El gavilán se asentó en el abrojal, muy cerca de la casa. El inglés tomó la paloma ensangrentada, le buscó la herida, y vio que era un golpe profundamente abierto. Miró para la casa y echó la fuerte voz, con rabia, hacia su mujer, que observaba la escena desde fuera de la galería:

—Has visto, un gavilán nos mató a la menajera.

La paloma muerta puso a todos en tristeza; había penetración y pena en los sentimientos. Aquellos moradores del tacho, gente mala, sin piedad para el hombre ni la propiedad ajena, ¿cómo pudieron sentirse heridos por la escena del gavilán y la paloma y haberlos movido a tanto dolor? La mujer se arrojó para delar en pie su protesta. Dijo que allí nadie perseguía a los pájaros rapaces, y que en su casa se libreaban a su antojo. Afirmó, además, que su casa era la casa de las alimañas. Cuando el inglés estuvo junto a la mujer, se expresó con extrañeza:

—¡Vaya con el gavilán! No sé con qué le cortó, si con el pico, si con la garra: lo cierto es que la mató como de una puñalada.

El inglés tomó el Winchester del escritorio y fue lejos de la casa. Llevaba ira, desos de vengar a la paloma. Buscó al gavilán en la mira del arma y le soltó el tiro. La bala salió con un silbido delator, se le notó la trayectoria y picó en el objeto buscado por el ojo. El pájaro, que se escondía en el matorral y que se empi-

naba como para partir en vuelo, tuvo un balanceo, levantó las alas y se aplastó. El éxito del inglés fue alabado; gritó uno de los cuatro:

—¡Lindo el patrón... allí dejó al gavilán refuldado.

El mulato Calixto les hizo escuchar su pensamiento alveoso:

—Si yo tuviera ese pulso, ya me hubiera bandedo al "Nuevo"... ¡Hay cosa más linda, mi patrón, que voltearse a un enemigo a la distancia... sin verle el hocico?

El inglés elavó su severidad en los ojos del que hablaba. El mulato Calixto se le cuadró al tintero, buscando que se exasperara. Mostró a un moxerón fornido, guapetón, planado y bien dotado de gracia varonil. Pareció querer imponer dominio con su estampa, y con este decir:

—Sepa que a quien me busque, le voy a hacer cantar el fierro en la carne. Así sabrán todos que soy de agallas.

Era preciso quebrar aquella voluntad cerril del pelador. Hata que hablara, estaba en los cálculos del inglés para dominar a los indomitos muchachos. Tenía que poseer el dominio por la persuasión de la palabra o por la rigidez de la fuerza bruta. Pensó que aquel ya se había encarnado donde no debía. Quiso tumbarlo. Se fue sobre el bulto, velocísimo, y le hizo un puñalada en el esternón. El mulato Calixto echó las manos al estronago y se arrojó; quedó farto de respiración, abrió una boca enorme, las narices se le ensancharon, queriendo respirar el aire que no podía. Parecía un muerto en posición vertical. Se ovó que alguien decía con miedo: "¡Lo mató!" Y que tornaron a decir: "Lo mató".

El inglés sonrió, y diciendo: "Aquí no ha muerto nadie", lo cubrió con un brazo, y con la mano libre le friccionó el estronago, en tanto el corcovado Reyes le daba viento con un sombrero pajizo; volvió a la vida con la reacción. La mujer del inglés se le cruzó delante como perro torreador y gritó su desdén contra el que había matado.

—¿Qué no tiene alma, gringo malo... ¡Por qué le pegó a ese mozo? ¿Qué mal ha hecho?

El otro no quiso pelear con su mujer y le explicó:

—La mano dura ha de recibirla quien la merezca.

Sentó cómodamente al mulato Calixto y comenzó con su discurso. Lo le escribió:

—Tienen que saber mi deso: con los puños, todas las peles que quieran, hasta quedarse sin ojos; pero con armas no, ni admito que las tengan.

Luego, acercándose a la mujer, le confió:

—¡Fatos chacheles viven como hermanos, mas al primer encontrón, dan muestra de odio, y va pronto se aparece alguno de ellos encorondose y sosteniéndose las tripas con las manos.



Por un camino de polvo y de sol llegó el cuatrero a quien apodó el "Nuevo". Entró de tiro al corral a dos frisonos tordillos negros. Apenas los descubrió Montiel, el zurdo, echó a volar su alabanza:

—¡Vea, patrón, ¡qué pingos!, ¡qué gordura! ¡Si parecen bolas de grasa! o como usted dice: "Montañas de sebo".

El "Nuevo" salió del corral y se dirigió hacia donde se hallaba la gente. Todas las miradas lo buscaron curiosas, con asombro, porque era un mozo a quien distinguían. El "Nuevo" era Timoteo Cruz. Llamaban también "El estanciero" por su forma de vestir: botas finas de cuero marrón habano; bombachas color aceituna, chaqueta de gamuza marrón y chambongo de cascabel, todo de gala de sus prendas de vestir, y las mujeres a él no le tenían en poco. Tres prendas le daban jerarquía ante todos los ojos: el cuchillo con vaina y cabo de plata, un reloj de plata también y la cigarrera de metal. Aquello de sacar los cigarrillos de esa especie de joya, que hasta poseía sus iniciales doradas, le daba prestantia. Una virtud le hacía de todos respetable y querido: el constante recuerdo de la madre lejana, en evocaciones de mucha ternura, y aquellas últimas palabras, siempre patéticas, con que terminaba sus voces de añoranza: "Me parece que yo he de morirme sin, ver a mi madre."

Timoteo Cruz era un mozo bajo y recio, musculoso. No gustaba de las alegaciones ni de las peleas, pero cuando los muchachos, a losa de la discordia y no encontraba salida, le placía que la fiesta de pelear nunca terminara. En época buena empezó de desollador en los mataderos, y un día, el capataz de la playa lo abochornó por unas cortaduras halladas en los cueros. Timoteo Cruz le afirmó que él desollaba como cualquiera, pero que no tocaba los cueros, y que aquello no era obra de su mano. Al espataz, por su autoridad, se le fue la voz en palabras altaneras, y a Timoteo Cruz el cuchillo. Así vio cómo la sangre del capataz se mezclaba a la de los vacunos. Llegó luego lo inevitable, el declive, el camino hacia el mal; lo cobraron los delinquentes, y él debió ser otro de ellos más tarde. Si la policía de la capital salió en su busca, la de la provincia le tendió su amparo, aunque más que otra cosa, el inglés Wilkes lo cobijó con su nefasta influencia.

Quiso el inglés que el "Nuevo" hablara sobre la procedencia de los caballos, y el "Nuevo", riendo, mostrando el gozo por su habilidad, explicó:

—Los traigo del corralón municipal de Flores, donde los tenían sin destino... Vea, patrón, sin destino tanta carne... ¡piense si esa gente no merece el castigo de Dios.

El inglés siguió con entusiasmo la broma iniciada, les advirtió:

—¡Oyen, muchachos, donde los tenía sin destino?... y ya la vea, esto no es robar... sino trabajo del hombre honrado.

Debió festejarse el robo y la estrategia del autor, más que todo, como estímulo. El inglés sentó a los cuatreritos a su alrededor en la mesa de la enramada y a todos convidó con caña y cigarrillos de La Habana. Echando al aire fuertes carecadas, alabó sonoramente la destreza del "Nuevo", pues ¿cómo no había el elogio para quien, a la luz de día, quitara del corralón municipal los caballos de los cuatreritos? Era el otro ni cosa hacía de las palabras laudatorias; si hasta parecía que no fueran pensadas y dichas para él. El "Nuevo" estaba abstraído, vivía en el candoroso mundo del amor, y allí salían sus miradas en busca de la casa con enlosamamiento. El inglés, que buscaba nada más que ser obsequioso, lo distrajo encendiendo un



El "Nuevo" sonrió y no desaprovechó la oportunidad. Le pidió: "Patrón: ¿por qué nos da una caña para templarnos?" El patrón salió por la botella y se la dio para que tomaran a su albedrío. Bebieron y pidieron buena suerte.

Se oía solamente el paso de las cabalgaduras. Así marcharon silenciosos, cada cual en lo suyo, hasta cruzar las vías del ferrocarril Midland. Recién allí se aparearon, de manera que se rozaban los recados. El mulato Calixto susurró, satisfecho, El "Nuevo" tomó el comienzo del diálogo.

—Calixto, ¿y cómo conocés la estancia de Tapiales?...

—Le conozco los corrales... Además, por cualquier sitio que corte los alambres, hago tranquera. Y no preciso más.

—Ya es mucho saber y mucho saber hacer. ¿Voy a seguirte a Dios?...

—Sígueme en todo, mi Dios! Me vas siguiendo más de la cuenta...

—¿Por qué?

—Siguéndonos me robase a Carmen. ¡Trenés la entrada de gavilán, y entrás en el ajeno como la monja!

—Mira, Calixto: el hombre no decide ni obliga en este pleito; la mujer elige y, al cabo, eso no es un poste; debe obsequiarla.

—A Carmen vos la buscaste hasta que la encontraste por tu amor. ¡Y Carmen era mía!

—No fui yo, que no enamoro a nadie. Ella me dio su amor primero; después sus ojos; más tarde sus palabras.

—¿Toda tuya...? Nada más que tuya.

—Vos sabés lo que es una mujer. Lo que puede y cómo enreda. A mi me enredó.

\*\*\*

La estancia de Tapiales dormía apretada por la cerrazón. Eligieron el lugar y se desmontaron. El mulato Calixto le alcanzó la tenaza y le mandó: "Cortá todos los alambres".

El "Nuevo" tomó la herramienta y se dio a la tarea. Cortó el primer alambre y sonó a lo largo como cuerda de guitarra. Cortó los demás, los separó y se metió el mulato Calixto. Lo enfrentó y le previno al "Nuevo": "Yo voy hasta los corrales, vos te quedás aquí y cuando venga la caballada, le cortás el otro y la sacás a la calle. Eso es lo suyo; lo otro es mío y nada más que mío".

Quedó el "Nuevo" solo y oyó cómo se

alejaba paso a paso el compañero. Oyó los graznidos de un lechuzón, los gritos de una bandada de teros y luego a los chujes que vigilaban la estancia. Por las vías del ferrocarril pasaba un tren de carga, pesado, despachado, largo, larguísimo; llenaba de ruidos la noche y de luz colorada la neblina. Se echó de espaldas sobre la gránula, encendió un cigarrillo y, fumando, se puso caviloso, meditativo, hondo de pensamientos. La vida del cuatrero lo aquebaba: robar, robar y robar. Hizo un juramento: y no valdría más de robar. Recordó al inglés Wilkes, pensó en la forma de hacerlo. Tenía a su disposición la vena de cabeza, era un hombre venenoso y nacido para el mal, a pesar de su mentida bondad. Si él, si los otros compañeros volvían sin robados, se tornaba intolerante y a todos motejaba de inútiles. Si la noche había sido noble, si regresaban con animales, eran recibidos con amén y halagos. Los servidos, con cigarrillos, con aguardiente, con dinero. Recién entonces tenían brillo las dádivas y los elogios. Pensó en fursarse e hizo estos cálculos: "Con el dinero de los frisonos del corralón Municipal y con los caballos de la noche he de escapar-me Rosario".

Se echó a reír. La madre, la madre, y nunca otra cosa que no fuera la madre. Pensó en que nunca debió haber salido de junto a ella. Se justificó: ¡en Rosario había tanta miseria! Buenos Aires no le proporcionó trabajo honrado, y después de tanto tumbao, el inglés Wilkes lo conchabó. Apenas ingresó al tacho se le pareció haber dado con el ser más magnánimo y liberal, un padre por lo bueno. Le puso en el bolsillo una cartera con cincuenta pesos: dinero que en seguida giró a la madre. Después más dinero y más y más. Pero allí se exhibía el libro con su DEBE y su HABER. Pensó en que nunca profundamente entrapado y que no podía fursarse porque la policía respaldaba y le daba protección al inglés Wilkes. Es decir, que notada su ausencia, sería acusado de un robo; fraguarían la mentira y pronto sería devuelto al lugar.

Abriéndose paso a través de la prieta cerrazón, llegaron las ruidosas pisadas de los ca-

ballos. Se levantó y aguardó. La caballada venía al trote y la noto recién cuando la tuvo encima; entonces dió unos gritos, se le cruzó, revoloteando el arreador, y la sacó a la calle.

Comenzó el arreo. Los cuatros se aparearon. La caballada seguía delante, trotando, y ellos volaban rezagados, muy atrás. El mulato Calixto puso en movimiento sus palabras, insistente en lo mismo que lo tenía desasosegado: "Nuevo", ¿sabés que no te quiero matar? Al cabo de andar y de meditar un largo trecho, continuó: "¿Por qué voy a matarte? Aquí tiene el diente que me tiraste...". Lo llevó en la cintura... El diente se ha vuelto cuchillo...

El "Nuevo" no lo oyó porque había partido en un galope con la misión de reunirse con los caballos en libertad, pero trotaban y se alejaban adelantados. Galopó hasta detener al primero. Los unos se arrojaron a trota rápida y lo hizo seguir al paso. Subía por una empinada loma, donde las neblinas se iban disipando. Sólo por los lugares bajos la cerrazón era compacta. Se distrajo en la contemplación de las estrellas.

Notó la presencia de algo junto a él: una sombra. Se sobresaltó, pero, al pronto, reconoció el caballo del mulato Calixto, que se acercaba al suyo. Lo sintió a su lado, más que verlo: sintió el recado rozarle la pierna. Sintió un brazo fuerte sujetarlo. Sintió que un cuchillo se le entraba por el costado y dió un grito, se oyó un "¡Ay...!". Se oyó el llamado a la madre y cayó cruzado en la huella.

\*\*\*

Le pareció que iba despertando con el alba de un sueño largo, largo; que había soñado con el mulato Calixto, que le clavaba un cuchillo en las espaldas, que él gritó con mucho miedo. Le pareció que la aurora coloreaba la frente de los árboles, que los pájaros cantaban con más dulzura, con nuevos primores. Le pareció tener la madre a su lado y que él le preguntaba: "¿Por cuánto cantan los pájaros, madre?" Le pareció que la madre lo acariciaba y se durmió...

## RAFAEL BARRET, HUMANO...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 13)

—¡Leo todos los que viene publicando, desde que usted me lo recomiendo.

—Tienen una soberbia fuerza de personalidad. Llévate como cuerda de guitarra.

—¿De quién hablabán?

—Del autor de estos artículos, que firma R. B.

—¡Ah, sí! Rafael Barret.

—¿Lo conoce usted?

—No. Pero Frugoni me ha hablado de él. Fue a verle cuando llegó del Paraguay, deportado.

—¿Y qué hace? ¿Por dónde anda?

—Está en el hospital "Fermin Ferreira"... Muy mal, según me han dicho.

Se acercaba el interés alrededor de su figura. Postrado en una cama de aquella casa de aislamiento, por una terrible hemiparesis, escribía allí los libros que eran leídos por todos con interés y que en el mundo intelectual montevideo causaron el efecto de una revelación.

Rodó comenta:

"Su crítica es implacable y certera; su escepticismo es eficaz, llega a lo hondo; y, sin embargo, la lectura de esas páginas de negación y de ironía hace bien, conforta, embellece. Y es que hay en el espíritu de su ironía un fondo afirmativo, una lontananza de idealidad nostálgica, un anhelante sueño de amor, de justicia y de piedad, que resultan más comunicativos y penetrantes así, en el tono de una melancolía sencilla e irónica, que si se envolviesen en acentos de entusiasmo y de fe, o de

protesta declamatoria y trágica. Su actitud de espectador desengañado, en el teatro del mundo, tiene toda la nobleza del estoicismo, pero con más una vena profunda de caridad.

"...Y nada de vulgar en la intención ni en la forma, ni en la manifestación de la vasta cultura que él, que se sabe el dueño del suscitado de lo escrito, y nunca en apariencia inoportuna u ostentosa.

"Es una inagotable excitación para pensar ese idearismo, inconsecuente y errabundo, como la vida misma, que componen sus crónicas...

"...estaba dicha la palabra definidora del maestro en cuanto al escritor. Y el interés humano que suscitó en el ambiente intelectual de Montevideo estuvo acorde con el interés literario.

Alrededor de su lecho de enfermo se va formando un círculo de admiradores y amigos cada vez más amplio, de los que reciben atención y aliento. Y es en ese círculo su nombre de escritor llega a Buenos Aires, donde su breve paso anterior no había dejado huella.

Como sus páginas más vibrantes y más reveladoras se refieren a los verbales paraguayos, muchos le suponen nacido en aquella República. En realidad, es allí donde ha nacido a la consagración literaria, pero su verdadera personalidad de escritor se ha desarrollado plenamente.

### Un destino en dos anécdotos

Retrocedamos de 1909 a 1904 año en que Rafael Barret llega al Paraguay, en plena revolución. Iba hacia la capital, pero se quedó en

Villeta, donde escampaba el ejército revolucionario, por puro espíritu novelesco. Aquella aventura terminó apenas comenzada, pues la paz se hizo de inmediato. Se dirige entonces a Asunción, donde nada más llegar se destaca su extraordinario talento, seduce por su señorialidad, convirtiéndose en objeto de simpatía y admiración en los medios intelectuales. Escribe en periódicos donde su colaboración es bien retribuida. Firma siempre con sus iniciales: R. B.

Para mejor atender a las necesidades de su hogar — se ha casado y tiene un hijo — se entrega a otras actividades. Como secretario de secretario de la compañía inglesa del ferrocarril. Y lo desempeña hasta el día en que, ante una injusticia cometida por la empresa con un empleado, renuncia a su cargo. El gerente, mister Smith, procura disuadirlo:

—Pero si a usted no le afecta el caso, señor Barret.

—A qué éste le respondí:

—No nos entenderemos jamás, mister Smith: esa injusticia, que lesiona a quien ni siquiera conozco, me lesiona a mí también.

Y abandonó su puesto, poniendo de aquel modo su conducta a tono con la letra de sus artículos.

En una anecdota acaba de definir su carácter y marca la trayectoria de su destino:

A instancias de amigos influentes, se hizo agrimensor, cosa fácil para él, que tenía casi terminada la carrera de ingeniero en Europa. Su nueva profesión le ofrecía un considerable margen de beneficios. Pero un buen día renunció a ella de modo irrevocable, porque había descubierto — eran sus palabras — una cosa



esencial para su conciencia: que negando, como negaba, el derecho de propiedad sobre la tierra, no podía contribuir a que el derecho subsistiera, midiéndola y amojonándola para los latifundistas.

Quélo entonces atendido exclusivamente al escaso rendimiento de su labor periodística. Ya la enfermedad había hecho presa en él, minando su robusto organismo. Pero cuanto más se resentía su salud, más aumentaba su ímpetu combativo, y era mayor la receludumbre de su espíritu. Fue a vivir al campo, buscando alivio para sus pulmones. Y allí su dolor se puso en contacto, mejor dicho, en íntima comunión con "el dolor porqueño", que había de inspirarle páginas magníficas, verdaderos poemas en prosa, que tienen el acento de lo perdurable.

En 1908, de nuevo en Asunción, era ya un

espectro de lo que fué. Aquel "Apolo del romanticismo", que conoció en Madrid Ramiro de Maeztu, había convertido en la viva imagen de un Cristo en la agonía. Y esa imagen conservan de él los que le vieron en las calles de la capital paraguaya en los días de la revolución de aquel año, socorriendo a las víctimas de la refriega, bajo una lluvia de balas que milagrosamente no tocaban su cuerpo. Poco después dejó de versele: era detenido y deportado a Curumbá, en el Brasil, desde donde logró dirigirse a Montevideo. Es entonces cuando su fama, encerrada en los estrechos límites del Paraguay, gana las dos orillas del Plata. Su fama de gran escritor; de uno de los grandes escritores de América, pues aun siendo español, su obra lo sitúa dentro del ámbito literario americano.

#### El espejismo de una nueva vida

Sus amigos uruguayos reunieron parte de su labor en un volumen titulado *Moralidades actuales*, rasgo que proporcionó a Barret una íntima satisfacción. El aliento de amistad y admiración que recibió en Montevideo, debió alegrar sus últimos días, iluminados con la ilusión de que nacía a una nueva vida. El espejismo de esa nueva vida, originado por una fugaz mejoría, lo llevó hacia Europa, donde no era la vida, sino la muerte, quien le había deleitado en un pueblecito francés de los Pirineos el 17 de diciembre de 1910. \*

En el próximo número:

**JOSE INGENIEROS, EL SOCIOLOGO BOHEMIO**

## LA RAYA DE TIZA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 17)

Ya era suyo el solar cuando vivía Amelia, pero los gastos de la enfermedad — el médico, los reñucios, los análisis, las radiografías — se llevaron los pesos que destinaba a ladillos. Después del entierro de su mujer pensó en vender el lote. Solo, podía arreglarse en una pieza cualquiera, cerca de la fábrica donde trabajaba; mas cuando él salió quedaba a un amigo le advirtió que el solar quedaba a ocho cuadras del cementerio.

No es ésta la casita con que soñó Amelia. Nacida en un inquilinato, junto a un patio oscuro y húmedo, criada en Barracas, cerca del terraplén del ferrocarril — cada convoy que pasaba aumentaba sus juegos de niña, pues temía que la descubrieren los pasajeros — y reducida, durante los ocho años de matrimonio, a morar en una habitación sin ventana, compartiendo con otras mujeres el baño y la cocina, aspiraba Amelia a ser dueña de un hogar anexo: ningún lujo, es cierto, pero sí algo claro, feliz. Si podía ver a que la que había estado con su sueño! Cuatro paredes, una puerta, un respiradero estrecho; una cocina con piso de piedrecitas apisonadas... ¡Qué importa! Si hasta aquí no vienen más que dos amigos — Juan y Enrique —, algunos domingos. Traen un pedazo de carne, un par de botellas de vino. Encienden fuego dentro de la casita, y preparan el asado. Ceban mate, fuman. Charlan. El los recibe porque no son mala gente. Cuando quiere estar callado, no hablan; si dice que no desea beber, no se lo reprochan; y se marchan cuando él les hace notar que está cansado. En verdad, no es un hogar, pero sí un sitio, sino ganas de estar, de compararse, como lo hace ahora, para su visita nocturna.

Uno de los amigos intentó, días atrás, quebrantar ese acuerdo que nadie propuso.

— ¡Viví muy alejado de todo — le dijo a Manuel Barrios —. Del trabajo así y de aquí al trabajo. Comprendo que la sientas mucho, pero todavía sus joven... Las hermanas de Rufino están preparando una fiesta. Irán muchas solteras...

El viudo no quiso expresar un rechazo. — A la mejor voy — contestó. Y el amigo sonrió satisfecho.

Pero no ir. La fiesta de las hermanas de Rufino empezará dentro de unas horas. Han adornado el patio, colgando de la parra guirlandas de papel y farolitos japoneses. Tendrán orquesta: violín, bandoneón y guitarra. Tendrán cerveza, mates y "sandwiches", y a medianoche servirán sidra y pan dulce. Sería lamentable que una tormenta les interrumpiera el baile, que confinase a los invitados en el comedor. Manuel Barrios desea que sean felices esta noche, como lo era él cuando, vestido con su traje negro, calzado con zapatos de

charol, iba a casa de Amelia, en Barracas, y juntos ella y él olvidaban el paso de los trenes. Bailaban. A veces la familia y los amigos les foraban rueda. Era cuando sonaba uno de esos tangos — *El chelo, El terremoto, Rodríguez Peña, La cumparita* — que cohiben a los que no están seguros de salir airoso. El permanencia hasta el final, era el último en irse. Amelia se quedaba con él, un largo rato, en la puerta de calle. Cerca de la esquina brillaba el resplendor de una fogata.

#### IV

Manuel Barrios se ha puesto el traje negro que usó la noche de su casamiento. El traje está arrugado por el largo encierro en el baúl. Además, le queda un poco estrecho. El ha engrasado. No será por lo que come: es cosa de la edad. En cambio, ¿cómo se conservaba Amelia! Ni el matrimonio ni la enfermedad cambiaron su figura. Si ella pudiese lucir ese vestido blanco, de seda, que el viudo guardaba junto con su traje y el que ahora ha estrado encima de la cama, los vecinos dirían que iba a casarse con un viudo. ¡Mala noche para casarse, una noche así! Con este calor, con esta humedad...

Los bichitos del tiempo golpean contra el vidrio de la lamparilla sujeta a un extremo del cordón que pende del techo, oscurecen el cordón. Si él no se apura, lo sorprenderá la tormenta que vendrá desde el cementerio. Sale. Relámpagos iluminan las tapias rosadas y celestes, descubren lo que hay más allá de los cercos de alambre. Anda. En una casa, sus ocupantes llevan hacia adentro una mesa que habían tendido en la galería. Un anciano descuelga farolitos de las ramas de un limonero. A través del toldo, se ve un bajorrelieve de un salón, sillones, un espejo de marco dorado. Una señorita cierra las persianas. A través de la reja de una ventana ve un dormitorio modesto. Una mujer y un hombre están comiendo al lado de una cama de pino. La mesa es pequeña; encima de ella, el botellón del vino y un sífon de soda. La pareja que come le ha traído el recuerdo de Amelia, de sí mismo: Amelia y él, dos años atrás, saboreando un pollo a la cazadora, que su mujer preparó cuidadosamente. Lo acompañaron con vino blanco, espumante. A Manuel Barrios nunca le gustaron los vinos dulces, pero esa noche lo único que pudo hacerle satisfacer los deseos de Amelia. Si no lo hubiese hecho, ¿qué arrepentido sentirías ahora! Ahora, en que se dirige al cementerio para estar con ella. Junto al paredón, allí donde se lo señala la raya de tiza, se detendrá. ¡Qué precaución la suya! Contró, en el interior, frenta a los nichos, los pasos que hay entre el final del muro y el sitio en que yace Amelia. Fueron pasos medidos, que repitió en la calle. Tomó del bolsillo un pedazo de tiza y trazó la raya. Ya pudo, confiado, apoyar la frente

en los ladrillos: sus pensamientos no iban a perturbar el sueño de una niña — ha visto a los padres llorar desconsolados aunque la criatura murió cuando la gripe de 1918 — ni el sueño de la solterona a la que hace sesenta meses sepultaron con el traje de novia de 1896. Sus pensamientos atravesaron el muro, atravesaron la maderita del atad, atravesaron el cinc de la segunda caja y llegaron a la cabeza de Amelia, casi tan cerca de la suya como antes en la almohada.

Suena un trueno. Caen gotas de lluvia, espaciadas y grandes. Manuel Barrios apura el paso. Faltan tres cuadras para llegar al cementerio. Es mejor que lueva. Si el chaparrón que ahora va abrilantando los adoquines de la calle persiste y se empareja, en la calcetría podrá estar solo. Cerrarán ventanas y balcones, no se oirá música, no habrá muchachos saltando travessos por encima de una fogata.

Manuel Barrios se apresura aún más, movido por la curiosidad de saber si todo está ocurriendo como lo desea. Si no hay vecinos parados en los umbrales, se detendrá sin vacilaciones y bajará los párpados, así.

— ¡Manuel!

Lo llama. Desde la puerta de un despacho de bebidas, en la acera de enfrente, tres hombres mueven los brazos, demandándolo.

— ¡Manuel!

Reconoce la voz: es la de Enrique. Reconoce a los que acompañan al amigo: Juan y Rogelio. Se detiene. Los tres hombres cruzan la calle: sus pasos no son firmes. A Manuel Barrios no se le ocurre sino preguntar:

— ¿Ustedes? ¿Y la fiesta?

Pero los amigos no le responden, porque están ocupados observándolo.

— ¡Pareces un novio — le dice Juan.

— ¿Quién sabe en qué andas — le dice Enrique.

— Con razón no quisiste ir a mi casa — le dice Rogelio.

— ¿Qué pensarán los tres amigos? ¿Lo creerán capaz, en una noche como ésta?... Pero, ¿cómo explicarlo?

— ¡Solí a dar una vuelta.

— ¡Comó a otro, ¿no?

— ¡Eh, que nos estamos mojando!

Manuel Barrios se siente tomado de los brazos, que sólo le sueltan cuando tiene apoyados los codos en el mostrador de cinc.

— Yo pago — dice — la primera vuelta.

#### V

Si bien confesase a dónde iba, los amigos crearían necesario ofrecerse para acompañarlo. Y si fuese con ellos, ¿qué le parecería a su mujer? ¿Cómo explicárselo, ¿cómo decirle, con qué pensamiento, que debía aceptar la compañía para no llegar demasiado tarde? Ya son más de las dos y media. Están en una cantina italiana, entre barriles de vino y hombres que entonan canciones que les recuerdan

la tierra y la juventud lejána.

—Estos gringos... — dice Rogelio... No lo entiendo: aquí lo tienen todo y, sin embargo, se lamentan. Los criollos somos más duros. A vos, Manuel, se te murió Amelia... — Y advirtiéndole, como una señal luminosa a través de la niebla; la mirada de Enrique, intenta corregir —: Disculpame que te lo recuerde...  
—No es nada — lo excusa el viudo. Mas los otros comprenden que será imposible seguir con él hasta ahora.

—Me parece que es hora de volver a casa — propone Juan—. Tengo la cabeza pesada, y con la mojadura, por ahí me agarró una pulmonía. Mirá cómo tenés el traje, Manuel: empapado.

—Sigue lloviendo — anuncia Rogelio.  
—¿Qué importa! Más mojados de lo que estamos...

## VI

Desde la plataforma del tranvía, Manuel Barrios mira las paredes de las casas. ¿Cómo ha bolido! Están oscuros los celestes y los rosados de las tapias y en las esquinas el agua ha cubierto las cunetas. Una boca de tormenta se atora, incapaz de ingerir tanto líquido.

—Es un diluvio — comenta, y el guarda, cansado de estar solo en el coche casi vacío, le dice:

—En toda la noche no hemos tenido ni cien pasajeros. También, ¿cómo para largarse por ahí si desde temprano se venía anunciando esto! No podía seguir, con tanto calor... A uno le da lo mismo — comenta; pero temeroso de aparecer egoísta, añade —: Es una lástima que a mucha gente se le haya agudado la fiebra.

La fiebra. Es cierto. ¿Qué habrá pasado con

la fiesta de las hermanas de Rogelio? Aquellos hombres que entonaban canciones en la cantina, la celebraban a su modo, ebrios de vino tinto y de afonías. El pensó celebrarla cerca de Amelia, comunicándose con Amelia, llorando a la mujer perdida. Se lo impidieron los amigos.

—¿Sabes? Yo soy viudo.

—¿Ahí! Yo tengo un hermano que es viudo, también.

—Claro. ¿Qué puede interesarte al guarda su viudez? Un viudo es un hombre cuya mujer ha muerto. Pero un viudo puede ser, asimismo, un hombre solo. Esta noche él se sintió solo cuando los tres amigos se empeñaron en estar con él, si no hubiese sido por ellos, a esta hora ya estaría de vuelta en su casa, libre de la molestia de los zapatos mojados, del traje húmedo, del sombrero que pesa como nunca. Y Amelia no lo hubiera esperado horas y horas. ¿Esperan los muertos? ¿Saben los muertos que el tiempo pasa? Si él fuese el muerto, ¿sabría que ya son más de las tres, estaría impacientemente aguardando a ella? Mas ¡por qué se imagina que Amelia habría ido esta noche a hacerle compañía, detenida junto al muro del cementerio, en la callejuela oscura y triste? El conoció algunas viudas y no todas eran muy fieles al recuerdo del marido. A una de ellas la encontró, seis meses después de la muerte del esposo, divirtiéndose en una fiesta, en casa de Amelia. La viuda no quiso bailar, aunque se lo pidieron mucho, pero conversó a solas con un tío de la que entonces era su novia.

—Decíme, Amelia: si algún día te quedaras viuda, ¿serías como esa?

—No, Amelia — recuerda ahora con fastidio — no le contestó francamente. No le dijo

## SERA UN VAGABUNDO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 21)

Viene como un monstruo, rodando y echando humo como el infierno. Es capaz de ensuciar con su hollín el cielo entero y pita que se rompe los oídos si estás cerca. Allí, en Chilre, dejas las bestias y sales al tren. No tengas miedo, no más. Estás como en tu casa, bien sentado. Y si quieres, duermes. Y de repente te encuentras en el mar. ¡Mi Señor Jesucristo! Esa es el agua del mundo. Cuando ves la playa, los muelles, los barcos que se balancean sin hundirse; cuando ves las olas gordas como ballenas que vienen atropellándolas, seguro que te caerás de espaldas. ¡Suñtárate bien! Y en la playa orinas. Porque ya sabes que para ser hombre de veras, hay que hacer eso, por lo menos una vez, en la playa del mar.

Así decían todos los hombres y los niños de ese pueblo, tan lejano del mar; gentes amantes de los viajes y avezadas a sus intemperies; gentes para quienes, el sedentarismo, constituía una deshonra.

—Para ser hombre de veras, hay que dejar huellas, por lo menos una vez, en la playa.

—Los trenes, los puertos, los buques, el mar!... En esas cosas sola pensar, como quien toma una fruta, el hijo de Fidel Vega, en sus primeros días de infancia, cuando se encontraba en lo más alto de los cerros tugaleños.

Y los trenes, los puertos, los buques, el mar! Y por haber querido llegar a ellos antes de tiempo, se vio refugiado cierto día en un rincón de su casa, con el oído atento, trasuntando el peligro.

Su desastre había sido así:

El pequeño tenía en su vida tres personas a quienes amaba de todo corazón: su madre, su hermana mayor, que se llamaba Julia, y su tío Martín. Julia tenía quince años más que él. Era bonita, esbelta y pulcra. Y pasaba sus días leyendo libros que su hermano universitario le mandaba desde la capital.

Cuando su tío Martín le preguntaba algunas veces: "¿A quién de sus madres prefieres, a Margarita o a Julia?", el niño se quedaba pensativo, y sinceramente no sabía qué contestar.

Una tarde, en que él venía de la escuela, se cruzó, al llegar a su casa, con su tío Martín, que le dijo:

—¿Te gusta, Luisito.

Y luego, bruscamente:

—Don Anselmo Barreto ha pedido la mano de tu hermana Julia y se va a casar con ella. ¡Señor Jesucristo! ¿Cómo? ¿Ella no iba a casarse con el ingeniero que está en Lima? ¡Tu padre lo ha aceptado! ¡La mejor señorita del pueblo, la más instruida, con ese mercafil!... El niño sintió que algo se le rompía en la entraña, afluyó amargura a su boca y se quedó quieto, sin decir una palabra...

El tío Martín le regaló algunas monedas, le hizo caricias y se marchó diciéndole:

—Andá, dile a tu madre que no le deje casarse.

La hermana iba a desposarse con don Anselmo Barreto, a quien sola referirse a veces Fidel Vega, cuando se exasperaba ante las travessuras de su hijo: "Ese Anselmo Barreto sí que es una buena persona. ¡El hombre más formal del mundo! Se ha pasado veinte años de su vida vendiendo aguajes, tocuyos y algodón, sin mover nunca de su tienda. Y comenzó al central veco. Pero ya lo ven. Ahora maneja miles. Muchos miles. Allí está con su vida asegurada. Y muy respetado. ¡Señor! Eso es ser buena persona. ¡Y no los vagabundos!

El niño imaginó, en ese instante, la cara barbuda de don Anselmo junto a la de su hermana, y sintió un moral escalofrío por la espalda. Su madre, que llegó en ese instante junto a él, lo tomó de una mano, lo llevó a una alcoba y le dijo a solas:

—¿Qué te ha dicho tu tío Martín?

—Que "ella" se va a casar con don Anselmo.

—Y apretó el sollozo.

—Te lo voy a decir, hijo mío, pero no lo

"sí" o "no". Le dijo:

—No pienses mal, Manuel. Vino porque se lo rogamos. Esa es la verdad. ¿Qué quieres que haga, la pobrecita? Se pasa la vida encerrada, va a terminar volviéndose loca.

El no se ha vuelto loco, si él no se ha vuelto loco, ¿qué habría sido de Amelia, en su caso!

—Parece que no quiere parar. Tendremos lluvia hasta la mañana.

—Así fue.

—El tranvía amonora la marcha. Los frenos chirrían. Se detiene.

—¡Cementerio!

Manuel Barrios es sorprendido por la voz del guarda, que anuncia la "parada". El guarda se dispone a dar salida, pero se contiene al ver que el pasajero desciende presuroso.

## VII

Manuel Barrios cruza la callejuela estrecha para guarecerse de la lluvia bajo el amparo escaso de algún balcón, de algunas cornisas. En la acera del enfrente el agua se fuertemente al pie del paredón. Faltan más de cien metros, para llegar al sitio en que está su marca. Va pensando una excusa — algo que no sea una mentira — como las tardes en que, de vuelta de la fábrica, se demoraba con algún amigo. Aquí, arriba, está el balcón sobre cuya frangia otros noches luna proyectaba la sombra de una cruz. Ha pasado de largo, entonces. Y vuelve sus pasos atravesando la calzada en diagonal. Busca la rava de tiza. Lee: "Boicó al Chino". No; por acá no es Lee. "Sportivo Defensores desafia...". "Viva Porteno...". La lluvia ha desvanecido una insolencia. La lluvia... ¿será posible?, la lluvia ha borrado su rava de tiza. ☿

repitas a nadie. Tu hermana se casa con don Anselmo, porque el señor ingeniero que la hizo esperar ocho años de novia, desde sus tiempos de estudiante, se casó ya en otra parte con una millonaria.

Miró al niño, que estaba de pie, como si soportara todo el peso de la catástrofe; le tomó en brazos y se puso a llorar incontinentemente:

—¡Pobre hijo de mi corazón!

Desde ese día, el niño Vega tenía en el semblante la expresión del hombre sufrido. Y pensó que nadie en el mundo podría retenerle el día de la boda en Tugal.

Empleó todas sus artes de hablador y persuasivo, diciendo a dos chiquillos compañeros de escuela, traviesos y andarriosos como él:

—¡Por qué no nos vamos un día de estos, lejos de aquí? Yo conozco el camino de Molinopampa. Y quien boca tiene, a Roma llega. Vamos a Pacasmayo. Mi padre dice que allí los chicos saben ganarse la vida lucrando zapatos y vendiendo periódicos. Vamos a Pacasmayo a conocerlo, que es el más interesante que hay para ser hombre de veras hay que poner la planta en la playa. ¿Qué dicen? ¿Qué dicen? Yo tengo cinco solos en mi alcancía. Y puedo llevar también la pistola de mi padre que está debajo de su almohada. ¿Cuándo nos vamos?

Los pequeños, entusiasmados, contestaron:

—El domingo por la mañana. En mi casa están de boda. Diremos que vamos a bañarnos en el río y a traer capulines.

—¡Muy bien.

Y así fue. El domingo por la mañana, los tres viajeros habiéndose reunido a la hora convenida y habiendo tomado el camino hacia el lejano puerto de Pacasmayo, con un casual común que llegaba a siete solos, una pistola y dos pequeñas bolsas de lona...

Hasta de sobra, para todo lo que duró el viaje: un día y una noche justa; cuarenta kilómetros de caminata por cerros empinados y quebradas pedregosas, alimentándose de fru-



tes feccas de los árboles, quequillos, compa-  
tes en las chozas de los campesinos, y pa-  
do en las esquinas mochilas. La obscuridad les  
sorprenzó en un desfilar desde donde  
veían dos lejanías infinitas y donde perman-  
cieron sitiados por la tempestad, debajo de  
un pedrón enorme. El diluvio, los relámpagos  
y los truenos, el frío y lo desconocido se con-  
fundieron una vez como para que los niños no  
olvidaran aquellas horas tenebrosas en todos  
los días de su vida.

Junto con las primeras luces del amanecer  
llegó a los oídos de los viajeros atomizados  
un ruidoso galope de caballos. Los fugitivos  
se escondieron. Pero sus lugartenientes fueron  
de otro parecer y prefirieron salir al camino.  
Eran Martín Gálvez y otros linetes del pue-  
blo, que venían en busca de los precoces aven-  
tureros. Los hicieron beber un poco de aguar-  
diente y los echaron al anca de sus cabalga-  
duras.

Casi todos los tugaletos se habían volcado  
a los caminos y a los alrededores del pueblo  
para encontrar, como fuera, a los fugitivos.  
Fidel Vega había tomado, en compañía de An-  
selmo Barreto, su flamante yerno, la dirección  
de los caminos que conducen al río Maraón.  
Y aun no había retornado cuando el niño lle-  
gó a su casa, en brazos de su tío, que, deján-  
dolo en un rincón de la sala oscura, salió en  
busca de su hermana Margarita.

Allí estaba, con sus ojos retintos de pajari-

llo nervioso, con su cuerpo de gamo y su  
noirena palidez, hecho un desastro, en su ves-  
tido cubierto de barro.

Un ruido de cascos de caballo le hizo sobre-  
saltarse y aguzar el oído.

A poco oyó la voz de su padre, que, ba-  
jando del caballo, gritaba enfurecido:

—¿Dónde está ese majadero? ¡Traíganmelo  
aquí! Con esta rienda del caballo le voy a  
romper las canillas para que no se mueva más  
en la vida.

En ese instante, se oyeron también unos pa-  
sos leves, apresurados, y una voz de mujer  
que decía, no menos decidida:

—¡Castigar a la criatura! Nada sacas de  
eso, Fidel, ya lo sabes. ¡No lo toques, por  
favor!

—Nunca me dejas corregirlo como es de-  
bido. En fin, culpa tuya será que más tarde no  
sea más que un perdido, un vagabundo sin  
Dios ni ley.

—¡Vagabundo! ¡Hijo legítimo de tu san-  
gre nació!

\*\*\*

Transcurrían los años. La vida seguía cum-  
pliendo su tarea imperturbable en combinación  
estrecha con la muerte. En Tugal las gentes  
iban a la iglesia para los matrimonios y ba-  
tismos; al cementerio, para los entierros. Un día  
Fidel Vega se quedó exánime en el lecho.  
Luego bastaron dos metros cuadrados de tie-  
rra tugaletia para el reposo definitivo de sus

ojos que tantos horizontes vieron, para la  
túnd de sus plantas que tanto caminara  
un año después le tocó el turno inglés.  
Margarita Vega, y la tierra se abrió pa-  
recer de nuevo lo que había sido una tierra  
tranquila de belleza. Al cabo de quince  
justos del último duelo, el tío Martín  
su sobrino Luis, que ya andaba por los  
veinte años.

—Una de tus madres se casó... Ya  
otros hijos... La otra acaba de perder la  
vida... Yo sé lo que quieres, muchacho. Va-  
mos a recorrer, pues, juntos las huellas  
dejó tu padre. Yo las conozco muy bien.  
driamos estudiar, en la misma forma que tu  
mano, en colegios y universidades; pero  
gamos mortales aprenden más, mucho más,  
los caminos del mundo, a cielo abierto. Y  
esos eres tú. Tu patria será la tierra. Va-  
das partes irás con el Dios y la ley que la  
madre aprendiste... Y no llores, hijo mío.

Lo cierto es que, el día de la vida, a  
por última vez la espalda al pequeño Tugal  
su paisaje, ya en el desfilar que abre  
al val del Maraón, el muchacho sintió  
algo maravilloso se agitaba en su sangre,  
que traía desde su nacimiento y que sería  
mal de toda su vida: la mágica atracción  
de la lejanía y el asombro de mares y ciuda-  
siempre nuevos que el autor de sus días lleva-  
en los ojos cuando, quince años atrás, voló  
al pueblo para darle vida. ♦

## Aquí le contestamos

A. D. *Cerro de los Rosas*. — Puede usted es-  
cribirle a la Sociedad General de Autores de la  
Argentina, Santa Fe 1248, Buenos Aires.

J. ARGUMENTO D. *Rep. de El Salvador*. — LEO-  
PLÁN, como dijéramos en nuestro primer núme-  
ro, es una palabra obtenida de una combinación  
de sílabas nacidas de la frase "Plan de lectura".

DAVID GROSMAN, *Capital*. — El exceso de origi-  
nales que esperan turno de lectura y publica-  
ción nos impide, por ahora, aceptar nuevas co-  
laboraciones espontáneas.

INES, *Los Telares*. — Para ese fin puede usted  
usar unas gotas de glicerina, cada noche, cu-  
lizando de que la piel está bien seca al aplicarlas.

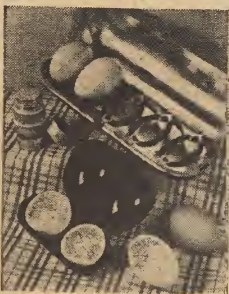
LUIS A. DEL SOLAR CASTILLO, *Bernal*. — 1º:  
Existen, efectivamente, algunos métodos para el  
uso que usted indica, pero sería conveniente que  
especificara precisamente a qué semillas deseara  
usar aplicadas. 2º: Se trata de una modalidad  
impuesta por la dirección. Agradecemos sus elo-  
giosos conceptos.

ENRIQUE FERNÁNDEZ VÍFAS. — No conocemos a  
ningún violinista de ese apellido. — No conocemos a  
al célebre pianista español Ricardo Vífes, que  
falleció en Barcelona en 1942 y que actuó en  
Buenos Aires en 1934, 1930, 1933 y 1934.

MANIZ A. *Surto, Rosario*. — 1º: Su pre-  
gunta está hecha en un tono tan general que  
resultaría tarea imposible determinarlo. 2º: Es  
una especie de "Ta-te-ti", cuyas reglas son un  
tanto extensas para explicar aquí. 3º: Es el  
domingo. En cuanto al argumento que usted cita,  
no debe olvidar que no es posible interpretarlo  
en su sentido llano, pues se trata, más que de  
palabras, de parábolas.

En esta sección contestamos todas las pre-  
guntas de carácter general que nos formu-  
lan nuestros lectores. No se devuelven los  
originales de colaboraciones espontáneas ni  
se mantiene correspondencia sobre ellas. La  
correspondencia debe dirigirse siempre a  
Buenos Aires 116, Buenos Aires.

### LA CLARA DEL HUEVO



RAMON LORENZO (Sgo. del Estero). —

Con la clara de huevo que queda adherida a  
la cáscara cuando se lo rompe, se puede fa-  
bricar adhesivos, apresto para papel y re-  
vestimiento de cueros. Esto quiere decir que  
la clara del huevo tiene múltiples aplica-  
ciones y entra en la composición de varios  
preparados, como los que aquí consignamos.

RICARDO E. ORTIZ, *Capital*. — Como usted ha-  
brá podido comprobar, en el número anterior se  
publicó la novela de Vicki Baum que usted cita;  
en el presente número va, asimismo, la novela  
"Clarita para mí". Nos congratulamos de que su  
criterio coincida con el nuestro.

INES F. *Capital*. — En el Tiro Federal Argen-

tino. Si no gratuito en el sentido estricto de la  
palabra, lo es en la práctica, pues la cuota es de  
diez pesos al año.

NICOLÁS MAROCCO, *Capital*. — En términos  
generales tiene estimables valores, en un géne-  
ra tan difícil. Sin embargo, a usted mismo no se le  
habrá escapado, sin duda, cierta vacilación en  
cuanto se trata de mantener el ritmo general de  
la obra.

LUIS NIEVES BONFANTE, *Rep. de Colombia*. —  
Lea la respuesta que damos en esta misma sec-  
ción a David Grooman, de *Capital*. Por otra  
parte, el estilo de su trabajo no cabría en las  
páginas de LEOPLÁN.

PISCATORE, *Jujuy*. — Lamentamos no poder  
dar curso a su pregunta, por cuanto en esta  
sección, y por razones fácilmente comprensibles,  
no damos direcciones comerciales. La fórmula de  
dicho producto está protegida por patentes.

PEELA R. JUNIN. — 1º: No creemos que haya  
equivalencias entre una y otra carrera. 2º: En  
el Instituto Nacional de la Nutrición. Tanto en  
este caso como en el anterior, le aconsejamos  
que escriba directamente a las respectivas se-  
cretarías de una y otra institución.

ALDA SALVEBERG, *Capital*. — El ingreso es libre.  
Todos los demás datos, por ser de organización  
interna, debe requerirlos directamente en esa  
casa de estudios.

ERNESTO JUNCO, *Salta*. — Revise su colección  
de LEOPLÁN y hallará detalladamente explica-  
do el procedimiento. En caso contrario, vuelva a  
escribirnos.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

#### "LEOPLÁN"

Anual..... \$ 14.-

Semestral..... \$ 7.20

Estos precios rigen para toda el  
país, América y España.